

ANTOINE B. DANIEL

INCA

La princesa del Sol



Lectulandia

La historia de un amor imposible entre una princesa inca y un conquistador español.

Quito, 1527. Anamaya, una joven de asombrosos ojos azules, única superviviente de la masacre de su pueblo, es llevada al palacio de Huayna Capac, el undécimo emperador inca, que confía en ella y le revela, en su última noche de vida, los secretos de su reino. Al día siguiente, ella no recuerda nada.

Unos años más tarde, Anamaya se convierte en la confidente del nuevo emperador, Atahualpa. Éste debe hacer frente a la revolución de los partidarios de su hermano, Huascar, que le había arrebatado el dominio de Cuzco. Además, desembarca, en la isla de Puna, un pequeño grupo de extranjeros que son, en realidad, conquistadores españoles enviados por Carlos V para invadir el inmenso territorio inca y confiscar todo el oro. Al frente de esta expedición se encuentra el famoso capitán Pizarro, acompañado de sus hermanos y de un joven noble, Gabriel, que acaba de salir de la prisión de la Inquisición. Anamaya desea recuperar la memoria para ayudar a su emperador a restablecer la paz; Gabriel necesita olvidar su pasado y dejarse llevar por una emocionante aventura, ¿conseguirán ambos lo que anhelan?

Un mágico romance donde se entremezclan el miedo, lo sobrenatural y la pasión.

Lectulandia

Antoine B. Daniel

La princesa del Sol

Inca - 1

ePub r1.0

Titivillus 27.01.18

Título original: *Inca 1: Princesse du Soleil*

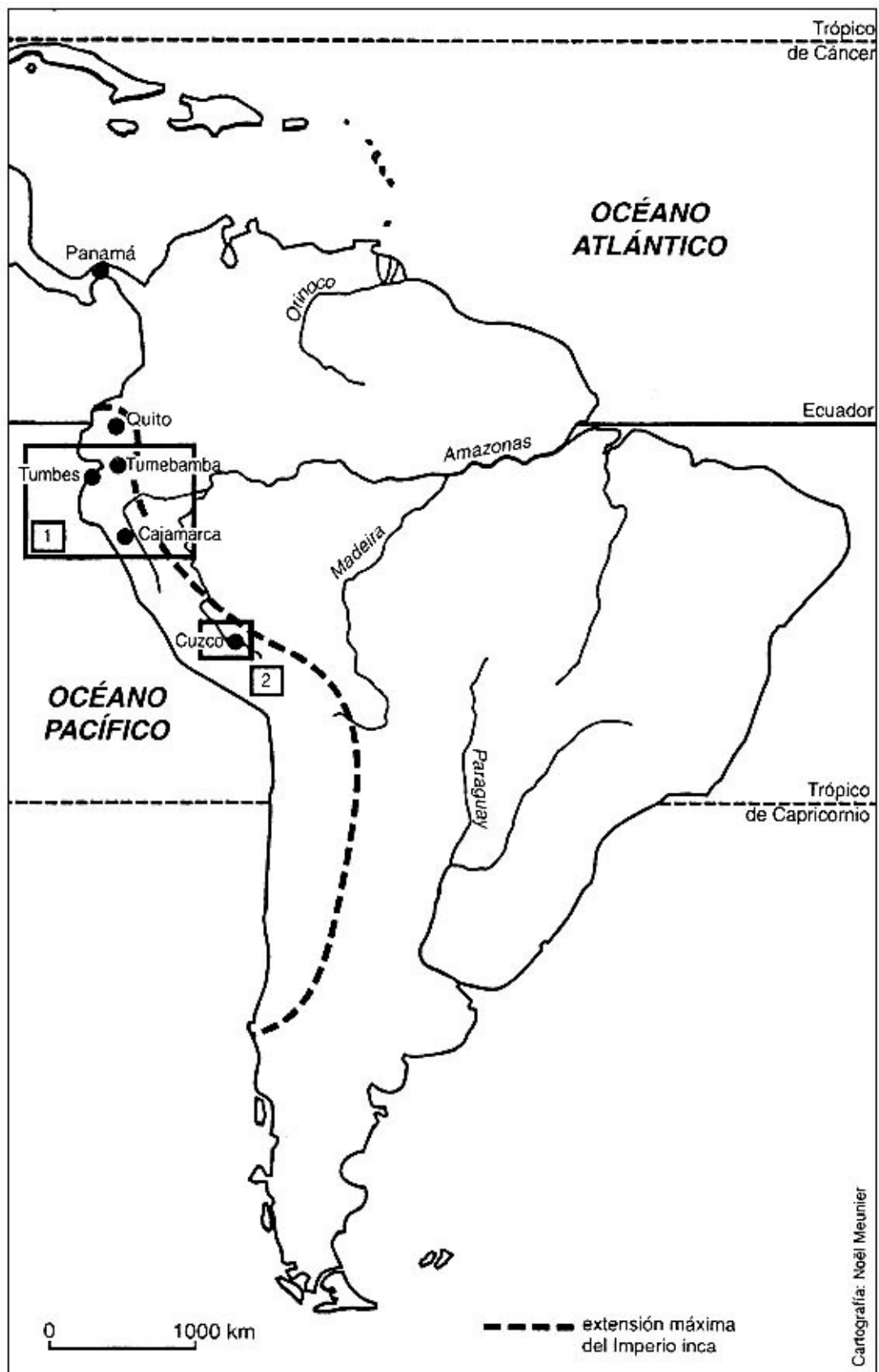
Antoine B. Daniel, 2001

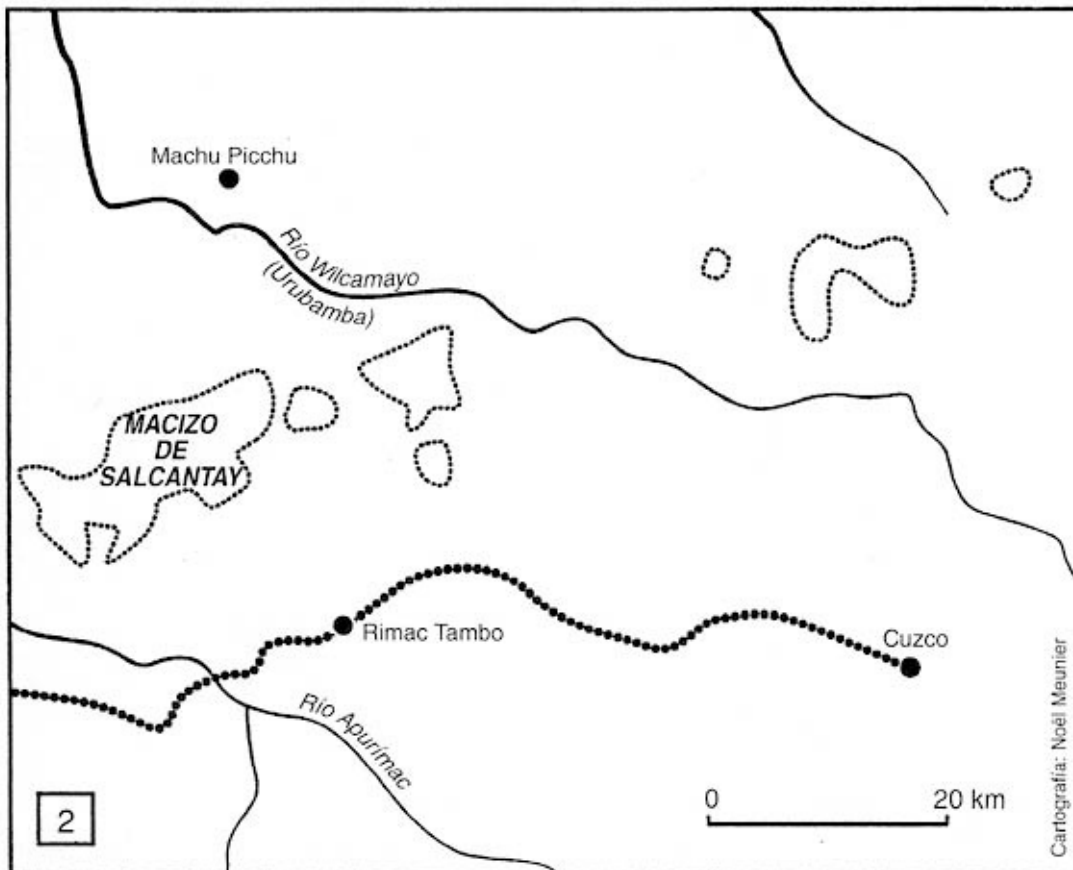
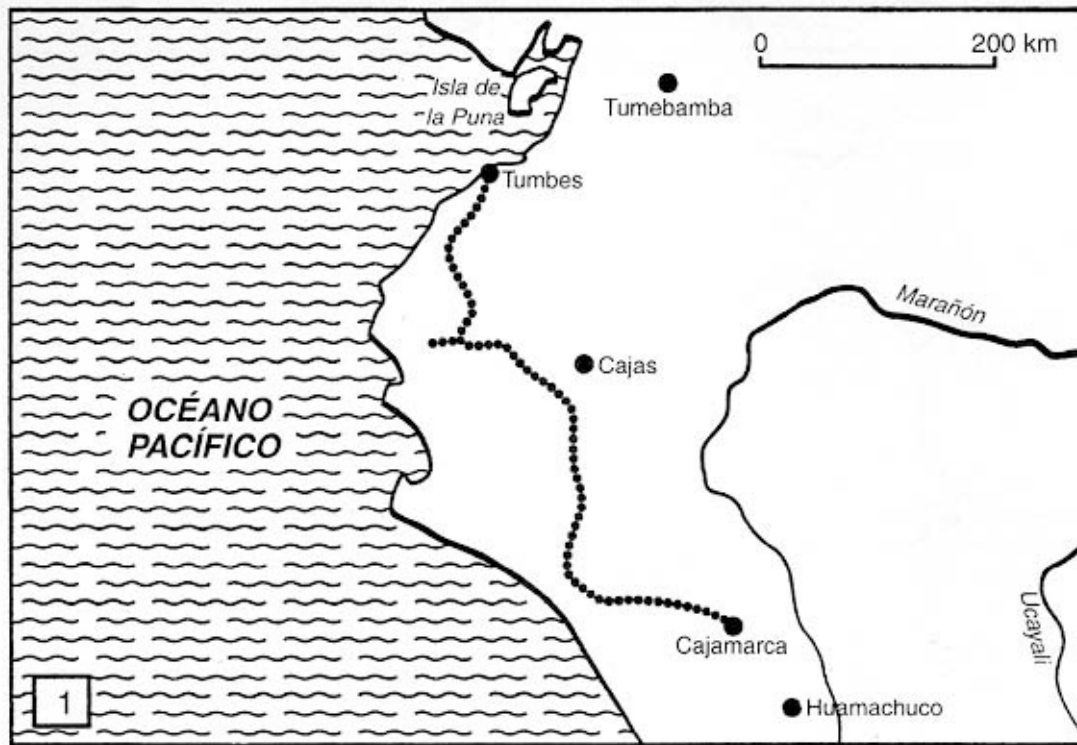
Traducción: Mar Vidal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com





Primera parte

1

ALREDEDORES DE POCONA^[1], DICIEMBRE DE 1526

Arremolinada contra su madre, Anamaya se despierta bruscamente y escucha la lluvia sobre el techo de la cabaña.

Es todavía de noche, la noche profunda y opaca de la selva. Llueve con fuerza. No se oye nada más, ni los crujidos de las vigas, ni los gritos de los monos o de las bestias que frecuentan el bosque.

Se da la vuelta sobre el lecho de cañizo y busca la mano de su madre. No comprende por qué el sueño la ha abandonado.

Si abre los ojos, la oscuridad transforma las vigas del techo en serpientes, y los jarrones, en monstruos que hacen muecas. Si vuelve a cerrar los párpados, el estrépito de la lluvia se vuelve insoportable. Las gotas, pesadas como piedras, parecen atravesar el espeso techo de palma y golpearle el pecho.

Sin motivo real, tiene miedo. En su corazón hay tristeza; una tristeza violenta e incomprensible, como las que aparecen en los sueños.

Vuelve a doblar las rodillas, temblorosa. Se apoya bien contra el vientre de su madre y llora largamente. Ni una queja ni una palabra cruzan sus labios.

Luego, sin siquiera darse cuenta, vuelve a dormirse.

Con las primeras luces del alba ha olvidado sus terrores nocturnos.

Se levanta de un salto y se desliza entre las hamacas para salir al patio desierto.

Es una aldea minúscula, envuelta por la inmensidad de la selva. Una alta pared de troncos tallados en punta rodea y protege las cuatro grandes cabañas comunitarias que delimitan el patio central. Ahora está vacío y ya no llueve, pero el aire es cálido y pegajoso. El cielo, de un gris uniforme, se refleja en largos charcos fangosos que resplandecen entre las altas hierbas.

Anamaya aplasta un mosquito en su brazo. Vuelan en zigzag, en grupos, suspendidos en la humedad del aire como si fueran pequeñas nubes furtivas y transparentes.

Con unos pocos pasos saltarines, alcanza la empalizada de lanzas y se reúne con el centinela que hace guardia cerca de la puerta. El guerrero es un hombre joven. Como todos los habitantes de la aldea, como todos los chiriguano, «los que temen el frío», no viste más que un paño de tela alrededor de la cintura. Lleva el mentón y las mejillas pintados con arabescos negros y verdes, y la frente, afeitada hasta la parte superior del cráneo, formando una curva perfecta. Su piel es de un ocre tan luminoso

como la tierra pantanosa de la aldea y, en contraste, las perlas de su largo collar de turquesas lucen en su pecho con un brillo violento.

Está medio dormido y se despierta sobresaltado cuando Anamaya lo salpica con el agua de un charco. Como acto reflejo, apunta con su lanza, y luego se echa a reír.

—¿Qué haces fuera a estas horas, gran mosquito?

—Vengo a ayudarte a proteger la aldea —responde Anamaya con gran seriedad.

El guerrero deja de reír y mueve la cabeza con severidad.

—¡Buena idea! ¡Si los incas se enteran de que estás conmigo, jamás osarán atacarnos!

El joven guerrero recupera su risa nítida y le da un golpecito en la nuca.

—Pasa, mosquito. Pero no te alejes demasiado; si no, tu madre me hundirá la cabeza en el jarrón de los maleficios —bromea mientras desata la liana que sujeta un pesado panel de cañizo.

Anamaya se cuela por la pequeña abertura y corre hacia la densa selva.

No teme los arbustos espinosos que arañan su taparrabos. Se abalanza sobre un claro del bosque con los pies descalzos, volando sobre las flores de mil colores.

Cuando llega a la gran charca, se sumerge en ella sin vacilar, con los brazos tendidos, y su joven cuerpo resulta tan fluido y ágil como el agua. Durante un largo rato, se sacia con el placer de la natación. Después, alcanza la rama baja de una viña *cissus* y se agarra a ella para suspenderse y balancearse con la facilidad de un mono.

Debajo, el reflejo se esparce y se recompone cuando el agua vuelve a calmarse. Es el reflejo de una niña ya grande para sus diez años. Ciertamente es mucho más grande y tiene la piel más pálida que las otras niñas de la aldea. También su frente es más plana. El mentón, casi puntiagudo, voluntarioso, le alarga el rostro. Pero lo que a ella más le disgusta es su nariz: demasiado larga y mucho más fina que la de las pequeñas indias chiriguanas. Incluso tiene la boca diferente; es más estrecha, y los labios, aunque bellamente dibujados, son poco gruesos.

Y luego, sobre todo, están sus ojos.

Cerrando los párpados, golpea el agua con el pie, salpica y borra su reflejo.

¿Por qué es de esta manera? En la aldea se dicen muchas cosas, pero su madre no se las cuenta nunca.

Su madre. De repente, tiene necesidad de verla, necesidad de tocarla. Es una necesidad tan grande que le provoca dolor en el vientre.

Grita su nombre riendo, y mientras el grito reverbera en el espeso follaje, ella salta de la rama de la viña *cissus*.

Se dirige corriendo hacia la aldea, con toda la fuerza de sus piernas, y el corazón le palpita grandes latidos de amor.

A media mañana, las nubes se rompen de forma brutal. Un rayo se desliza por el bosque antes de ponerse sobre las cabañas. Cuando alcanza los hombros de

Anamaya, ella se echa a reír.

Y luego baila; tiene el rostro iluminado por la risa. Con los brazos extendidos y la espesa cabellera negra balanceándose a causa del ritmo, ofrece el cuerpo desnudo a la unión del sol y la lluvia.

—¡Anamaya! —la llama su madre.

Es la única que lleva un vestido en la aldea. Se trata de una larga túnica tejida que la cubre hasta las rodillas. Los colores se han apagado. Ya casi no se distingue el estampado de cuadros, cruces y rombos cuidadosamente ordenados. En algunas partes, ha sido recosida con hilo de agave.

—¡Es el sol! —grita la niña, girando sobre sí misma bajo la luz dorada—. ¡Ven, mamá, ven!

Anamaya corre hacia su madre. La coge de las manos e intenta que baile con ella. La madre se ríe y se resiste un momento, antes de rendirse a la alegría de la criatura.

Danzan dando saltos. El barro se agita entre sus pies y las salpica mientras ellas lanzan gritos agudos. De repente, Anamaya resbala. La madre la sujeta del brazo, la levanta y la estrecha contra ella; a punto está de caer también. Entre risas que se calman, recuperan el equilibrio estrechamente abrazadas.

—¡Venga, mamá, otra vez! —murmura Anamaya, a la altura del cuello de su madre.

Con ternura, la madre hunde sus ojos brillantes en los de la niña.

—¿Es que te has olvidado de nuestra promesa? —le susurra fingiendo que está enfadada.

Anamaya se pone seria. No, no se le ha olvidado, y no le hace ninguna gracia.

—¿De verdad tenemos que ayudar a la vieja bruja?

—¡Anamaya! No es una vieja bruja; es la abuela de los espíritus.

—¿Y qué? ¡De todas maneras, no me gusta!

Su madre sonrío y la abraza. Cogidas de la mano, rodean una de las grandes cabañas comunitarias y cruzan el patio central. Ahora, el sol se refleja en los charcos, incluso mientras la lluvia, fina y regular, altera la superficie.

Hace tanto calor que la selva echa humo. De ella se elevan bandas de bruma suave y transparente, que van a deshacerse en las lanzas de la alta empalizada.

En la esquina de una de las cabañas, junto a un pequeño fuego, armada con una larga cuchara plana de madera de nogal, una vieja remueve un líquido verde y espeso en una tinaja de largo cuello. Anamaya no puede evitar una mueca.

—He traído la tela, abuela de los espíritus.

La bruja examina con desconfianza el cuadrado de tela. Está tan gastado que es casi transparente y sus bordados en rosa se han vuelto blancos.

—Servirá —gruñe la vieja dama.

Anamaya se pone de puntillas para ver el líquido de la tinaja.

—¿Cómo sabes que hay un espíritu dentro? —le pregunta.

—Porque lo he metido yo, boba.

—No soy boba. Yo no lo veo...

—Cállate, Anamaya —le ordena su madre sin convicción.

—¡Porque tengo el don de la vista, y lo sabes perfectamente! —se enoja la vieja —. Y ahora, cállate. ¡Obedece a tu madre, niña!

Anamaya suspira. Las dos mujeres extienden la tela sobre el cuello de un cántaro ennegrecido de humo. La vieja decanta lentamente el líquido. Un depósito verde se acumula sobre la tela. Desprende un olor muy fuerte, un olor similar al del interior del bosque, donde el sol no llega nunca al suelo.

Anamaya observa el espíritu, pero no oye más que las gotas que caen en el fondo del cántaro, cada vez más espaciadas.

Querría preguntar una cosa más, pero no se atreve. De repente, siente un frescor deslizándose por sus hombros que arden a causa del sol. Levanta los ojos hacia la sombra que pasa por el cielo. Entonces, deja una esquina de la tela.

El poso verde cae en el cántaro, y la vieja lanza un grito ronco.

—¡Anamaya! —exclama su madre—. ¡¿Qué has hecho?!

—¡Mamá! ¡El pájaro!

Es inmenso, casi tan grande como una choza. El aire cruje entre las plumas negras y brillantes. Vuela tan bajo que se diría que va a pararse; pero no. Gira el largo cuello recubierto de plumón, apunta el terrible pico y vuelve a ganar altura sin batir las alas.

—¡Mamá, mira qué hermoso es!

En el patio, los niños, desnudos, han dejado de jugar. Los adultos se han quedado inmóviles. Las frentes rasuradas de los hombres se arrugan de inquietud. Incluso los viejos salen de las grandes cabañas y elevan los ojos al cielo, protegiéndose del sol y de la lluvia con las manos.

En los extremos de las alas del pájaro, separadas como dedos, vibran largas plumas blancas. Ahora que vuelve a estar sobre ellos, se ven sus garras enormes, más grandes que la mano de un hombre. Anamaya adivina la mirada del ave. Durante un instante, las pupilas redondas y globulosas buscan sus ojos y se clavan en ellos. Entonces, ella ya no ve lo que la rodea. Oye solamente un ruido cada vez más violento, una algarabía de la negra noche, un pisoteo, como si centenares de hombres corrieran al mismo tiempo. Quiere gritar pero la mano suave de la madre se pone sobre su hombro. Es una mano que pretende darle seguridad, pero que, sin embargo, tiembla.

—El cóndor —balbucea la madre, apretando los dedos todavía con más fuerza.

—El mensajero de los incas —añade la bruja.

Anamaya se aferra a su madre, que murmura en voz baja.

—El cóndor..., pero el cóndor no vive aquí. Nunca baja de las montañas hasta la sabana...

Anamaya mira a su madre. Ve su boca deshecha, su rostro que empalidece.

—¡Mamá! ¡Mamá, ¿qué te ocurre?!

El pájaro se ha elevado con un golpe de las alas. Vira hacia el este, sube todavía

más arriba que los bancos de bruma y cae de repente, como si quisiera fundirse con la aldea. Pero no; de nuevo se eleva cada vez más arriba. Las nubes se rasgan y le dejan paso hacia los flancos de las montañas del oeste, mientras aparece el azul del cielo.

Anamaya tiembla emocionada y las palabras le quedan grabadas en el pecho, como si de repente mil gritos resonaran en ella, pesaran en su vientre y en sus costillas.

En el patio de la aldea, los rostros están todavía elevados y todos permanecen en silencio. Todo está inmóvil. No se escucha ni un ruido. Incluso la selva está callada.

Entonces, estalla el grito de una trompa.

—¡Los incas! ¡Los incas!

El centinela ha saltado por encima de la empalizada y corre como si estuviera ebrio.

—¡Los incas! ¡Están aquí!

La exclamación escapa de sus labios en el instante en que se desploma. Al caer, el hilo del collar de turquesas se rompe, y las pequeñas piedras azules ruedan sobre el polvo y se hunden en el barro. Sangre oscura sale de su sien y se mezcla con las pinturas rojas y negras de las mejillas. La piedra le ha penetrado el cráneo.

Anamaya percibe el estremecimiento que recorre a su madre de los pies a la cabeza. La trompa, parecida al grito de un animal salvaje, vuelve a rugir, y el repicar de los tambores hace temblar el bosque. Los gritos rompen el aire. Los hombres se precipitan a las cabañas para tomar las armas. Otros corren ya hacia la empalizada, con el arco en la mano y las flechas de doble varilla sobresaliendo de la aljaba. El ruido es insoportable. Anamaya pega la mejilla contra el vientre de su madre, que le acaricia febrilmente el pelo, las mejillas, las manos.

El cóndor ha desaparecido de la montaña. Las nubes se reagrupan y cierran el cielo de nuevo. Los guerreros chiriguano se acuclillan al pie de la empalizada. En un breve instante, todo se detiene.

Y entonces, de repente, es como si todo el aire se pusiera a canturrear. Anamaya ve cómo el cielo se agrieta. Una sombra negra y grande se hincha al modo de una bandada de insectos. Y cientos de flechas caen sobre el patio.

—¡¡¡Mamá!!! —vuelve a gritar Anamaya.

Su madre se inclina ya hacia ella y la cubre con el torso. Ambas cierran los párpados mientras oyen cómo las saetas se hunden con la misma facilidad en la carne de los guerreros que en los charcos de barro. La sangre se mezcla con el agua; los hombres lloran como si fueran niños.

El cántaro con el líquido verde se ha volcado.

El miedo y la muerte están por todas partes. La madre canturrea para tranquilizar a su pequeña, acurrucada; le dice que está a su lado, que no debe temer nada. Pero Anamaya no la oye.

Cuando vuelve a abrir los ojos, el patio está lleno de flechas con plumas multicolores. Sobre los cuerpos de los hombres que ya han caído, las espectaculares plumas parecen flores sembradas por arte de magia.

—Ven —le susurra su madre.

Tirando de la niña por la mano, la atrae hacia el campo de flechas en el instante en que el clamor cruza la empalizada. Hombres con cascos de muchos colores surgen por encima de las inútiles lanzas. Las hondas dan vueltas, y las correas de cuero de las boleadoras silban en el aire. Superados por el número y el armamento de sus adversarios, los chiriguano caen, puesto que sus cortas porras les han resultado del todo inútiles.

—¡Corre, corre! —grita la madre.

Corren en línea recta hacia adelante, sin preocuparse de las flechas rotas que les cortan los pies. Las piedras impulsadas por las hondas silban en sus oídos. Un viejo de negros dientes les hace gestos justo en el instante en que una piedra se le clava en el pecho, y cae hacia atrás sin decir palabra.

—¡Más de prisa, Anama...!

Anamaya siente el golpe en la mano. La sacudida le hace vibrar hasta el brazo. Su mano queda bruscamente liberada y cae hacia adelante al mismo tiempo que su madre. Rápidamente vuelve a ponerse de pie.

—¡Mamá, ven, por favor!...

La madre no se mueve. Anamaya no le mira la cara. Vuelve a tomar su mano, tan cálida, tan fuerte, que la sujetaba con fuerza hace tan solo un instante, hace ya tanto tiempo. Tira de ella. El cuerpo de su madre se limita a deslizarse sobre la tierra inundada de agua.

—¡Mamá, date prisa, que ya llegan...!

Adivina a sus espaldas las túnicas coloreadas de los soldados que se acercan. Tras los gritos del combate ya no se oyen más gemidos y, en cambio, empiezan a oírse algunas risas.

Entonces, por fin, se atreve a mirar el rostro de su madre.

Hay una flor de color rojo sangre en medio de la frente. Tiene los ojos cerrados y de la comisura de los labios brota un líquido pardo.

Y ahora lo sabe.

Mira el trapo todavía anudado en la mano de su madre, empapado del líquido verde en el que se escondía el espíritu. Le estira los dedos crispados y coge la tela. No puede oír las risas de los soldados vencedores, ni los gemidos de los moribundos, ni los gritos de un bebé abandonado en su hamaca en una de las chozas. Tampoco ve a los últimos combatientes que caen, ni las primeras llamas que abrasan la empalizada y luego las cabañas. En ella tan solo hay silencio, como si todas las puertas de su corazón se cerraran una tras otra.

Bajo el rugido furioso de las llamas que carbonizan el aire, se arrodilla lentamente y se arremolina contra el vientre de su madre.

Ya no hay aliento, ya no hay vida; solo se escapa un poco de calor, que va a convertirse en dolor en el fondo de ella.

Es así como la encuentra el soldado.

Cuando quiere llevársela, sin emitir siquiera un gemido, ella se resiste con todas sus fuerzas.

El soldado tiene que vencer la resistencia de sus dedos, de todo su cuerpo, que, agarrado al de su madre, quiere darle vida.

Cuando finalmente consigue separarlas, tiene que arrastrarla por el polvo y el fango como si fuera un cuerpo inerte.

Viva, pero muerta.

El oficial inca tiene en la mano derecha una *chuqui*, una lanza con la punta de bronce y el mango de madera dura y adornado con plumas de cóndor. Se protege el pecho con un corpiño de cuero. Todavía lleva el casco de caña finamente tejido y coronado con una pluma roja y amarilla.

Un olor de humo acre flota en el ambiente. Anamaya, agarrando fuertemente con los dedos la tela de seda, mantiene baja la mirada con obstinación. Adivina la silueta larga y delgada del inca.

—¿Hemos acabado ya por fin con estos malditos chiriguano? —le pregunta al soldado que la ha traído.

—Sí, capitán Sikinchara. Algunos han conseguido escapar hacia el bosque.

—Está bien.

Se gira hacia Anamaya, que tiene la cara y todo el cuerpo negros de tierra.

—Y esta, ¿quién es?

—No lo sé, capitán Sikinchara. Estaba junto a una mujer muerta. Os la he traído porque...

—Mírame, niña —interrumpe el oficial.

Anamaya no se mueve. Con los dedos aprieta el trapo un poco más fuerte. El soldado se apresura a cogerla, pero Sikinchara lo detiene con una breve orden.

—Mírame, pequeña —le pide con una suavidad inesperada.

Ella sigue sin moverse. El oficial le tiende la lanza y el casco al soldado y se acerca a ella sin brusquedad. Se arrodilla y toma con sus dedos finos el mentón de la niña. Le levanta el rostro hacia el suyo. Con la mirada atenta, atrapa el rayo luminoso de los ojos azules.

Por efecto de la sorpresa, está a punto de caer hacia atrás.

Anamaya ve el rostro de un hombre de nariz orgullosa y labios bien dibujados.

Ve su sorpresa.

Y percibe su miedo.

QUITO, OCTUBRE DE 1527

Por la mañana, Anamaya se despierta sobresaltada en la gran sala-dormitorio.

La mayoría de las niñas ya se han levantado de sus esteras. Pero hay un rostro inclinado sobre ella que la escruta, con las cejas fruncidas y la boca torcida por una mueca. Es una muchacha de pómulos marcados y tiene los ojos negros y duros de las princesas de Cuzco. Se llama Inti Palla. Mayor que Anamaya, su cuerpo es ya el de una mujer, y le gusta mostrarlo.

Pero, por encima de todo, Inti Palla es una de las hijas del rey Huayna Capac, el Único Señor del Imperio de las Cuatro Direcciones.

¿Cuántos hijos tiene? Tantos como placas de oro y plata hay en sus templos: doscientos, trescientos... ¡Nadie lo sabe con exactitud!

Cuando sus miradas se encuentran, la mueca de Inti Palla se convierte en una sonrisa burlona.

—Anamaya —ríe la muchacha—, ¿cómo es posible que seas tan fea?

Desde su llegada a la Casa de las Vírgenes de Quito, la gran ciudad real del norte, Inti Palla no ha parado de acercarse a ella, mientras que de su boca no salen más que cosas desagradables, tan horribles que Anamaya se esfuerza en no escucharla más.

—¡Anamaya, ya sé lo que va a pasarte hoy! —vuelve a burlarse Inti Palla.

Anamaya se estira y finge indiferencia. Inti Palla sacude los brazaletes que lleva en la muñeca.

—¿No quieres saberlo?

—Sí, claro.

—Te lo diré más tarde.

¡Así es Inti Palla! Anamaya ahoga un gruñido de rabia, pero la princesa, adivinando lo que ha reprimido, insiste como si quisiera sacarla de sus casillas.

—Venga, hija de no se sabe quién, dímelo: ¿por qué eres tan fea?

Esta vez, con un movimiento brutal, Anamaya se levanta y la empuja.

—Yo no lo sé. ¡Hay tantas cosas que ignoro! ¡Pero tú sí que debes saberlo!

La risa de Inti Palla crepita como un cesto de conchas marinas.

—¡Mi pobre niña! ¿Pronto hará cuatro estaciones que estás aquí y todavía no quieres admitir que nunca vas a ser como nosotras?

Anamaya se da la vuelta, doblando con cuidado la manta para disimular su pena. Si hay una cosa que ella sabe bien, es esta: no solo no es una princesa de sangre real, sino que cuanto más crece su cuerpo, más diferente es del de las jóvenes incas. Sus piernas y sus muslos se estiran, mientras que los de las princesas se redondean. Su rostro se alarga, cuando debería ensancharse. Su frente no se abomba, sus labios siguen siendo demasiado finos, sus cejas son la mitad de espesas... ¡Y, finalmente,

están sus ojos!

Tiene los ojos tan rasgados que casi parece imposible, y además son azules, de un increíble color azul, como el del cielo de alta montaña a media tarde cuando se refleja en un lago.

Es un azul que provoca la repulsión de todos, el miedo y, algunas veces, la burla; un azul terrible, que ahuyenta todas las amistades y todos los afectos. Durante este año pasado en el *acllahuasi*^[2] ninguna niña ha querido sinceramente ser su amiga. Apenas las madres, a veces, se dirigen a ella como a un verdadero ser humano. Solo falta Inti Palla animando esta aversión, que propaga a su alrededor como si se tratara de una auténtica enfermedad. Pero es solo para burlarse mejor de ella.

Con lágrimas en los ojos, Anamaya aprieta la manta contra su pecho.

—Si soy tan fea, ¿por qué das vueltas sin parar a mi alrededor? —le grita. La sonrisa de la joven princesa descubre sus dientes puntiagudos como pequeños colmillos.

—¡Es que resultas muy curiosa de ver!

—Pues has disfrutado de todo el tiempo del mundo para mirarme. Ahora ya has tenido bastante.

—Eso es bien cierto —suelta Inti Palla.

Y cuando Anamaya se apresura a salir de la sala, Inti Palla hace sonar sus brazaletes.

—Anamaya, voy a decirte lo que te espera hoy —añade con voz melosa.

—No me digas nada. ¡Me da igual!

—Hoy será tu gran día. El Único Señor, mi padre Huayna Capac, te mirará...

Anamaya se queda inmóvil, sin aliento. Hace lunas que sabe que este momento debe llegar. Pero hoy...

Cuando se da la vuelta para enfrentarse una vez más a la mirada de Inti Palla, descubre en ella una alegría llena de odio.

—Y él, hija de no se sabe quién, dirá cómo debes morir.

Esta noche, como cada luna nueva, ha soñado con su aldea en la selva. Iba cogida de la mano de su madre y a su alrededor resonaban los gritos. Una lengua de fuego le abrasaba el pecho. Cuando su madre ha caído, la ha invadido un silencio de hielo, un terror lleno de incompreensión.

Le ha parecido que en los labios de su madre se formaban unas palabras, unas palabras que, por encima de la muerte, estaban destinadas a ella; pero no ha conseguido comprenderlas. Se ha despertado hecha un mar de lágrimas, temblando de soledad, arremolinada contra el cuerpo ausente, abrazando el vacío con sus brazos. Cuando los rayos de color gris pálido del alba han empezado a iluminar los tapices de la pared, ella ha cerrado los ojos para alejar la muerte y el temor. Luego, ha recobrado lentamente su aliento para que nadie la oyera, imaginando que en el silencio inmenso

resonaba todavía la dulce voz de su madre...

Se ha despertado con el puño cerrado, apretando el cuadrado de tela que conserva como un tesoro. Ya casi no huele a nada; apenas tiene un remoto olor de bosque que se desvanece con el paso de los días.

Nadie debe conocer su pena; tiene que esconderla en lo más hondo de su ser.

Piensa en ello mientras la preparan.

La Casa de las Vírgenes se llena de murmullos. Mientras lavan y peinan el pelo de Anamaya y lo recogen en trenzas muy finas, las madres le lanzan miradas condenatorias. Anamaya se repite interiormente las crueles palabras de Inti Palla, y el miedo se instala en el hueco de su vientre: si el Único Señor decide que debe morir sin tener derecho a escaparse hacia el Otro Mundo, ¿significa que va a ser devorada por el puma?

Cuando las madres han acabado de arreglarle el peinado, la envuelven con un gran paño de seda cruda, que le cubre desde el pecho hasta los tobillos. Con cierta rudeza, le ajustan el talle con un cinturón rojo sin adornos. Luego, sobre los hombros, le ponen una *lliclla*^[3] una larga capa malva bordada en blanco tan solo alrededor del cuello, y que sujetan sobre el pecho con una aguja de madera de cedro. Finalmente, le entregan unas sandalias de paja, totalmente nuevas, que a Anamaya le cuesta calzarse.

Las madres retroceden para examinarla.

Es evidente que sus nuevas vestimentas no han atenuado en modo alguno su fealdad, y la repulsión que inspira es bien visible en la expresión de las mujeres. ¡Ni siquiera se atreven a mirarla a los ojos!

Acto seguido, la hacen esperar mucho rato; está sola en una habitación pequeña y oscura.

Su miedo tiene todo el tiempo del mundo para hacerse más intenso.

Cuando el sol alcanza el cénit, la conducen al exterior de la Casa de las Vírgenes. Dos soldados la esperan. Ella no ha salido del *acllahuasi* desde hace lunas.

Los soldados la acompañan en silencio por callejuelas estrechas entre altas paredes, hasta la gran plaza del palacio real. En el camino no se cruzan con nadie, y Anamaya se pregunta si es por su culpa que la ciudad está tan desierta.

Cuando llegan a la plaza vacía, se dirigen a la estrecha puerta del palacio; encima hay un dintel de piedra con una serpiente de vida eterna esculpida. Allí, los soldados golpean el suelo con sus lanzas y se quedan inmóviles, mientras que Anamaya contiene el aliento.

Reconoce inmediatamente al oficial con uniforme de gala que aparece en el umbral del palacio. Recuerda su nombre: Sikinchara. Nunca podrá olvidar su cara: es el que mandaba a los soldados que mataron a su madre.

Hoy lo observa sin miedo ni sorpresa; tan solo con un poco de reticencia. Es

guapo e imponente. Un plastrón de oro le cubre el pecho, y una banda de lana amarilla, adornada con dos plumas verdes, cortas y anchas, le envuelve la cara y destaca sus facciones. Lleva las orejas cubiertas con unos discos grandes de plata, sujetos por dos tubos argénteos del tamaño de un dedo que le atraviesan los lóbulos. Con cada uno de sus movimientos, estas joyas enormes se balancean y despiden destellos.

Con un simple gesto de la mano, el oficial le ordena a Anamaya que avance. Como la chica no se mueve, uno de los soldados le toca la espalda con la punta de la lanza. Entonces, ella cruza el umbral del palacio y sigue a Sikinchara. El oficial, con una mirada, le indica que permanezca a su lado.

Cruzan un primer patio, bordeado por largas casuchas bajas. A ambos lados del camino enlosado hay orquídeas blancas, cantuas púrpura y azaleas rosas que recubren unos macizos rectangulares. Pero Anamaya apenas percibe el esplendor de estas flores.

A continuación pasan por una especie de tejadillo y junto a un muro de piedras enormes y lisas, en el que hay numerosos nichos en los que se exponen objetos magníficos de oro y de madera pintada. Finalmente, alcanzan una puerta estrecha, con salientes de piedra perfectamente tallada y pulida. Anamaya tiene el tiempo justo de entrever otro patio, más grande, en cuyo centro hay un gran estanque de agua humeante.

—¡Agáchate, niña! ¡Agáchate ante tu Único Señor! —le ordena la voz seca de Sikinchara.

Entonces, se deja caer de rodillas, inclina el busto, posa las manos sobre el suelo y, por el rabillo del ojo, ve cómo el capitán avanza y cruza la puerta. Ella le sigue como puede, apoyando las palmas de las manos y las rodillas contra las losas del suelo, que queman por el sol.

Es casi mejor así, puesto que ahora está bajo la mirada del Hijo del Sol y es como si ya se empezara a morir.

Oye ruidos, palabras en voz baja que no llega a comprender. De repente, recibe un golpe de bastón en el hombro. Se queda paralizada.

—Mi Único Señor, he aquí la muchacha de la que te hablé —anuncia la voz de Sikinchara.

No hay ninguna respuesta; tan solo se oye el chapoteo del agua caliente.

—Este baño me fatiga. Que me traigan la ropa... —dice finalmente una voz cansada y lejana.

Anamaya entrevé el bajo de las ropas de una decena de mujeres que se apresuran. Las telas son muy bellas; están tejidas con motivos de espectaculares colores. Sabe lo que está ocurriendo. Se lo han contado muchas veces en la Casa de las Vírgenes. Las sirvientas le entregan al Único Señor prendas de vestir nuevas, que ningunas manos han tocado jamás desde que fueron tejidas. El Hijo del Sol designa personalmente las muchachas que deben ayudarle a ponerse la túnica de vicuña, a ajustarse el cinturón,

a cubrirse con la capa, a colocarse la cinta real en la frente...

Anamaya cierra los ojos e intenta recobrar el aliento. El corazón le late con tanta fuerza que apenas oye la orden que emite una voz ahogada.

—Capitán Sikinchara, haz que se levante esa muchacha.

Entonces, recibe un golpe en el hombro.

—¡Levántate ante tu Único Señor! —gruñe a media voz Sikinchara.

Se pregunta si tendrá la fuerza suficiente para hacerlo y se levanta como si llevara una carga dos veces más pesada que ella misma sobre las espaldas. Una vez de pie, fija obstinadamente la mirada en las losas del patio.

—¡Levanta la vista y mírame, muchacha! —ordena de nuevo la voz del Único Señor.

Entonces le ve.

¡A él, al Único Señor Huayna Capac, el inca de todos los incas, el Hijo del Sol y el Rey del Imperio de las Cuatro Direcciones!

Le parece viejo; muy, muy viejo...

A pesar de la extraordinaria belleza de su indumentaria, a pesar de los brazaletes de oro en sus muñecas, a pesar de la capa de plumas multicolores que le envuelve el cuello y de los enormes discos de oro que lleva en los lóbulos de las orejas, a pesar de la delicadeza de su pechera de perlas de concha, parece tan frágil como un hombre con los huesos de pájaro. Tiene la piel de las mejillas tan tensa y brillante como una cerámica Pulida por el paso del tiempo, y la de las manos, tan arrugada que parece pertenecer a otro cuerpo.

Sentado sobre un sillón elevado y recubierto de cojines, mira a Anamaya directamente a los ojos. No muestra demasiada sorpresa ni temor alguno.

—Único Señor, mira los ojos de esta niña. ¡Ninguna mujer inca tiene los ojos azules! —exclama de repente una voz aguda e imperiosa.

—Cállate, Villa Oma. Déjame mirarla.

Al que acaba de hablar, Anamaya no lo había visto antes. Es un hombre que se mantiene a la derecha, a buena distancia del Único Señor. Lleva también los ornamentos en las orejas de los incas de sangre real, pero de entre sus estrechos labios fluye el jugo verde de las hojas de coca que está masticando.

Sin desviar los ojos de los de Anamaya, Huayna Capac hace una pregunta.

—¿Procede del bosque, Sikinchara?

—Sí, mi Único Señor. Destruimos una aldea de salvajes chiriguano. Estaba allí con otros niños y con su madre.

—¿Dónde está la madre?

—Está muerta, mi Único Señor. Recibió un golpe de una piedra lanzada por una honda durante el ataque a la aldea. Se puede conjeturar quién era, puesto que llevaba todavía una túnica inca.

—¿Una mujer de Cuzco?

—Sin duda alguna.

—Una criatura impura —gruñe Villa Oma, el hombre de la boca verde.

—¿Y su padre? —pregunta el Único Señor.

Villa Oma vuelve a hacer una mueca de ignorancia y de disgusto. Huayna Capac se vuelve hacia Sikinchara.

—¿Sabes algo?

El capitán Sikinchara también guarda silencio y baja la cabeza. El Único Señor sigue mirando fijamente a los ojos de Anamaya, pero en su mirada hay sufrimiento. Le tiemblan los labios y, de repente, sus dedos se aferran a los reposabrazos del trono. Suda tanto que las gotas le empapan la cinta real y hacen que brille su frente.

Aparte del miedo a morir que le atenaza las entrañas, Anamaya siente otro temor que la invade en vista de la pena que soporta ese hombre tan viejo, y que no comprende bien. Sufre por él, con él.

Por un instante, el Único Señor vacila, y los párpados se le agitan a causa de pequeños sobresaltos. Sin embargo, ahuecando los riñones, se endereza.

—Villa Oma, ¿qué dicen los adivinos de esta niña? —pregunta con una voz sorda.

El hombre de la boca verde gruñe y hace un gesto de despecho.

—La mayoría dice que es funesta. Tiene los ojos azules y, como ves, está mal hecha. ¡Es delgada de pecho y más alta que nuestras niñas! ¡Por parte de madre, por sus venas corre sangre inca, pero es impura! ¡Pertenece al Mundo de Abajo y debe regresar al Mundo de Abajo!

—¡Un signo más! —murmura el Único Señor, cansado y parpadeando.

Se calla. Curiosamente, Anamaya tiene la impresión de que el viejo la mira con bondad. Como lamentándolo, Villa Oma vuelve a intervenir.

—Pero, evidentemente, no todos los sacerdotes están de acuerdo...

—¿Qué dicen los otros?

—¡Qué es un signo fasto para tu reino! Que ha sido enviada por Quilla, nuestra Madre la Luna, que te promete así la felicidad del viaje al cielo, por sus ojos azules.

El Único Señor respira con rapidez. A pesar de sus esfuerzos para esconder el sufrimiento, Anamaya lo percibe.

Ella sabe, como si le viera ya tumbado y sin aliento, que el Hijo del Sol se está muriendo. Muy pronto caminará por la senda invisible que le llevará cerca de su Padre, ¡en el Otro Mundo!

Y debe reprimir las lágrimas que le inundan los ojos.

El Único Señor no ha dejado todavía de mirarla.

—¿Cómo se llama? —pregunta entonces.

—Anamaya.

Sikinchara tiene apenas tiempo de responder antes de que el Único Señor ahogue un gemido y se apriete el vientre con las manos. Anamaya adivina el estremecimiento que hiela al capitán. Pero, una vez más, el Único Señor se repone.

—Y tú, Villa Oma, ¿qué es lo que piensas? —pregunta con una voz apenas audible.

—¡Que debe desaparecer! —gruñe Villa Oma—, y pronto. Hay que ofrecérsela al puma, si quieres saber mi opinión. ¡Que se la coma y que desaparezca! Que no te vuelva a avergonzar nunca más, ni en este mundo ni en el otro. ¡Inti, nuestro Padre, no quiere que viva un ser semejante!

—¿Y si es Quilla, mi Madre, quién me la envía?

—Entonces, podríamos tomar su corazón como ofrenda, pero...

El sabio Villa Oma no acaba su frase. El Único Señor, de repente, lanza un gemido ronco. Luego se agacha hacia adelante y vomita una bilis líquida en el borde del trono. Su sufrimiento se hace tan insoportable que resbala del asiento y cae sobre las rodillas. Hombres y mujeres, señores o sirvientes, todos los que le rodean se quedan petrificados e inmóviles.

Anamaya, instintivamente, esboza un movimiento, pero se reprime de inmediato.

¡Nadie tiene derecho a tocar al Único Señor!

Sikinchara la sujeta por los hombros para alejarla. Pero con las facciones deformadas por una mueca de dolor, el Único Señor la mira y la llama.

—¡Ayúdame! ¡Niña, ayúdame!

El viejo extiende las manos reseca y temblorosas hacia ella, como si quisiera pasar a través de su cuerpo. De su boca, abierta de par en par, sale un suspiro ronco mientras su pecho se agita bajo la túnica. Con el torso hacia adelante, se desliza sobre las rodillas y agita sus viejas manos.

—¡Ayúdame!

Entonces, ya no hay ni señores, ni prohibiciones; entonces, ella ya no tiene ningún miedo de morir. Las lágrimas que ha reprimido durante tanto rato le nublan la vista y brotan finalmente sobre sus mejillas.

QUITO, NOVIEMBRE DE 1527

A pesar del oro reluciente que recubre las piedras finamente ensambladas de las paredes, la habitación permanece a oscuras, ahumada por los braseros en los que queman hojas de coca.

Desde hace tres días, el Único Señor está tumbado bajo las mantas de vicuña y de llama. A ratos duerme, tembloroso. Luego, durante largas vigiliassilenciosas, sus ojos buscan en la penumbra las respuestas a las preguntas que lo acechan.

¿Cómo va a recibirle su Padre el Sol en el Otro Mundo si muere sin haber designado a su sucesor?

¿Qué será del Imperio nacido en Cuzco y que él, Huayna Capac, ha hecho tan inmenso que hacen falta varias lunas para cruzarlo de norte a sur?

¿Qué significan esos extraños signos que surgen en el cielo y en las montañas desde hace una estación?

¿Es Inti, su Padre el Sol, que expresa su cólera? ¿Es Quilla, su Madre la Luna, que expresa su temor?

Las preguntas se suceden como una letanía agotadora, hasta que la fiebre vuelve a llevarse su conciencia. ¡El dolor le destroza la cabeza, el vientre y hasta los huesos que mantienen a un hombre de pie! ¡Es un dolor ignoto, de origen incierto y que jamás debería haber afectado a un Hijo del Sol!

Entonces, en su agonía, vuelve a ver las extrañas pupilas azules de la muchachita capturada en la selva del sur. Son ojos del color del agua del lago Titicaca, el gran lago sagrado del origen de los tiempos; ojos que calman el dolor cuando uno los mira.

Unas trompas suenan a las puertas del palacio. Luego, el ruido de pasos y de voces resuena en el patio. Pero un solo hombre aparece en el umbral de la estancia; se arrodilla nada más entrar e inclina la cabeza con decisión. En su nuca le colocan una piedra tan grande como un niño, y así avanza hacia el lecho del enfermo, acarreado la pesada piedra sin temblar.

El Único Señor se incorpora un poco, entre gemidos.

—¿Atahuallpa? ¿Eres tú, hijo mío? —pregunta con la voz transformada por la fiebre.

—Sí, Único Señor; es Atahuallpa —dice Villa Oma desde la esquina más oscura.

—¡Levántate!

Mientras el Único Señor, ya sin una pizca de aliento, cae de nuevo sobre la cama, un servidor saca la piedra de la nuca de Atahuallpa, que se levanta.

La diadema de los príncipes se ciñe a su frente perfecta, y lleva la túnica y la capa con los motivos del clan que gobierna. El blanco de los ojos se le tiñe a veces de rojo, como si se reprimiera la cólera; pero nunca deja que su rostro le traicione y revele lo

que piensa. Y aunque tiene el lóbulo de la oreja derecha demasiado flácido, impresiona a todos aquellos que le miran.

Sin embargo, hoy es él quien está impresionado mientras contempla la cara de su viejo padre, el Único Señor.

Huayna Capac está mucho más enfermo de lo que imaginaba. Respira con dificultad. Tiene los ojos vidriosos como los hombres ebrios de coca y de *chicha*^[4]. Ha envejecido de golpe. Atahuallpa se detiene con un movimiento hacia atrás y se pregunta si debe comunicarle a su padre la mala noticia de la que es portador. Como su silencio se prolonga, el Único Señor adivina su motivo.

—¡Dime lo que sabes, Atahuallpa, hijo mío! No me escondas nada.

Atahuallpa le echa una mirada a Villa Oma, quien asiente con un gesto de la cabeza.

—Único Señor —dice Atahuallpa con prudencia—, no traigo buenas noticias.

Huayna Capac hace un signo con los dedos para indicarle que prosiga.

—Unos cuantos comerciantes de la costa han hecho un hallazgo. Unos seres extraños han llegado por el océano, llevados por una montaña de madera que flotaba sobre las olas...

Las pupilas febriles de Huayna Capac escrutan el rostro de su hijo.

—¿Son muchos?

—No; no más de diez o veinte. Volvieron a irse después de robar el cargamento de una balsa de Tumbes y de haber capturado a sus marineros.

—¿Eran humanos?

—No lo sabemos, Único Señor... Algunos tienen la parte superior del cuerpo hecha de una plata especial; otros llevan solamente pelo por todas partes, incluso en la cara. Van de pie como los humanos, pero apestan y utilizan un idioma desconocido.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace tres estaciones.

—¿Y volvieron a marcharse de inmediato?

—¡Por el mar, sí, en su montaña flotante, como habían venido, mi Único Señor!

Casi interrumpiéndolo, Villa Oma da un paso hacia adelante.

—Tal vez sean viracochas... ¿Se te ha ocurrido?

—¿Qué quieres decir? —pregunta con dureza Atahuallpa.

—Viracocha, nuestro Señor, el que hizo nacer el Mundo, salió del Titicaca para dar a luz a las llanuras y a las montañas, a la mujer y al hombre. Viracocha el Poderoso, el que quiso que Inti el Sol nos diera luz y que Quilla nos protegiera durante la noche...

—¡Villa Oma, hablas demasiado! ¡Y sé quién es Viracocha!

—Entonces sabes que una vez que su misión estuvo cumplida desapareció por el océano para irse a descansar al horizonte del oeste, y que también prometió que un día regresaría...

—¿Y tú deduces —interrumpe Atahuallpa, enojado— que es él el que regresa hoy

sobre una montaña flotante y bajo la apariencia de hombres apestosos, cubiertos de plata pulida y de pelo?

Villa Oma sostiene la mirada de Atahuallpa y luego se gira hacia Huayna Capac.

Sería una posibilidad, mi Único Señor. Viracocha sabe adoptar la apariencia que más le conviene. Sabe ser uno o muchos, humano o animal, bosque o montaña... Lo puede todo.

Con los ojos cerrados, Huayna Capac respira ruidosamente, y su voz es apenas audible cuando le dirige una pregunta a Atahuallpa.

—¿Tú no crees que Viracocha esté regresando a nosotros, hijo mío?

Atahuallpa alza los hombros antes de responder.

—No lo sé, mi Único Señor. Creo que es demasiado pronto para saberlo. Sabemos que los humanos impuros pueden tener extrañas apariencias. Tú mismo, durante las guerras, viste de todo tipo en los bosques y en las montañas del sur... ¿Y por qué tendría Viracocha que venir hoy hacia nosotros? Nuestro mundo de aquí es grande y poderoso; cumplimos el orden y las leyes...

—Pero yo voy a reunirme con Inti —resopla el Único Señor— y todavía no he designado al que va a llevar la cinta real después de mí.

Estas palabras provocan un silencio pesado.

El viejo enfermo se reincorpora con dificultad sobre un codo y su voz suena más fuerte.

—¿Por qué rechazas, Atahuallpa, hijo mío, que te designe a ti? ¿Sabes que te llevo en el corazón mucho más que a todos mis otros hijos! ¿Sabes que eres el más sabio y el más capacitado! ¿Por qué te niegas y me avergüenzas a la hora de mi partida hacia el Otro Mundo?

—Único Señor, padre mío, los dos sabemos la respuesta a esa pregunta. ¡Los clanes de Cuzco no me aceptarían nunca! Eres mi padre, pero mi madre no pertenece a un clan poderoso. ¡Si me ciñera la cinta real en la frente, jamás podría hacer que reinara el orden en el Imperio, ni que se respetaran sus leyes! ¿De qué serviría?

—¡Único Señor —grita Villa Oma—, debes tomar una decisión! No puedes partir sin designar a tu sucesor. ¡Estás en falta, y tu falta recaerá sobre nosotros!

—¡Villa Oma! —gruñe Atahuallpa—. ¿Cómo te atreves?

—¡Me atrevo porque veo la desgracia frente a nosotros! ¿Te olvidas de las señales, Atahuallpa? La otra noche, nuestra Madre la Luna se dividió en tres círculos al pasar por encima del palacio. El primero era del color de la sangre. El segundo era negro y verde al mismo tiempo. ¡El último no era más que humo!

Huayna Capac, agotado, se ha vuelto a hundir en su cama. Respira con bufidos roncros. Atahuallpa le echa apenas una mirada rápida y secamente se dirige al sabio.

—Y en tu opinión, ¿qué trata de decirnos Quilla?

—El primer círculo significa que cuando el Único Señor se haya reunido con su Padre el Sol, la sangre de su linaje correrá en abundancia. El segundo predice que una serie de masacres y de guerras cavarán una fosa sin puente entre el norte y el sur. El

tercer círculo es solo humo, puesto que una vez que se hayan cometido las faltas, la ira de Inti y Quilla será tan grande que, de nosotros, ¡ya solo quedará el humo, poderoso hijo del Único Señor!

—¡Aaah! —gruñe Atahuallpa con un gesto de rabia—. ¡Cuántas tonterías! Villa Oma, te consideraba más sabio. Escuchas demasiado a los adivinos que no controlan sus palabras. ¡Hablan y hablan! Sabes perfectamente que otro de esos piojosos nos dirá todo lo contrario.

—¿Quién es el sabio? —pregunta Villa Oma, arrugando los párpados—. ¿El que mira los signos y los comprende, o el que se tapa los ojos para tratar de ignorarlos?

—¡El sabio es también el que sabe callarse cuando hace falta, hermano Villa Oma!

—¡Atahuallpa..., Atahuallpa! —murmura Huayna Capac, levantando una mano temblorosa—. Atahuallpa, hijo mío, no te enfurezcas. Amo tus ideas y amo tu fuerza, pero quizá Villa Oma tenga razón. Siempre me ha aconsejado bien; escúchale cuando yo ya no esté...

El hombre, tan viejo, se estremece con un nuevo espasmo de dolor que le oprime el pecho. Luego, escoge bien sus palabras.

—Creo que Quilla, mi Madre, me ha enviado otra señal. ¡Villa Oma, haz venir aquí a la niña de ojos azules!

Las albas se suceden en la Casa de las Vírgenes y no se parecen unas a otras.

Cuando Inti Palla entra en la sala, deslizándose sin hacer ruido bajo sus faldones de vivos colores, Anamaya tiembla de miedo. La angustia de los días pasados no ha desaparecido totalmente. Sin embargo, Inti Palla se agacha cerca de ella con una sonrisa cómplice.

—¡Toma! —le susurra—. ¡Cógelo! Es para ti...

Estupefacta, Anamaya ve cómo la princesa le ofrece un magnífico brazalete de oro. Son dos serpientes entrelazadas y tan reales que parece que quieren encaramarse por su brazo.

—Cógelo —insiste Inti Palla—. ¡Es para ti!

—Es tan hermoso...

Inti Palla toma la muñeca de Anamaya y le desliza hábilmente el brazalete por el brazo.

—No te separes de él, hermana mía. ¡Te protegerá siempre!

«¿Hermana mía?». Anamaya no sabe si debe creer las palabras que oye. ¿Es realmente la misma Inti Palla que en días anteriores le había anunciado, sonriendo, que iba a morir?

Pero su corazón no conoce el rencor. Inclina tímidamente la cabeza hacia Inti Palla y suspira con las mejillas llenas de rubor.

—Gracias —le dice.

Inti Palla abre los brazos y la abraza con fuerza. Anamaya siente el calor de ese cuerpo ajeno, el latido del corazón sobre su joven pecho. Hace ya un largo año que nadie la ha abrazado, que ninguna mano la ha acariciado... Sin que pueda remediarlo, se le hace un nudo en la garganta, y las manos se le crispan sobre los hombros de la princesa. Las dos se estremecen a la vez, y Anamaya quiere ver en ello una señal.

Inti Palla es la primera en deshacerse del abrazo. Luego, mira el azul intenso de los ojos de Anamaya.

—No olvides nunca que soy tu amiga —le dice con mucha solemnidad.

El agradecimiento hace que brillen los ojos de Anamaya, pero no está segura de que pueda creerla.

—Date prisa —añade Inti Palla, volviéndose a levantar—. El capitán Sikinchara ha venido a buscarte. El Único Señor quiere volver a verte.

Detrás del miedo, al que ahora ya está acostumbrada, Anamaya siente brotar un sentimiento nuevo: una mezcla curiosa de ilusión y de expectación.

Incluso una especie de orgullo.

Antes de arrodillarse en el umbral de la sala repleta de sombras, Anamaya tiene el tiempo justo de advertir una silueta curiosa y minúscula envuelta de rojo, cuya mirada penetrante se clava en la suya. Es un hombre más pequeño que un niño, cuyas manos potentes se aferran al lecho del Único Señor. Tiene el pliegue de la boca torcido por una curiosa expresión de desespero.

Cuando Sikinchara le ordena avanzar, el aire que respira le irrita de inmediato el cuello y los ojos. Al olor de las hojas de coca quemadas, se une el hedor de la enfermedad. Entre la penumbra adivina otras presencias y reconoce la túnica del sabio de la boca verde de coca.

Cuando llega, sobre las manos y las rodillas, junto al lecho del Único Señor, el enano se retira para dejar que pase, sin desaparecer por completo. Ella siente la presencia de su cuerpo deforme cerca del suyo y, curiosamente, no le resulta una sensación desagradable. Luego oye la voz del Único Señor, que cruje como la arena.

—Levántate, hija mía. Mírame.

El Único Señor está tan enfermo que parece que su rostro se esté pudriendo. Tiene unas manchas repugnantes que le deforman la frente y las sienes, y otras que le marcan las manos, afectadas de violentos temblores.

—Atahuallpa, fíjate en sus ojos... —murmura entonces.

Un joven señor se acerca y la mira.

Anamaya se reprime el instinto de apartarse. Puede adivinar todo el poder que hay en ese hombre. Él observa su mirada azul sin vacilar, mientras que a ella le sorprenden las líneas sanguinolentas que le manchan el blanco de los ojos. Sin embargo, su rostro es bello, con la boca larga y los labios bordeados por un dibujo muy preciso. Ella no se atreve a seguir mirándolo y se da la vuelta. Lo que descubre

entonces la hace estremecerse; está a punto de gritar. Sobre el lecho del Único Señor hay otra mirada que brilla. Hay un hocico frente a ella, ¡y unos colmillos que resplandecen!

Tras el estremecimiento comprende finalmente que el puma no está vivo. No es más que una piel tendida a los pies del Único Señor; pero su cabeza está tan bien conservada que las pupilas de la bestia la atraviesan.

—¿Quién es? ¿De dónde viene? —pregunta Atahuallpa.

—Villa Oma te lo contará —murmura el Único Señor—. Ven aquí, niña; acércate.

Con reticencia, Anamaya se acerca un poco más al lecho real. El olor le inunda la garganta. Se pregunta si lo que le está pasando no es peor que enfrentarse a las feroces bestias. El anciano le acerca la boca a la oreja y, justo cuando ella está a punto de apartarlo, asustada, le dice: «No le temas». Es un simple susurro que nadie ha oído, pero que consigue calmar los latidos de su corazón. El Único Señor, con un esfuerzo terrible, extiende la mano agitada por los sobresaltos hacia ella.

—¡Toma mi mano, muchacha!

A sus espaldas, Villa Oma se exalta.

—¡Único Señor! ¡Ten cuidado!

Anamaya no osa tan siquiera levantar la mano. Mira con terror los dedos que se extienden hacia ella, oscurecidos como una raíz podrida por la escarcha. ¡Nadie, excepto las damas elegidas, toca jamás al Único Señor!

Mientras tanto, los ojos exorbitados por la fiebre se clavan en los suyos.

—¡Tócame, muchacha! —ordena de nuevo Huayna Capac.

Con la náusea en la garganta, pone los dedos pálidos sobre los del inca.

Con un movimiento apenas controlado, él se aferra a ella. Tras un estertor, cierra los párpados y vuelve a lanzar la cabeza sobre la tela impregnada de sudor, como si cayera al revés, con el cuerpo atravesado por una ola de frescor.

A su alrededor todos callan.

Anamaya, que ahora tiembla tanto como el Único Señor, no oye las respiraciones inquietas de los demás.

Finalmente, un rictus tensa los labios acartonados del Hijo del Sol. Y quizá sea una sonrisa. Sus ojos parpadean, pero tiene la mirada velada, como la de un hombre que ha perdido el sentido. Su voz ya no es más que un sonido sordo que vibra a través de la garganta seca.

—Las aguas azules del Titicaca están en sus ojos, hijo mío. ¡Las aguas del cielo! Quilla, Madre, gracias por habérmela enviado. Ahora lo sé. Lo sé...

—Único Señor, padre mío...

—¡Deja, Atahuallpa! Está bien. Me ha sido enviada para que me acompañe hasta el umbral del Otro Mundo. Sus ojos hacen que me sienta bien. ¿Oyes mi voz, hijo mío? Ya suena más clara. El dolor me abandona. ¡Ah, gracias, Quilla!

Anamaya vacila. No entiende lo que el Único Señor quiere decir, pero siente la fuerza con la que le aprieta la mano. Sin embargo, adivina que dice la verdad, que

siente menos dolor.

Ella también tiene ganas de sonreír.

Después de un largo silencio oye el frotar de las sandalias sobre las piedras. Comprende que Villa Oma y luego el joven señor Atahuallpa están saliendo de la habitación. Se queda sola, agachada junto al lecho, con la mano en la mano del inca y el enano agazapado tras ella.

—¿Está todavía cerca mi hijo mayor? —pregunta el Único Señor con la voz quebrada.

—Estoy aquí, padre querido.

La voz del enano es grave, profunda como un eco que saliera del pecho de un gigante.

—Ahora tienes que dejarnos, hijo mío —murmura el Único Señor.

Las preguntas sin respuesta se agolpan en la cabeza de Anamaya mientras escucha el zumbido que produce sobre el suelo el enano que se aleja. ¿Cómo puede el Único Señor ser el padre de un ser como ese? Sin embargo, le ha parecido adivinar una ternura infinita en el tono de sus voces...

Entonces, el Único Señor aprieta las dos manos sobre la suya con una fuerza de la que ella no le hubiera creído capaz. La muchacha se muerde los labios para no gritar.

—Ten paciencia, muchacha. Tengo muchas cosas que contarte —le dice luego en voz baja.

El Único Señor mantiene durante toda la noche la mano de Anamaya cogida entre las suyas.

Durante toda la noche le cuenta más y más cosas. Su voz, muy baja, no cesa de emitir palabras, como si ya solo le quedara esa fuerza.

Le cuenta el pasado, el nacimiento del Mundo, la fundación del reino de Cuzco por el primer inca y la paciente conquista de las montañas, las llanuras y los lagos por el Hijo del Sol.

Le cuenta cómo él, Huayna Capac, el Duodécimo Hijo, extendió el Imperio de las Cuatro Direcciones hacia el norte, hasta las montañas ardientes de Quito, y hacia el sur, muy lejos, mas allá del lago Titicaca, allá donde la nieve y el hielo permanecen a través de las estaciones.

Le cuenta sus batallas, las ciudades sometidas y los pueblos conquistados.

Sin aliento, con los labios rotos por tantas palabras pronunciadas, le dice lo que son la potencia y la sabiduría, la grandeza y la fuerza de los Hijos del Sol.

Con sollozos que se mezclan con los estertores de su agonía, le explica lo mucho que su Madre la Luna le amó y lo muy feliz que se siente de reunirse finalmente con Inti, su Padre el Sol. Pero confiesa el miedo que lo inunda al tener que encontrarse con sus ancestros en el Otro Mundo. Le van a reprochar no haber asegurado el futuro del Imperio colocando la cinta real en la frente de uno de sus hijos.

Dice que espera, a pesar de todo, convertirse en una piedra, como los ancianos de su raza, puesta sobre la hierba mullida y tierna de una montaña de Cuzco.

Y, finalmente, le cuenta un secreto. ¡Le susurra el futuro!

Pero entonces es como si las palabras ya no pasaran de la boca a la oreja, sino que se transmitieran de la mano en ruinas del Único Señor hasta la palma fresca de la joven muchacha.

Y Anamaya está ebria de palabras y de frases. Ya no oye nada.

No es consciente de que todos los poderosos del Imperio se agolpan en el umbral de la habitación, llenando el gran patio del palacio iluminado por centenares de antorchas.

Van todos ricamente vestidos y engalanados. El oro de sus pendientes brilla en la noche como si las estrellas, de pronto, se hubieran reunido. Pero guardan un silencio absoluto. No se oye más que el murmullo de la voz del Único Señor, parecido al zumbido de un insecto obstinado.

Y durante toda la noche, los poderosos contemplan este hecho inconcebible: el Único Señor, tendido en su lecho de muerte, sujeta la mano de una muchachita arrodillada, que vacila de agotamiento. Se trata de una niña impura, con los ojos de lago; ni siquiera es hija de un gran linaje. ¡Y él habla y habla sin cesar!

¡A ella le confía todos los secretos que solo sabe un Hijo del Sol!

¡A ella le confía el secreto de los Padres y de los ancestros!

Muchos quisieran gritar ante tamaño sacrilegio. Sin embargo, nadie se atreve a hacerlo.

Cuando el sol regresa al horizonte, Anamaya está exhausta, como si le hubieran vaciado el corazón.

Cien veces ha estado a punto de dormirse. Cien veces, con la mano libre, se ha pellizcado los muslos hasta hacerse sangre para no permitir que se le cayeran los párpados.

Cien veces, las pupilas amarillas del puma la han atravesado y la han mantenido despierta.

Ahora, al levantarse el alba, tiene el cuerpo tan tumefacto que se ha vuelto insensible, y está tan helado como si estuviera cubierto de nieve. Su espíritu se ha congelado y las frases pronunciadas por el Único Señor ya se le han borrado.

Pero, de pronto, cuando los párpados de los poderosos, todavía de pie en el patio, empiezan a cerrarse, y las cabezas comienzan a inclinarse por la fatiga, el murmullo cesa.

Anamaya se estremece, con la nuca rígida y los ojos abiertos de par en par.

En los dedos entumecidos siente una punta de fuego.

El Único Señor vuelve a temblar mientras respira con fuerza y rapidez.

Durante la noche, su viejo rostro se ha arrugado como si los huesos de sus

mandíbulas y de sus sienes se hubieran fundido.

Pero sus pupilas, opacas como la noche que acaba de cruzar, arden con un fuego tan violento como el que funde el oro, que penetra en el azul de las de Anamaya como si, juntas, fueran capaces de alcanzar el Otro Mundo.

Ella no teme, pero su corazón se desgarró y se abre a todos los sufrimientos. Ve frente a ella a su madre muerta en la aldea y el rostro del viejo. Una oleada de tristeza le inunda el pecho; las lágrimas se deslizan por su garganta.

De pronto, todos oyen su sollozo, que llega hasta lo más lejano del patio. Y todos se estremecen de terror.

Sin embargo, el Único Señor se aferra una última vez a la mano de Anamaya, con tanta fuerza que ella cae sobre el lecho.

—¡Hija Anamaya! —grita—. ¡Hija del lago, hija de Quilla! ¡Que tu vida sea larga a este lado del mundo! ¡Puesto que yo te recordaré cuando esté cerca de mi Padre el Sol!

Se deja caer de nuevo y todo ha terminado. Ha muerto.

Un inmenso gemido se levanta en el patio real.

Al mismo tiempo que una tabla se rompe, Anamaya cae al suelo.

QUITO, DICIEMBRE DE 1527

—¿Es posible que seas una niña sin cerebro y sin memoria? ¿Es que oyes las palabras sin entenderlas? ¿El Único Señor te habla durante toda una noche sin que eso haga más ruido dentro de ti que una hoja de coca entre tus dedos?

Hace horas que el sabio Villa Oma le hace las mismas preguntas, y ella no tiene más que una única respuesta, que repite sin cesar, cabizbaja.

—No lo sé, poderoso señor; ya no sé nada. No entendí... ¡Él hablaba y hablaba! Decía palabras que desconozco. No quería olvidarlas, pero el puma me miró y todo se me borró...

—¡El puma te miró y todo se te borró!

Hay tanta ironía amarga y llena de rabia en esta burla que Anamaya desvía la mirada.

—¡Cálmate, Villa Oma! —interviene bruscamente Atahuallpa.

Villa Oma se golpea con el puño la coraza de oro y da dos pasos hacia un lado, como si este movimiento pudiera aplacar un poco su ira.

En la pequeña y oscura habitación, tan solo amueblada con un lecho y una gran tinaja vacía, el aire se vuelve irrespirable. Villa Oma tira de su capa y se gira, agitando la mano con vehemencia.

—¡Poderoso señor Atahuallpa, hermano de linaje! —exclama—. Siento respeto por ti, pero me parece que no te das cuenta de la gravedad de la situación. Hace una luna que tu padre, Huayna Capac, se marchó al Otro Mundo. Se marchó sin designar a su sucesor. Quizá, en el transcurso de su agonía, le confió su última voluntad a esta muchacha, pero ¡he aquí que la niña, mientras tanto, miraba los ojos de una piel de puma y todo se le borró!

Villa Oma aprovecha la pausa para mirar a Anamaya con disgusto. Ella siente que le tiemblan las rodillas y que la vergüenza le hiela el pecho.

—De tal manera... —vuelve a la carga el sabio con voz gélida—, de tal manera que el Imperio vive días sin luz. Ningún inca puede ponerse la cinta real en la frente. El Imperio de las Cuatro Direcciones ya no tiene centro. Inti ya no tiene un hijo que nos gobierne. ¿Crees que eso puede durar sin que nuestro mundo se hunda? ¡Atahuallpa! ¡Atahuallpa! Podrías convertirte en el Único Señor...

—¡Ya sabes por qué lo rechacé, Villa Oma! Es inútil que sigas insistiendo.

—¡Y qué más da la razón! Tu rechazo llevó a Huayna Capac a tomar decisiones equivocadas cuando estaba enfermo y ya casi en el Otro Mundo.

—¡Villa Oma, mide tus palabras!

—¿No es la pura verdad? ¿A quién designó en tu lugar? ¡A su último hijo, que no tenía ni una luna de edad! ¡Un bebé! Y los oráculos fueron muy malos. Los magos

afirmaron que se trataba de una pésima elección. Pero por desgracia, carcomido por la enfermedad, tu padre se obstinó...

—No me dices nada que no sepa, Villa Oma. ¡Te repites y faltas al respeto!

—Entonces, voy a darte una auténtica noticia, llegada al alba de hoy...

—Dime.

—Los sacerdotes fueron a Tumbamba para colocar la cinta real en la frente del bebé, puesto que era el elegido. Cuando llegaron, el bebé estaba tan muerto como su padre.

El silencio pesa repentinamente sobre ellos como un viento glacial. Anamaya, sin querer, escucha atentamente. Intenta en a medida de lo posible no moverse, y adivina la respiración enta de Atahuallpa y el rechinar de los dientes del sabio.

—¿Qué va a suceder ahora? —pregunta Villa Oma—. ¡Dímelo Atahuallpa, tú que sabes!

—Los clanes poderosos de Cuzco ceñirán sin vacilar la cinta real en la frente de mi hermano Huáscar —admite, preocupado, Atahuallpa—. Es él quien fue designado en segundo lugar...

—¡Sí! ¡Pero los oráculos fueron tan negativos con él como con el bebé! E incluso si hubieran aprobado esa elección, conoces a Huáscar tan bien como yo. Es un hombre imprevisible. De momento, se somete encantado a sus tíos y tías de Cuzco, que quieren reinar sin reparto y no sienten más que odio hacia todos los clanes del norte. Nadie puede saber lo que quiere hacer con las Cuatro Direcciones, pero hay una cosa segura: lo hará con sangre. ¡Adora el sufrimiento de los demás! Y nos señalará como al enemigo. He aquí el contenido de mañana. ¿Lo encuentras sensato? Yo te digo una cosa: temo la cólera de Inti, nuestro Padre. ¡Temo las lágrimas de Quilla y la ira de Illapa! ¡Atahuallpa, solo tú puedes mantener el Imperio unido y potente!

—No —responde simplemente Atahuallpa con una voz contenida—. Huáscar llevará la *mascapaicha*^[5]. Es lo que quiso mi padre, Huayna Capac.

Preso de la ira, Villa Oma golpea el suelo con la sandalia con tanta fuerza que Anamaya se sobresalta. El sabio agita hacia ella un dedo seco y duro como una punta de lanza. En la penumbra, sus labios y sus dientes reverdecidos por la coca parecen negros, y le dibujan una boca vacía y terrible, de la que las palabras salen a borbotones.

—¿Y tú qué sabes? ¡Confió su verdad a esta mocosa! ¡Toda una noche! Tenemos que saber lo que le dijo. ¡Bastará con que ella se acuerde!... ¡Ah, Atahuallpa! Confíamela; déjame arrancarle la piel si es preciso. Te prometo que antes de que anochezca...

—No, Villa Oma —le interrumpe Atahuallpa con un tono indiscutible—. No harás nada de eso.

Durante un breve instante los dos hombres se enfrentan con la mirada. Anamaya está a punto de hundirse cuando el sabio se aleja al fin hacia la puerta estrecha de la

habitación. Atahuallpa le dirige entonces una orden seca.

—¡Escúchame con atención, hermano, Villa Oma! Sé que hablas por mi bien y no lo voy a olvidar, pero quiero respetar las decisiones de mi padre, aunque no me plazcan. Si pensó que esta muchacha le había sido enviada por nuestra Madre la Luna, tenía sus razones para hacerlo. Si le confió el futuro sin que ella se acuerde hoy, también tenía sus razones.

Villa Oma suspira. Después de una corta vacilación, vuelve sobre sus pasos.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta.

—Lo que hay que hacer. Oíste tan bien como yo cómo mi padre decía: «¡Niña Anamaya! ¡Hija del lago, hija de Quilla! ¡Que tu vida sea larga a este lado del mundo!». La designó para que se convirtiera en la guardiana de su Hermano-Doble. Así será.

Villa Oma sacude la cabeza, con el rostro cansado. Parece como si le estuviera dando una lección a un niño insoportable.

—Eso no existe —afirma—. Los Hermanos-Dobles jamás han tenido esposa.

—Pues bien, a partir de ahora va a existir. Se lo vas a anunciar tú mismo a los sacerdotes: esta muchacha será la *Coya Camaquen* del Hermano-Doble.

—¡No lo van a aceptar! Déjame meterla en la fosa de los pumas y ya verás cómo se acuerda.

—¡No! El Único Señor Huayna Capac la quiere cerca de él y de aquí. Los poderosos señores que estaban presentes la noche de su traspaso al Otro Mundo lo vieron y lo oyeron tan bien como nosotros.

—¡Esta muchacha no es más que una salvaje! —protesta Villa Oma una vez más—. ¡Ignora lo que es una *Camaquen*! ¡Jamás ha visto al Hermano-Doble!

—Es tu responsabilidad hacer lo necesario para que lo aprenda, y rápidamente...

—¡Atahuallpa! No es una auténtica inca. ¿Por qué deberíamos confiarle nuestros secretos? Va contra la tradición y contra la ley... Si te equivocas, ¿sabes lo que va a ocurrir con nosotros?

—No puedo equivocarme si sigo la voluntad de mi padre.

—¿Quién puede afirmarlo? ¡Si nuestra falta es demasiado grave, el Sol no volverá a cruzar las montañas del este! ¿Quieres que durante el día, al igual que por la noche, permanezca en el Mundo de Abajo? ¿Quieres que el tiempo se detenga y que llegue nuestro final?

Cada una de estas palabras golpea el corazón de Anamaya como un puñetazo.

—Basta ya de quejarte, Villa Oma, y haz lo que te digo —ordena Atahuallpa con voz serena.

El sabio permanece unos segundos con los ojos cerrados, Pero acaba por inclinarse, vencido. Entonces, con un movimiento decidido, coge el mentón de Anamaya entre sus dedos, duros como la madera. Le levanta el rostro y planta sus ojos nocturnos en los de la muchacha.

—¡Niña Anamaya! ¿Lo has oído? A partir de ahora me obedecerás en todo; tal es

la voluntad de mi hermano Atahuallpa. ¡Y te prometo que si alguna vez tu lengua o tu memoria se desatan para contar a alguien que no sea yo lo que te dijo el Único Señor antes de morir, te cortaré el corazón en trocitos pequeños!

Suelta su cara con tanta violencia que es casi como si la abofeteara. Mientras que el hombre sale de la sala sin dedicar ni tan siquiera una mirada a Atahuallpa, las rodillas de la muchacha flaquean y cae sobre el estrecho lecho. Su orgullo no puede impedirlo: el terror le corta el aliento, tiene hipo y mantiene la boca abierta con un leve grito que apenas puede contener. El señor Atahuallpa la observa un momento, vacilando, y luego da un paso y se inclina. Con la punta de los dedos le toca el hombro y esboza una caricia con el reverso de la mano.

—Mírame, muchachita —le dice suavemente.

La discusión con el sabio ha enrojecido el blanco de sus ojos más que nunca, pero una sonrisa ligera flota sobre sus bellos labios.

—No llores, niña Anamaya —le dice en voz baja—. Sé fuerte y digna. No tengas miedo del sabio. Grita mucho pero no es tan malo como parece. Él desea nuestro bien...

La escruta como si todavía buscara alguna cosa en el enigma de sus ojos azules. Ya no sonrío: su rostro ha recobrado la severidad.

—No temas a nadie —declara—. Yo te protegeré todo el tiempo que mi padre lo desee desde el Otro Mundo.

—Anamaya, hermana mía...

Habiendo entrado furtivamente en la sala después de la salida de Atahuallpa, Inti Palla se arrodilla al lado de Anamaya y le acaricia la mano. Sus dedos pasan por encima del brazalete de serpientes. Su mirada brilla de curiosidad.

—¿Es cierto lo que dicen? —susurra.

Anamaya la mira sin comprender.

—¡Que no te acuerdas de nada! —añade Inti Palla, batiendo los párpados con enfado—; de nada de lo que te dijo el Único Señor...

Anamaya vacila antes de responder. Las amenazas del sabio Villa Oma retruenan todavía dentro de su cabeza. Pero ella no quiere dar la impresión de que desconfía de su nueva amiga.

—El Único Señor me habló y sus palabras están en mí —dice con cautela.

—Pero ¿tú no te acuerdas de ellas? —repite la princesa, apretándole fuertemente la muñeca.

—Cuando el Único Señor lo quiera, me acordaré...

Inti Palla suspira, pero lo que lee en la mirada azul de Anamaya le impide insistir. Sus dedos se relajan y esbozan una caricia negligente. Una sonrisita que no tiene nada de amistosa le entreabre apenas los labios.

—Da igual. Si no quieres confiar en mí...

—¡Inti Palla, no puedo hacerlo! ¡No estoy autorizada!

La joven princesa levanta los hombros y se reincorpora, ajustando la pinza de oro de su capa. En una fracción de segundo recupera una altivez y un desdén que Anamaya hacía tiempo que no le veía.

—No tiene ninguna importancia —le suelta—. Venía a anunciarte una cosa más importante. Como no has salido de esta habitación desde la muerte del Único Señor, seguro que no te has enterado...

—No me permiten salir —murmura Anamaya al mismo tiempo que lanza una mirada de desprecio hacia el marco de la puerta.

—¡Es lo que te decía! —insiste Inti Palla—. Y tampoco es conveniente que esté por aquí demasiado tiempo. Pero vale más que lo sepas: cuando el ayuno por el traspaso del Único Señor al Otro Mundo haya terminado, me convertiré en la concubina del poderoso Atahuallpa.

—¡Oh!

—Sí... ¿Te sorprende?

—¡No! ¡Eres muy bella! Lo comprendo...

—Sí —se ríe Inti Palla con suficiencia—. Creo que me encuentra muy hermosa. Y ya ves, no tiene ninguna importancia que no quieras contarme nada. Me enteraré de otra manera. Cuando están de pie, los señores se muestran silenciosos y llenos de orgullo; pero cuando están tumbados en brazos de sus concubinas, la historia es otra.

Inti Palla se va entre una cascada de risas, doblando su túnica de lana fina.

—No te creas nada de lo que te cuenta —dice una voz grave y profunda, que Anamaya reconoce de inmediato.

—¡Inti Palla es cruel y mentirosa!

El enano saca los hombros de detrás de la vasija; luego, el busto y las piernas. Su pelo áspero está salpicado de granos de maíz. Con agilidad, se sienta en el borde y contempla a Anamaya con mucha seriedad.

—Muy mentirosa, y mala como una serpiente herida —prosigue, sacudiendo la cabeza para hacer que caigan los granos de maíz—. La primera vez que me vio me molió a patadas. Obedece a los fuertes y aplasta a los débiles. Tan solo escuchar sus palabras ya provoca sufrimiento.

Si no fuera por su sorpresa, Anamaya se echaría a reír ante el espectáculo de ese abortito que salta como un mono, con la cabeza medio recubierta de una lluvia de oro de la planta sagrada. Pero ella levanta las cejas con seriedad e intenta mostrarse ofendida.

—¿En qué te estás metiendo y qué haces aquí?

—Velo por ti, princesa.

—No necesito que tú me digas quiénes son mis amigos.

—Entonces, ¿estás tan segura?

El enano se burla. Suavemente, sale de cuerpo entero de la vasija y, de un bote, salta al suelo para arrodillarse frente a Anamaya, que a duras penas puede reprimir una carcajada alocada.

—¡Princesa!

—¡Basta ya de hacer el tonto!

—No hago el tonto, princesa —protesta el enano con una gravedad dolorosa—. Todo lo contrario: mi amo ha muerto y no pido nada más que el honor de servirte.

—¿Servirme? ¿A mí? Soy fea y...

—¿Me has mirado bien, princesa?

La risa que Anamaya ha reprimido desde la aparición del enano estalla al fin; una risa que la sacude hasta lo más profundo y la libera. Hace tanto tiempo que no se ha reído, tanto tiempo que el sufrimiento y el miedo habitan en ella, que ya no puede parar. El enano, a su vez, se incorpora y permanece ahora impasible frente a ella.

—Perdóname —balbucea la muchacha cuando consigue al fin calmarse—. Ni siquiera sé quién eres...

—¿No oíste cómo el Único Señor me llamaba hijo?

—Sí, pero...

—... pero pensabas que la enfermedad le estaba afectando ya al espíritu, ¿no?

—No lo sé. Tenía mucho miedo y quizá no...

—No te preocupes —la corta el enano sin malicia—; no me has ofendido.

A través de la cortina, animada por una brisa ligera, Anamaya ve las sombras de la agitación del palacio. El enano adivina su inquietud y la barre con un gesto.

—No va a entrar nadie —le susurra, cómplice.

—¿Cómo lo sabes?

—Estas cosas las sé —le contesta con una seguridad cómica.

Se callan un momento, el uno frente al otro, mientras Anamaya se va acostumbrando progresivamente a su extraña presencia, a su cabeza desproporcionada que le llega a la altura del pecho, a esa larga túnica roja cuyos flecos se arrastran por el suelo recogiendo el polvo y el barro. Ya la llevaba el primer día, cuando ella advirtió su presencia a los pies del lecho del Único Señor.

—¿No te quitas nunca esta túnica?

—La llevaba el día en que el Señor Huayna Capac me capturó e hizo de mí su hijo.

—No lo entiendo...

—Pertenezco a la tribu de los canaris, que siempre ha estado en guerra contra los incas. Un día en el que Huayna Capac había perseguido a los míos hasta el lago Yaguarcocha y había infligido grandes destrozos en nuestras casas, yo me refugié, tembloroso, bajo un montón de gruesas mantas de lana.

El rostro del enano va cambiando de expresión de una palabra a la otra, al igual que lo hace el cielo en la estación de las lluvias. El miedo extremo y la diversión pasan sucesivamente por sus ojos.

Oía su terrible cólera estallando en palabras como nubes portadoras de tormenta. En definitiva, temía morir; sentía un miedo terrible e innoble. Cuando noté que una mano hurgaba en las mantas creí realmente que había llegado mi hora.

—¡Debiste de suplicar muchísimo!

En absoluto, princesa. No sé por qué exclamé absurdamente: «¿Quién me ha descubierto? Quiero que me dejen dormir». Y lo repetí varias veces, al mismo tiempo que me incorporaba y bostezaba, como si despertara de un sueño profundo. «Que me dejen dormir», decía.

Anamaya vuelve a reírse. Siente el corazón lleno de ligereza.

—¿Qué dijo el Único Señor?

—Hizo igual que tú, princesa. Se rio a mandíbula batiente. Y arrastró con su risa a todos los que estaban a nuestro alrededor: generales, combatientes, señores. Todos tenían ese brillo feroz en el fondo de los ojos, pero se reían porque su amo lo hacía. El único que no se reía era su hijo, el de los ojos rojos...

—¿Atahuallpa? ¿Por qué?

El enano se calla.

—Yo conozco la razón, y otros conmigo... Pero, créeme, es mejor no saberla...

—Entonces, tú también eres poseedor de un secreto peligroso.

Con el borde de la mano, el enano hace el gesto de cortarse el cuello.

—Es esto lo que vale mi vida, no más. En definitiva, el rey Huayna Capac declaró que era su hijo, su hijo mayor, y que se me debía un respeto. Es por esto por lo que todavía sigo vivo. Pero ahora que se ha ido al Otro Mundo...

El enano se calla repentinamente. Anamaya ya no tiene ganas de reírse.

—He perdido a mi padre —prosigue él con tono grave y una tristeza que oculta cualquier rastro de humor bufo.

A Anamaya se le empieza a acelerar el corazón. Con su voz grave, sin emoción aparente, el enano todavía añade algo más.

—¡Y me odian con tanta fuerza como te odian a ti!

—Estás tan solo como yo, ¿verdad? —murmura Anamaya, comprendiendo finalmente lo que él le quiere decir.

—Eso parece.

En el silencio que los une, Anamaya ya no tiene miedo de ser una niña pequeña. Hay emociones antiguas, que no intenta comprender, que hacen que se estremezca. Una ola de ternura le embarga el vientre y le nubla los ojos. Las palabras se agolpan en el fondo de su garganta, hecha un nudo. Querría contárselo, confiarle sus terrores y sus recuerdos a pedazos; pero solo consigue balbucear sonidos sin forma. Cuando las lágrimas le cortan la respiración, la mano grande del enano, de falanges extrañamente desproporcionadas, le toma la suya con una dulzura extrema.

—¡No digas nada, princesa! No hables; todo va bien.

—Quisiera... Quisiera...

Pero las palabras no logran salir todavía. Se acurruca contra el enano, y de pronto

se siente minúscula, más pequeña que él, ¡tan perdida, tan desamparada! Y sin embargo, por vez primera desde hace varias lunas, su corazón se llena de esperanza y de agradecimiento.

Por fin, ha encontrado un amigo.

Cada vez que hay un ruido, cada vez que entra una visita, el enano se esconde.

Bien entrada la noche, se tumba junto a ella, sobre la estera, y conversan.

Ella le habla del ataque a su aldea, de la muerte de su madre, del capitán Sikinchara, de la extraña pasión odiosa que le dedica Inti Palla, de su miedo ahora que el secreto confiado por Huayna Capac está en ella y que todo el mundo quiere poseerlo.

Él le habla de la corte y de sus intrigas, de los odios entre las concubinas, de la crueldad de los poderosos. Le cuenta también el secreto que Atahuallpa esconde en su corazón; la verdadera razón por la cual no puede convertirse en el inca. Le dice que no confíe a nadie las palabras escondidas en ella, las que el Único Señor puso en ella y que duermen en su ser.

Se confiesan el uno al otro que temen que los separen ahora que se han encontrado, pero se prometen velar el uno por el otro en la medida de sus posibilidades.

Él la hace reír en voz baja, y ella le llama «mi señor», mientras que él la llama «princesa». En la quietud de la noche, se liberan de la piel de sus terribles soledades, de las capas que los miedos han acumulado.

Cuando se acerca el alba, el enano le dice a Anamaya que sabe que van a matarlo pronto.

Y con todas sus fuerzas, la muchacha se aferra a él como si estuviera a punto de ahogarse, pidiéndole que no muera, que no la abandone.

QUITO, ENERO DE 1528

—¡Coya Camaquen! ¡Coya Camaquen! ¡Despiértate, por favor!

Anamaya se incorpora sobresaltada y se apoya sobre un codo, sorprendida. Seis o siete jóvenes mujeres se agolpan en su pequeña habitación. Y sin vacilar, cuando está a punto de levantarse, las sirvientas se arrodillan y retroceden contra las paredes con todas las muestras de respeto que solo se le dedican a una dama de alto rango.

Con la frente gacha, la mayor de ellas, que ni siquiera le dobla la edad a Anamaya, se postra, posando las palmas de las manos en la alfombra que recubre la tierra batida.

—Coya Camaquen, debes seguirnos, por favor —murmura con el rostro inclinado.

«Coya Camaquen...».

¡Si al menos ella supiera lo que eso significa realmente! ¡Cuál es su papel a partir de ahora y cuáles son sus obligaciones!

Pero no tiene tiempo de hacerse preguntas. La cortina de la puerta ha sido levantada y afuera brilla el sol. Al fin, va a salir de esta sala, que se parece más a una celda que a un dormitorio.

No ha vuelto a ver al enano desde la noche en la que vino a romper su soledad, ofreciéndole la suya. A veces se pregunta si eso no fue también un sueño...

Se levanta y sigue a las sirvientas; ninguna de ellas osa mirarla directamente a los ojos. Pero apenas da unos pasos bajo el sol antes de que un estremecimiento le recorra el cuerpo.

El inmenso palacio real bulle de gemidos y quejas. Las flores de los jardines han sido cortadas y se marchitan sobre la tierra. Las esposas del Único Señor corren arriba y abajo, con los rostros deshechos por la tristeza, quejumbrosas. Parecen todas ausentes y perdidas, errando de derecha a izquierda, sin objetivo.

Las sirvientas hacen que cruce el umbral de un nuevo patio. Allí, unos hombres, con el semblante también grave, están reunidos en pequeños grupos. Por sus vestiduras y por los discos que llevan en las orejas se reconoce a los señores. A su paso le dan la espalda y se quedan inmóviles, hasta que ella se aleja.

Al fin, Anamaya entra en uno de los grandes caserones de piedra. Tiene las paredes cubiertas de placas de oro y de altos nichos que contienen lamas de piedra y de cerámica y vasos de madera delicadamente pintados. Sobre un banco de madera esperan unos magníficos vestidos. La *lliclla*, una capa de color rojo oscuro, está cruzada por un gran motivo en V, azul claro y amarillo chillón. Cuando se acerca a tocar la textura, a Anamaya le tiemblan los dedos; apenas se atreve a pellizcar la tela, tan fina como la piel de un bebé.

En cuanto al *acsu*, es una maravilla como no ha visto en su vida. Del mismo tono rojo que la *lliclla*, la túnica está decorada con dos bandas anchas de motivos geométricos, amarillos y blancos, azules y rojos, de una perfección y de una delicadeza tan magníficas que algunos trazos de color tienen el grosor de un cabello.

—¡Son los motivos del Único Señor Huayna Capac! —gruñe una voz detrás de ella que reconoce al instante.

Con toda la emoción de sus descubrimientos no ha oído entrar en la sala al sabio Villa Oma. Las sirvientas han retrocedido y permanecen con las cabezas gachas. El sabio señala la túnica y la capa con el dedo.

¡Supongo que debo enseñártelo todo, niña Anamaya! A partir de ahora perteneces al clan del difunto Único Señor. Con ocasión de ciertas ceremonias, la capa y la túnica serán blancas. El resto del tiempo llevarás sus colores, *Coya Camaquen*...

Como si estas últimas palabras le hubieran dejado incrédulo, el sabio se interrumpe con un suspiro y examina con severidad a Anamaya mientras mastica hojas de coca. Luego, sacude la cabeza.

—¡*Coya Camaquen*...! —añade como si hablara consigo mismo—. Eso es lo que tú eres. Atahuallpa lo ha querido, y yo no he sido capaz de disuadir a los sacerdotes. ¡Que Inti nos ampare en nuestra locura!

—Poderoso sabio...

—Es inútil preguntar nada ahora, niña Anamaya; ¡más tarde te explicaré lo que debes saber!

Entonces, se dirige a las sirvientas.

—¡Vestidla de prisa! ¡Que no tenga que esperarla! —les espeta con rudeza.

Cuando Anamaya vuelve a aparecer en el patio central del palacio, los poderosos con los grandes pendientes de oro dejan sus charlas pero no se giran.

En esta ocasión, sus miradas severas se concentran sobre la jovencísima muchacha. Más de uno se queda asombrado; no por la rareza de sus proporciones, su gran talla, su tez clara, su nariz demasiado recta o sus labios excesivamente finos, sino por la excepcional intensidad del color azul que brilla en sus pupilas. Algunos fantasean con que ese azul tan raro es como una última y extraordinaria joya añadida a los colores del Único Señor Huayna Capac.

Lo mejor que puede, intimidada por tanta atención, Anamaya se limita a avanzar con modestia hacia el sabio Villa Oma.

De pie, cerca del porche del patio anexo, él sostiene en la mano una pesada lanza ceremonial, una *chuqui* con la punta de oro, de la cual cuelgan unas plumas verdes y rojas. La espera sin hacer un solo movimiento, obligándola a cruzar sola por en medio de la muchedumbre de señores que llena el inmenso patio. Pero con el rabillo del ojo, no se pierde ni una de las miradas de estupefacción que la acompañan.

Al fin, la muchacha llega a pocos pasos de él.

—Ahora vas a seguirme —masculla en voz baja—. Y me escuchas y no me hables más que cuando yo te lo ordene.

Se da la vuelta y se pone a caminar a paso ligero en dirección al porche. Hay soldados apostados a ambos lados de una inmensa cortina de color sangre. Cuando llega a su altura, Villa Oma golpea el suelo con la *chuqui*. Los soldados se apartan, y el sabio abre la cortina y cruza el umbral. Con el corazón acelerado, Anamaya le sigue.

Una vez cruzado el porche, se queda quieta, incapaz de dar un paso más.

El siguiente patio es inmenso y está enlosado cuidadosamente. Por tres de sus lados está bordeado de edificios bajos, cuyas entradas han sido cerradas con cortinas de plumas azules y amarillas. Cada uno de los muros, como los que rodean el patio, está recubierto con placas de oro tan finas que tiemblan con el más ligero soplo de brisa.

Este leve movimiento ocasiona un resplandor tan intenso que deslumbra. Bajo la magnitud del sol de la tarde, da la sensación de que un río de oro fundido rodea el patio. La luz es de una violencia extrema, hipnótica.

Anamaya parpadea a causa del deslumbramiento. Varios estremecimientos le recorren los músculos y le erizan la piel bajo sus suaves vestiduras.

Tras unos pocos pasos, penetra en el ojo terrestre de Inti, el Padre Sol de los incas. Aquí todo parece pesar más, y el aire es más difícil de respirar.

Villa Oma, sin esperarla, avanza hasta el centro del patio. Allá, cortinajes recubiertos de una infinidad de plaquitas de oro redondas delimitan una especie de habitación sin techo.

Mientras espera, Villa Oma se gira hacia Anamaya y le ordena que se acerque con un gesto imperioso.

Con un nudo en la garganta, la muchacha da un primer paso. Los reflejos incandescentes del oro y el sol mezclados iluminan la piel desnuda de su rostro. Se estremece de fiebre y de frío. El sudor le resbala desde la nuca hasta los riñones. Sus pies apenas la sostienen sobre las losas ardientes.

Cuando al fin llega junto al sabio, él le da la espalda y apunta su lanza hacia el sol. Inclina la cara hacia atrás y murmura, con una voz sorda y profunda:

—¡Inti! ¡Inti, poderoso señor del día! He aquí a la *Coya Camaquen* de tu hijo Huayna Capac, que viene a inclinarse ante ti. ¡Acógela y no te dejes ofuscar por su ignorancia!

Entonces, tan solo retira el tapiz de oro con la lanza y con una mirada invita a Anamaya a seguirle.

Aquel al que tomó la mano durante toda una noche mientras se moría está allí. Se encuentra tumbado sobre una gruesa capa de hierba y de paja de quinua dispuesta sobre unas finas esteras. A su alrededor hay grandes lamas de oro que le velan; en grandes vasijas de cerámica se consumen hojas de coca, y a unos pocos pasos, sobre una estela de granito pulido, se levanta una estatua de oro con la mirada esmeralda.

La carne del cadáver es tensa y morena. Tiene el vientre abierto, vacío y oscurecido por una pasta negra, brillante y que huele a quemado. Anamaya se clava las uñas en las palmas para no gritar y salir corriendo. Jamás, jamás en toda su vida, incluso cuando su madre murió justo a su lado, había visto una cosa tan horrible.

Junto a ella, el sabio se inclina y farfulla unas palabras que Anamaya no comprende. Se pregunta si debe hacer lo mismo, pero como él no le ha ordenado nada, se queda de pie, petrificada de terror.

Haciendo un esfuerzo, aleja la mirada del vientre y del tórax abiertos, atraída por el rostro del inca. Tiene los párpados levantados sobre las órbitas vacías. Sus altos pómulos se han relajado, los lóbulos de las orejas le cuelgan, aflojados y extraños ahora que ya no llevan los grandes discos de oro. Sin embargo, la expresión del Hijo del Sol, que ella solo conoció gimiendo de dolor, es bella y serena.

Y además, sobre todo, detrás de él, parece que la estatua de oro lo contempla con una mirada viva. Aunque tiene la estatura de un niño, representa un hombre de pie, con las manos abiertas y posadas sobre los muslos. Su cara, muy reconocible, es la del difunto.

Temblando por el exceso de emociones, Anamaya vacila. Si en este instante mismo la voz de Villa Oma no sonara en sus oídos, brutal y clara, se derrumbaría. El sabio le señala la estatua y gruñe con su voz gruesa.

—Muchacha, tienes ante ti al Hermano-Doble de tu Único Señor. Mientras que uno ha ido a reunirse con Inti, el otro permanece aquí, viviendo entre nosotros, para protegernos. El Único Señor te designó para ser su compañera de siempre. Y siempre, durante toda tu vida, deberás permanecer cerca del hermano de oro. Nunca, ¿me oyes bien?, nunca deberás abandonarlo. Es por esto por lo que a partir de ahora te vamos a llamar *Coya Camaquen*. Por tu boca y con la vida de su Hermano-Doble, el Único Señor nos dirá su voluntad y nos protegerá.

Anamaya se estremece mucho más fuerte.

No está segura de comprender bien el sentido de estas palabras...

Durante unos cuantos segundos desearía escaparse y gritar como la niña aterrorizada que es.

Sin embargo, como si una mano invisible calmara su corazón y suavizara su nuca dolorida, sigue escuchando al sabio. Permanece inmóvil y paciente al mismo tiempo que se va sintiendo poco a poco más segura por la serenidad del rostro del Único Señor.

—Ahora —continúa Villa Oma con voz lenta—, repite conmigo: mi Único Señor, soy la esposa de tu alma doble...

Las palabras son difíciles de formar para una boca crispada. Todos sus músculos se empeñan en resquebrajarse, y su vientre se hunde como si se vaciara tanto como el del cadáver que se seca ante sus ojos.

—¡Repítelo! —gruñe el sabio con la mirada clavada en la estatua de oro.

—Mi Único Señor, soy la esposa de tu alma doble.

- ¡Mi Único Señor, soy la que te vela aquí, mientras tú vives en el Otro Mundo!
- ¡Mi Único Señor, soy la que te vela aquí, mientras tú vives en el Otro Mundo!
- Mi Único Señor, seré la esposa fiel de tu Hermano-Doble.
- Mi Único Señor, seré la esposa fiel de tu Hermano-Doble...
- ¡Ahora, *Coya Camaquen*, póstrate ante aquel al que sirves!

QUITO, FEBRERO DE 1528

Cinco veces más, durante los veinte días siguientes, el sabio Villa Oma arrastra a Anamaya al patio del Padre Sol, en el que nadie tiene permiso para entrar, excepto los grandes sacerdotes.

Cinco veces más, la muchacha ve cómo el Único Señor se va convirtiendo en momia: unas veces secándose bajo el sol y con la ayuda de los preparados de hierbas y de salitre; otras, en la oscuridad, helado durante la noche con bloques de hielo envueltos en paja que han sido traídos expresamente de la montaña.

Las últimas veces el cuerpo ya no está tumbado, sino que se mantiene sentado por un apuntalamiento de piedras. Sus piernas han sido dobladas, y los talones, metidos debajo de los muslos, tan secos que ya no tienen más grosor que el de los huesos. Finalmente, la última vez de todas, el cuerpo seco del Único Señor ya no está desnudo, sino que ha sido cubierto con una magnífica tela de vicuña. Una diadema de plumas corona su rostro apacible.

La impresión que le causa es tan fuerte que, en la penumbra, Anamaya cree ver por un instante que sus labios se mueven y que sus ojos se fijan en ella.

En cada una de sus visitas, el sabio Villa Oma va perdiendo poco a poco su talante arisco. Su voz se vuelve paciente cuando ha de repetir siempre las mismas frases delante de la estatua del Hermano-Doble. Con paciencia, le recuerda que el mundo está hecho de tres partes. Una está ante sus ojos y se llama *Kay Pacha*. Contiene las montañas, los lagos, los animales, los hombres y las cosas que estos producen; sus guerras y sus alegrías, los alumbramientos y las enfermedades; el orden y la ley de los incas de Cuzco, los príncipes del Imperio de las Cuatro Direcciones y los señores humanos que el Sol considera como sus hijos.

—El Sol, en particular, vive en el Mundo de Arriba. Allá van y vienen Quilla, su Hermana-Esposa la Luna, e Illapa, su Hermano el Rayo. Y bajo tus pies, *Coya Camaquen*, está el hogar de los ancestros...

—Pero ¿dónde está ahora el Único Señor? —se sorprende Anamaya.

—Por todas partes, muchacha: cerca de su Padre el Sol en el Mundo de Arriba; cerca de los ancestros en el Mundo de Abajo, y aquí con nosotros, gracias a su Hermano-Doble y a ti, que le oyes... ¡Si eres capaz!

Villa Oma esboza una sonrisa. Ahora, cuando se mofa de ella, ya no lo hace con rabia ni desdén.

—Es por eso por lo que decimos que está en el Otro Mundo —añade—. Ese Otro Mundo es el de la felicidad; pero para llegar a él es necesario haber vivido aquí sin cometer faltas, sin traicionar la ley de Cuzco. Y morir.

El sabio mastica unos instantes su coca en silencio y luego hace un gesto con la

cabeza.

—¡Tú no debes morir sin que el Único Señor Huayna Capac te lo pida! Y no abandones al Hermano-Doble, ¿entendido? —concluye.

¿Lo entiende ella realmente? No está muy segura.

En la noche de este mismo día, por primera vez desde su nueva condición, vuelve a ver al poderoso señor Atahuallpa. Entra en su habitación mientras la niña está comiendo sola. De la sorpresa, está a punto de volcar el cuenco de sopa y de patatas.

Rápidamente, Anamaya se inclina y se arrodilla a los pies del lecho.

—Puedes levantarte y mirarme, *Coya Camaquen* —le dice Atahuallpa amablemente.

Ella le obedece, un poco temerosa. Sin embargo, la mirada le da confianza. Lo encuentra tan guapo y tan fuerte como la primera vez que lo vio, aunque su boca muestre todavía más preocupación y severidad.

—Anamaya, estoy contento contigo. El sabio me ha dicho que aprendes con rapidez, que le obedeces y que pareces fuerte.

Ella se ruboriza e inclina ligeramente la frente en un gesto de agradecimiento.

—*Coya Camaquen*, ¿te acuerdas ahora de las palabras del Único Señor? —pregunta de inmediato Atahuallpa.

Con tristeza, ella sacude la cabeza.

—No, poderoso señor. No me acuerdo...

—¿Ni de una sola palabra?

—No... Pero...

—¿Pero?

La muchacha se incorpora y le mira a los ojos para que él mida su sinceridad.

—Sé que las palabras están en mí. Creo solamente que el Único Señor no quiere que me acuerde de ellas hoy.

Atahuallpa la contempla en silencio durante un breve instante antes de acercársele. Después echa una mirada hacia el cortinaje de la puerta.

—¿Estás segura? —le pregunta con una voz tan baja que resulta apenas audible.

—No —responde Anamaya con el mismo tono—. No, no puedo estar segura. Pero cuando estoy con el Hermano-Doble, siento que no las he olvidado. Es solo que las palabras no pueden salir de mi boca.

Un destello de alegría brilla en las pupilas oscuras y rodeadas de rojo de Atahuallpa. Con un gesto sorprendentemente dulce, alarga la mano y, con la punta de los dedos, le acaricia el brazo.

El silencio que sigue se prolonga antes de que él vuelva a murmurar:

—Sé prudente, *Coya Camaquen*; sé prudente. Aquí puedo protegerte, pero personas ajenas a mi clan pueden hacerte daño.

—¿Por qué, poderoso señor? ¿Por qué han de querer hacerlo?

—Porque esas frases que guardas dentro de ti pueden decidir el futuro del reino. No te fíes, niña Anamaya; sé prudente con tus palabras, sobre todo después de la Gran Ceremonia.

—¿La Gran Ceremonia?

—Ya verás... Tengo fe en ti. Creo que mi padre hizo una buena elección, aunque sea extraña. Pero ve con cuidado, puesto que los del clan de mi hermano Huáscar no son buenos. ¡Ellos también querrían conocer las palabras que hay en tu cuerpo!

Más tarde, de nuevo sola en medio de la noche, Anamaya sufre un ataque de pánico. El silencio la tiene atrapada como si fueran las mandíbulas de un monstruo.

El silencio que la rodea y que hiela el palacio.

El silencio que está en ella y que la congela.

¿Es realmente como lo ha dicho el señor Atahuallpa: que las palabras que están dentro de su corazón y que no salen son tan importantes? ¿Y por qué?

Y sobre todo, ¿por qué ella?

No estaría tan asustada si una piedra le aplastara la nuca y le triturara el pecho.

¿Por qué ella?

¡Todavía no es más que una muchacha de corta edad! ¿Qué ha hecho ella para tener que soportar una carga tan pesada?

¿Y qué le sucederá si se equivoca? ¿Y si las palabras no están en ella, y si sencillamente las ha olvidado tras sentirse demasiado cansada para seguir escuchando al Único Señor Huayna Capac hablando sin fin?

¡Tiene miedo, tanto miedo! Y nadie puede venir a ayudarla. Desde que se ha convertido en *Coya Camaquen*, el enano no ha podido volver a acercarse a ella. Quizá incluso le tenga miedo... Está sola. ¡Sola en los tres mundos que le ha descrito el sabio!

De pronto, se sobresalta.

En la esquina más oscura de la habitación le parece ver, como en un relámpago, los ojos amarillos del puma clavados en ella. Se muerde los labios para no gritar. Sus dedos se aferran a la manta.

Sí, dos ojos dorados la contemplan. El puma la contempla. Adivina sus orejas redondas, su hocico palpitante, la punta de sus colmillos. Se ha quedado sin aliento. Las palabras llegan a su boca sin que ni siquiera puedan convertirse en sonidos.

—¡No me mates, puma! No me mates; he de vivir mucho tiempo para acompañar al Hermano-Doble. Te lo suplico, puma, no me devores. ¡Déjame vivir y sabré acordarme...!

De la misma manera que ha aparecido, el puma desaparece. La sombra ya no es más que una sombra.

Anamaya no se duerme hasta mucho más tarde, todavía sentada y temblorosa.

Al día siguiente, al alba, de golpe, una multitud de gemidos y de gritos

horrorizados retumban por todo el palacio.

Anamaya sale al patio, convencida de que ha ocurrido un nuevo desastre. Lo que descubre la deja estupefacta. Las sirvientas y las esposas giran dando vueltas en el vasto espacio entre edificaciones. Se siguen a pocos pasos las unas a las otras, con la cara mirando al sol y los ojos llenos de lágrimas. Y de pronto, poseídas por un sufrimiento incontrolable, lanzan sus brazos al cielo.

—¡Viracocha! ¡Viracocha! ¡Ayúdanos! —gritan.

Otras veces, con los rostros bañados por el llanto y los ojos agrandados por el miedo, se dirigen al Padre Sol.

—¡Oh, Inti, ayuda a nuestro Único Señor! ¡Oh, Inti, ayúdale! —exclaman—. Que se arme de paciencia, puesto que muy pronto estaremos cerca de él para amarle y servirle...

Anamaya se estremece ante este terrible espectáculo. Los brazos se le ponen de carne de gallina. Cuando retrocede hasta la sombra del edificio para buscar refugio en su pequeña habitación, oye un nuevo clamor a lo lejos, fuera de los muros del palacio. Miles y miles de gritos explotan en el cielo y lo oscurecen, aunque está limpio de toda nube.

Temblorosa, se acurruca sobre el borde del lecho, apretándose los muslos con los brazos. Carcomida por la angustia, espera durante horas. Nadie viene a buscarla. En el corazón de este inmenso tumulto de dolor, parece que se han olvidado de ella.

El miedo y la pena han calado tan hondo en Anamaya que, por primera vez, sin darse cuenta y con los párpados cerrados, le habla al Hermano-Doble. En un susurro, le asegura que no debe temer nada.

—¡Mantendré mi palabra! Nunca jamás te abandonaré, Hermano-Doble. Todo lo que me pidas, lo haré.

Finalmente, un poco antes de que el sol alcance el cenit, el sabio Villa Oma entra en su habitación. Está más espléndido que nunca: lleva una inmensa capa roja y azul, y un tocado de plumas multicolores largas y finas. Una armadura de oro delicadamente tallada le cubre el pecho hasta la cintura. Tiene el rostro tranquilo y sereno.

Detrás de él entran dos madres de la Casa de las Vírgenes con los párpados bajados. Una lleva una larga túnica blanca, y la otra, un tocado de tela blanca con un casco de oro encima, en forma de diadema, en la que van fijadas en piedras verdes un par de plumas rojas.

Sin pronunciar palabra, con una destreza perfecta, las madres visten a Anamaya con la túnica blanca y luego le ponen el tocado sobre los largos cabellos trenzados.

Cuando han terminado su labor salen de la habitación andando hacia atrás, con la frente gacha y mirando hacia el suelo. Villa Oma observa un instante a Anamaya, mirándola a los ojos. A la muchacha le parece que, por un breve movimiento de sus párpados, el sabio aprueba lo que ve; está contento con ella.

—Sígueme —se limita a decirle.

En el centro del patio, cuatro soldados llevan la estatua de oro del Hermano-Doble sobre una camilla. Brilla con todo su esplendor, ¡tanto como el mismísimo sol!

Sin tener en cuenta a las esposas y sirvientas que pasan formando una procesión, gritando su pena, Villa Oma le señala con la mirada un lugar justo delante de la litera. Es el único que la precede, con la lanza apuntando al cielo.

En el instante en que el extraño cortejo se dispersa para cruzar los cuatro patios del palacio, Anamaya vuelve a oír el intenso clamor procedente de fuera. Pero Villa Oma sigue avanzando como si no oyera ni viera nada. Ahora el sol está en el punto más alto; las sombras son cortas y oscuras.

Cuando por fin alcanzan la puerta del palacio, el clamor del exterior es ensordecedor. Dos portadores de trompas de conchas marinas retorcidas los preceden. Villa Oma agita su lanza, y la puerta se abre.

El espanto se apodera de Anamaya.

Ante ella, una inmensa muchedumbre se agolpa en la gran plaza y grita. Hombres, mujeres, niñas y niños levantan sus brazos al cielo y claman a Inti.

Pero de nuevo, el sonido grave y vibrante de las trompas de conchas brota prolongadamente y atenúa el griterío. Los rostros se petrifican. La muchedumbre se gira hacia la puerta del palacio.

Miles de ojos descubren al sabio, la *Coya Camaquen* y la estatua del Hermano-Doble. Un gemido emitido al unísono recorre la plaza. Villa Oma se adentra directamente en la muchedumbre, que le abre paso como si fuera una tela que se rasga. Como una ola, un quejido sordo recorre la plaza y viene a embarrancarse en un gemido lleno de respeto a los pies de Anamaya.

De un solo gesto, los rostros se agachan, los torsos se inclinan.

Entonces, ella osa avanzar un pie, dar un paso. Toda blanca, bella y alta, con la mirada fija hacia adelante, se adentra en la plaza por la brecha abierta por Villa Oma.

La trompa sigue sonando.

De los miles de labios ya no sale ni un murmullo; bajo los párpados, ninguna mirada intenta posarse ya sobre la virgen blanca. La muchedumbre se aparta todavía más y se inclina ante Anamaya como un campo de trigo por acción del viento.

Al otro lado de la plaza, las puertas del templo de Viracocha están abiertas de par en par tras una doble fila de soldados. Suena de nuevo un gruñido grave de las trompas, y Villa Oma entra en primer lugar en una sala perfectamente redonda, cuyas paredes, del techo hasta el suelo, están cubiertas de conchas finas y claras. El humo de hoja de coca quemada enturbia el aire y oscurece la luz.

Los portadores de la litera dejan al Hermano-Doble en el centro, mientras que Villa Oma permanece en el lado izquierdo. De manera instintiva, Anamaya se coloca a la derecha de la estatua.

El sabio espera a que los soldados abandonen la sala; luego, levanta los brazos y clama con una voz clara:

*Nada existe en vano, ¡oh, Viracocha!
Todos avanzamos desde la orilla del Titicaca.
¡Todos ocupamos el lugar que tú nos has señalado!
El universo es tu deseo, Viracocha.
Tienes el bastón del origen. ¡Oh, Viracocha, escúchame...!
¡Oh, Verdadero de arriba, Verdadero de abajo!
Elige al Hermano-Doble de Huayna Capac.
Elige a la Coya Camaquen del Único Señor.
¡Oh, Viracocha!, su nombre de niña es Anamaya.
Si le dices dónde estás, ella te admirará por detrás de sus pestañas,
Con los ojos vueltos hacia el suelo.
¡Oh, Verdadero de arriba, Verdadero de abajo!
Impide que ella se agote.
Impide que ella muera.*

Las últimas palabras retumban en el pecho de Anamaya. El silencio que reina es tan absoluto dentro del templo como fuera.

El sabio le pide a Anamaya que pronuncie la plegaria con él.

Tres veces lanzan la llamada y levantan los brazos al cielo. Luego, el sabio va a buscar un cántaro de cerveza sagrada y la derrama por el suelo, alrededor de Anamaya y de la estatua. Entonces, solo los sacerdotes entran en el templo y, uno a uno, recitan la plegaria antes de echar más cerveza por el suelo.

Este ritual dura mucho tiempo, tanto que el sol se inclina y las sombras se van alargando como lanzas.

Y finalmente, las trompas de conchas vuelven a sonar, y el cortejo sale a la plaza.

Pero para gran estupor de Anamaya, ahora está absolutamente vacía.

Y cuando, detrás de la estatua de oro, vuelve a entrar en el palacio y atraviesa los patios, descubre que están también vacíos. Ya no hay ni mujeres, ni niños, ni hombres.

Están vacíos como si nadie los hubiera pisado jamás.

El silencio es frío y terrible.

—¿Dónde están? —pregunta, sofocada—. ¿Dónde están todos?

Villa Oma la mira con intensidad, con la boca reverdecida por el jugo de la coca.

—Se han ido a reunirse con el Único Señor para servirle en el Otro Mundo —le responde con una sonrisa de apacible satisfacción.

Aquella noche Anamaya no consigue conciliar el sueño. El silencio que reina en el palacio le resulta muy oprimente.

Llora con grandes sollozos.

¿Cuántos han ido hasta las piedras sagradas, alrededor de Quito, para ofrecer sus corazones y sus vidas de aquí al Único Señor Huayna Capac? ¿Cuántos han ido al

camino de los ancestros para alcanzar el Otro Mundo y servir al Único Señor?

¡Miles!

¡Todas sus esposas, todas sus concubinas y sirvientas, todos sus eunucos conquistados en las guerras, sus esclavos, sus servidores, mayores o pequeños!

¡Todos han abandonado esta vida! El olor de sangre y de muerte impregna el aire de la ciudad; este hedor insoportable y nauseabundo que ella respiró por primera vez el día en que los incas atacaron su aldea en el bosque.

Antes del amanecer, sin que pueda aguantarse más, se levanta y sale al patio. La luna brilla, tan redonda y luminosa que recorta sombras sobre las losas. Por un instante, Anamaya se dice que está perdida, olvidada en un mundo desierto.

Y luego, de pronto, miles de gemidos vibran suavemente en medio de la noche, como si todas las almas que se han ido a reunirse con el Único Señor se despidieran de ella.

TUMEBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

Hace ya casi cuatro estaciones que el cortejo que escoltaba el cuerpo seco de Huayna Capac se marchó de Quito, la capital del norte, para iniciar su largo camino hacia el templo de Coricancha, en Cuzco. Desde principios del mes de *Inti Raymi*^[6], se ha detenido en la otra gran ciudad del norte del Imperio, Tumbamba. Al Único Señor Huayna Capac le gustaba pasar temporadas aquí para disfrutar de su clima con sus esposas del norte y sus concubinas.

Tumbamba no es más que una capital de provincia, pero su orden y sus construcciones son tan parecidas a Cuzco que los señores del norte la llaman a veces el «Otro Cuzco».

Rodeando la inmensa explanada central del templo del Sol, los muros de las *canchas*^[7] forman largas calles rectilíneas, casi siempre perpendiculares las unas a las otras, recorridas por canales de irrigación cuidadosamente mantenidos. Los palacios de los señores limitan la vasta plaza sagrada. Poseen murallas de dimensiones imponentes y están mejor construidos que las casas ordinarias.

Los muros de los palacios son altos, con las piedras alineadas a la perfección, y contienen numerosas habitaciones, además de muchas salas que rodean los patios, delicadamente cuidados, decorados con jardines floreados y con huertos dedicados al cultivo de plantas sagradas. De magníficas fuentes de piedra mana permanentemente el agua, que llega hasta el interior de los palacios a través de invisibles canalizaciones.

Los sirvientes, a docenas, se apresuran, cuentan y supervisan las reservas de alimentos, de lana, de algodón teñido, de cerámica, de tapices y de telas, toda la intensa producción de los artesanos y de los agricultores que trabajan al servicio de los incas.

Sin embargo, desde la llegada del cuerpo seco del Único Señor Huayna Capac, la ciudad se ha ampliado con tiendas, puesto que todos los clanes no han podido ser alojados en los palacios. Desde entonces, cada día la ciudad se llena de cantos, de danzas, de grandes ceremonias, de libaciones interminables y de inmensos ágapes comunitarios en los que se agasaja a los hijos de los poderosos señores que cumplen su *huarachiku*^[8], la Gran Iniciación del solsticio de verano.

Después de superar largas y dificultosas pruebas, finalmente estos muchachos se convertirán en hombres. Los más valientes serán honrados por todos, tanto por los ancestros del Otro Mundo como por los poderosos de aquí. La última prueba, la Gran Carrera, designará a los grandes guerreros del futuro o los grandes sacerdotes, mientras que los demás deberán conformarse con ser buenos y leales servidores del

Imperio.

Sin embargo, solo los que no abandonen las pruebas podrán perforarse las orejas con una aguja de oro con el fin de recibir su primer disco de Señor, un modesto disco de madera que más adelante podrá convertirse en la insignia de oro de los más poderosos.

Obedeciendo las órdenes de Villa Oma, Anamaya ya no se separa nunca del Hermano-Doble de oro. Muchas cosas han cambiado a su alrededor.

A partir de ahora nadie osa burlarse del color azul de sus ojos. Tanto los señores de los clanes del norte como los de Cuzco consideran con respeto todos sus movimientos; con respeto, pero también con inquietud e impaciencia. Todos esperan que recuerde las palabras del Único Señor, o que él se manifieste a través de ella para confirmar o desdecir la nominación de Huáscar.

En estas condiciones, en varios meses la actitud de la *Coya Camaquen* ha evolucionado considerablemente. Anamaya ha adquirido seguridad; ya no se sorprende de las miradas que la escrutan ni de las sirvientas que se inclinan ante ella. Se ha habituado a las largas esperas de las ceremonias, tanto de día como de noche, a las discusiones interminables de los sacerdotes, a los sacrificios constantes...

Su cuerpo también ha cambiado. Por la mañana, cuando se pone la túnica de delicada tela, se da cuenta de que sus piernas se alargan, de que sus caderas se redondean. Día a día, su silueta de niña la va abandonando y lentamente su cuerpo de mujer se dibuja, al igual que el corazón y el espíritu se le endurecen. Ahora ya tiene menos miedo de la soledad, y las lágrimas le bañan los ojos con menos frecuencia.

El enano ha seguido al cortejo desde Quito, pero ahora apenas tienen unas pocas ocasiones para intercambiar unas cuantas palabras. A veces, con una mirada entre la multitud, ella reconoce su presencia, y eso le basta para sentir un poco de calor en el corazón.

Se ha acostumbrado a los cambios de humor de Inti Palla, que tan pronto se muestra cariñosa como hiriente como una piedra de honda.

Las noches que ha compartido con el señor Atahuallpa han acabado por transformar a la princesa en una auténtica mujer joven, pero no han suavizado, en cambio, su carácter. Pero su belleza es grande. Es tan perfecta como puede llegar a serlo una mujer inca. Sus formas son opulentas, sus rasgos suaves y firmes, su rostro redondeado y su frente se curva ampliamente en la prolongación de la nariz. Su boca recuerda a un halcón en pleno vuelo. Y desde su llegada a Tumbabamba, las miradas de los jóvenes le dan más resplandor que nunca.

A veces, Anamaya desearía ser como ella, tan bella, tan despreocupada, arrogante y versátil... En cambio, otras veces ruega a Inti que la ayude a evitarla.

Pero hoy es un gran día, el día de la Gran Carrera del *huarachiku*. Por una vez, Anamaya será como las otras chicas jóvenes, y debe esta excepción de la regla a las

intrigas de Inti Palla. Ella es quien ha empujado a Atahuallpa para que insistiera ante los ancianos a fin de que la muchacha pudiera unirse al grupo de vírgenes que asistirán a uno de los concursantes. A lo largo del día, mientras dure la terrible competición, ella le apoyará, le animará.

En realidad, hasta esta noche a Anamaya le hacía mucha ilusión, pero Inti Palla ha conseguido estropearle la felicidad que sentía.

Hace unos cuantos días, una mañana en la que le explicaba la ordenanza de las ceremonias siguientes, Inti Palla, con la mirada brillante, le señaló de pronto con el dedo índice las pendientes escarpadas y los puertos de montaña que dominan la ciudad.

—La carrera será la prueba más dura. Solo los auténticos valientes llegarán al final. Y los primeros de todos recibirán honores de poderosos entre los poderosos. Tendrán que luchar contra el frío, la lluvia, la montaña y el miedo. No podrán comer más que un poco de maíz crudo, nada más. Estarán tan agotados que no se aguantarán de pie, pero a pesar de todo deberán continuar...

—Pero si ya hace una semana que ayunan —exclamó Anamaya—. ¡No aguantarán tanto tiempo corriendo!

—Sí, precisamente. Deberán superar los tres puertos, olvidarse de sus flaquezas y entregarse a Inti...

—¿Y si no lo consiguen?

Una luz feroz brilló en los ojos de Inti Palla.

—Entonces, no serán nada; llevarán la vergüenza a su clan. A menos que les quede un poco de coraje, deberán tirarse por un acantilado o se morirán de asfixia antes de la llegada. Vale más así.

Ante la risa cruel de Inti Palla, Anamaya se quedó sobrecogida. Pero Inti Palla tenía razón; Anamaya lo sabe muy bien: es así como funcionan la ley y el orden en el Imperio de las Cuatro Direcciones. Hay que vencer y conquistar siempre; de lo contrario, no hay felicidad posible en el Otro Mundo.

—Este año, los muchachos de los clanes de Cuzco no deben ganar —añadió la princesa después de unos momentos de reflexión—. Eso reforzaría su sed de poder. Por desgracia, yo no puedo apoyar a los chicos de casa, puesto que ya no soy virgen, pero tú, ¡tú sí que podrías!

—¿Tú crees?

—Lo pediría por ti...

—¡No, no puedo! ¡Es imposible! ¿Y el Hermano-Doble? Villa Oma no aceptaría jamás que lo abandonara, ni siquiera un día.

—Sí, quizá sí —insistió Inti Palla—. Y además, en verdad no lo abandonarías, porque él supervisa la carrera desde lo alto del templo. Él te verá, y tú le verás a él.

Animada por su idea, Inti Palla abrazó a Anamaya con una carcajada juguetona.

—Confía en mí. ¡Atahuallpa accederá! Yo sé cómo pedir ciertas cosas para que te las concedan...

Y en efecto, se salió con la suya.

En medio de esta última noche, Inti Palla ha despertado a Anamaya para anunciárselo.

—¡Anamaya! ¡Anamaya! ¡El señor Atahuallpa ha accedido! ¡Irás con Guaypar!

—¿Quién es?

—El hijo de mi tío. Es el más valeroso de nuestro clan... ¡Y es muy guapo, ya lo verás!

De alegría, Anamaya la ha abrazado, poniéndole la frente contra la suya. Pero después de las risas y los gritos de alegría, de pronto Inti Palla se ha quedado muy seria.

—A cambio de lo que he conseguido por ti, tienes que prometerme una cosa...

Con toda la ingenuidad de su entusiasmo, Anamaya ha respondido sin pensar.

—Todo lo que desees.

—No permitas que ni Manco ni su hermano Paullu ganen la carrera.

A Anamaya se le ha helado la sangre. Instintivamente ha retrocedido para evitar el contacto con Inti Palla.

—Pero ¿por qué? —ha protestado con la voz un poco débil—. ¡No les conozco más que a Guaypar!

—¡Ah, Anamaya! ¡No seas tan boba! ¡A veces no entiendes nada de nada! ¡Guaypar es de los nuestros, mientras que Manco y Paullu pertenecen al clan de Huáscar, el loco de Cuzco! Si Manco o su hermano ganan, los de Cuzco pretenderán que se trata de una señal.

—¡Inti Palla! Sabes perfectamente que es el propio señor Atahuallpa el que rechaza...

—¡Yo sé lo que sé! Y de estas cosas sé mucho más que tú.

—¿Y cómo voy a evitar que Manco o Paullu ganen la carrera si son los más fuertes?

—¡Con la ayuda del Hermano-Doble! Todos aquí sabemos que tienes poderes... ¡Es por esto por lo que te aceptamos entre nosotros, Anamaya! ¡No lo olvides!

Con el rostro ruborizado, Anamaya ha seguido protestando.

—Que no; es falso. ¡Yo no puedo hacer nada!

—Claro que sí. ¿No eres la *Coya Camaquen*? Basta con que digas que el Hermano-Doble los rechaza como vencedores.

—¡Estás loca, Inti Palla!

—¡No!... ¡Si lo prefieres, puedes decir también que el Único Señor Huayna Capac no desea su victoria! Es a ti a quien habla, ¿no?

Temblorosa por una mezcla de ira y de vergüenza, Anamaya se ha levantado.

—¿Es el señor Atahuallpa quién te pide esta mentira, o eres tú?

—¿Y a ti en qué te afecta?

—Quiero saberlo, puesto que, si es su voluntad, quiero oírlo de su boca.

Con el rostro repentinamente afeado por el exceso de furia, Inti Palla ha estado a

punto de abofetearla.

—¡Oh, qué tonta eres! Es un regalo que quiero hacerle... Y tú también debes hacerle este regalo. Le debes mucho, si no me equivoco...

Durante un largo segundo, se han enfrentado con la mirada como si fueran dos guerreros.

—Anamaya —ha susurrado Inti Palla—, no me hagas lamentar ser tu amiga y haber olvidado que no eres una verdadera inca...

Ahora, a las puertas del día de la Gran Carrera, cuando las primeras luces del alba dibujan los puertos de montaña que deberán franquear los muchachos, Anamaya se estremece, con el rostro ensombrecido.

El veneno que le ha inyectado Inti Palla le está haciendo efecto. Lo que debía ser un momento de felicidad no es más que una sombra que planea sobre el futuro.

—No grites. Mantén los ojos cerrados.

Anamaya se ha despertado sobresaltada por segunda vez en plena noche, con el corazón asustado. Una mano grande, con la palma dura como el hueso, se ha posado sobre su hombro. A pesar de la orden que le ha dado la voz grave, ha entreabierto los párpados: la sombra del enano es tan espantosa como la de un fantasma.

—Te has vuelto muy difícil de ver, princesa...

—¡Pensaba que tenías más imaginación! Has estado a punto de decepcionarme...

—¡Oh, divina *Coya Camaquen*...!

—¡No tengo ganas de reírme, hijo mayor! ¡Y odio que me despierten así!

La muchacha se ha incorporado, con los ojos azules ensombrecidos por la rabia. Pero el enano, ignorando su mal humor, se ha sentado sobre la estera, muy cerca de ella.

—Haces bien en no tener ganas de reírte —ha dicho él, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza—. La guerra está a punto de estallar.

—¿La guerra?

—Lo presiento. Lo sé. En el *huarachiku* de mañana no son los jóvenes combatientes los que se enfrentan, sino los clanes: Atahuallpa y los del norte contra Huáscar y los de Cuzco... El hermano contra el hermano, la sangre contra la sangre...

—Tu amiga Inti Palla me ha pedido que utilice mis poderes para evitar la victoria de los de Cuzco. Parece temer en especial a Manco...

—Actúa bajo las órdenes de Atahuallpa.

Anamaya ha sacudido la cabeza.

—Ella dice que no, y yo lo creo. Atahuallpa es demasiado noble para prestarse a semejantes bajezas. Y te recuerdo que él mismo rechazó la cinta real.

—Otros quieren que la acepte. ¿Qué le has contestado a mi buena amiga?

—Que yo no tenía ese poder...

El enano ha suspirado.

—Los conozco desde que los observo. ¡Oh, nobles incas, invocadores del Sol, de la Luna y del Rayo! Sedientos de sangre y de poder como una manada de perros, poderosos y feroces...

—Cállate, no blasfemes.

—No blasfemo, princesa. Es solo que no quiero morir...

El enano se ha callado. Ella ha oído su aliento muy cerca del suyo, y su mano, todavía posada en su hombro, le ha parecido la de un amigo. *Coya Camaquen*... «Si alguna vez he soñado en tener protección, no voy a soportar este período de violencia», ha pensado.

«No hay nada que hacer, nada que decir, y el tiempo de las lágrimas ya ha pasado». Se ha acordado de la primera noche en la que, aterrorizada a causa de la soledad, se refugió en él.

Entonces, lo ha tomado entre sus brazos, ha sentido cómo se estremecía y temblaba. Lo ha mecido cantándole en voz baja, como si fuera un niño al que había que aliviar del frío y del miedo.

TUMEBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

Hay un cielo gris y pesado. A los pies de la colina, a través de las capas de niebla y del humo de las brasas de ofrenda que se elevan en medio de la fina lluvia, Manco ve el palacio y las casas de Tumbamba. En el centro de la gran plaza, frente al templo del Sol, la muchedumbre abigarrada de dignatarios se agolpa alrededor del baldaquino de plumas que protege el cuerpo seco del Único Señor Huayna Capac.

Muy cerca, sobre los altos peldaños del templo, brilla el oro del Hermano-Doble.

Es cerca de él donde deberán llegar, si pueden, después de una interminable jornada de competición.

¡Y ese momento parece tan, tan lejos!

—Que no, no está tan lejos —resopla Paullu a su lado como si hubiera penetrado en el espíritu de su hermano—. No está tan lejos para ti, Manco. Basta con desearlo...

Se interrumpe con una risita y le da un puñetazo amistoso en las costillas a Manco.

—¡Pero sí es cierto que tienes las piernas un poco cortas! ¡Bueno..., te esperaré! —se burla.

Manco sonríe. Corre diez veces más rápidamente que Paullu; pero es cierto, harán todo lo posible por hacer la carrera juntos. Son hermanos de la misma luna, y su amistad es indestructible.

Ambos son hijos del inca fallecido, Huayna Capac, y nacieron casi el mismo día; pero su amistad no viene de este nacimiento: el Único Señor tuvo más hijos que estrellas hay en el cielo.

A decir verdad, nunca conocieron al Único Señor, al menos que ellos lo recuerden. Sus dos madres fueron de esas esposas procedentes de los más altos clanes de Cuzco, a las que él abandonó para irse a vivir a Quito. Cada noche preñaba a sus concubinas del norte como si su simiente fuera polen dispersado por el viento.

Pero sus madres los educaron juntos. Desde siempre, desde que sus ojos ven y sus bocas hablan, Manco y Paullu van juntos como los dedos de una sola mano.

—Vas a ganar, lo sé —dice Paullu con voz firme y segura, presionando sobre el hombro de Manco—. Y yo también voy a ganar, porque no te quitaré la vista de encima. Ahora ven, que es el momento de verter la *chicha* y de hacer las ofrendas.

Los sacerdotes han encendido un fuego a los pies del *huaca*^[9] Anahuarque, un ancestro petrificado que, como su original en Cuzco, tiene la fama de haber sabido correr de forma tan rápida como el vuelo de un halcón. Mechones de lana de alpaca, hojas de coca y frutos de maíz se queman lentamente en el fuego. Luego viene el

sacrificio de las jóvenes llamas.

Manco apenas mira. Tiene hambre y le duele el vientre. En los rostros chupados, en los ojos ojerosos y febriles del resto de muchachos, adivina el mismo agotamiento, la misma inquietud.

Pero todos aguantan de pie; ninguno quiere demostrar su debilidad.

A través del humo de olor irritante entreven las figuras familiares de sus tíos. La salida de la carrera se acerca, pero, antes de empezar, todavía tendrán que soportar el ritual del látigo. El tío de cada uno de los novicios deberá latigar al futuro iniciado para que aprenda el valor de la ley a la que se somete.

Manco teme ese momento más que a toda la carrera. Y no es por culpa del dolor: anticipadamente, la humillación le hincha el pecho de rabia.

Por suerte, su tío tiene poca fuerza. Cuando, al igual que a todos los otros muchachos, lo latiga en los brazos y las piernas, los filamentos de cuero apenas lo rozan.

Vuelve a levantarse con una sonrisa molesta, una sonrisa de excusa. «No tengo ni quince años —piensa—, pero soy más fuerte que él. Soy el más fuerte de todos».

Debe creer a su hermano. Ha de tener la misma confianza que Paullu. Hoy va a ganar.

Cuando suena la señal, cuando el sonido de las trompas resuena por todo el valle hasta el fondo de los acantilados antes de volver a elevarse hacia las cumbres, toda la energía de Manco se libera. Se olvida de sus dudas, de su fatiga; se olvida de la enormidad de la prueba y de la fría lluvia para concentrarse solamente en la felicidad de correr.

Recorre la primera pendiente con la facilidad de un puma, potente, feroz y libre. Si no tuviera que guardarse las fuerzas, gritaría de felicidad.

El camino se encarama al principio hacia el norte; después del descenso, demasiado breve, los corredores deben subir inmediatamente a una colina negra, una eminencia de aspecto modesto, pero que esconde un peligroso desprendimiento de piedras, sobre el cual cada paso resulta agotador. Hasta después de este escollo, cuando retomen la dirección oeste, no viene el largo descenso, en suave pendiente, que los va a llevar a los pies del Huanacauri: el *apu*, el Señor-Montaña que los mira y los desafía. Si consiguen llegar a su cumbre y sobreviven a su descenso, un bucle los llevará entonces no muy lejos del altiplano del templo del Sol, antes de finalizar por la agotadora remontada, a lo largo del barranco en el que están las vírgenes, hasta la colina de la que acaban de salir.

Paullu permanece justo detrás de él. Juntos adelantan sin esfuerzo a la mayoría de corredores en los primeros recodos de la pendiente, pero en la terrible cantera, de golpe, el cansancio les hace más pesadas las extremidades. Y la lluvia de pronto cae en ráfagas y los atiza en el rostro con mayor aspereza que los látigos de cuero de sus

tíos, momentos antes.

Demasiado rápido; Manco siente que su respiración se acelera y se acorta. Le queman los pulmones y las piernas se le agarrotan. Oye cómo se aleja el aliento ronco de Paullu. Lejos, como un ruido ensordecido por la oscuridad de los valles, los gritos de los primogénitos que los siguen y los empujan se esfuman también. Su cuerpo se convierte en un doloroso enemigo.

Mira hacia atrás y ve a Paullu haciendo muecas, con los ojos exorbitados y la boca abierta de par en par. Le hace señales para que avance, para que no lo espere...

Y luego, a unos pasos de él, aparecen las siluetas de un puñado de muchachos del clan del norte. Manco adivina en un rayo la mirada despreciativa de Guaypar, el más valeroso de todos y que ya empieza a destacar en la carrera.

Entonces, la rabia le da fuerzas para levantar las piernas más rápidamente, sin preocuparse de las piedras que ceden bajo sus sandalias de cuerda.

Con celeridad, siente cómo gana terreno y recupera el aliento. Pero Guaypar avanza, ágil sobre las piedras, levantando sus sandalias bien altas.

Manco se olvida de las puntas de fuego que le queman los músculos, las brasas que le incendian los pulmones; se olvida de su cuerpo entero y no piensa más que en correr, como si su espíritu se hubiera convertido en una fuerza separada.

Muy pronto llega a la altura de Guaypar por un camino por el que apenas pasan dos personas a la vez.

Está el uno al lado del otro, luchando en velocidad, con los labios tensados en un mismo gemido de esfuerzo. Y entonces, Guaypar cede. Su hombro resbala, su rostro retrocede. Sus manos se aferran al aire que tiene frente a él, cada vez menos alejado...

En el momento en que Manco lo adelanta, a causa del esfuerzo desesperado que realiza por mantenerse a su altura, Guaypar pierde el equilibrio y con el codo golpea a Manco. Durante un segundo, el joven príncipe se siente atrapado por el vacío, antes de incorporarse.

Casi involuntariamente lanza un grito de victoria que retumba sobre las piedras.

Guaypar se esfuerza por seguirle.

Sin mirar atrás, Manco adivina que ahora los otros están muy lejos. Paullu también. A pesar de sus promesas, el sutil Paullu no conseguirá seguirlo; pero Manco confía en él: no piensa tolerar que se quede entre los últimos para que tenga que llevar el humillante calzón negro...

Una vez alcanzada la cumbre, como una piedra en medio de las piedras, Manco inicia la pendiente. Alarga su avance sin cesar, aumentando su velocidad.

Con los ojos fijos en el puerto siguiente, la exaltación de ser tan fuerte en medio de todo lo que está viviendo se apodera de él. Es un hombre entre las piedras, los insectos y las almas. «Soy el viento, soy la lluvia, soy la luz».

Le parece que desde el cielo, pero también desde detrás de cada roca, una mirada amiga, cuyos ojos están por todos lados, le sigue; una mirada que ya le es familiar.

Curiosamente, aunque la carrera parece no terminarse nunca, su respiración se calma, pero, de manera inconsciente, afloja la velocidad antes de atajar las primeras pendientes del Huanacauri. Allí arriba, el sendero se estrecha a lo largo de un acantilado de pico. Ya no es más que un vertiginoso hilo extendido sobre un pliegue de roca.

Manco conoce el poder del vértigo. Sabe que en las pendientes demasiado abruptas le falla el corazón, que puede paralizarse y sentirse incapaz de dar un paso más. Se ha preparado bien, se ha esforzado por superar este momento de terror absoluto que lo hiela.

Por mala suerte, cuando se acerca al precipicio hace lo que no debería. Corre mirando hacia el vacío.

Y es como si ya se viera cayendo entre las piedras. Las piernas le tiemblan. Un escalofrío helado le eriza la nuca, le presiona los riñones. El vacío parece ampliarse a cada paso, extraño, casi sonriente, como si el abismo lo llamara.

Entonces, Manco se arremolina contra la roca. Pega las manos y se aferra a ella.

Allí, a unos pasos —solo le queda rodear un bloque de roca—, el sendero se aleja por una ancha pendiente de hierba... Pero para alcanzarlo hay que dejar el acantilado unos instantes, enfrentarse al vacío. Aceptarlo.

No puede hacerlo.

El sudor lo empapa. La lluvia se mezcla con sus lágrimas de furia. A su alrededor llegan los ruidos a través de la niebla: los alaridos de los que caen y se hacen daño, los gritos, los ánimos...

Y también oye la burla de Guaypar cuando le adelanta, a toda velocidad, con la boca abierta.

—¡Manco, Manco! ¡Te vas a caer y ni siquiera tendrás el calzón negro para aguantarte! ¡No eres más que un cobarde, hijo de Cuzco!

Guaypar tiene razón. La cobardía lo posee como antes lo hacía su valor. La vergüenza lo protege como antes lo hacía su invencibilidad. Podría quedarse aquí hasta caer la noche, hasta que sus manos cedan. Encontrarán su cuerpo a los pies de la pendiente, desarticulado. Todo le da igual. ¿Dónde está la voz de su ancestro? ¿Dónde está su certeza de que es el más fuerte?

Ya no queda nada de eso; solo el pánico. Su corazón late a la velocidad de una ala de colibrí.

—¡Manco!

Es la voz familiar de Paullu. No necesita explicaciones para comprender.

—Dame la mano...

Manco le deja hacer. Retrocede, paso a paso, mientras tiemblan todos sus miembros, hasta el rellano en el que le espera su hermano.

—Respira lentamente. Déjame hacer. Voy a ir delante de ti; voy a guiarte.

Paullu pasa delante de él y rodea de un solo paso la roca que lo detenía.

—Ahora ven.

—No puedo.

—Si yo puedo, tú puedes.

«Si yo puedo, tú puedes». Es la frase que los une desde que eran niños, la que los hace gemelos del alma.

Manco avanza, dedo a dedo, guiado por la voz de su hermano, que le va diciendo palabras que no comprende. Cuando está en el aplomo del vacío siente que renuncia, que se va a caer...

La mano de Paullu lo coge por la muñeca.

—Quédate conmigo, hermano.

Debajo de ellos, a poca distancia de la cumbre, Manco ve que varios corredores los han adelantado. Paullu no le da tiempo para lamentarse por la distancia perdida.

—¡Corre, hermano querido! ¡Corre! Eres el mejor y estoy orgulloso de ti.

—Es mentira; soy el más cobarde...

—Eres valiente y fuerte, Manco, y además tienes un hermano que te quiere y que siempre va a ayudarte... ¡Vamos, gana por los dos!

Su corazón vuelve a latir y se seca la lluvia que le enturbia los ojos.

«Soy el viento...», vuelve a pensar, levantando unos pies más Pesados que el granito...

En la remontada del largo barranco va adelantando uno a uno a todos los que, aprovechando su debilidad, le habían aventajado antes. Quiere ignorar el dolor y congelar la vergüenza en un rincón de su alma. Ahora corre con los dientes apretados.

Corre y piensa en el orgullo de ser el primero, el «halcón», y de ver cómo llegan los otros, todos los demás, al límite de sus fuerzas.

Va a ser un placer secreto saborear la derrota de Guaypar, al que acaba de adelantar ahora sin siquiera dedicarle una mirada.

Corre como si ya no tuviera necesidad de respirar. No ve apenas más que el sendero frente a él y, en el fondo, el grupo de vírgenes de apoyo, al otro lado del barranco. El mundo baila alrededor de su carrera; las montañas, las nubes, los matorrales, el valle, bailan al ritmo de su respiración. Está ebrio de la carrera, pero vuela como el viento...

—¡Atención!

El grito lo inmoviliza al mismo tiempo que el silbido de una serpiente. Una larga serpiente gris con una línea amarilla, del tamaño de un brazo, se levanta ante él en el camino.

—Atención —repite la voz, pero más bajo, con una extraña suavidad.

Entonces, la ve; se acerca por detrás de la serpiente, que oscila con la boca rosada abierta de par en par, por la que asoman afilados dientes venenosos.

—¡No te muevas! —le pide la joven muchacha.

Manco, con el aliento entrecortado, descubre sus ojos. ¿Es posible que exista un color como este?

Son azules, más azules que el cielo del sur. ¿Es una muchacha de verdad?, ¿de

carne y hueso?

Pero Manco ya no piensa. La observa mientras ella se arrodilla con suavidad, sin dejar de mirar a la serpiente con sus extraños ojos. La serpiente se balancea y la cabeza se dobla formando bucles como si fuera a atacar.

Por instinto, Manco se agacha, coge una piedra y la aprieta con el puño.

—Tira esa piedra —le dice la muchacha sin ni siquiera mirar hacia él—. Déjame hacer a mí.

Su voz es serena, segura. Da las órdenes con firmeza, y él no osa desobedecerla. La niña mira la serpiente, se fija en las hendiduras dilatadas del reptil, se agacha suavemente, muy suavemente...

Y la serpiente se enrosca sobre sí misma, doblando los anillos.

Detrás se oye el ruido de la carrera; es Guaypar que llega sobre el talud. Pero la serpiente no le presta ninguna atención. Se desdobla de pronto y se desliza por encima de las piedras, como si la hubieran borrado de la faz de la tierra.

La niña de ojos azules se levanta y sonrío. Su extraña mirada ilumina todo el verde y el gris de la montaña.

—¡La vía está libre! —dice alegremente.

Manco adivina que Guaypar se ha detenido y los mira. Se queda dubitativo. Ella lo anima con un gesto.

Entonces, retoma la carrera y corre hasta la explanada de Tumbamba como si ninguna parte de su cuerpo pudiera ya ocasionarle sufrimiento alguno.

Pero cuando acaba la carrera bajo la aclamación de los primogénitos apiñados sobre la colina, mientras se derrumba medio inconsciente, le parece que se hunde todo entero en el azul de los ojos de la desconocida, como si ella lo hubiera llevado hasta allí.

TUMEBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

La plaza está rodeada por una cuerda larga, sostenida por horcas de oro y plata. En el centro arde la hoguera, que resiste a la lluvia. Hojas de coca y de maíz se consumen en ella y desprenden un olor dulce y embriagador.

Manco tiene la boca pastosa. En la lengua y en el paladar conserva el gusto agrio y punzante de la *chicha*. Mientras a algunos pasos de él Villa Oma y los sacerdotes alaban la valentía de los guerreros, las imágenes de la carrera pasan una y otra vez por su mente. Todavía siente la fuerza de su musculatura, el vértigo terrible y la embriaguez de la victoria.

Empujado por un torbellino de aire tibio, el humo de la coca envuelve al Hermano-Doble de oro de Huayna Capac. Vela un instante el rostro extraño de la que llaman *Coya Camaquen*, y luego los ojos azules, la boca suave y bien dibujada de Anamaya vuelven a aparecer. En el tiempo que dura un rayo, sus miradas se cruzan.

A su lado, su hermano Paullu ha advertido el intercambio y sonrío.

—¿La encuentras bella? —le pregunta en voz baja.

—No lo sé. Es realmente distinta de las demás. ¿De dónde viene?

—Del bosque, parece ser.

Los sacerdotes se acercan a los novicios. Hundiendo una pluma en una escudilla de sangre de llama, trazan una línea sobre los rostros de los jóvenes muchachos. Luego viene el momento de los juramentos. A Manco le parece que las palabras de fidelidad al Sol y de obediencia al inca de todos los incas las pronuncia una persona ajena a él. Solo tiene prisa por una cosa: por escuchar las palabras que lo señalan finalmente como un *auqui*, un verdadero guerrero.

Puesto que es el vencedor de la carrera, es el primero en recibir el calzón blanco. Y luego las sandalias de junco, la túnica roja con la banda blanca, la venda y la diadema de plumas de la que cuelgan los discos de oro y de plata...

La muchedumbre lo mira. Los padres, los clanes, los nobles de Cuzco y de Quito, todos le dedican sus miradas de admiración, aunque también, a veces, de celos.

Manco se incorpora, orgulloso. Acto seguido viene la vuelta del grupo de cabeza, con Paullu y Guaypar. Si su hermano le lanza una mirada cariñosa, Guaypar tiene la mirada brillante de rabia ante la sonrisa un poco socarrona del vencedor. Lejos de agachar la cabeza como los perdedores que reciben ahora el humillante calzón negro, expresa un desafío lleno de orgullo, una amenaza apenas disimulada.

Las horas pasan, las danzas sustituyen a los cantos. Las risas y los gritos de felicitación llenan la explanada. Manco va a inclinarse ante los guerreros más viejos, que lo escrutan con los ojos sonrientes, le posan la mano sobre el hombro...

Pero haga lo que haga, su mirada regresa siempre a la joven Anamaya, la esposa

del Hermano-Doble de oro.

Cuando al fin se acaba el ritual, las vírgenes se acercan a los muchachos con las vasijas de *chicha*. Van a ofrecerles bebida a los nuevos guerreros y permanecerán cerca de ellos durante la última noche de la prueba, que los muchachos pasan bajo el cielo y las estrellas. Ebrios de cerveza, van a enfrentarse a la pureza de Quilla, la Madre Luna, y a los espíritus de los ancestros del Otro Mundo, los buenos y los malos.

Con estupor, Manco ve cómo Anamaya se acerca a Guaypar. Se la señala a Paullu.

—¿Es a ese perro a quien apoya? —pregunta, airado.

—¡Lo más probable es que no pueda haber escogido, Manco! Pertenece al clan de Atahuallpa.

—¡Los clanes, Paullu, siempre esos malditos clanes! No había clanes cuando el gran Manco Capac fundó nuestra dinastía. Y puedo decirte que antes, cuando estaba corriendo, no pensaba en los clanes de Cuzco.

—El problema no es que tú pienses en ellos, hermano mío; basta con que ellos lo hagan.

Las muchachas que les han sido designadas se acercan con la sonrisa en los labios y la mirada gacha. Son muy jóvenes, pequeñas, bonitas como muñecas, y se muestran llenas de respeto cuando les ofrecen los jarrones. Manco se bebe toda la *chicha* a grandes tragos. El brebaje es fresco, de esa mañana. Su frescor agridulce le sacia el paladar, la garganta y todo el fatigado cuerpo.

Las jóvenes vírgenes van al instante a rellenar el jarrón consumido a las enormes vasijas, que un grupo de sirvientes inclinan con la ayuda de unas cuerdas. Anamaya, como las demás, va a rellenar su jarrón bajo el cuello de la enorme *macca*, delicadamente pintada. La cerveza mana a borbotones; su acritud, un poco nauseabunda, llena el aire.

Concluye la última invocación a Inti. Poco a poco, la embriaguez aumenta y la fatiga se vuelve de pronto inmensa. En pocos minutos vence a los jóvenes muchachos. Ya empieza a hacer que doblen las rodillas y que cierren los ojos. Un deseo enorme de tumbarse allí mismo y dormir se apodera de ellos. Manco siente todavía las miradas que le vigilan. Cierra los ojos para respirar mejor y se endereza.

—¿Manco?

Paullu le tira de la manga de la túnica. Cuando vuelve a abrir los párpados, Anamaya aparece frente a él.

—¡Ah, eres tú! —exclama, maldiciendo el vértigo que se apodera de él—. No te he dado las gracias, Anamaya. ¡Quizá hoy hayas evitado mi muerte!

Ella esboza un gesto de negación.

—¡El animal solo te hubiera impedido ganar la carrera! Cuando apenas empezaba a andar, las serpientes ya se paseaban entre mis pies... Aprendí a hacerme amiga de ellas.

Le muestra el brazalete que lleva en la muñeca, en el que se entrelazan dos serpientes. Él apenas lo advierte. No logra habituarse a sus ojos azules, y admira su silueta, a la vez frágil y fuerte.

—¿La serpiente no es un símbolo de sabiduría?

—Es lo que dicen.

—¿Por qué atraes las miradas, Anamaya?

Ella le sonrío como una niña pequeña.

—No tanto como tú en el día de hoy, noble guerrero.

Anamaya se cruza con la mirada severa de Villa Oma, que la clava en ella. Con una señal imperiosa, le ordena que se aleje. La muchacha saluda a los dos hermanos con una inclinación.

—Debo reunirme con el muchacho al que respaldo, pero os deseo una feliz noche a los dos. ¡Que Quilla sea dulce con vosotros!

Mientras se aleja, Manco se gira, burlón, hacia Paullu.

—Entonces, ¿qué piensas ahora, hermano? ¿La encontramos bella, o bien fea?

—Distinta a las otras, en todo caso... Pero ya has visto, el sabio la vigila como si fuera un viejo esposo celoso. ¡Y no me parece que apruebe nuestra compañía para su protegida!

Desde que la noche ha caído, Anamaya vuelve a sentir miedo.

En el patio de la *cancha* arde un fuego protector; sin embargo, los ojos de Guaypar tienen un brillo cada vez más enloquecido. Desde que la oscuridad es total no ha parado de beber, ahogando en la *chicha* la humillación que ha recibido.

Sus sorbos son pequeños y las manos le tiemblan tanto que se echa más cerveza sobre el *unku*^[10] de la que se bebe. Pero la embriaguez se lo lleva lejos, sin ofrecerle ningún sueño. A su alrededor, el aire apesta. Por momentos, endereza el torso y tiende la mano hacia la Madre Luna, como si pudiera hundir los dedos en ella, y su boca se abre para emitir un grito que no se materializa. Y luego se deja caer, buscando con la mano el vaso de alcohol.

—Está vacío —balbucea—. ¡Ve a buscarme más, niña de los ojos azules!

—Estás ya muy bebido, Guaypar —osa decirle Anamaya—. ¿No te convendría descansar un poco?

—¡Corre a buscar la *chicha*! —gesticula Guaypar—. ¡Corre a buscar la *chicha* y no me vuelvas a contradecir!

En el momento en que Anamaya se levanta, él extiende la mano para cogerla por el muslo. Con un giro que le hace flotar la túnica, Anamaya se le escapa; pero Guaypar se ha aferrado con los dedos a un trozo de tela y estira. Con un rodillazo seco, Anamaya hace que la suelte, y el chico se desmorona hacia un lado con una risa burlona.

—Te gusta mi hermano Manco, ¿eh?

—Guaypar...

—¡He visto cómo os mirabais el uno al otro! Pero tú eres solo una muchacha de los bosques. ¡Y él es de Cuzco! Nunca será tuyo...

—¡Por encima de todo soy la esposa del Hermano-Doble de tu padre! ¡No lo olvides!

—¡Lo sé, lo sé! ¡La *Coya Camaquen*! ¡No veas! ¡Villa Oma debe de haber ideado el nombre especialmente para ti!

Guaypar la deja retroceder, con el rostro desdibujado por la rabia.

—¡Manco es un traidor! —susurra como si hablara tanto con el cielo como con Anamaya—. Muy pronto todos sabrán que hizo trampa...

Anamaya se acuerda de las palabras de Inti Palla, llenas de odio contra Manco. ¡Y Manco es el vencedor!

Esta noche, que debería ser una celebración de la fuerza y la alegría, siente cómo las sombras y las amenazas pesan en su corazón. Sí, entre los clanes de Cuzco y de Quito hay oleadas de odio que lo destruyen todo. Pero Guaypar se ha levantado vacilando y la señala con el dedo.

—Hizo trampas con tu ayuda, *Coya*...

—¿Mi ayuda?

—¡Fuiste tú quién lo ayudó a ganar!

—¡No seas bobo! Yo solo le salvé de una serpiente...

—Inti había puesto una serpiente en su camino, y tú la ahuyentaste. ¿No es eso una traición? ¡Hiciste ganar a ese hermano sarnoso, que ni siquiera es un verdadero hermano de Atahuallpa como yo! ¡Nos traicionaste!

—Yo no quería...

Anamaya se calla. De nada sirve responder. Guaypar está demasiado borracho para atender a razones. Simplemente, hay que esperar que se hunda y se deje llevar por la embriaguez.

Pero, a trompicones, Guaypar consigue ponerse en pie.

—Ven —gruñe—. Ven; sígueme.

—¿Adónde?

Guaypar mira fijamente a Anamaya con una intensidad nueva. En vez de contestarle, se burla, sacudiendo la cabeza.

—¡Es cierto que, a tu manera, eres más bien guapa! Me gustas, muchacha de los bosques. ¡Me gustas incluso más que ninguna otra muchacha, pero eres mala!

Anamaya se muerde los labios y retrocede. Con un gesto brutal, Guaypar le coge el brazo y la arrastra sin mediar palabra. La fuerza a atravesar el patio con rudeza y, como ella se resiste al ver que él quiere salir de la *cancha*, con todo lo que le queda de fuerzas le tuerce el brazo a la muchacha y la empuja frente a él, a pesar de sus gritos.

La borrachera ha ganado todas las manos. Nadie les presta atención. Por las puertas de las *canchas* se oyen cantos, gritos, a veces todavía sonidos de flauta o

breves repiques de tambor. Las hogueras proyectan sombras alocadas. En los cruces, sobre el suelo mismo, hay hombres que yacen inconscientes, cubiertos por sus propios vómitos. Por todos lados, el hedor de la *chicha* impregna el aire.

De pronto, Guaypar se queda quieto, bamboleándose frente a un muro de fina construcción.

—¡Manco! ¡Paullu! —grita.

Su voz ronca retumba todavía mientras empuja a Anamaya frente a él, cruzando el umbral de la *cancha* de los hermanos.

—¡Guaypar!

Aliviada, Anamaya ve la alta y noble silueta de Manco levantarse frente a la hoguera. No parece ebrio, aunque tiene los ojos enrojecidos y su respiración es profunda.

—¡Déjala! —gruñe de nuevo Manco, señalando a Anamaya—. ¡Suelta a la *Coya*! ¡No tienes ningún derecho a tratarla así!

Paullu también se ha levantado y avanza a pasos lentos en medio de la penumbra.

—Vuelve a tu casa, Guaypar —le dice con la voz serena—. Debes continuar la prueba...

—¡Hermanos! —se ríe, burlón, Guaypar, lanzando a Anamaya frente a él con tanta violencia que la muchacha tropieza y cae de rodillas—. ¡Aquí tienes a los hermanos a los que tanto quieres! ¡Unos traidores! ¡Siempre van juntos para ocultar mejor su cobardía!

Manco se ha precipitado a ayudar a Anamaya.

¿No te has puesto el calzón negro, Guaypar? —se mofa Paullu—. ¡Pues te sentaría muy bien, puesto que es tan negro como las tinieblas que hay en tu interior!

Manco, apretando la boca con furia, se ha recogido la capa sobre un hombro y avanza con el puño en alto.

—No, Manco... —protesta Anamaya—. No sabe lo que hace...

Pero es demasiado tarde. Con un rugido, Guaypar hunde la mano derecha en la manga de su túnica. Cuando la vuelve a sacar, la hoja en forma de media luna de un *tumi*^[11] brilla a la luz del fuego. Guaypar corta el aire frente a él con dos movimientos secos y luego apunta con el cuchillo de cuero hacia el rostro de Manco.

—¡Ahora sí que vas a correr, Manco! ¡Y de prisa!, tan de prisa como yo te diga.

Paullu corre al lado de Anamaya, la coge por los hombros y la hace retroceder; mientras, Manco da dos pasos a un lado, ágil como un lince del desierto.

—¡Mirad! —rechina Manco con la voz clara—. ¡Mirad quién habla de cobardía! Coge el *tumi* para luchar con quien lleva las manos vacías.

—¡Traidor! ¡Chusma de Cuzco! ¡Sois todos unos traidores allí abajo! Os creéis los más nobles y luego hacéis trampas...

Un fragor brota de la sombra que los rodea. Ahora hay gente a su alrededor, servidores y también tíos, hermanas, tías... Y nadie dice ni palabra. El que está borracho puede decir locuras impulsadas por la embriaguez; pero Manco es el

ofendido, y le toca a él responder.

—¡Es la hora, Guaypar! Espero este momento desde hace mucho tiempo. ¡Ven! ¡Ven a clavarme tu cuchillo en la garganta...! ¡Ven si eres capaz!

Los dos muchachos giran ahora alrededor de la hoguera. Parece que Guaypar ha perdido un poco su embriaguez, pero cuando quiere saltar por encima de las brasas, Manco lo esquivo con facilidad. Con un movimiento suave, se inclina hacia un lado. Sus manos saltan al mismo tiempo: con una, agarra el brazo de Guaypar y lo bloquea contra su hombro, mientras que, con la otra, aferra la mano que sujeta el *tumi*. Llevado por la rabia, se escurre y gira sobre sus talones. Con el brazo derecho dibuja un gran círculo por encima del fuego y la hoja del cuchillo se desliza sobre la mejilla de Guaypar, que retrocede, soltando un grito de dolor. La sangre mana generosamente de la herida. Guaypar se toca la cara con los dedos y se mira la roja palma de la mano con incredulidad.

—¡Regresa a tu casa, Guaypar! —vuelve a decirle Paullu—. ¡Todavía estás a tiempo!

—No, hermano —dice Manco—. ¡Ya no hay tiempo!

Pero como si la visión de la sangre le hubiera hecho reaccionar, Guaypar lanza el cuchillo lejos y salta sobre Manco, agarrándolo por la cintura. Juntos ruedan hasta el lado de la hoguera, cuyas brasas se esparcen en medio de una explosión de chispas. Anamaya grita, y Paullu debe retenerla para que no se precipite a separar a los muchachos.

—¡Deja, déjalos! ¡Esto ha de concluirse! Manco y Guaypar luchan encima del polvo, enlazados tan estrechamente que la sangre de uno mancha al otro. Sus jadeos están punteados por gritos de dolor cada vez que hay un golpe o que los dedos consiguen retorcer o desgarrar, y entonces, Anamaya ve a Guaypar rodar hacia un lado, mientras su *unku* se desgarrar con un gran crujido. De pronto, Manco se levanta y salta sobre él. Cae con las rodillas sobre el vientre del oponente y con los dedos le aferra el cuello ya bañado en sangre.

—¿Eres tú el que ha jurado tener la valentía de un guerrero? —le pregunta Manco con una voz apenas perceptible—; ¿respetar el honor?

Guaypar no responde. Con la boca abierta de par en par, su respiración anhelosa busca el aire. Entonces, Manco eleva la voz.

—¿Juraste, sí o no, por nuestro Padre el Sol y por nuestra Madre la Luna, por nuestros ancestros y por las almas de todos los únicos señores?

Anamaya siente que Manco ya no controla su cólera. Le retira la mano a Paullu y se acerca a ellos.

—Manco, te lo ruego, déjalo...

Pero Manco no la escucha.

—¿Eres tú quién ha insultado a la virgen que vela aquí por mi padre?

Sus manos dejan el cuello de Guaypar, aprieta los puños y golpea el rostro del hermano odiado con la rabia de un guerrero. Los gemidos que brotan de la garganta

de Guaypar no le detienen más que los gritos de Anamaya. A su alrededor, el círculo de parientes se ha estrechado, pero nadie interviene. Anamaya va a coger el brazo de Manco cuando ve, en los ojos negros del joven inca, danzar las llamas del fuego. Y es como si todo el odio dirigido hacia Guaypar se consumiera en ellas...

—¡Basta ya!

La orden cruje en la noche. Anamaya levanta la mirada al mismo tiempo que Manco deja el puño suspendido. Delante del fuego, un hombre vestido de sacerdote tiende la mano.

—¡Basta, Manco! No lo mates —ordena de nuevo.

Anamaya reconoce a uno de los tíos de Manco, que la observa brevemente con una mirada llena de desafío.

—La lección ya está dada —añade—, y nadie la olvidará. No se insulta impunemente a los clanes de Cuzco.

Manco se separa de Guaypar y se incorpora lentamente. Anamaya cruza la mirada con Paullu, que se ha quedado en silencio, inmóvil durante todo el combate. Tiene los ojos llenos de tristeza mientras contempla a su hermano recobrar el aliento.

Escupiendo sangre, resoplando, Guaypar rueda sobre sí mismo para conseguir apenas ponerse de rodillas. Logra incorporarse y busca la ayuda de Anamaya, que no le tiende la mano. Con un último esfuerzo se levanta; con las manos se aprieta el vientre, y reúne las fuerzas suficientes para gritar.

—Estás maldito, Manco. ¡Arderás antes de llegar al Otro Mundo! ¡Tu alma no será nunca libre!

Manco se seca la sangre que le mancha los dedos.

—Es el maldito quien habla de maldecir —replica.

Mientras Guaypar abandona la *cancha* a tropicónes, Anamaya duda. Por un breve instante su mirada se ha aferrado a la de Manco.

—Debo seguirle —dice finalmente—. Debo velar por él esta noche, incluso si se equivoca contigo.

Manco le echa una mirada a Paullu antes de responder.

—Lo sé muy bien, hermana de ojos azules... —dice con la voz extrañamente vibrante de dulzura después de tanta violencia.

—Cuídate, Manco, y no temas a las serpientes.

—¡Por desgracia, no siempre estarás tú junto a los caminos para hablarles y alejarlas de mí!

Entre el humo que oscurece la noche, la silueta de Anamaya empieza a desaparecer.

TUMEBAMBA, DICIEMBRE DE 1528

—Anamaya, despierta.

Siente los párpados pesados. Querría quedarse acostada en la estera. Tira de la manta que la arropa. Villa Oma la mira con dureza.

Ha entrado en su habitación sin hacer el más mínimo ruido, calzado con unas sandalias de paja y deslizándose en silencio sobre el suelo de piedra. Como tan a menudo, con su silueta alta y su boca de comisuras ligeramente verdes, su aparición repentina parece cargada de amenazas.

—¡Levántate, de prisa!

—¿Qué ocurre?

—No discutas. ¡Levántate y sígueme!

Anamaya intenta recuperar sus fuerzas. Hace solo dos días que finalizó la iniciación de los muchachos. Hace dos noches que Manco y Guaypar se pelearon y se insultaron. ¡Solo dos días de paz, y ya vuelve a anunciarse un nuevo drama!

Se levanta y echa una mirada de lamento a su lecho tibio y protector. El día apenas entra a través de la cortina que se abre al patio.

—¿Qué he hecho mal?

—No sé lo que habrás hecho, pero tu presencia en Tumbamba quizá no sea una cosa positiva.

—Yo no quise que ocurriera la pelea entre Guaypar y Manco...

—¿Quién te habla de esas chiquilladas?

El tono de Villa Oma despierta a Anamaya del todo y la hace estremecerse.

En un nicho que hay junto a la ventana está el disco de oro de Quilla, la Madre Luna. Brilla suavemente en la penumbra, como si llorara. Los dedos secos de Villa Oma se crispan sobre el cortinaje y su voz sorda retumba como el trueno.

—El cuerpo seco del Único Señor ya no está en el templo.

Anamaya abre la boca, pero no puede respirar, como si un puño le hubiera golpeado en el estómago.

—¿Qué has dicho? —susurra con un hilo de voz apenas audible.

—Ya me has oído. La momia de Huayna Capac ha desaparecido.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible?

Villa Oma levanta los ojos en un gesto de impotencia. En la sombra parece todavía más alto y delgado. La cólera y la angustia surcan arrugas profundas en su rostro.

—Al salir el sol me he reunido con los sacerdotes en la sala del templo de Inti —explica—. El nicho estaba vacío. La momia ya no está en su pedestal.

—Pero quién... ¿Quién ha osado hacerlo?

—¿Quién? ¿Cómo?... Hay una sola cosa cierta: ¡es a ti, muchacha, a la que van a acusar de este crimen!

—¿A mí? ¡A mi! ¿Por qué? ¡No puedes acusarme de tamaña fechoría, Villa Oma, ya lo sabes!

—¡Yo no te acuso de nada, Anamaya! —dice el sabio con un suspiro de fatiga—. ¡Otros, por desgracia, celebrarán hacerlo! Eres la *Coya Camaquen*. ¿No es tu deber proteger a la momia con la ayuda del Hermano-Doble? ¿No es eso lo que te ordenó Huayna Capac la noche de su muerte? ¿Que lo acompañaras en este mundo mientras él se iba al otro?

Las lágrimas nublan la vista de Anamaya. Pero la injusticia es tan brutal que se las seca, decidida, con el reverso del puño. Ya no es la muchachita aterrada que llevaban a ver al inca de todos los incas. La cólera vibra en su voz.

—¿Y por qué habría hecho yo una cosa así?

Con un gesto, Villa Oma rechaza la pregunta.

—¡Qué más dan los motivos! Eres la protegida de Atahuallpa. Se inventarán una mentira a la medida de sus necesidades.

—No comprendo...

—¿De veras? ¿Todavía no has comprendido que los de Cuzco nos odian y que cualquier cosa les basta para apartarnos...?

Villa Oma se interrumpe. En el patio suenan unos gritos. Deformado, gritado a viva voz, el nombre de Anamaya vibra en el aire como un insulto.

—Bien, parece que no han perdido el tiempo —dice serenamente Villa Oma—. Prepárate, hija mía. Es a ellos a los que deberás convencer de tu inocencia.

—¡Es ella!

—¡Es ella la que ha hecho desaparecer a nuestro Único Señor Huayna Capac!

—¡Sacrilégio, sacrilégio! ¡El Mundo perecerá! ¡Inti se vengará de nosotros!

—¡Esa muchacha de ojos azules es maléfica! ¡Inti quiere que se convierta en cenizas! ¡Quilla quiere que sea arrojada al río!

El patio del palacio de Huayna Capac es inmenso. Sin embargo, ahora está tan repleto que los que van llegando los últimos, nerviosos, gesticulando, permanecen frente a la puerta coronada con el escudo de una serpiente doble. Son todos nobles de Cuzco, pertenecientes al clan de Huáscar. Unos van armados y vociferan, mientras sacuden sus mazas letales de piedras negras finamente pulidas. Otros agitan lanzas. Algunos hacen girar las boleadoras o las hachas de obsidiana...

En el centro del patio, los principales jefes de linaje han formado un círculo. Discuten, murmuran y se miran entre ellos: aunque las palabras sean todavía contenidas, las miradas no engañan. Todas están clavadas en Anamaya, escoltada por Atahuallpa y Villa Oma, que permanecen impassibles y silenciosos.

—¡Los signos han sido nefastos desde que llegó a nosotros esta muchacha! —

grita un viejo—. ¡Es el sacrilegio!

—¡La proteges para fastidiarnos, Atahuallpa! —clama un guerrero ricamente ataviado, que apunta a Anamaya con su lanza de plumas de seis colores.

Un gruñido de aprobación surge a su alrededor. El hombre lleva en la frente una diadema de general, y el *unku* está tejido con vicuña y decorado con todos los cuadrados y triángulos de los más altos clanes. Sonríe con la boca arqueada por la arrogancia.

—¡Hemos descubierto tu maniobra! ¡Quieres impedir que la momia de Huayna Capac llegue al Templo Único de Cuzco! ¡Temes que se coloque junto a los ancestros del Origen del Mundo, puesto que entonces Huáscar, nuestro Único Señor, poseerá la potencia de su padre para reinar! Es por esto por lo que le has pedido a esta muchacha que haga desaparecer la momia...

—¡Quemémosle los pies y nos dirá dónde la ha escondido!

Lejos, en un recoveco del patio, Anamaya adivina el perfil aguileño de Manco y el noble rostro de Paullu. Tienen las miradas gachas y, sin duda, se sienten incómodos. Ellos también pertenecen al clan de Huáscar. Por mucho que la quisieran ayudar, no pueden hacer nada...

En el otro extremo, en el lugar donde se reúnen los seguidores de Atahuallpa y los de Quito, descubre a Guaypar. Tiene el rostro marcado; la mejilla izquierda está cubierta por un emplasto de hierbas recubiertas por una fina tela. Pero sus labios tumefactos tienen la tensión de una sonrisa crispada.

De pronto, por encima de los gritos, la potente voz de Atahuallpa rompe como la cuerda de un arco.

—¿Os quedan todavía muchas más palabras inútiles por pronunciar?

No deja asomar ni rastro de la cólera que le hace vibrar las puntas de los dedos. Los gritos se detienen de golpe. Con el brazo tendido y la mano plana, la palma hacia el suelo, señala a todos los de Cuzco.

—Ninguno de vosotros cree realmente que la *Coya Camaquen*, a la que mi padre designó para acompañar al Hermano-Doble, pueda ser la autora de este robo sacrílego. Ninguno puede creer que yo me opongo a la voluntad de Inti y al regreso de mi padre a Cuzco.

Girándose hacia su derecha, Atahuallpa señala a un viejo con la frente ceñida por el disco de oro de los grandes poderosos.

—Colla Topac estaba presente, junto a los otros grandes poderosos, cuando el Único Señor designó a la *Coya Camaquen* antes de partir hacia el Otro Mundo. Mi padre le encargó a él que hiciera respetar sus voluntades de acuerdo con la costumbre antes de que mi hermano Huáscar se ciñera la cinta. Es él quien debe llevar a mi padre a Cuzco, él quien le hará entrar en el templo de Coricancha.

—Es cierto —exclama el viejo—. Soy el legatario y ninguno de nosotros, doy fe de ello, tiene un deseo más ferviente que el de ver a nuestro Único Señor regresar a su ciudad amada. Y no creo en absoluto que la *Coya Camaquen* pueda haber sido

responsable del acto que le imputáis: el Hijo del Sol en persona depositó su confianza en ella.

—Aquellos de entre vosotros que gritan más fuerte harían bien siendo más comedidos... ¿Quién sabe si no son ellos mismos unos blasfemos?

Un breve silencio parece helar el aire de la *cancha*.

—¿Nos estás acusando? —dice luego una voz aguda—. ¿Nos estás amenazando, Atahuallpa? ¡A nosotros, al clan de tu hermano Huáscar! ¡El hijo más amado de tu padre! ¿Cómo te atreves?

Esta vez, la cólera de Atahuallpa explota.

—¡No me atrevo más que vosotros, que insultáis y escupís sobre aquella que mi padre eligió!

Sin que pueda aguantarse más, Anamaya avanza hasta el centro del círculo. Entonces, levanta la mano abierta.

—¡No os peleéis por mí! —exclama con una voz fuerte. Todas las miradas se posan sobre ella—. Llevadme al templo, cerca de mi esposo, el Hermano-Doble. Él me dirá dónde está la momia.

Villa Oma y Atahuallpa muestran la misma estupefacción en la mirada.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —murmura el sabio de labios verdosos.

Anamaya asiente con un gesto de cabeza. En realidad, las palabras que acaba de pronunciar la han sorprendido a ella tanto como al sabio. No es su voluntad la que las ha formado en su boca. Han salido de sus labios ellas solas, llenas de seguridad. Ahora su corazón se encoge y el sudor de la angustia le empapa las palmas de las manos. Sin embargo, el murmullo que corre entre la muchedumbre contiene tanta sorpresa como respeto. Allí abajo, Manco y Paullu han vuelto a levantar la cabeza y la miran con los ojos brillantes. Guaypar, en cambio, ya no sonrío. De nuevo, un grito vuelve a romper el silencio.

—¡Atahuallpa! ¡Si esta niña no encuentra el cuerpo seco de nuestro Único Señor Huayna Capac, tiraremos sus entrañas a la basura!

Un gruñido de aprobación se levanta entre la gente.

Bajo la mirada preocupada de Atahuallpa, la mano de Villa Oma se vuelve a cerrar con firmeza alrededor del delgado brazo de Anamaya. Ella siente el orgullo que vibra en su voz cuando el sabio se dirige a la muchedumbre.

—¡Amenazad! ¡Amenazad! —grita—. ¡Pero ya lo veis: ella no os teme!

El camino entre el palacio y el templo no es muy largo. Hace un calor asfixiante; Anamaya siente cómo pesa en su nuca y le hace más lenta la respiración. Toda la ciudad está impregnada de un humor malsano. Hay grupos de hombres que se agolpan en las callejuelas, con la cólera y el miedo plasmados en los rostros. Algunos mascullan insultos cuando la muchacha pasa por su lado. Algunas mujeres aparecen en el umbral de las *canchas* y la siguen con la mirada, gesticulando.

Ella se mantiene derecha, con los ojos fijos en la capa que flota de los altos hombros de Atahuallpa. Le reconforta sentir a su lado, avanzando al mismo paso rápido, a Villa Oma y a los soldados de la escolta.

Entran en el templo desierto, en la sala de los nueve nichos, sin más techumbre que la infinidad del cielo que la domina.

Anamaya percibe el murmullo vivo del agua que recorre las canalizaciones y mana de las fuentes. Sobre los muros de piedras espléndidamente unidas, el sol inclinado dibuja sutiles sombras, y animales y dioses. Los nichos se alinean a lo largo del muro, rematados por un friso de oro alicatado con rombos, trapecios y formas ovaladas como huevos de pájaro.

En el nicho central está el Hermano-Doble de oro, pero a su lado, el pedestal en el que yacía la momia a la escucha de los Mundos de Abajo y de Arriba está vacío. Anamaya apenas osa mirarlo.

Villa Oma, a su vez, gira a su alrededor como si pudiera ver rastros.

—¡Estoy seguro de que son la gente de tu hermano Huáscar los que han cometido esta fechoría estúpida! —le dice a Atahuallpa finalmente.

—Es probable; pero han perdido la razón. Jamás habíamos visto un insulto semejante contra nuestro padre.

—Es signo de que Huáscar y los suyos están roídos por el miedo.

—¿El miedo? ¿Y por qué? ¡Saben que mi respeto hacia las palabras de mi padre es absoluto! Saben que no me quiero poner el *llautu*^[12] sagrado en la frente. No quiero ser el Único Señor. ¡Tú lo sabes bien, Villa Oma! Todos lo saben: los signos están contra mí...

—No todos... ¡Estás demasiado concentrado en convencerte a ti mismo de ello! Y Huáscar lo percibe; es como un animal: percibe más que razona. Pero, a su manera, ve más lejos que tú: teme a las fuerzas que te rodean. La teme a ella... —Villa Oma señala a Anamaya y añade—: Temen que no se acuerde de las palabras que dijo el Único Señor la noche de su muerte. ¡Temen que el Hermano-Doble no le dicte la verdadera voluntad de tu padre!

Durante un instante, Atahuallpa contempla el rostro de oro, sereno pero impenetrable, del Hermano-Doble. Esboza un gesto como si fuera a tocarlo, pero luego se refrena y se vuelve hacia Anamaya.

—¿Y tú, pequeña, piensas también como el sabio que no sé oír la voluntad de mi padre? —pregunta.

—¡Creo que no sabes quién eres, poderoso señor!

Tan pronto como estas palabras han brotado de su garganta, Anamaya ahoga un grito y se tapa la boca con las dos manos.

—¡Perdón! Pido perdón... ¡Estas palabras han salido de mi boca sin que yo las pensara!

—Escúchala —susurra Villa Oma—. ¡Escúchala, Atahuallpa! ¡Habla con la voluntad de Huayna Capac; lo percibo!

Los ojos un poco enrojecidos de Atahuallpa van del sabio a la niña. Pero la mirada de Anamaya es atraída por el nicho del Hermano-Doble. En su rostro esculpido, un rayo de sol ha venido a posarse con la precisión de una punta de lanza...

—Encuentra la momia, Anamaya —murmura Atahuallpa—. ¡Encuéntrala!

En el instante en que se gira, el sol se desliza por su casco y por los discos de sus orejas. Anamaya siente cómo los reflejos de oro penetran en ella y vienen a vibrar hasta su pecho, como si formaran allí otras palabras, palabras todavía desconocidas e imposibles de pronunciar.

TUMEBAMBA, FEBRERO DE 1529

Anamaya y Villa Oma avanzan por la explanada frente al templo. Sobre la colina de Tumbabamba, frente a ellos, los muros de las *canchas* que envuelven el palacio, los patios, las casas más ordinarias, se extienden formando cuadrados regulares.

El sabio calla. Anamaya sabe que ella no puede preguntarle. Al otro lado del valle distingue la cumbre de color azul oscuro del Huanacauri. El camino pavimentado por el cual caminan forma una recta perfecta desde la cima de la montaña y el templo.

El calor se hace cada vez más intenso. Anamaya siente cómo el sudor le empapa las sienes y la nuca, y le resbala por la espalda bajo la túnica ceremonial, demasiado gruesa.

Sin aflojar el paso, el sabio mete la mano en su *chuspa*, la bolsita de tela que le acompaña siempre. Saca de ella un pellizco de hojas de coca y un frasco de polvo blanco, como una cal fina como el talco.

—Toma —le dice simplemente, tendiéndole la coca.

Luego se echa en la palma de la mano un poco de la cal. Anamaya enrolla las hojas verdes y gruesas para formar una especie de cilindro y empieza a masticarlas suavemente. El sabor agrídulce impregna su saliva.

Poco a poco, la ciudad desaparece detrás de ellos y pronto el camino, cuidadosamente pavimentado, se convierte en un sendero de tierra, bordeado por dos muros de empedrado grueso pero regular. La muchacha camina sin esfuerzo, sin cansarse. Una especie de serenidad eufórica se apodera de ella. Incliniéndose hacia la otra vertiente de la colina, una suave pendiente lleva hasta un altiplano. Allí aparece la masa pálida de una enorme roca de formas tortuosas y agrietadas, que, como si estuvieran bajo el efecto del caos, se hunden todas de golpe y rebrotan del suelo. Anamaya no necesita que el sabio se lo diga: es una *huaca*, una piedra ancestral, una de los millares de piedras sagradas que limitan el Imperio de las Cuatro Direcciones según los ejes que solo conocen los grandes sacerdotes.

Allí, las almas de los ancestros y de los dioses respiran y acogen las plegarias de los hombres y las mujeres que viven en el mundo visible.

Villa Oma se detiene frente al muro que marca la entrada. Con piedras trabajadas con tanta delicadeza que a veces casan con la roca como si fueran una segunda piel, dibuja el zigzag resplandeciente de Illapa, el Señor del Rayo y del Trueno.

De su *chuspa*^[13] hinchada, Villa Oma saca nuevas hojas de coca. Esta vez las coloca con cuidado en un nicho de la pared, al pie de una pequeña estatuilla de oro. Luego, sacando de su alforja un frasquito de *chicha*, vierte algunas gotas en el nicho y después esparce un poco por el suelo. Más tarde se incorpora, con el torso bien

recto y la cabeza inclinada a un lado, y ofrece las palmas de sus manos al cielo.

Después de un instante de recogimiento se vuelve hacia Anamaya, le tiende la *chicha* y le hace un gesto para que beba. Ella le obedece y da dos largos tragos, que le quemán extrañamente la garganta.

—Ahora vamos a esperar —dice el sabio.

Anamaya se sienta sobre una piedra plana, caliente, con las piernas dobladas bajo su propio peso. El sol le acaricia la piel y le habla. Un entumecimiento extraño le hace sentir los párpados pesados y le serena la respiración. Los ojos se le cierran. Todo el cuerpo le pesa; cada parte en particular: los brazos, las piernas, el torso, la cabeza... Y luego, de pronto, se siente reaccionar toda entera, pero con un peso tan grande que la arrastra al fondo de la tierra en un descenso tan vertiginoso que le resulta imposible resistirse...

Entonces, quizá se queda dormida.

Cuando vuelve a reaccionar, el día ya casi ha caído. Ve unas cuantas luces que ya se iluminan sobre las laderas de las montañas que rodean el altiplano.

—¡Villa Oma!

Grita en vano. El efecto de la coca y de la *chicha* se ha esfumado. No le ha dejado más que una horrible fatiga y unas oleadas de miedos que la envuelven con la oscuridad creciente.

—¡Villa Oma!

Su voz retumba lejos. Las paredes montañosas se la devuelven.

Anamaya se levanta. Tiene los muslos agarrotados y las rodillas doloridas. Palpándolo con las puntas de los dedos para orientarse va siguiendo el muro de Illapa. En un extremo empieza un camino estrecho, invadido de espinos; parece que rodea la *huaca*.

La muchacha camina con prudencia, esforzándose por no resbalar con sus sandalias de paja. En su muñeca, el brazalete de las dos serpientes desprende destellos de oro bajo la luz de la luna.

De golpe tropieza con un matorral de arbustos de gruesos pinchos que cierra el camino mejor que una puerta. El miedo se apodera de ella y, respirando rápida y roncamente, retrocede. Pero va demasiado de prisa. Resbala, lanza las manos hacia adelante a oscuras... Y allá donde ella creía que encontraría la dureza de la roca, sus brazos enteros se meten en una falla. Todo su cuerpo se balancea, la cabeza en primer lugar, y se araña los muslos con una punta de piedra.

Cuando recupera el equilibrio, incapaz de respirar y petrificada por el silencio de la oscuridad, comprende que la roca se ha abierto para acogerla.

Aquí hace más frío y la noche es más oscura que la noche.

Está temblando. Las manos le tiemblan contra su voluntad; los hombros le tiemblan, su corazón tiembla. Pero ella sabe, sin ni siquiera comprender por qué lo sabe, que a partir de ahora le será imposible dar marcha atrás.

Vuelve a levantarse. Paso a paso, tropezando de espaldas con las paredes, va

avanzando.

El camino baja muy suavemente. De manera inexorable, la muchacha se hunde en la tierra; cada vez, más lejos y más profundamente. Tiene la boca seca y siente en el pecho el dolor de los latidos de su corazón. Toda una parte de su ser desea chillar, gritar que no quiere abandonar el Mundo de Arriba.

Y entonces, el espacio que la rodea se vuelve inmenso. La oscuridad se convierte en suavidad aérea. Separa los brazos y no toca ninguna roca. Avanza por la noche y no tropieza con nada. ¡Ni a la derecha, ni a la izquierda! Y en ese momento, a pesar de que no hay ningún ruido, ninguna luz, una certeza traspasa su cuerpo; es más acre, más violenta que la *chicha*: no está sola.

—Villa Oma —susurra al borde de las lágrimas.

Frente a ella, en la oscuridad, dos ojos amarillos brillan.

«¡El puma!».

Es lo que Villa Oma quería desde el primer día: dar su corazón al puma para que lo devore, dar su carne al Mundo de Abajo, limpiar el universo de la impureza de sus ojos azules, de sus orígenes misteriosos.

Los ojos amarillos se mueven hacia la izquierda, como si quisieran observarla mejor.

Y de pronto, la voz de Huayna Capac, la voz que ella hace días que espera, la que le vale todos esos gritos y todos esos odios, retumba en su cabeza. Es una voz clara; ya no es la voz fatigada del viejo que hablaba en medio de la noche y que le decía que estaría con ella. ¡Pero es tan reconocible!

«¡Niña Anamaya! Niña pura de ojos de lago, ¿cómo has podido pensar que no mantendría mi promesa? Vamos, niña Anamaya, ven, acércate a mí. No tengas miedo...».

Anamaya avanza hacia los ojos amarillos del puma. Su temor se calma, sí, a pesar de que está convencida de que el puma va a devorarla. Sin embargo, se siente feliz de haberse reencontrado con el Único Señor antes de abandonar ella misma el mundo.

«Han querido robarme —le dice la voz con una gran dulzura—, pero yo quiero quedarme contigo hasta la hora en que me sienten en mi sillón de eternidad, en Cuzco, cerca de mi Padre el Sol. Quisieron robarme, pero ahora he regresado al sitio en el que nunca he dejado de estar...».

»Niña Anamaya, no desconfíes de mí. Quédate junto a mi aliento y confía en el puma».

El eco de su voz está en su cabeza, sobre la piedra.

Anamaya abre los brazos y se ofrece a la boca abierta del puma. Pero los ojos amarillos han desaparecido. A su alrededor ya no hay más que oscuridad infinita.

¡No!

No: de una falla en la roca, por encima de su cabeza, surge la luz intensa de la Madre Luna.

Riéndose, Anamaya se lleva las manos a las mejillas, se araña las sienes.

¡Está viva!

Segunda parte

Desde el alba que espera.

Han venido a sacarlo de su camastro de paja y de su sueño mal conciliado cuando era todavía de noche. Su primer pensamiento de hoy ha sido que iba a morir.

Esta perspectiva no lo asusta tanto como debería; no tanto como la tortura con la que le amenazan desde hace meses; no tanto como esta espera interminable que equivale al dolor de los instrumentos.

Es cerca de mediodía. El sol penetra por el gran vestíbulo del castillo de Triana. Está tan acostumbrado a la oscuridad de su celda que tiene que mantener los párpados cerrados.

Y además, debe soportar este silencio interminable.

No se oye ni un eco en la gran escalinata, ni un trino de pájaro del exterior. Separa los pies. La cadena soldada a los aros de hierro que rodean sus tobillos y rasgan lo que queda de sus medias, repica y estropea la madera encerada del entarimado. El sonido de las anillas de metal se apaga de inmediato, como tragado por el inmenso silencio.

Es esta, en el fondo, la obra de la Santa Inquisición: el silencio. La voluntad y el gran poder del silencio. Su infinita capacidad para ahogar todos los ruidos.

Tanto los ruidos de la vida como el estrépito de la muerte.

Es casi de noche cuando el inquisidor le sonrío.

Es una sonrisa tierna y casi más insoportable que una amenaza.

Sin abandonar la sonrisa, con un pequeño gesto de su mano regordeta, el inquisidor le ordena que se acerque.

La sala es familiar. Frente a los altos ventanales, el terciopelo de las cortinas rojas tapa la noche tanto como el día. Las llamas vacilantes de las velas proyectan sombras móviles sobre los arcones pintados de la pared. Desde la puerta, un tapiz malva delimita el paso. En el centro hay una silla de roble, de respaldo alto y rígido, brillante por los centenares de acusados que la han pulido a base de sobresaltos de miedo.

Está encarada a un estrado. Y allí, tras una mesa larga, hay tres hombres. Está el propio inquisidor, de rostro joven y redondo, frente y mejillas blancas, envuelto en una sencilla sotana negra y con el cráneo ya calvo tapado con un gorro de cuatro puntas. A su derecha, igualmente vestido de negro pero con un abrigo estrechamente abotonado, se encuentra el secretario; es un hombre viejo, de boca triste y mirada circunspecta. El escribano no es más que un joven bachiller, de ojos huidizos y con

las sienes cubiertas de granitos rojos.

Gabriel apenas se sienta cuando escucha la primera pregunta.

—¿Os llamáis Gabriel Montelúcar y Flores?

La voz del inquisidor, al contrario de su cara, es fina y seca. Resulta casi tan agria como si brotara de la boca de un viejo. Gabriel se encoge de hombros con impaciencia.

—Sabéis mejor mi nombre que yo mismo. Hace doscientos cincuenta y tres días que estoy en vuestra cárcel y es la duodécima vez que me preguntan lo mismo...

—¡Responded con respeto a su señoría! —ladra el secretario.

Gabriel quisiera sonreír, pero se limita a suspirar.

—Vuestra eminencia no ignora que me llamo como él ha dicho; no más, al menos, de lo que ignora el nombre y el título de mi padre, o que mi madre no era más que una criada...

—Responded solamente a las preguntas, don Gabriel. ¿Es cierto que entrasteis en el Colegio Mayor de Santa María de Jesús en el año de gracia de 1525?

—Sí. Pasé allí cuatro años. Es una lástima que me arrancaran de él. Aprendía muchísimo.

—¿Ciertas divagaciones procedentes del norte?

—¿Divagaciones, vuestra eminencia? ¿Es que las ciencias teológicas, los elementos y las leyes de la naturaleza, la filosofía...?

—Habéis sido descrito como un fidelísimo seguidor de Erasmo.

—¡No menos fiel que la mitad de la población que está alfabetizada, vuestra eminencia!

—La mitad de la población no es amiga de doña Francisca Hernández —vuelve a sonreír el inquisidor.

Gabriel expresa vacilación. Su mirada se desliza hasta el escribano.

—Vuestra eminencia sabe que solo he estado tres veces en casa de doña Francisca —responde sin firmeza en la voz.

—¡Qué más da el número! ¿Y qué hacíais vos en esa casa?

—Conversábamos.

—¿Solos?

—Jamás.

—¿Sobre qué versaban esas... conversaciones?

—Sobre cosas del espíritu.

—¿Y de la religión, supongo?

—Como vuestra eminencia no ignora, las cosas del espíritu lindan a veces con la religión.

—¿Hablabais, entonces, de la doctrina de Lutero?

—Raras veces. ¡Y para condenarla!

—¿Es cierto que doña Francisca profesaba de buena gana el abandono carnal al éxtasis bajo el pretexto de que el amor de Dios es en el hombre como una fuerza de la

felicidad?

—Algunas veces, sí. Como una vía de recogimiento, puesto que...

—¿No consideraba ella que el amor de Dios basta para alejar el pecado de uno y que no hay que temer ni a Dios ni al infierno?

—Si vuestra señoría lo permite, es infinitamente más complejo. Doña Francisca piensa que...

—¿La habéis oído afirmar, sí o no, que no es preciso temer a Dios?

—Solamente para decir que había que amarlo con felicidad y confianza.

¿Hasta el punto de cometer el pecado de la carne en múltiples ocasiones, incluso en público, con el pretexto de que es una vía, como vos decís, de recogimiento?

El rostro del inquisidor es tan duro y frío como una máscara de metal. Gabriel se pone tenso y pierde la sonrisa burlona.

—No comprendo el sentido de estas preguntas, eminencia.

—¿Ah, no?

Mientras que el escribano reposa sus dedos entumecidos, una falsa sonrisa atraviesa la cara redonda del inquisidor. Tiende la mano hacia el secretario, que asiente y saca una nota del montón de papeles apilados frente a él y la coloca en la palma de la mano abierta del inquisidor.

—Encontramos esto en un libro que os pertenecía. *El Enchiridion*, de Erasmo, para ser exactos...

—Traducido por los canónigos de Palencia y aprobado por el Santo Padre, como vuestra eminencia no ignora...

—No es el libro lo que me preocupa, don Gabriel, sino una nota de puño y letra de doña Francisca...

Gabriel siente que le flaquean las piernas y se le vacía el corazón incluso antes de que el inquisidor continúe.

—No le importará si le leo solamente un fragmento... «Mi tierno amigo, ¿cómo es posible que con vos me sienta capaz de obtener el gozo en el corazón mismo de Dios y en la más absoluta de las confianzas? ¿Es posible abrasarse hasta la médula en un fuego tan divino? ¿Sabéis que toda esta noche, después de nuestro demasiado breve y tan dulce instante de soledad, soñé que para mí vos erais el salvador? Vos sois, querido amigo, como una constelación clavada en el cristal de los cielos, marcada con el escudo del felino, de la fiera, quizá del león... ¡o del gato! Pero yo sé que el animal que hay en vos permanece sereno, y su ronroneo me resulta precioso...». Obviaremos lo que sigue.

El inquisidor deja la nota. Sus ojos chisporrotean de odio y de concupiscencia.

—¿Estos comentarios felinos —pregunta— son consecuencia de vuestras conversaciones... teológicas?

—Se refiere a una mancha de nacimiento que tengo detrás del hombro, su señoría. Tiene la forma de un gran gato, y doña Francisca...

—¿Cómo descubrió esa mancha? ¿Es que os habéis desnudado frente a ella?

—¡No! —grita Gabriel, ruborizado—. Lo comentamos en una ocasión en la que...

—En su nota, doña Francisca se refiere sin ambages a un «dulce instante de soledad». Sin embargo, acabáis de afirmar que no os habíais encontrado nunca a solas con ella. ¿A quien debo creer, don Gabriel?

El sonido de la pluma del escribiente se detiene. Gabriel se enfrenta a los tres pares de ojos que observan su mirada. El silencio es tan duro como las cadenas que lo sujetan por los tobillos. El inquisidor se pasa los dedos por la redondez de las mejillas; su voz es repentinamente amable.

—Don Gabriel, sed razonable, os lo ruego. ¡Os bastaría con decirnos la verdad! Sabemos que doña Francisca os ha arrastrado hasta la blasfemia repetidas veces. Sabemos que no habéis sido el único y que habéis mantenido con ella conversaciones favorables a la doctrina de Lutero. Sabemos que ella cometió con vos actos que...

Gabriel lo interrumpe con un gesto de la mano.

—¡Vuestra eminencia! —Se levanta y respira con fuerza antes de añadir—: Haced de mí lo que queráis. Ahora voy a guardar silencio.

—¿Eso creéis?

—Si ya no consigo permanecer en silencio, moriré.

—Hay cosas peores que la muerte, señor.

La mirada de Gabriel se queda anclada en la del inquisidor, quien acaba por fruncir los párpados y dirigir una pequeña señal a los alguaciles.

—Nos volveremos a ver mañana, don Gabriel. Con o sin los instrumentos, según cual sea vuestra elección...

SEVILLA, FEBRERO DE 1529

A la noche, durante más de una hora, con los nervios a flor de piel y náuseas en la garganta, Gabriel camina a lo largo y ancho de su estrecha celda. Son cuatro paredes de piedra, negras de mugre, con una puerta de madera y una ventanilla de ventilación por donde se cuelan las ratas como únicas aberturas. Una lámpara de aceite cuelga encima de una cubeta apestosa que hace de letrina. A lo largo de las paredes hay esteras de paja amontonadas.

Después de haber compartido este sórdido agujero con dos comerciantes de tejidos de Cádiz y luego con un panadero, desde hace dos meses tiene por compañero a un extraño monje llamado Bartolomé.

A pesar de su juventud, tiene el cráneo pelado, y aunque solo le pueda ver en la perpetua penumbra de la prisión, su mirada es pálida como la bruma matinal, a veces gris, a veces azul.

Tiene los dedos corazón y anular de la mano derecha curiosamente pegados; al parecer se trata de un defecto congénito. La misma carne los une y los recubre como si formaran, en un sorprendente gesto de bendición, un único dedo.

Es un hombre parco en palabras; nunca se queja ni habla de sus miedos.

Ya lo han venido a buscar varias veces para interrogarlo y una noche los guardianes tuvieron que llevarle hasta su lecho de paja. Estuvo gimiendo durante la noche, pero por la mañana no respondió a ninguna de las preguntas que le hizo Gabriel. Ni él mismo conoce las razones de su encarcelamiento. Sin embargo, parece que eso no sea tanto una voluntad de disimulo que lo confina al silencio como una extraña sabiduría.

También podría ser que este monje fuera un estupendo actor y uno de los espías de la Santa Inquisición destinado a las celdas para recoger las indiscreciones de los prisioneros. ¡Cuándo uno está bajo tierra, todo es posible!

—¡Basta ya de deambular, don Gabriel! Acostaos y calmaos. Os agotáis inútilmente —le ordena de pronto el hermano Bartolomé con una voz arisca.

Gabriel se sobresalta y le obedece. Se acurruca sobre su lecho y se queda quieto un instante. Luego adivina que la mirada clara del hermano Bartolomé sigue posada sobre él.

—¡Tengo miedo! Mañana me van a aplicar los instrumentos. No puedo evitarlo; tengo miedo.

El monje asiente y se calla. Gabriel se lo agradece. Las palabras de consuelo no harían más que excitar su cólera y su vergüenza.

Por todos los santos, ¿por qué no destruyó la nota de doña Francisca? ¡El mismo día en que la recibió adivinó toda la imprudencia que acarrearía!

De pronto, a pesar de su desconfianza, las ganas de hablar le golpean el pecho. ¡Qué más da si el monje ha sido colocado a su lado por los verdugos! Necesita hablar. ¡Necesita decir la verdad ahora, como si pudiera vaciarse de ella y olvidarla!; al menos, olvidarla lo suficiente como para tener el valor de callarse mañana, cuando los grilletes desgarran sus extremidades...

—¡Hermano Bartolomé, escuchadme! Están absolutamente equivocados. Se imaginan lo que no fue. No hubo más que palabras, ¿comprendéis? Amor, éxtasis, pasión divina, libertad, suavidad, goce, posesión... ¡Palabras! Nada más que palabras... Pero no van a creerme nunca.

—Nunca, en efecto.

—Aunque podría explicarles que...

No expliques nada —le espeta llanamente el monje, pasando al tuteo por primera vez—. ¡No digas nada! Grita de dolor si quieres, pero cállate.

Gabriel se estremece. Oye sus propios dientes repicar. Se incorpora y se sienta para recomponerse mejor.

—Sé que a ella ya la han torturado. Debió de confesar Dios sabe qué...

¡La denegación del papa, la apostasía, las herejías luteranas! Que nos entregamos a bacanales...

—No. Ella no ha dicho nada. Si no, ya no te necesitarían.

—¿Tú crees? Quieren oírme decir que hemos sido amantes... ¡Qué bobada!

—¿No lo erais?

—Solo palabras, ya te lo he dicho.

—¡Lástima, amigo! Las palabras les bastan y les sobran...

Un silencio atravesado de frotamientos indistintos acompaña un instante los terribles pensamientos que los inundan.

—Mañana —vuelve a hablar Gabriel—, cuando me aplasten las pulgas, cuando me quemén los pies, cuando me perforén las palmas de las manos...

—¡Y no te olvides del descuartizamiento y de la pez en las heridas!

Un destello en los ojos del monje hace sonreír a Gabriel. Durante una décima de segundo se desvanece el terror que lo ahoga. El hermano Bartolomé le devuelve la sonrisa y le posa una mano fresca sobre la muñeca empapada de sudor.

—No dejes correr la imaginación, Gabriel. Siempre habrá tiempo para temer a los instrumentos de mañana...

—Tú ya lo conoces, ¿no?

—Lo conozco.

—¿Y...?

La mano del hermano Bartolomé deja la muñeca de Gabriel. Su mirada se pierde por las paredes de la celda mientras se le hinchan las venas del cuello. De manera maquinal, se masajea los dedos pegados.

—No es posible saber nada de uno mismo hasta el momento en que te acercan los hierros o el fuego —resopla finalmente—. Sí, ¡el conocimiento que entonces alcanzas

es fulgurante!

—¿Acabaste hablando?

Bartolomé se queda quieto. Una sonrisa lejana ilumina su rostro juvenil y lleno de sabiduría. Entonces, eleva sus dos dedos juntos hacia Gabriel.

—Guarda silencio, hermano. Y ahora descansa.

Sueña y la puerta de la celda se convierte de pronto en un postigo. No es ni la libertad ni la luz lo que cruza el umbral de la celda, sino una horda pegajosa de serpientes. ¡Es un auténtico río de reptiles que lo engulle, que le envuelve la garganta, que tira de sus pies!

Se despierta gritando. Ahora ya no sueña y los guardianes que le sacan los grilletes de los tobillos son bien reales.

—¡Eh, qué más os hace falta para despertaros! —gruñe un alguacil con la cabeza descubierta.

Gabriel observa cómo caen sus grilletes.

—¿Es la hora? —pregunta estúpidamente.

—Eso parece. ¡Andando! ¡Levantaos!

—¿Adónde me lleváis?

—¿No lo sabéis?

Desde la sombra, la mirada intensa de Bartolomé se clava en él. Pero ni el uno ni el otro tienen tiempo de cruzarse ni un gesto ni una palabra. Le empujan por una escalera y luego por los pasillos; en pocos minutos, sin comprender, se vuelve a encontrar en la portezuela de la prisión. Allí, los alguaciles de guardia le ignoran como si no existiera. Un guardia negruzco hace sonar las cerraduras, la pequeña puerta de hierro se abre y, del otro lado, en la plaza, el alba se ve pálida.

¡La situación es ridícula! Lo empujan de nuevo. Tropezando con el umbral y se magulla un dedo con la punta de una losa. Se vuelve justo a tiempo para ver cómo la puerta se cierra detrás de él. Helo aquí fuera, solo, en la plaza del Rosario, con las piernas y las manos libres. ¡El cielo vasto y puro encima de su cabeza!

—¿Es decir...? —murmura.

No se lo cree. ¡Ni siquiera quiere pronunciar la palabra! Ahora también él desconfía de las palabras.

Un perro pasa al trote y se mece con negligencia en la puerta de la prisión. Luego, el animal atraviesa la plaza hasta la cuesta del Rosario. Siguiéndolo con la mirada, Gabriel descubre allí un coche de doble enganche; una carroza negra y plata, muy reluciente, cuyo escudo sobre la portezuela reconoce de inmediato.

Se queda boquiabierto.

Es el coche del marqués de Talavera... ¡El coche de su padre! La portezuela se abre a medias y una mano enguantada se agita en su dirección. Desde el banco del cochero un lacayo le observa.

Con el espíritu agitado, Gabriel cruza la plaza. Lentamente, el frescor de las losas endurece sus pies descalzos. Cuando está bastante cerca de la carroza, una voz conocida le ordena:

—¡Subid ya, estúpido bribón! ¿O queréis que toda la ciudad vea el estado en el que os encontráis?

Obedece como siempre ha obedecido. Apenas se sienta, el coche se pone en marcha.

El lujo de la carroza y el suntuoso jubón de Segovia de su padre le hacen darse cuenta repentinamente de su estado. Sus mangas, que antes eran negras, están grises de polvo, y la camisa asoma a través de un gran rasgón del chaleco. Las medias ya no son más que agujeros hasta las rodillas y hace tiempo que los guardianes de la cárcel le confiscaron las botas con el pretexto de que los grilletes estropearían el cuero.

El marqués ha pensado lo mismo. Desvía sus pequeños ojos negros con una mueca de asco, mientras que con su dedo enguantado señala un bulto que hay en el asiento.

—¡Dios mío, lo que apestaís!... Aquí tenéis ropa limpia. Más tarde os cambiaréis... ¡Ah! ¡Qué asco!

Gabriel esboza una reverencia divertida.

—Lo lamento mucho, mi señor.

—¡Ya podéis! ¡Y de todo! ¡Vuestra liberación me ha costado tres mil ducados, que es lo mismo que decir las ganancias anuales que me reportan las tierras de Almería! ¡Todo por vuestras elucubraciones y esa buscona!

—Mi señor, yo...

En un bache, el sombrero le salta, pero las manos del marqués lo atrapan con fuerza.

—¡No, no! ¡Ni una palabra más, señor! ¡No quiero oír nada más de vos! Se ha acabado. Hasta ahora me he limitado a tener cuidado de vos y os he pagado los estudios por el honor de mi nombre. ¡Y vos, desde el principio, no habéis parado de arrastrar este nombre por las casas de los locos y de los herejes! ¡Dios mío! ¡El marqués de Talavera sospechoso de apostasía porque su bastardo arrastra los cojones por las casas de los luteranos!... ¡Tres mil ducados! Genuflexiones, súplicas, promesas humillantes, dos meses de angustias y de rozamientos en la sombra para que tacharan mi nombre de los registros del Santo Oficio. ¡Eso es lo que me habéis costado! Pero esto ha terminado, y del todo. Le he prometido a su excelencia el inquisidor general que desapareceríais. Os borro de mi existencia con tanta facilidad como os di la entrada.

El marqués saca del bolsillo de su jubón una carta sellada en rojo que le pone delante de los ojos como si fuera una rata muerta.

—Aquí tenéis los papeles de un cargo que os espera en Nápoles, en el convento de los hermanos dominicanos. Una última bondad cristiana me empuja a ofreceros un futuro. Sin embargo, tomad buena nota de que os queda prohibido reclamar nada de

mí en ninguna forma en el futuro. Un hombre de leyes ha eliminado vuestra existencia de todos mis registros...

—Repudiado, ¿no es así? —gruñe Gabriel—. Como una puta a la que se rechaza...

Respira con rapidez y su voz se agudiza por el furor. Grita que detengan los caballos, y mientras el coche se para, agarra la carta que sostiene todavía su padre. Entonces, la rompe en pedazos y esparce los trocitos sobre los asientos, al mismo tiempo que lanza palabras como piedras.

—¡Nunca me habéis conocido, mi señor, más que como una molestia!... Puesto que nunca he tenido nada de vos, mi señor, nada quiero ahora. Repudiado por vos, yo os repudio. Despreciado, yo os desprecio y os odio. ¿Que ya no llevo vuestro nombre? Me alegra saberlo: un día oiréis hablar del mío.

La boca del marqués se abre y se cierra como la de un pez fuera del agua. Gabriel salta a tierra y cierra la portezuela de un golpe. Con las riendas colgándole de las manos, el cochero vacila. Un golpe de bastón suena contra el cristal. El coche se pone en marcha, la portezuela vuelve a abrirse y el fardo con la ropa cae sobre el pavimento.

Gabriel se ríe sardónicamente, pero está frío como un cadáver. El corazón le late con fuerza. Cuando el rumor de la carroza desaparece, el hipo le golpea el pecho. Da tres pasos para ir a apoyarse contra una pared, pero los sollozos secos estallan ya a borbotones dentro de su garganta.

Todo su cuerpo se pone a temblar y las piernas le flaquean. Cae sobre sus rodillas, como un moribundo, indiferente a las miradas de los paseantes matinales.

TUMEBAMBA, FEBRERO DE 1529

—¿Y el puma te habló?

Los ojos de Manco brillan de incredulidad y de emoción.

—Más bajo, Manco...

En voz baja, Paullu llama la atención a su hermano. Todos duermen en la *cancha*. Anamaya frunce sus ojos azules.

—No vi el aspecto de quien me hablaba, Manco. Hombre o puma, no podría decirte. Pero la voz era la de tu padre, Huayna Capac. La reconocí de inmediato, aunque me hablaba con más fuerza que el día en el que me tomó la mano...

—¿Mi padre te tocó?

—Estaba muy viejo y enfermo... Me pidió que le mirara.

—¿Y le miraste?

La estupefacción de Manco es tan grande, su mirada está tan llena de inocencia, que Anamaya sonrío. Manco es un poco mayor que ella, pero ella tiene más edad en su corazón y en su espíritu, puesto que su vida ha estado tan llena de experiencias...

—Sí, yo he mirado al inca de todos los incas —susurra ella, divertida—, y no estoy muerta. ¡Oh, quizá haya muerto, pero he regresado a este mundo!

—Pero ¿su cuerpo seco? ¿Dónde estaba?

—No lo sé. Quizá en el templo. Lo lamento mucho, no sé nada más...

—Hay misterios que vale más no intentar desentrañar —suspira Paullu.

—Y qué más da —añade Anamaya con una sonrisa—. ¿Lo importante no es que vuestro padre recupere su pedestal en el templo y permanezca cerca de todos sus hijos y de todos los ancianos? ¿No es este el único orden del mundo?

Manco asiente con un gesto de la cabeza, pero los dos muchachos se quedan pensativos un largo rato, como si trataran de adivinar todo lo que tamaño prodigio podría significar.

—Nos vamos mañana —anuncia luego Paullu con voz dulce.

—¿Tan pronto? Pero ¿por qué?

—Después de lo sucedido —dice Manco—, los de nuestro clan han decidido adelantar la partida para reunimos con nuestro hermano Huáscar allí abajo, en Cuzco...

—Vuestro hermano Huáscar me parece un hombre muy impaciente. ¡Sobre todo impaciente por convertirse en el Único Señor!

Paullu esboza una sonrisa, pero Manco no percibe la ironía y roza la piel dorada del brazo de Anamaya con la ternura de un hermano.

—Cuando se entere de tu poder —dice en voz baja—, te querrá tener cerca de él. Solo por esto ya declarará la guerra...

—¿Por mí? ¡Qué locura!

—No. Tú vas y vienes de un Mundo al otro; nuestro padre te habla, te da consejos... Es un poder inmenso que Atahuallpa posee teniéndote cerca de él... Huáscar no lo podrá soportar.

—Sí —añade Paullu, preocupado—. ¡Si es necesario, preferiré verte convertida en polvo que tenerte lejos de él!

—Villa Oma ya me lo dijo —dice Anamaya con tristeza.

La caída de una piedra en el patio hace que se sobresalten.

—¡Hay alguien que nos escucha! —susurra Paullu.

Durante un instante, los tres fijan la mirada en la noche oscura y vacía que reina afuera. Entonces, Manco se encoge de hombros y añade un poco de leña al fuego del brasero.

—No deberían vernos juntos —murmura Anamaya—. En momentos así todo se convierte en sospechoso. ¡Quizá sea Guaypar!

—¡Olvídate de ese! —gruñe Manco, con los ojos tan ardientes como las llamas que crecen—. Haga lo que haga, Paullu y yo te protegeremos de él.

—¿No fuiste tú quien nos prometió ser siempre nuestra amiga? —pregunta Paullu cariñosamente.

—Sí... Soy vuestra amiga.

La voz de Anamaya es apenas audible, de tanta emoción que se le anuda en el vientre.

—Pero sabéis bien que no somos del mismo clan. Si os ven conmigo a partir de ahora, los de Cuzco os van a acusar de traición.

—Pues bien —replica Manco, tomando su mano y llevándosela al corazón—, ¡les diremos de todas formas que eres nuestra amiga, puesto que eres aquella en la que nuestro padre Huayna Capac ha confiado!

Con los ojos bien sumergidos en los de Anamaya, vacila un segundo.

—Y porque —añade— eres bella y te amamos...

—¡Mirad! —exclama Paullu.

Las llamas del brasero encendido han crecido de repente y superan los límites de la vasija que contiene las brasas. Sobre el muro de adobe recubierto de cal ocre, se agitan extrañas sombras, largas, vivas. Y de pronto, Anamaya comprende lo que Paullu les dibuja con la mano. La sombra adquiere la forma de un pájaro. Parece bailar. Se distingue claramente su largo cuello, su pico y su cabeza, y sus alas curvas y puntiagudas. ¡Un cóndor! ¡Sí, la sombra minúscula de un cóndor que debe volar muy alto por el cielo, muy cerca de Quilla, la Madre Luna!

—Vela por nosotros, cóndor —murmura Anamaya, abriendo las manos hacia él—. Protégenos y que tu vuelo no termine nunca.

—¡Señor Atahuallpa!

El tejido del anaco de Inti Palla es de la lana más fina y deja adivinar la curva ancha y firme de su pecho. La excitación brilla en sus pupilas oscuras mientras traspassa, con la cabeza gacha, la puerta de la habitación del inca.

Atahuallpa le hace una señal al sirviente que quiere negarle la entrada. El *yanacóna* se inclina y desaparece, retrocediendo hacia el patio en el que canta el agua de una fuente.

La habitación está decorada con más riqueza que un templo: bandas de oro y plata, tapicerías de plumas azules, púrpura y amarillo brillante, alfombras de cien motivos... En los nichos estrechos y trapezoidales, cubiertos de hojas, alternan estatuillas también de oro, que representan a hombres, mujeres o llamas, con otras de cerámica, pintadas de finos colores y que muestran a guerreros en combate con la maza en la mano. Del muro de la izquierda cuelga una túnica de ceremonia, cubierta de pequeños cuadrados de oro, y debajo, sobre un taburete, un *keros*^[15] con forma de cabeza de puma, con el hocico fino y la boca abierta, que guarda *chicha* en su interior. Bajo la luz móvil de las antorchas, sus colmillos de oro lanzan unos destellos feroces, como si el jarrón de madera pintada pudiera tomar vida y morder.

Acostado entre dos muchachas jóvenes sobre una estera de alpaca, con el torso tan solo cubierto con un *unku* de damero blanco y negro, Atahuallpa se incorpora sobre un codo. En la simplicidad de su postura, con la cabeza desnuda, solo con la frente ceñida por la diadema, la fuerza y la nobleza de sus rasgos son espectaculares. Apenas es visible la oreja con el lóbulo desgarrado y sin el disco de oro.

Aunque no debería hacerlo, Inti Palla no puede evitar analizar con detalle su rostro durante unos segundos antes de volver a inclinar la frente. No sabe qué es lo que la atrae más, si el esplendor del lugar o el hecho de estar bajo la mirada de este hombre, tan guapo, con la boca tan perfecta... Estar en su mirada y en su deseo.

—¿Qué quieres, Inti Palla? —pregunta él con la voz cansada.

—Hablar contigo, poderoso señor.

—¿En medio de la noche, cuando estaba descansando? ¡Estoy cansado! Para mí los días son tan largos como duros. Si me molestas sin motivo, recibirás latigazos, muchacha orgullosa.

La sonrisa de Inti Palla rebosa de ambigüedad.

—No tengo más orgullo que el de complacerte, poderoso señor. Y quiero demostrártelo sin esperar al alba...

Su voz ronca y el movimiento excesivo de sus caderas cuando se arrodilla no engañan. Atahuallpa adivina todo lo que ella quiere que adivine.

Con la mano derecha acaricia el rostro de una de las muchachas tumbadas a su lado. Sus dedos se deslizan por un hombro desnudo y descubren un seno muy joven. Entonces sonrío.

—Volved con las madres y dejadme con la concubina —ordena.

Las muchachas salen del lecho de inmediato. Mientras las sirvientas se precipitan para cubrir las se oyen unos cuantos susurros. Cuando regresa la calma, Atahuallpa se

sienta frente a Inti Palla.

—Acércate, mujer.

Con una timidez fingida, Inti Palla se desliza de rodillas y se acerca a tocarlo. Una vez más, inclina la frente hasta la estera, atrae la mano izquierda de Atahuallpa y besa el anillo sol que adorna su dedo anular. Se ha untado con perfume de cantuta y se ha puesto crema de gardenia en las mejillas para parecer más pálida. Sea fingida o real, su respiración es entrecortada y precipitada; hay una avidez en ella que recuerda la fiereza del *keros* de cabeza de puma.

Con agilidad, el hombre desata el cinturón que sujeta el amplio *cumbi*^[14] de Inti Palla. La tela ocre se desliza. Ahora está desnuda, con el rostro inclinado.

Pero como Atahuallpa permanece quieto, contentándose con contemplar su cuerpo de carne sedosa y perfecta, ella vuelve a vestirse, va a coger con las dos manos el *keros* y se lo ofrece a su señor.

Cuando ha dado un largo trago, pasando los dedos por los colmillos dorados del puma, ella se desliza por la estera y lo abraza.

—Seguramente tenías razón —suspira Atahuallpa, vaciando el vaso de *chicha*—; esto no podía esperar hasta el alba.

Inti Palla desliza las manos bajo el *unku* de damero y acaricia el pecho sin vello de Atahuallpa.

—Señor, estoy aquí para darte placer... ¡Pero sobre todo para que sepas!

—¿Para que sepa? ¿Qué tengo que saber?

—Que ella te traiciona.

Los párpados de Atahuallpa, pesados por efecto del alcohol, se repliegan, y su mirada se concentra, carente de expresión. Señala los colmillos de oro del puma en la frente de Inti Palla.

—¿Y quién osa traicionarme, en tu opinión?

—La muchacha de los ojos azules. La he sorprendido con Manco y Paullu, los cachorros de tu hermano Huáscar. Oí lo que decían... Ella irá a confiarle a Huáscar y a los de Cuzco lo que el Único Señor le dijo la noche de su traspaso al Otro Mundo.

Durante un corto instante, Atahuallpa permanece sin reaccionar. Solamente aparta el torso para alejarlo de los dedos de Inti Palla. Luego, con un golpe de la muñeca, tira el *keros* contra el taburete. El jarrón de madera se rompe haciendo un ruido seco, y los colmillos de oro del puma se hacen añicos y se desparraman por el suelo. Pero ahora el furor y la fiereza están en el rostro de Atahuallpa.

—Entonces, ¿es por esto por lo que tenías tanta prisa por verme esta noche?

Inti Palla, instintivamente, retrocede; se cubre el pecho y se inclina.

—¡Soy tu devota absoluta, señor! Te digo la verdad.

Con una ternura extrema, Atahuallpa toma el rostro fino de su concubina y lo levanta. Se fija en sus labios sensuales, en sus dulces pómulos, en sus largas pestañas. Con la punta del pulgar levanta los párpados cerrados.

—Vas a ayudarme, Inti Palla —murmura.

—Todo lo que tú desees...

—Si vuelves a meterte una sola vez con la voluntad sagrada de mi padre Huayna Capac, te irás al Mundo de Abajo mucho antes de que te mande allí mi duelo. ¿Lo has entendido?

El rostro de Inti Palla se queda sin sangre. Todo su cuerpo es presa de un temblor incontrolado. Intenta escapar de las potentes manos del inca, pero el abrazo dulce de Atahuallpa se vuelve brutal.

—¡Señor, yo solo quería servirte!

—Solo tienes una manera de servirme, mujer; una sola.

Inti Palla tiene los ojos desorbitados de pánico.

Atahuallpa relaja su abrazo. Desliza la mano por el cuerpo desnudo, magnífico, de la concubina. La levanta con fuerza, y las garras del anillo sol dibujan un delgado rasguño en el pezón oscuro y duro, en el que aparece una minúscula gota de sangre. Con la boca cerrada, Inti Palla reprime un gemido, sin atreverse a hacer el más mínimo movimiento mientras Atahuallpa se inclina y, con la lengua, lame la herida.

El silencio de la noche inunda ahora toda la *cancha*, discretamente alterado por la música del agua de las fuentes. La oscuridad apenas se rompe por la luz danzante de las antorchas.

Ahora ya no hablan. Tan solo están sus alientos, que se precipitan, y a veces se oye un grito, un gemido.

Atahuallpa goza, poderoso, feliz y libre. No ve las lágrimas que se deslizan por el rostro de Inti Palla mientras sonrío a causa del placer. Son lágrimas de odio.

SEVILLA, FEBRERO DE 1529

La posada se llama La Jarra Libre. El amo, un hombre gordo y basto convertido en filósofo por la proximidad de la prisión, no se sorprende en absoluto cuando Gabriel le pregunta si puede disponer de una habitación y de una tinaja de agua caliente para lavarse y cambiarse de ropa.

—Serán tres maravedís —se limita a responderle. Y como ve que Gabriel asiente, añade—: Se paga por adelantado.

De lo que le queda de manga, Gabriel extrae una bolsa totalmente plana. De ella saca la única moneda, un triste real, y cuenta con mucho cuidado los treinta y un maravedís que le devuelve el posadero.

Menos de una hora más tarde, el que reaparece en la sala de la posada es un hombre nuevo. Su ropa no tiene nada de lujosa, pero está limpia y es de su talla. Y es negra, desde las medias hasta el jubón, excepto la camisa. Ya solo le queda encontrar a un barbero para completar su renacimiento. Después, ya tendrá tiempo de resolver el enigma de su futuro.

En el momento en que va a salir, un fuerte olor de sopa de chicharrones se apodera de su garganta. Un hambre incontenible le paraliza.

Sin desperdiciar una palabra inútilmente, el posadero le señala una mesa en la sombra. Gabriel se deja caer sobre un taburete y resopla su pedido.

—Un plato de gachas, una jarra de vino de Cádiz y una rebanada de pan de aceitunas.

—Serán cuatro maravedís más...

—... que se pagan por adelantado, lo sé.

En menos que canta un gallo, el plato queda limpio, la rebanada engullida y la jarra vacía. La sopa le parece maravillosa, el pan una obra maestra y el vino un elixir. Si la cabeza le vuelve a rodar, ¡la causa es maravillosa! ¿Cuánto tiempo hacía que no se tomaba un festín digno de este nombre?

Una dulce embriaguez le vence. Pide otra jarra.

Mientras vacía con melancolía el resto de su vino y los maravedís van desapareciendo como las moscas en la mano del posadero, de pronto le parece que la libertad guarda menos encantos.

—Discúlpennos, vuestra gracia, pero ¿nos permitiría satisfacer nuestra curiosidad?

El hombre que así le habla es inmenso. Tiene los hombros tan anchos como los de un mozo de cordel, pero su rostro es fino, con la barba clara y cuidada. La nariz, puntiaguda y aguileña, le da un aspecto astuto, que no desmiente el brillo de sus ojos maliciosos. Tiene la frente llena de arrugas y la piel bronceada por el sol.

A su lado, apenas menor, hay un hombre de piel negra. Tiene los rasgos

encantadores, y los pómulos, altos y bien dibujados, subrayan una mirada inteligente, móvil, segura pero sin arrogancia. Tiene los labios delgados, el mentón imberbe y un gran aro de oro cuelga de su oreja derecha, como es costumbre entre los marineros. «Es un negro como se ven pocos en España», se dice Gabriel.

—¿Señores? —responde él finalmente, levantando la barbilla.

El coloso blanco ensancha su sonrisa e inclina la cabeza con una educación afectada. Tira de un taburete y se sienta sin más.

—Vuestra gracia... Estábamos en aquel rincón de allá cuando habéis entrado hace un rato, grasiento y andrajoso. ¡Y he aquí que os vemos reaparecer limpio como una moneda nueva y listo para devorar esta sopa que huele a rancio, este pan que tiene tres días y este vino picado como si fuera un banquete de reyes! ¡Ja, le he dicho yo a mi compadre Sebastián, he aquí uno que ha pasado unos días en el calabozo!

El hombre le guiña el ojo y le dirige una sonrisa al negro, que sigue de pie.

—¡Y no pocos días! —añade bajando la voz—. Sin querer agobiaros, todo lo contrario...

Durante unos segundos, Gabriel se queda mudo. Se incorpora, levanta una mano a modo de gesto amenazador... pero, con el mismo movimiento, una terrible fatiga se apodera de él y, riéndose, no puede evitar caer de nuevo en el taburete.

—No han sido pocos días, en efecto. Pero preferiría pensar en otras cosas, si no os importa. ¿Puedo saber con quién tengo el honor de hablar?

Antes de responder, con un gesto de su enorme mano, el coloso para al posadero y le encarga otra jarra de vino.

—Me llamo Pedro de Candía, pero mis amigos se limitan a llamarme *el Griego*. Y este es Sebastián de la Cruz, un poco esclavo a causa del color de su piel, y en gran parte mi compañero de aventuras.

El negro subraya esta presentación con una mirada irónica.

—¡Servidor, vuestra gracia! —dice.

Gabriel no puede reprimir un pequeño movimiento irónico.

—¿De dónde os viene, señores, esa manía de llamarme vuestra gracia?

El Griego mira a Sebastián. Su sorpresa es real.

—¿No es así como se llama a un caballero?

Gabriel se echa a reír.

—¡Hace diez años que ya no se estila!

Los observa sonriendo: los dos van vestidos con mangas, camisas y jubones que no son de ayer, ni ellos tampoco. Las telas están desgastadas por el uso y los lavados.

—Es que llegamos de las Indias no hace ni un mes.

—¿Ah, sí?

—Allí hemos descubierto un nuevo país —interviene el negro Sebastián.

—Ya veo —murmura Gabriel, más interesado de pronto de lo que quisiera.

El Griego señala con el dedo la puerta soleada de la prisión, al otro lado de la placita.

—Nuestro capitán —dice—, don Francisco Pizarro, que nos ha llevado al mismísimo fin del mundo durante más de diez años, está encerrado allí por una antigua y vulgar historia de deudas. Fue traidoramente arrestado por los alguaciles en el momento en que nuestra nave atracó. ¡Una vergüenza! Pero se pudre en el calabozo desde hace tres semanas, el pobre. Y nosotros aquí estamos, esperándolo.

Una sombra de desespero enturbia los ojos de los conquistadores. Gabriel no puede evitar sentirse un poco solidario.

—Me llamo Gabriel Montelu... No, a partir de ahora simplemente Gabriel. Llamadme Gabriel y todo irá bien. Pero os habéis equivocado a medias. Es cierto que esta mañana estaba en una celda, pero no era la que vosotros pensáis...

—¿Cuál? —pregunta el Griego.

Gabriel lo mira con una sonrisa.

—¿Y si me hablarais de las Indias? —les dice, juguetón.

El Griego y Sebastián son infatigables.

—¡Deberíais imaginároslo, don Gabriel! La inmensidad del mar delante, la arena ardiendo bajo los pies, la selva tan cerrada como un muro de madera detrás, un grupo de salvajes aferrados a los árboles con flechas envenenadas encima... ¡Y nosotros asándonos al sol!

—¿Mucho tiempo?

—¡Durante meses, don Gabriel, durante meses! Llegamos incluso a tragarnos arañas. Eran un poco gruesas, con carne en el vientre. Había que sacarles el aguijón; si no, te hinchabas... Y también les quitábamos las patas de delante, por culpa de los pelos. ¡Se pegaban en la garganta y nos hacían sacar las tripas! Al principio nos comíamos los huevos de los hormigueros...; no están mal. También probamos gusanos bien gordos, dorados y brillantes, que se encontraban en los árboles muertos; eran muy comestibles en frituras.

—Pero ¿y vuestros propios animales? —pregunta Gabriel, que a causa del vino y del relato empieza a sentir náuseas—. Os podríais haber comido a vuestros animales, como se hace a veces durante las guerras.

Los dos conquistadores se echan a reír.

¡Eso ya lo habíamos hecho hacía tiempo! Después de cuatro semanas en la playa, los perros habían enloquecido de hambre. Los rustimos a ellos los primeros. Teníamos dos caballos: nos comimos hasta los huesos. Pasamos una hambre horrible, horrible, ya os lo digo. Un día, uno de los nuestros se sacó el cinturón y lo puso a hervir. Las botas nos las comimos también. ¡Y contentos!

—Había también lagartos —añade el negro Sebastián con voz cálida—. No son malos, pero resultan difíciles de cazar. Y además, su mordedura te mata en un par de horas. Algunos escogían entre morir de hambre o morir por los lagartos...

—¡Dios mío!

El Griego toma a Gabriel por la muñeca.

—Pero el capitán siempre creyó que encontraríamos el país del oro, ¡incluso en los peores momentos!, incluso en esa playa maldita en la que estuvimos a punto de perecer... Ya te lo conté, ¿no, Sebastián?

El negro asiente sonriendo, mientras que Candia se endereza lentamente, volviendo a empujar su taburete. Con los ojos medio cerrados, el gigante mide a Gabriel con la nobleza de un caballero.

—Había que oír al capitán, todo tieso y seco, con los ojos negros, dirigiéndose uno a uno a los hombres dispuestos a amotinarse: «¡Paciencia, os digo! ¡Paciencia, amigos! ¡Paciencia, compañeros! Ruiz volverá. Y habrá encontrado el país del oro con el que soñáis de noche; el mar se habrá abierto frente a él y nuestra Santísima Virgen le habrá indicado la dirección correcta. ¡Confiad en mí! He visto cosas peores en mi larga vida. Cuando hay que pelear, se pelea. Cuando hay que esperar, se espera. Miradme a mí: fui el primero en cruzar la selva infestada de salvajes y de bestias monstruosas para encontrar el mar Pacífico. ¡Y seré el primero en cruzar el Pacífico para llegar a ese Pirú cubierto de oro que la Santísima Virgen me promete cada noche! ¡Paciencia, hombres! Ya os lo digo: van a volver. ¡Y los habrán encontrado! ¡Y si no sabéis qué hacer con vuestros vientres vacíos y con vuestros cojones inútiles, rezad! ¡La plegaria es también una forma de lucha!...».

El silencio parece helar la sala mientras el Griego vuelve a sentarse. Gabriel siente que los pelos del brazo se le erizan como si de un escalofrío se tratase. La emoción le agarrota las extremidades y le vacía los pulmones. Con una voz contenida, pregunta:

—¿Y ese tal Ruiz regresó?

Pedro asiente mirando al fondo de su vaso.

—Tres semanas más tarde, sí. Pilotó la nave desde el sur con tanta facilidad como si lo hiciera por un lago. ¡Un navegante excelente!

—¿Y lo había encontrado?

—Sí, lo había encontrado —dice el Griego con una sonrisa.

—Exactamente como había dicho don Francisco —subraya Sebastián, bajando la cabeza con respeto.

—¿Ese Pirú?

—Pirú o Perú, como queráis, don Gabriel.

—¿Y cubierto de oro?

—¡Cubierto por todas partes! ¡Oro y más oro! E indios como no se ven en ninguna parte, engalanados con vestidos maravillosos, con animales raros, plantas extrañas...

—¿Lo visteis vos mismo?

—¡Pues claro! ¡Preguntádselo a Sebastián!

—Yo lo vi. Puedo jurarlo.

—Y entonces, ¿qué hacéis aquí?

—Don Francisco ha venido a ver al rey para que le nombre gobernador. ¡Cómo lo hizo con el capitán Cortés!

—Pero deberá salir de la cárcel para concertar una audiencia —lanza Sebastián, irónico.

—No es el momento de hacer mofa —gruñe el Griego.

De nuevo se hace un silencio. Mientras retira su vaso de vino, Gabriel se oye a sí mismo hacer una pregunta.

—Y si el capitán don Francisco es nombrado gobernador, va a volver a marcharse hacia las Indias...

—¡Claro! Lo antes posible.

—¿Para conquistar ese Perú?

—Exacto.

—¡Pues va a necesitar a hombres de buena voluntad!

La sonrisa del Griego es como una hoguera.

—Ja, se diría que nuestro nuevo amigo don Gabriel tiene ganas de ver mundo, Sebastián...

Pero el negro lanza un grito y señala con el brazo en dirección a la prisión.

—¡Pedro! ¡Aquí está! Mira...

Los tres se levantan al mismo tiempo. Y allí al fondo, bajo el sol, un hombre increíblemente flaco, ataviado con un jubón de terciopelo gris y granate todo brillante, con las mangas verdes, da tres pasos frente a la puerta de la cárcel, que se vuelve a cerrar. Un sombrero de plumas de oca cubre su larga cabellera gris, pero en la sombra de su ancha ala, Gabriel, temblando de emoción, cree ver el brillo de una mirada como jamás había visto antes.

El descubridor del Perú da un paso más y ajusta el talabarte de su espada. Nadie diría que acaba de pasar tres semanas a la sombra de una celda. Parece capaz de esperar cien años más a que vengan a inclinarse ante él.

Y de pronto, la voz del Griego deja de retumbar en su pecho y empieza a sonar la del capitán Francisco Pizarro en persona. Le parece que en ese mismo instante, en una playa inmensa y desierta, carente de todo, temblando de fiebre y de hambre, pero retando lo desconocido cada día que Dios hace, este hombre, acorazado con su indomable voluntad, palabra a palabra, acaba de meterle en el corazón la locura de sus sueños.

TUMEBAMBA, FEBRERO DE 1529

Aunque sea muy tarde, aquí y allá todavía arden las antorchas en algunas *canchas*. Mañana, la procesión que acompañará el cuerpo seco de Huayna Capac saldrá de Tumbamba para irse a Cuzco, y todo debe estar preparado.

Anamaya desaparece de la *cancha* sin dejarse ver.

Cuando quiere es así, como una serpiente que se desliza por la noche, del color del polvo en el polvo, viva como el agua.

Es como si un toque de atención hubiera sonado para ella; una llamada que no ha tomado forma de palabra, ni de signo visible, ni de nada tangible. Sin embargo, de pronto, lo sabe: tiene que acudir al templo. Esta noche debe permanecer al lado del Hermano-Doble.

A partir de ahora sabe que deberá estar atenta. Lo que la separa de la presencia del Único Señor Huayna Capac no es más que su propio miedo. Puede dirigirse a ella de muchas maneras: a través del deslizamiento de una sombra, por el piar de un pájaro. Y ella no debe temer el encuentro con la mirada del puma, no debe asustarse de sus colmillos...

Sobre la colina del este se levantan los altos escalones del templo, iluminados por la luna.

La muchacha cruza la explanada con paso firme. Los *yanaconas* que vigilan la entrada la reconocen cuando recorre el espacio iluminado por las antorchas y la dejan pasar, o mejor, se inclinan y retroceden en señal de respeto.

¿No es la *Coya Camaquen*? ¿No escuchan sus palabras los poderosos del Imperio, los legatarios, el gran Atahuallpa y el sabio Villa Oma?

En la sala de los nueve nichos descansa la momia de Huayna Capac. Un rayo plateado de la Madre Luna hace brillar el oro de su máscara y le otorga una expresión serena. En el brasero, muy cerca, arden hierbas de extraño perfume, húmedo como el fango y tan acre que produce picor en las fosas nasales.

Anamaya se agacha ante el soberano difunto. Inclina la cabeza invadida por el mismo miedo y respeto que el día en que, siendo todavía niña, la llevaron ante él.

Durante un largo instante no ocurre nada.

Luego, vibra una onda. Una brisa de aire frío se escapa de la máscara de oro y va a dar en la frente de Anamaya. El collar de plumas que adorna los hombros del cuerpo seco ondea. Anamaya acata la orden dada sin que una palabra haya sido pronunciada. Vuelve a levantar suavemente la cabeza y pone la mano sobre el grueso *unku* que recubre al Único Señor dormido para la eternidad.

Bajo la tela, más suave que la piel de un niño, siente el calor.

Sube la cara todavía más. La luz de la luna brilla en el pelo, le blanquea las manos

y le empalidece la mirada.

Cierra los ojos. No es el sueño; no es la vigilia. No es la inmovilidad; no es el movimiento. No es el ahora; no es el antes ni el después.

Respira un olor húmedo de selva, un olor antiguo a felicidad. El cielo plumizo está cubierto de nubes, bajo las cuales ha corrido y ha reído hasta quedarse sin aliento.

Hay una voz y un rostro. Es bello y suave; está lleno de amor. Está lejos, ¡muy lejos!

El corazón se le detiene: escucha la llamada de su madre.

—¡Anamaya!

No es más que un murmullo en su oído.

—¡Anamaya!

Es la voz melodiosa de su madre, y el mundo ya no está hecho de selva, sino que se vuelve azul y líquido como un lago. Su madre está allí, por todos lados, inmensa como el mundo, acogedora. Todo es su vientre; todo es su pecho. Su risa vibra como el viento que sostiene los pájaros; sus hombros son redondos como las montañas. Sus labios cantan al amor y le dan la bienvenida. Sus manos y sus brazos son tan suaves como la felicidad. Se cierran a su alrededor. Unos dedos invisibles y tiernos le acarician la frente, le sujetan la nuca.

Lágrimas que no siente resbalan por las mejillas de Anamaya.

—No llores —le dice la voz—. Yo estoy a tu lado...

Poco a poco, se va calmando. Sigue sintiendo el calor y la mano en sus cabellos. Por esta caricia pasan todos los años robados al amor. La caricia hace que desaparezcan sus miedos y sus terribles recuerdos.

Y entonces, como el viento que se lleva la suavidad protectora, todo se borra.

La muchacha abre los ojos y ve su mano puesta sobre el *unku* del inca.

El halo que envolvía a Quilla todas estas últimas noches ha desaparecido. Su luz alcanza todos los extremos del cielo. De pronto, es tan violenta que se diría que está abrasada por su encuentro, por otra parte imposible, con el sol.

Es entonces cuando su esposo, el Hermano-Doble, atrae su mirada. Su cuerpo se vuelve tan deslumbrador que se queda cegada. Y levanta las manos para protegerse. Pero con este simple gesto, lo extraordinario tiene lugar: el suelo se separa de sus sandalias. Aunque ella intenta aferrarse, nada la sujeta. Grita y no oye su propia voz.

Sale volando hacia la noche. Ve el templo, que brilla debajo, y se ve a ella misma arrodillada junto al Único Señor.

Ve la ciudad, que duerme, y los hombres, que reposan. Ve al señor Atahualpa, solo sobre la estera de mantas de plumas. De pronto, se levanta. Camina arriba y abajo, como un hombre en guerra, como un puma enjaulado.

Las constelaciones están tan cerca que podría rozarlas con las manos. El torbellino de Colca la roza, la serpiente Amaro pasa bajo sus pies. Sus cabellos vuelan por Chacana, el Señor de la Cintura. ¡Hunde los brazos en el río infinito de la

Vía Láctea, el doble celeste del Río Sagrado!

Y entonces, lo comprende.

Él la necesita.

Desde el otro lado del Mundo, el Duodécimo Único Señor la necesita.

De repente, en el horizonte del sureste, surge una bola de fuego semejante a una nueva estrella. Enorme y dejando en la oscuridad un trazo más vasto que las montañas, rompe la noche y se dirige directamente a ella.

Pero de igual forma que se acerca, la luz se recoge en un globo de fuego increíblemente concentrado. Y cuanto más se reduce, más insoportable es su brillo. De golpe, cambia de dirección y se hunde en el sol como abatida por el viento.

Con la misma brutalidad que una piedra salida de una honda, golpea la frente de Atahuallpa.

Y se apaga.

El poderoso señor cae.

Cae y no se vuelve a levantar.

Anamaya grita.

Una mano se posa sobre su hombro y la sacude.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —pregunta, inquieto, el sabio Villa Oma.

La muchacha tiembla.

Mira sin creérselo a su alrededor: la sala de los nueve nichos, el cuerpo seco de Huayna Capac, el Hermano-Doble.

—Ahora, no —repite simplemente ella—; ahora, no...

No es capaz de explicar nada de lo que acaba de suceder; lo que ha visto no puede convertirse en palabra. Nadie puede comprender, ni siquiera el sabio.

Él la sujeta por el brazo y la ayuda a levantarse. Con cuidado, salen del templo.

Durante todo el camino hasta la *cancha*, el corazón de Anamaya late, enloquecido. A sus ojos regresa como un fantasma la imagen de Atahuallpa cayéndose una y otra vez.

Luego, la imagen se esfuma, y unas nubes densas ensombrecen su espíritu. Las emociones se alejan de ella y ya no siente más que una inmensa, una insuperable sensación de soledad.

TUMEBAMBA, MARZO DE 1529

—¿Una bola de fuego? ¿Una bola de fuego grande como una estrella?

Colla Topac, el viejo legatario, repite las frases de Anamaya como si no pudiera creérselas.

Villa Oma ya había reclamado su ayuda y sus palabras a raíz de la desaparición del cuerpo seco del Único Señor, puesto que es él quien deberá conducir la momia hasta Cuzco y quien ejerce la aplicación de la ley hasta que un Hijo del Sol sea reconocido por todos.

Bajo la escasa luz de una lámpara de aceite parece tan viejo que cuesta creer que esté vivo. Tiene la espalda redondeada como una piedra, y la cara tan flaca y arrugada como la de una momia; pero sus ojos poseen una intensidad extraordinaria, como si en su rostro solo ellos estuvieran todavía vivos.

Durante un instante, observa la mirada azul de Anamaya bajo la luz de las antorchas. Luego, con una suavidad inesperada, se gira y se dirige a Villa Oma.

¿Estás seguro de que Atahuallpa tiene buena salud?

Villa Oma asiente.

—Me he asegurado de ello, legatario. En este mismo momento duerme rodeado de sus concubinas. Me dijeron que había complacido a dos de ellas antes de dormirse.

—Entonces, ¿qué opinas de lo que ha dicho la *Coya Camaquen*? ¿Es buena o mala señal?

—¡No lo sé, legatario! Es exactamente por esto por lo que quería que oyeras tú mismo su relato. Ten en cuenta que la bola de fuego viene del sureste, de Cuzco.

—Pero también del lago de todos los nacimientos —le corta el legatario—, ¡del Titicaca!

—Entonces —asiente Villa Oma—, eso puede significar dos cosas: ¡que el fuego de Illapa, el Rayo, destruirá muy pronto al señor Atahuallpa, o que el fuego de Inti le designará como sucesor de Huayna Capad!

Estas palabras tienen un significado tan fuerte que los dos hombres se callan para dejar que el silencio tenga tiempo de borrarlas. Finalmente, el legatario toma a Anamaya por el brazo y lo oprime con suavidad. En el calor de su mirada, Anamaya lee tanta atención como ternura.

—*Coya Camaquen*, tú eres muy joven y yo soy muy viejo. Pero los dos sabemos la importancia de lo que has visto, ¿no es así?

Anamaya, que está demasiado impresionada para responderle, mueve simplemente la cabeza.

—Te lo voy a preguntar una vez más: ¿la bola de fuego llegó hasta el corazón de Atahuallpa?

—No, poderoso señor. Se apagó en su frente.

—¿Y...?

—No lo sé —balbucea Anamaya—. Tuve miedo.

—¿Miedo?

—Pensé que el señor Atahuallpa se iba a morir.

—¿Y ya no lo crees?

Anamaya siente pavor de las palabras que podría pronunciar y agacha la cabeza, con la boca cerrada.

—Ella ve cosas, legatario —interviene Villa Oma—, pero no es más que una niña. No puede comprender lo que ve. No obstante, debemos tomar una decisión. Y soy yo quien te lo pregunta con todo el respeto que te debo: si el signo es nefasto, ¿debemos detener el camino del cuerpo seco de Huayna Capac? ¿Debe quedarse aquí...?

—¡Rotundamente no! —grita el viejo—. La ley quiere que el cuerpo seco regrese a Cuzco. Nadie puede contradecir la ley, y yo velaré porque se cumpla. ¡De lo contrario, la cólera de nuestro Padre el Sol se cernirá sobre todos nosotros!

—¡Quizá ya nos esté castigando, legatario! —insiste Villa Oma—. ¡Quizá ello signifique que el Cuzco en manos de Huáscar el Loco se ha convertido en una especie de bola de fuego que va a exterminarnos! Quizá es esto lo que ha visto la *Coya Camaquen*: ¿nos está advirtiendo Quilla y quiere salvarnos de un viaje sin retorno?

—¡Es quizá esto, o lo contrario! —protesta con voz firme el legatario—. Pero no hay más que una ley, sabio Villa Oma, y tú la conoces. Iré a Cuzco con el cuerpo seco de Huayna Capac, incluso si me expongo a que me tiren piedras. Y vosotros me acompañaréis, tú y la *Coya Camaquen*, puesto que es vuestro deber.

El sabio se pasa una mano cansada por el rostro surcado por el cansancio. Le tiemblan los dedos.

Anamaya sabe en lo que piensa. Con la esperanza de que Atahuallpa reciba una señal clara de su padre Huayna Capac, los adivinos se han reunido veinte veces durante estos últimos días para descifrar su voluntad en las brasas de la coca, en el recuento de las estrellas o en las entrañas de las llamas.

Y en todos los casos, lo que descubren es la cercana descomposición del Imperio de las Cuatro Direcciones. Y en todos los casos, nada designa al que deberá ser el próximo Hijo del Sol.

—Permíteme una cosa, legatario —le pide de pronto Villa Oma con la voz tan baja que hay que aguzar el oído para entenderle.

—Dime.

—Atahuallpa no va a acompañar el cuerpo seco hasta Cuzco. No debe encontrarse cara a cara con Huáscar; de lo contrario, tú lo sabes tan bien como yo, significará la guerra. Se despedirá de su padre aquí, en Tumbabamba. Y sobre todo, no va a saber nada de lo que ha visto la *Coya Camaquen*. ¿De qué serviría meter el miedo dentro de él cuando los de Cuzco ya se están empleando en ello? Le pediremos

sencillamente que se quede en el norte para mantener el orden en el Imperio...

El viejo legatario asiente con hastío, mientras que Villa Oma Posa su mano seca en el hombro de Anamaya.

—Y tú, *Coya Camaquen* —añade—, no vas a contarle nada a nadie...

Anamaya no tiene tiempo de conciliar el sueño.

Antes de los primeros albos del día, como si lo invadiera un presentimiento, Atahuallpa la ha hecho venir a su patio. Le ofrece compartir el pan de maíz y de frutos del bosque caliente que le traen cada mañana.

En la medida de lo posible, la muchacha se olvida del miedo que la atenaza y se arrodilla con respeto y sonriendo.

En realidad, tiene el corazón desgarrado entre el alivio de ver al poderoso Atahuallpa tan vivo y fuerte como siempre y el recuerdo lacerante e incomprensible de la bola de fuego.

Al acabarse una copa de zumo de algarrobas, Atahuallpa se dirige a ella.

—¿No te ha hablado mi padre? —le pregunta.

Anamaya siente cómo el cosquilleo de la mentira le presiona los riñones.

—No, poderoso señor —responde con una voz demasiado débil.

Atahuallpa la escruta durante un rato, echa una mirada al cielo, que palidece, y sonríe.

—El legatario no quiere que os acompañe hasta Cuzco. Supongo que tiene razón. Los oráculos son excesivamente confusos y los clanes de Cuzco están demasiado locos. Voy a echar de menos tu presencia, niña Anamaya. Me gusta que estés cerca de mí.

Emocionada por el tono de Atahuallpa, Anamaya inclina un poco más la frente para que él no descubra el brillo de su mirada.

—El silencio de las montañas es grande y bello —añade suavemente Atahuallpa—. El silencio de mi padre Huayna Capac es pesado; el silencio de Inti es terrible.

—Va a hablar muy pronto, señor —se envalentona Anamaya.

—¿Lo crees realmente, *Coya Camaquen*?

La voz de Atahuallpa refleja de pronto tanta esperanza que Anamaya se muerde los labios para reprimir las palabras. Atahuallpa suelta una pequeña risa ronca, tan extraña que ella levanta la cabeza. Sus miradas se cruzan. La de Atahuallpa está llena de anhelo, pero también de afecto. Eso le da una expresión extraña, menos poderosa, más pesada, quizá un poco envejecida.

Anamaya aprieta los labios, pero no consigue reprimir las lágrimas, que se balancean al borde de sus ojos. La sonrisa de Atahuallpa se ensancha. Con la palidez de las primeras luces del día, el blanco de sus ojos está menos enrojecido, pero el cansancio de las noches le ha hinchado los párpados.

—No —dice en voz muy baja—. No, no estás segura.

Tiende la mano, y sus dedos se posan sobre el hombro de Anamaya. A tientas, como si temiera tocar una carne tibia y verdadera, le acaricia la mejilla.

—Pero me hace feliz que lo digas para complacerme. Está bien.

Retira la mano y se mira la punta de los dedos como si conservaran el rastro de la caricia. Y de pronto, los extiende hacia el este de manera cada vez más clara.

—¡Veo que se acerca el tiempo de las guerras! —exclama—. ¡Veo a Inti manchado de sangre! Quisiera romper el silencio antes de que el silencio se convierta en sangre. No quiero ser yo quien traiga la confusión al Imperio de las Cuatro Direcciones... ¡No quiero ser yo quien lance los clanes contra los clanes! Pero no puedo permanecer en el silencio de mi padre.

Anamaya no tiene tiempo de sentir la violencia de sus palabras. La larga y delgada silueta de Villa Oma aparece en la puerta trapezoidal del patio.

—¡Es la hora, señor! Debes acudir al sitio sagrado. Te esperan.

Atahuallpa deja por un instante la mirada suspendida sobre Anamaya.

—Vamos —dice, levantándose, mientras la muchacha se postra—. Acompáñame hasta el cuerpo seco de mi padre.

En la explanada, bajo la luz resplandeciente del sol, los sacerdotes y las vírgenes cantan y bailan ante los señores.

En lo alto de los escalones del *ushnu*^[16], envuelta en una túnica bordada con cien motivos azul claro y amarillo intenso en recuerdo de sus victorias, la momia de Huayna Capac permanece sentada sobre una litera de oro. El Hermano-Doble espera un poco más atrás, también en una litera. Y ambos miran, con sus ojos del Otro Mundo, las lágrimas de despedida que bañan los ojos de los bailarines.

Los sirvientes, los artesanos, los campesinos y los pastores que moran en las cabañas de junco de las colinas se agolpan en filas apretadas alrededor de toda la plaza. Todos quieren tener a oportunidad de inclinarse ante el cuerpo seco del Único Señor cuando vaya a iniciar su largo viaje a Cuzco, la ciudad de su nacimiento y del nacimiento de todos sus ancestros.

A media subida del *ushnu*, Atahuallpa permanece impassible. Su majestad no procede del tocado de plumas, ni de la coraza con millares de perlas rojas y azules que le adorna el pecho, ni de los discos de oro que cuelgan de sus orejas; procede de la frente, cubierta con la simple banda de los señores, y de los labios, cuyos pliegues están bien cerrados.

Anamaya todavía oye vibrar en el corazón el sonido de su voz protestando por el silencio.

Pero aquí, ahora, frente a todos los poderosos señores presentes, Atahuallpa ha recuperado la seguridad. Posee una fuerza que no ofusca la de los demás. Y cuando de pronto levanta los brazos al cielo, el sonido de las trompas resuena en toda la plaza. Los cantos se espacian, la melodía de las flautas se apaga, el repiqueteo de los

tambores desaparece bajo el paso de los bailarines, bruscamente inmovilizados.

El silencio, el gran silencio de Atahuallpa, se impone en la explanada sagrada y muy pronto en toda la ciudad de Tumbamba. La multitud contiene el aliento.

Entonces, la voz del joven hijo del norte del Único Señor Huayna Capac vibra en el aire cristalino de los Andes.

—No tenía intención de hablaros de mi tristeza, pero la tristeza es más grande que yo. El Único Señor está aquí viéndonos y está al lado de Inti, su Padre el Sol. Yo soy un hijo sin padre; estoy en el silencio. Vosotros estáis en el silencio...

»A él le ha llegado el momento de ponerse en ruta hacia su morada de la eternidad, en Cuzco, allá donde Manco Capac y Mama Occlo, nuestros primeros ancestros, plantaron su azada de oro en la tierra fértil regalada por Viracocha...

»El Único Señor vino al norte y lo conquistó. Con la fuerza de Inti amplió la tierra ofrecida por Viracocha hasta tan lejos del Imperio de las Cuatro Direcciones y, a partir de entonces, también tan vasta como el cielo.

»El Único Señor vino al norte y engendró hijos en el norte, con la voluntad de Inti y el vientre de las mujeres del norte. El Único Señor mi padre Huayna Capac hizo crecer hijos por todos lados en las direcciones del Imperio, al igual que crecen el maíz y la quinua.

»El Único Señor no tuvo la voluntad de la división, sino la de la paz entre todos sus hijos. Él no eligió entre los de Cuzco y los de Quito, puesto que quiso que la paz se convirtiera en una alfombra de vicuña desde el sur hasta el norte...

»Pero mi hermano Huáscar, sin esperar a los oráculos, se puso la cinta real sobre su propia frente. Quiere que yo me postre ante él. Quiere que el norte se postre ante él...

Atahuallpa, de pronto, se calla. Todas las caras le miran. Todos los rostros esperan sus palabras. Tan solo las moscas siguen en movimiento.

Y Atahuallpa continúa su discurso.

—Es la ley. Todos deben postrarse ante el Único Señor. Si Huáscar es nuestro Único Señor, cuando Inti, nuestro Padre el Sol, me dé la orden, me inclinaré ante él. Pero de momento, la tristeza que me embarga es demasiado grande. No puedo abandonar estas tierras en las que nací, en las que mi padre reinó y en las que quiero vivir y morir...

Los notables y los pobres agachan la cabeza. La pena y la inquietud no han adoptado la forma de lágrimas. Los rostros permanecen impassibles.

Atahuallpa se gira hacia el legatario. Tras una señal, todos los sacerdotes levantan los brazos hacia el sol con los párpados cerrados, y luego los bajan hacia la litera de la momia. Suenan las trompas. Los portadores levantan la litera y empiezan a bajar los peldaños del *ushnu*.

Fascinada por el esplendor del momento, Anamaya se queda quieta. Villa Oma la toma por el brazo.

—¡Ponte al lado del Hermano-Doble, niña Anamaya! —le susurra—. ¡Ve al lado

del que jamás debes abandonar y cuya sabiduría reposa en ti!

A la hora exacta del cénit, el largo cortejo se marcha por fin de Tumbamba. Delante, una veintena de sirvientes corren en todas las direcciones, armados de escobas de plumas de aras con las que limpian las piedras del camino.

Los músicos los siguen, colocados justo delante de la litera, poco a poco, el aire va explotando con el sonido de las trompetas, y luego con las llamadas graves de las conchas marinas o los cantos llorosos de las flautas. Delante y detrás de la momia, cien mujeres caminan portando las jarras de cuello fino llenas de *chicha* y las paneras de maíz, de frutas, de viandas, de tejidos, de joyas; todos los alimentos y vestiduras de los que el cuerpo seco del Único Señor no debe carecer.

Y después sigue la litera del Hermano-Doble. La ligera brisa agita tanto el techo de plumas multicolores que no parece llevado por hombres, sino por pájaros. Su interior es de una riqueza nunca vista. Anamaya va sentada frente a la estatua de oro, sobre una alfombra hecha tan solo de plumas cortas doradas, verdes y rojas, arrancadas del vientre de los pájaros de la región cálida.

Finalmente, detrás, van las literas de los poderosos señores; luego, los señores, que van a pie, y después más sirvientes, a centenares. Y a ambos lados del cortejo, una doble fila de guardias armados con hondas y con hachas de bronce, que forman una pared móvil que progresa al mismo ritmo que la inmensa procesión.

La única irregularidad de esta impecable armonía es el enano: corre alrededor de la litera del cuerpo seco, haciendo volar su eterna túnica roja; comprueba la regularidad del paso de los portadores y la limpieza meticulosa del camino, y dirige amonestaciones a los que osan levantar una nube de polvo. Anamaya lo observa de manera fugaz, con ternura. Con unos cuantos saltos se pone al lado de ella e imita una especie de danza grotesca.

—Y entonces, princesa, ¿te fías de mi protección?

—¿No eres más bien tú quién tiene necesidad de la mía a partir de ahora?

—Seguramente. ¿Sabes que quieren entregarme como regalo a los de Cuzco?

Anamaya sorprende una expresión de terror en el fondo de sus ojos.

—Tengo miedo, princesa; no he tenido tanto miedo desde que el Único Señor me encontró bajo aquel montón de mantas...

Ella lo mira sin ser capaz de responder nada, mientras que él se aleja con su torpe danza, bajo las risas y las burlas.

Cuando alcanzan los últimos límites de la ciudad, la muchacha oye su nombre. Al inclinarse hacia un lado de la litera, descubre a Inti Palla más allá del cordón de la escolta.

—¡Anamaya! ¡Déjame venir!

Anamaya le hace una señal al oficial más próximo y el cortejo debe avanzar todavía durante un tiro de honda para que Inti Palla pueda llegar hasta la litera del

Hermano-Doble.

A primera vista, Anamaya ve los párpados enrojecidos por las lágrimas y las mejillas hundidas por la mala noche.

—¿Te encuentras mal? —le pregunta, inquieta.

—¡No! —ríe Inti Palla, caminando de prisa—. No; solo estoy triste porque mi amiga se marcha. Quizá no nos volvamos a ver nunca más.

—¿Quién sabe? Vendrás a Cuzco...

—¡Atahuallpa nunca querrá ir a Cuzco! —grita Inti Palla con un brillo de cólera en los ojos—. Lo sé. No irá jamás.

Súbitamente, la mirada destella reflejos helados.

—¡Qué lástima que no pudieras convencerle de que su padre lo designara! —añade—. Es como con los dos hermanos de Cuzco. ¡Los dejaste ganar el día del *huarachiku*, y ahora vas a encontrarte con ellos!

—¡Inti Palla! —protesta Anamaya.

Pero la concubina le coge la mano.

—No, no, si no te lo reclamo —le dice precipitadamente—. Soy yo quien se equivocó; ¡lo sé muy bien! Tú no puedes hacer ciertas cosas... Lo sé muy bien...

Tanto en su tono como en su expresión hay algo que desmiente sus palabras, pero Anamaya no quiere ocuparse de ello.

—Pensaré en ti —le dice—. No voy a olvidarte, Inti Palla.

Inti Palla sonrío. Las lágrimas inundan de nuevo sus ojos sin que se sepa lo que significan. Acaricia el brazo de Anamaya y gira el brazalete de las serpientes de oro.

—No olvides que fui yo quien te lo regaló, Anamaya. ¡Soy yo, tu hermana! ¡Y haz lo posible para que Atahuallpa se convierta en el Único Señor!

CAMINO DE TOLEDO, MARZO DE 1529

Desde la mañana, como todas las mañanas anteriores, avanzan bajo un calor sofocante para la estación del año.

Don Francisco va delante, seguido del Griego, y luego, un poco más lejos, van Gabriel y Sebastián, codo a codo.

Detrás de ellos, el cortejo es de lo más extraño. Dos llamas, de las seis que cruzaron el Atlántico, se contonean al cabo de anchos nudos bajo la silla del negro Sebastián. Mastican el vacío como si fuera un auténtico alimento y, redondeando sus grandes ojos rasgados, parecen contemplar la campiña castellana con el asombro digno de una señorita.

Más atrás, una decena de alabarderos del rey rodean con indolencia tres carros chirriantes, llenos hasta los topes de objetos inauditos.

En el banco de una carreta, como si fueran dos iconos preciosos, dos indios del país del oro, ataviados con túnicas de colores, intentan hablar en castellano con los muleteros. Muchas palabras se les escapan, pero el asunto distrae muchísimo a los españoles, que inevitablemente les cuelan algún horror en sus enseñanzas.

Desde hace un cuarto de legua, de reajo, Sebastián se fija en el rostro enfurruñado de Gabriel.

—Don Gabriel, decidme, ¿todos los españoles de España son tan orgullosos como vos? —pregunta finalmente con una risa apenas disimulada.

Gabriel le clava una mirada maliciosa.

—¿Y todos los esclavos negros de las Indias son tan impertinentes como tú?

—¡Caramba, su gracia! —exclama Sebastián, poniendo los ojos en blanco con un terror fingido—. Ya sé quién soy..., negro y esclavo; no lo olvido nunca. ¡Pero no dejo de ser uno de los descubridores del reino de oro del Perú!

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¡Al hecho de que toda vuestra cara se arruga cada vez que el capitán os trata como a un colegial!

Gabriel se encoge de hombros con despecho.

—¡Hace tiempo que soy un bachiller, y no un colegial! Ese vejete analfabeto no sabe en absoluto la diferencia que hay entre ambas palabras. Pero quisiera saber, sobre todo y de una vez por todas, si acepta mi compromiso de seguirle hasta las Indias cuando vuelva a marcharse... ¡Ya hace quince días que le dije que ponía mi pluma, mi saber y mi vida a su servicio! Ni siquiera se toma la molestia de responderme. ¡A sus ojos no soy más visible que una piedra de este camino!

—¿Quién os alimenta desde Sevilla? ¿Quién pagó por vuestra cama en Écija, Córdoba, Morena y cada una de las etapas desde nuestra partida? ¿Quién os mira de

rejo tres veces al día? ¿Quién os pidió que le leyerais una carta de su hermano cuando el Griego podría haber desempeñado perfectamente esa tarea de confianza?

Gabriel estudia al negro con una prudencia en la que se despierta la esperanza.

—¿Hablas en serio?

—Es imposible hacerlo más...

—Pero ¡por la sangre de Cristo!, ¿por qué no me dice bondadosamente que me contrata para seguirle a la conquista del Perú?

—Porque don Gabriel, mientras el rey Carlos no le haya encargado oficialmente esta misión, el capitán Pizarro no es nadie. Por el momento no tiene nada más para ofrecer que un sueño. Y el sueño, don Gabriel, es un producto que ya ha vendido demasiado y que le ha traído muchos problemas...

Durante un instante, Gabriel cabalga en silencio por el polvo que levanta la caravana y medita las palabras de Sebastián. Tiene que reconocer su sabiduría.

Desde hace días vive en un sueño que el capitán Pizarro ni siquiera ha tenido que venderle. Irse de España, cruzar los océanos y meter la inmensidad entre él y los picotazos humillantes de la Santa Inquisición. ¡Y por una vez en la vida, lejos de ese Padre que jamás ha sido su padre!

Allí, en ese país desconocido, podrá convertirse en otro hombre.

Sí, allí lejos encontrará la gloria y su nombre resonará. Y luego regresará para hacer que paguen el precio de la venganza los que le humillaron.

—Dime la verdad —le pide, de pronto, a Sebastián—: ¿crees que don Francisco convencerá al rey de que le nombre gobernador?

El rostro fino y amigable del negro muestra una amplia sonrisa.

—Hasta el día de hoy no he visto nunca nada, ni hombres, ni animales, ni cosas, ni siquiera los océanos, que sea capaz de resistirse al capitán. ¡Imita su paciencia, don Gabriel!

Son casi las cinco cuando el Griego tira de la rienda de su media sangre. Igual que un niño maravillado, señala con el dedo el espectáculo suntuoso que acaba de aparecer delante de ellos a la salida del bosquecillo de pinos y cedros.

—¿Toledo? —pregunta con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

Gabriel ríe y asiente.

Enroscada en un bucle serpenteante del Tajo, dominando el agua verde, la ciudad se levanta sobre un promontorio como si quisiera plantarse en el cielo. En el aire ardiente de la tarde, las casas forman una sola construcción de ladrillo, que remonta, portentosa, la enorme masa del alcázar.

Toledo, ¡la villa reina del mundo!

A la primera ojeada, incluso a dos leguas de distancia, lo dice todo del poder del gran emperador Carlos V, que ensancha el universo a su antojo.

Gabriel querría mofarse del asombro del Griego, pero no tiene tiempo de abrir la

boca. Don Francisco Pizarro tira bruscamente de la rienda de su montura, que se detiene de inmediato. La mirada de hierro del viejo conquistador brilla de rabia. Las palabras resoplan entre sus labios, comidas por la barba.

—¿Qué pasa, Griego?! ¿Con todo lo que has visto más allá del océano, con todo lo que has aguantado a mi lado, todavía te sorprendes ante el espectáculo de una ciudad de ladrillo?

—¡Disculpadme, don Francisco! Es que...

Pizarro lo corta con un gesto de la mano.

—¡No gastes saliva! A partir de ahora, y bajo ningún concepto, no vas a sorprenderte de nada, nada se te va a imponer. ¿Queda claro, Pedro? ¡Tú eres quien ha visto una ciudad con las paredes cubiertas de oro! ¡De oro! ¿Osarías olvidarlo?

Entonces se gira hacia la ciudad roja, que tiembla bajo la luz incandescente de Castilla.

—¡Somos nosotros quienes vamos a hacer que sueñen esos grandes de Toledo! —añade con una voz sorda.

La mirada dura de don Francisco salta de los unos a los otros. Gabriel, sin querer, se ruboriza.

—¡Somos nosotros quienes aportamos el oro y la riqueza de los cuales el gran emperador Carlos tiene menester! —entona don Francisco—. ¡Nosotros somos el asombro y el espectáculo! Y más adelante, cuando crucemos las puertas de la ciudad, ¡seremos nosotros a quienes aclamarán! Y eso no os va a sorprender...

La barba gris del viejo conquistador tiembla de orgullo. Su caballo bronco salta de lado, y él lo calma con un golpe ligero de las espuelas.

El dedo índice de don Francisco apunta de nuevo al Griego, y luego se desliza sobre el pecho del negro Sebastián.

—¡Vosotros dos, en las semanas venideras, no os olvidéis nunca de esto: habéis sobrevivido a mil muertes y estáis todavía vivos! Lo que vosotros habéis hecho no lo ha hecho nadie. Lo que vosotros habéis visto no lo ha visto nadie. Habéis caminado por las calles de Tumbes, la fortaleza de muros tapizados de oro. ¡Os habéis enfrentado a monstruos dirigidos por los indios! ¡Habéis descubierto, siguiendo mi voluntad, el reino más rico de las Indias! Y estamos aquí para recibir lo que se nos debe: ¡el honor de haber hecho la conquista! Voy a volver a marcharme de esta villa de ladrillo como gobernador del Perú y del reino de Tumbes... ¡Por la más Santa con Niño, decidme qué hay aquí, en estos campos, que podría sorprenderos!

Nadie responde. El chirrido de los grillos y de las cigarras resulta, de pronto, ensordecedor.

Por primera vez desde su partida de Sevilla, Gabriel parece adivinar una sonrisa en las comisuras de los labios del capitán Pizarro.

Don Francisco tenía razón. Son ellos el asombro y el espectáculo.

Tan pronto como es anunciada su llegada, una muchedumbre de ciudadanos, artesanos y mujeres, de sirvientes, de viejos, de ricos y de pobres se agolpa en la Puerta de San Martín, y a lo largo de las murallas y del callejón tortuoso que sube hasta la magnífica catedral. Los niños corren por delante del camino que viene de Piedrabuena y escoltan la caravana con gran jolgorio.

Con una mano en el pomo de la silla y la otra en el mango de la espada, don Francisco abre el cortejo, escoltado a tres pasos por el Griego, igual de majestuoso, tan inmenso que su caballo parece pequeño. Entre la muchedumbre, los hombres se descubren la cabeza a su paso, mientras que ellos saludan con la cabeza y lanzan miradas severas a modo de agradecimiento.

Los dos indios, sonrientes y atónitos, nada inquietos, más bien orgullosos, andan ahora al lado de las extrañas llamas. Los niños dan saltitos a su lado, intentando acariciar la lana. Al descubrir el bello rostro impasible de Martinillo, sus mejillas alargadas, su tez que parece de cuero y de aceituna, el arco de sus ojos oscuros y su boca cuidadosamente dibujada, las mujeres se tapan la boca con la mano y lanzan pequeños gritos. Una de ellas coge a su vecina por la muñeca.

—¡Mira! ¡Se diría que son casi hombres! —le susurra.

—¡Pero este tiene aspecto de malo! —chilla la comadre, señalando con el dedo la cara más flaca, más seca y los ojos móviles de Felipillo.

Una pequeña tropa de soldados lansquenetes, que han acudido a auxiliarlos a una media legua de la villa, rodea los carros. Bajo el sol puro del mediodía, el oro del Perú brilla con todo el ardor de su fuego.

Movido por un impulso, Sebastián salta al carruaje y toma con las dos manos una estatua de oro que representa a un hombre desnudo, de rostro fino y mirada de lapislázuli. Entonces explota un grito de admiración. Luego, el negro levanta una máscara enorme, con forma de sol, rojo sangre y salpicada de pequeñas tiras de colores. Se la pone en la cara y mira a los curiosos, gruñendo. Los gritos se convierten en terror, y las mujeres agudizan sus chillidos. Les muestra jarrones finamente tallados, efigies de animales nunca vistos, llamas de oro, placas de plata esculpida, jarras, vasos, collares de conchas, estandartes de plumas cosidos con hilo de oro... Y todo el oro brilla hasta el deslumbramiento.

El cortejo no se detiene siquiera un segundo, aunque el clamor no deja de crecer. ¡Los que ya han visto desean ver más! Siguen a los carros suplicando; se deslizan entre las monturas; atrapan las riendas de las mulas hasta recibir las amenazas de los soldados.

Llevado por la locura del momento, Gabriel salta al segundo carro, en el que están las cerámicas. Con los brazos, y como si los hubiera traído en persona del otro lado del mundo, enseña cántaros con forma de rostros humanos, pintados y moldeados con tanta precisión que parece que vayan a hablar... Luego muestra cerámicas con forma de pájaro, de pie, de mano, de peces con dientes o sin dientes; cerámicas dobles, pintadas de oro, de cinabrio o de púrpura; cerámicas en forma de

lagarto, de mujer, de cantimplora, de monstruo, e incluso copulando...

Toda la belleza de un pueblo, todo el saber y la ciencia de miles de años de esfuerzos de artesanos desfilan ante centenares de ojos estupefactos y traen el testimonio de que un auténtico país, allá lejos, al otro lado del océano, ha sido descubierto.

Falta más de una hora para que lleguen a la plaza de la catedral, donde estas maravillas van a ser bautizadas y purificadas de su espíritu pagano. Pero el corazón de Gabriel está en llamas, como si su largo viaje hacia el Perú hubiera ya empezado.

RIMAC TAMBO, ABRIL DE 1529

El camino real es ancho y está bien pavimentado. Se encuentra encuadrado por dos paredes de altura media, cuidadosamente construidas. Cuando a los constructores les faltaron piedras, continuaron su trabajo con cañizas de la misma altura. Cuando hallaron pendiente acentuada, trazaron grandes peldaños, por los que el cortejo avanza con prudencia.

Al acercarse a los *tambos*, las imponentes ciudadelas en las que se conservan para el inca de todos los incas multitud de alimentos, tejidos, cerámica y todas esas riquezas de una región, los mensajeros van y vienen para preparar la etapa.

En cada ciudad, los *curacas*, los poderosos del lugar, se acercan a la litera donde descansa el cuerpo seco de Huayna Capac. Con humildad, inclinan la espalda y se colocan sobre los hombros una pesada piedra.

En todas partes, los signos de respeto hacia la momia son inmensos.

Sin embargo, el cansancio de los días abrume a Anamaya. Ya ha perdido la cuenta desde que salió de Tumbamba; cada etapa le parece idéntica a la anterior. Desde hace varias lunas ha renunciado a quedarse mucho tiempo en la litera, frente a la momia y al Hermano-Doble. Prefiere recorrer el camino entre las mujeres y los viejos, y pasar desapercibida.

De vez en cuando, el sabio Villa Oma deja de seguir a los poderosos ancianos para andar a su lado. Ahora la trata con respeto y, en algunos momentos, incluso con temor. Pero su compañía es severa, preocupada. En la larga columna de la procesión cada día circulan los rumores. Los rostros reflejan tensión e inquietud... A medida que se alejan del norte, el miedo va en aumento, sin otro auténtico motivo que el hecho de acercarse a Cuzco.

El único que sabe romper esta atmósfera pesada es el enano. A menudo anda a la cabeza del cortejo. Con su túnica roja, que le va grande, recoge el polvo del camino tan bien como el centenar de sirvientes que lo tienen por misión y que, incansablemente, barren delante de las carrozas.

Pero cada vez más se desliza hasta la altura de Anamaya y camina con sus pequeños pasos rápidos a su lado.

—Princesa, ¿estás soñando?

—Eres tú, señor, quien me hace soñar...

El enano sonrío. Conoce la ternura de sus mofas, y su amistad silenciosa, tan preciosa desde la primera noche en la que se abrieron los corazones... Ni el uno ni el otro se parecen a los que siguen la litera del inca difunto. Las miradas que les dirigen están a veces cargadas de envidia y de repulsión. El mañana, para ambos, está lleno de incertidumbre.

—¿Qué va a ser de nosotros, princesa?

—¿Cómo saberlo?

—¡Pensaba que tú eras la que lo ve todo!

—¡Búrlate, señor! Pero todo lo que yo veo, tú también lo ves. Los mensajes que van y vienen, los rumores de las matanzas en los pueblos del señor Atahuallpa. Y todo lo que se dice de la cólera de Huáscar...

El enano sonrío de manera sombría.

—¡Es por eso por lo que tarda en verme! Parece ser que me van a ofrecer a él para que le traiga suerte... ¡Pero se dice también que él odia todo lo que no sea un inca bello y bien formado, de cabeza puntiaguda y piernas largas!

—Piensa que a mí también me espera —murmura Anamaya.

Por una vez, no ven la manera de bromear.

Codo a codo, van avanzando junto al río burbujeante. La temporada de lluvias lo ha llenado de fangos amarillentos y gruñe como si la propia tierra estuviera sufriendo.

Por la tarde, un tramo de camino bastante rígido pero muy bien cuidado y cada vez más ancho los lleva hasta el altiplano de Rimac Tambo. Hacia el norte, Anamaya descubre una montaña cuya punta se encuadra perfectamente, como una flecha, entre las dos vertientes del valle.

Como en las demás ocasiones, la gente del pueblo ha acudido a su encuentro para postrarse ante las literas mientras las trompas y las flautas retumban por el valle.

El *tambo* es de pequeño tamaño, pero el muro que soporta la explanada sagrada está construido a la perfección. Las proporciones del templo son armoniosas; sus piedras, pulidas y ensambladas con un gran saber, recogen los últimos rayos del sol antes de que se escondan tras las crestas de las montañas.

El *curaca* es un hombre de ojos negros y lacrimosos, que bebe claramente mucha más *chicha* de la necesaria durante las ceremonias. Con mucho énfasis, demuestra su sumisión ante los poderosos ancianos. Se postra durante tanto tiempo ante los legatarios que el viejo Colla Topac, agotado por el viaje, acaba molestándose.

Finalmente, después de las ofrendas de la noche, los llevan a una de las *canchas*, a media pendiente bajo la plaza sagrada. Sus habitaciones han sido cuidadosamente arregladas y amuebladas con bellas esteras, cerámicas finas y mantas nuevas recién salidas del taller de artesanía.

Pero esta noche, Anamaya permanece mucho tiempo en el patio. El ronquido del río sube ahora como un soplo que calma. En el crepúsculo, las laderas de las montañas que rodean el pueblo parecen pétalos protectores. Y justo delante de la *cancha*, se abre hacia el este un profundo y estrecho valle. En la noche que está cayendo, inundada todavía de bruma transparente, Anamaya aparece extrañamente pálida.

Villa Oma viene a buscarla, inquieto por su ausencia.

—¿Adónde lleva? —le pregunta ella.

El sabio frunce el ceño y le lanza una mirada desafiante. Anamaya se gira hacia él, sorprendida por su vacilación.

—No lo sé —refunfuña finalmente él.

Su tono no es lo bastante seguro como para esconder la mentira. Anamaya siente cómo la ira le acelera el corazón.

—¡Sabio, ¿cuánto tiempo te llevará confiar en mí?! ¿No he superado ya las pruebas suficientes?

—Ya sé quién eres, muchacha —sonríe Villa Oma, avergonzado—. Ahora conozco tu corazón. No es eso...

—Entonces, ¿por qué me mientes? —se enfurece Anamaya—. Este valle tiene seguramente un camino... Un camino no es tan solo un camino, y por qué no...

—¡Muchacha! —la interrumpe Villa Oma, cogiéndola por el brazo—. Sabes mucho, pero ignoras todavía mucho. Y hay conocimientos que más vale no adquirir.

Le ha hablado con tanta dulzura que la niña se queda desarmada. Quisiera todavía insistir en su cólera, plantearle la disputa, casi por placer, pero de pronto se calla. Y a su lado, el sabio también guarda silencio.

Allí, frente a ellos, en el eje de este valle misterioso que ahora la noche cubre enteramente, sobre el horizonte oscuro, entre las primeras estrellas, aparece una bola de fuego.

Es una bola de fuego amarillo pálido, igual que un sol de noche, apenas menor que la luna. Detrás de ella hay una larga estela, como si fuera una melena elevada por el viento. Pero lo más extraño es que, aparentemente, vuela hacia el cielo con más rapidez que una bestia salvaje y, al mismo tiempo, parece estar inmóvil.

Poco a poco, muy lentamente, se levanta por encima de las sombras más opacas de las montañas.

Anamaya se estremece con tanta fuerza que suelta un gemido.

—¡Sabio Villa Oma, dime lo que estamos viendo! —susurra con la voz insegura.

El hombre se gira hacia ella y descubre su boca temblorosa, sus ojos claros abiertos por el miedo.

—¿Es eso lo que viste la noche anterior a nuestra partida de Tumbamba? —pregunta a modo de respuesta—. ¿Es eso lo que te asustó?

Anamaya sacude la cabeza. Tiene los brazos apretados contra el pecho y el vientre tan tenso que se siente doblar.

—¡Sí; sí! ¡Pero iba de prisa! ¡Muy de prisa...!

Villa Oma le coge las manos y las aprieta con sus dedos huesudos.

—Abandona tu miedo, *Coya Camaquen* —murmura—. Deja que tu espíritu te lleve. Acuérdate de tu viaje en la piedra de los ancestros. Abandona el miedo...

La muchacha mira con tanta intensidad el cometa que le duelen los ojos. Pero quizá por el contacto con el sabio, su corazón se calma, su miedo remite. Y de pronto lo comprende y lanza un grito.

El cometa y su cola tienen la forma exacta de la pluma de *curiginga*^[17] fijada en la cinta real. Lo que vio en la frente de Atahuallpa no era la muerte, ni el fuego destructor. ¡No! Bien al contrario: lo que vio era el emblema del Único Señor. Lo que ve en el cielo esta noche es el signo de Inti apuntando a su hijo, ¡el inca Atahuallpa!

—¿Qué sucede? —se inquieta el sabio—. ¿Qué ves?

Anamaya lo mira. No osa hablar. Baja la cabeza y cierra los ojos doloridos.

—¿Qué ves? —insiste el sabio.

—Nada.

TOLEDO, ABRIL DE 1529

—Entonces, aquel día, el océano estaba totalmente plano; la brisa apenas soplaba y, en cambio, el ambiente era gris. Yo no los vi llegar por el horizonte —explica Sebastián—. Estaba en la bodega de la popa de la *San Cristóbal*. Ruiz, el piloto, me había metido en el calabozo por una palabra desafortunada y estaba a cargo de la sopa...

El Griego suelta un gruñido de disgusto.

—¡De la sopa! ¿Y tú ya supiste hacer la sopa? ¡Ya no debía de quedar más que harina de garbanzos, cabezas de pescado y salmuera de col! ¡Conociéndote, para espesarla debiste de añadir unos cuantos escupitajos!

El gran negro esboza apenas una sonrisa.

—Hacía tres semanas —continúa— que navegábamos hacia el sur sin saber adonde íbamos y sin que pudiéramos acercarnos a la costa, por lo peligrosa que era... Cada vez que alguien protestaba, Ruiz respondía: «¡Lo siento! ¡Lo siento, están muy cerca!».

El sol de la mañana penetra en la gran sala de armas de la casa que ha puesto a disposición de don Francisco el duque de Béjar, uno de sus nuevos y muy fervientes admiradores. El polvo danza por los rayos de luz.

Empapado en sudor, con camisa y mangas, y con el puño cerrado sobre una espada nueva, Gabriel bebe las palabras de sus compañeros. Con el torso de atleta medio descubierto, el Griego se frota la mejilla con el guante. Los recuerdos se deslizan por su mente y le ensombrecen el rostro. Sebastián continúa su relato.

—Entonces, estaba removiendo la sopa. Y de pronto, he aquí que oigo a Niceño, el que estaba de vigía, ponerse a gritar: «¡Vela! ¡Vela! ¡Vela delante a babor! ¡Una vela, os digo!».

—¡Ah! —exclama el Griego con la voz emocionada y posando la mano sobre el hombro de Gabriel—, daría los catorce dientes que me quedan por haber estado allí. ¡Mira, solo de imaginármelo ya se me ponen los pelos del brazo de punta!

—Y entonces, ¿eran ellos?

—¡Pardiez! —continúa, impaciente, el negro Sebastián—. Iban sobre una gran canoa bastante bien hecha, parecida a una mano de gigante, con vela y timón. Eran una veintena; había hombres y mujeres. ¡La mayoría saltó al agua nada más vernos! Imaginaos, don Gabriel: ¡desde el nivel del agua donde se encontraban, nuestra *San Cristóbal* les debía de parecer una montaña de madera flotante!

—Pero rápidamente se dieron cuenta de que no se trataba de salvajes ordinarios —insiste el Griego—. Llevaban esas túnicas que sacudiste el otro día por las calles. Parece ser que había uno... ¡Ah!, nada que ver con nuestros intérpretes, ¡eh!,

Martinillo y Felipillo...

—No. Este se mantenía sin vacilar, como una I —le corta Sebastián, irritado—. ¡Yo lo vi en persona!... ¡Casi tan recto como el mismísimo don Francisco! Con la mirada firme, envuelto en una capa... Y luego, con esa especie de tapones de oro que se ponen en las orejas...

Con los ojos brillantes por la excitación, muriéndose de ganas de añadir explicaciones, el Griego sacude en silencio su enorme mano abierta frente a Gabriel.

—¡Sí, exactamente así! —añade Sebastián—. Los discos de oro son del tamaño de esta palma y van hundidos en el lóbulo de sus orejas por un tubo que también es de oro. El agujero por el que pasa es tan grande que yo podría meter dentro dos de mis dedos. ¡Pardiez, no miento!

Candia permanece inmóvil, con los ojos en dirección al infinito.

—¡No solo había el oro de las orejas! —insiste Sebastián—. Cuando la *San Cristóbal* se acercó a la canoa, Ruiz hizo señales para que el indio subiera a bordo. Entonces abrió su capa. ¡Virgen Santa! ¡Iba cubierto de oro desde el mentón hasta el ombligo! Y llevaba más en las muñecas, ¿no es así, Pedro?

—Eso es lo que dijeron Ruiz y los demás... —murmura.

Nervioso, Gabriel se seca el sudor de las sienes y baja los párpados. Un silencio se apodera de los tres hombres como si participaran del mismo recogimiento.

—Un señor indio —murmura Gabriel.

Los otros dos se limitan a asentir con la cabeza.

—¡Uno de los que nos harán frente si don Francisco se convierte finalmente en el gobernador del Perú! —gruñe el Griego, resoplando.

De un puñetazo seco, rompe el aire cálido de la sala y hace revolotear el polvo.

—¡Ya basta! Es hora de retomar esta lección. ¡En pie y en guardia! ¡Si un día pretendes mantenerte entero frente a esos indios, escolar, te hará falta sujetar mejor tu espada! ¡Qué diablos, que no se trata de un cucharón! ¡Tu paso de tercio a séptima es un auténtico suicidio! ¡Venga, a trabajar!

El Griego retrocede a pasitos cortos, y Gabriel se levanta de su banco con un suspiro.

Se coloca en posición, con las rodillas un poco flexionadas y el busto erguido. Pero su mano, prolongación de la espada, es mucho menos ágil y firme de lo que él quisiera. El Griego rota y choca el hierro contra el suyo con una brutalidad muy poco didáctica.

—¡En tercio, postura alta y atacas con la pantorrilla izquierda! ¡Así!

Las lamas tintinean. El Griego se aparta y esquiva por la izquierda. Contraataca, cortando en diagonal. Y la lama de Gabriel salta como una ramita. Llevado por su propio impulso, se dobla tanto que si no llevara la máscara protectora habría ensartado la mano en la espada del Griego.

—¡No! ¡Que no! —grita Pedro—. ¡La séptima es un paso de línea baja, hacia el interior! ¡Se diría que ya tienes taponadas las orejas por el oro de allá abajo! Sube el

brazo. Gira la muñeca hacia el cielo y hunde... ¡Así! ¡Tan simple como un saludo, sangre de madera!

No es fácil, pero Gabriel se esfuerza con coraje y con un poco de rabia. Durante unos minutos, la lección de esgrima se convierte en un baile de escauceos.

Con la sonrisa en los labios, Sebastián observa cómo los dos hombres hacen danzar sus espadas. Gabriel se mete en el juego Y muy pronto, resoplando y con la mirada endurecida, empieza a adquirir seguridad; sus golpes son secos, sus movimientos menos rígidos. El Griego entra en su campo y se le escapa con la facilidad de un gato. Sus golpes reflejan amplitud y experiencia; su lama vibra. De pronto, Gabriel suelta un grito.

—¡Oh, el muy imbécil! —exclama el Griego, con la cara contraída y saltando hacia atrás.

—No es nada —murmura Gabriel, llevándose la mano al hombro.

—Hay sangre —advierde Sebastián, acercándose.

—¿Por qué te has lanzado encima de mí?

—He creído que iba a esquivar —dice Gabriel lastimosamente, con la cara un poco pálida—. Pero no es nada...

—¡Quítate esa camisa y enséñame la herida! —le ordena el Griego—. ¡Nunca se sabe!

Sin embargo, lo que descubren en el hombro de Gabriel, una vez que se ha quitado la camisa, es solamente un buen corte, por suerte poco profundo.

—¡Eh!, ¿qué tienes aquí? —le pregunta el Griego, levantando una ceja.

—Nada demasiado extraordinario: una mancha de nacimiento —explica Gabriel, secándose la herida con la camisa.

Con un gesto más bien brusco, el Griego le hace girarse y le pone la pesada pierna en la espalda.

—Una mancha de nacimiento, quizá... ¡Sebastián, ¿no te recuerda nada?!

—¡Claro que sí: al enorme gato que quiso devorarnos frente a Tumbes!

Gabriel escapa a sus comentarios tapándose el hombro con humor. Pero mientras espera unas cuantas burlas suplementarias, advierde las dos miradas pensativas.

—¡Pues bien, amigo —exclama el Griego, secándose la frente—, he aquí una casualidad bien rara!

—¿De qué habláis, pues?

—De un extraño felino que merodea por allí, por el Perú —sonríe el Griego—. Los intérpretes dicen que los señores indios le hacen mucho caso.

—¡No es más que una mancha y podéis darle la forma y los nombres que os plazcan! —les grita Gabriel, molesto.

El Griego sacude la cabeza, mirándole pensativo, sin decir una palabra más.

Pero mientras se deja curar y sin abandonar su expresión refunfuñada, Gabriel siente que la ansiedad le llena el corazón como el aire llena una vela, como una promesa.

TOLEDO, ABRIL DE 1529

Es negra noche. Una tormenta de fin de verano ruge al norte de Toledo.

Hundido en un sillón, Gabriel duerme profundamente. Las hojas cubiertas por la caligrafía ancha del Griego se le han resbalado de las manos y se han esparcido por las losetas rojas del suelo.

Un chirrido como un gozne, similar al que retumba en la oscuridad de las prisiones, se desliza en su pesadilla. Entonces, se despierta sobresaltado. De pronto, con la boca abierta y el pecho ardiendo, se encuentra de pie.

Con los ojos abiertos de par en par, escruta sin comprender las sombras pesadas de la sala.

Una vez más se ve en su pesadilla, tendiendo los brazos hacia el gran inquisidor, suplicándole que perdone a doña Francisca, que yace, deshecha, con el vestido roto, los hombros desnudos, a sus pies...

Pero no... ¡Está despierto! A sus pies no yacen más que unas hojas escritas que pisotea con sus sandalias de hebillas.

Gruñe contra su fragor y las alucinaciones estúpidas que embrujan sus sueños. Se arrodilla para recoger los papeles. Entonces, oye un rozamiento. Experimenta la sensación muy real de una presencia.

Un cuerpo entra bajo la luz de la candela en el momento mismo en el que se levanta. Dos pupilas más negras que la noche brillan en un rostro liso y violento como una máscara.

—¡Eh! —exclama él, con el aliento entrecortado, al reconocer al indio Felipillo—. ¿Qué diantre haces aquí?

Ha entrado con tanto silencio como un gato. Unos bombachos hechos pedazos dejan al aire sus pantorrillas duras y secas de caminante, y una especie de manta marrón le cubre los hombros. Su boca, muy bien definida, muestra un orgullo formidable. Sonríe.

Gabriel enmascara su emoción recogiendo con descuido los papeles. Luego se levanta las mangas del jubón.

—¿Qué quieres? —pregunta de nuevo.

Felipillo borra la sonrisa. Su voz tiene dificultades por adaptarse a la premura cantarina del castellano.

—El mi señor capitán quiere verte —le anuncia.

—¿Ahora, en mitad de la noche?

—El mi señor capitán ha dicho: ¡tú vienes ahora!

El tono es tan imperativo como la gramática confusa. Pero es la mirada del indio, demasiado dura e impenetrable, lo que hace que Gabriel se sienta incómodo.

—¿Y por qué desea verme?

El indio vuelve a sonreír.

—No ha cantado su pensamiento a Felipillo.

Gabriel no puede evitar corregirle.

—No; debes decir: «Don Francisco no me lo ha confiado».

El indio asiente sin responder. Hay tanta indiferencia en su postura que Gabriel utiliza un tono arrogante.

—Has de aprender a hablar correctamente el castellano, Felipillo. ¡Si no, no podrás ser un buen intérprete!

Felipillo se calla. Gabriel se encoge de hombros, enrolla los papeles del Griego con las manos y decide guardarlos por si don Francisco quisiera conocer su contenido. Luego se vuelve a abrochar el jubón y camina hacia la puerta.

—Pues bien, ¡vamos allá! —suspira.

El indio no le abandona hasta llegar a la puerta de don Francisco. Da un solo golpe con el puño y abre el portón sin esperar respuesta. Gabriel cruza el umbral, ya listo para saludar. Pero el espectáculo que le espera lo deja mudo de estupor.

La habitación está iluminada por cincuenta candelabros. Brilla más que en pleno día. Frente a una amplia cama con baldaquín está arrodillado Francisco Pizarro, con la cabeza inclinada frente a una pequeña imagen de la Virgen y el Niño con una rosa. ¡Y para rezar, se ha puesto su traje de guerra!

Bajo el brillo de las velas, la pechera de acero, las hombreras, las placas de las coderas, resplandecen, pese a estar corroídas por el óxido y deformadas por toda una memoria de golpes. En el suelo, cerca de las rodillas, ha dejado el sombrero y la espada de puño finamente adamascado y cuya rama de guardia forma un trébol.

Petrificado, a través del estruendo de la tormenta cada vez más próxima, Gabriel oye la plegaria que don Francisco murmura con un fervor vehemente.

—¡Santa Madre de Dios, nunca me habéis fallado! Siempre me habéis puesto una mano sobre el hombro. Habéis conducido mis naves en las tormentas y me habéis salvado la vida en todas las emboscadas. Virgen Santa, os lo digo, vos sois la voz que me guía. Y sé que todavía queréis más de mí. Queréis que vuestra fuerza y vuestra luz brillen por las paredes de oro del Perú. ¡Oh, mi santa más santa! ¡Sé que vais a guiarme hasta allí! ¡Haced que el rey Carlos me reciba y me escuche! ¡Por vos me levanto cada mañana y tengo una paciencia infinita! Dulce Madre, no me abandonéis y os pondré el Perú sobre la falda como si fuera una criatura recién nacida. Lo haré yo, que a cada instante soy vuestro hijo amantísimo... ¡Amén!

Don Francisco Pizarro se persigna y besa con sus labios, tanto como con su barba, la imagen de la Virgen. Luego vuelve a levantarse, tan ligero como un jovencito. Se ciñe la espada y se gira hacia Gabriel.

En cualquier otro momento, al verlo darse importancia de esta manera en medio de la habitación, con las mejillas huecas como cuencos y la tez cerúlea, se le podría encontrar ridículo. ¡Un viejo loco, burlón y embustero! ¿Es solo fruto de la

imaginación que un viejo como este pueda conquistar un país al otro lado del mundo?

Sin embargo, Gabriel no consigue más que admirarlo.

—¿Rezáis alguna vez, joven? —pregunta don Francisco, cerrando los párpados —. ¿Amáis a la Virgen?

—Eeeh..., creo que sí —balbucea Gabriel.

—¡Lo creéis! ¡Ah!... Yo le rezo todos los días. Me ha salvado la vida cien veces. Sin su voluntad hace tiempo que ya no tendría sangre en las venas... ¡Ella desea el Perú mucho más que yo!

Su voz es áspera, pero no su mirada, que resulta viva como una brasa. Atraviesa la sala, abre la ventana y observa cómo un rayo cruza la noche. Su halo, por un momento, baña de luz azul el acero de su pechera y el gris de la barba. Con el estruendo del trueno, se da la vuelta y estudia a Gabriel, frunciendo el ceño.

—El Griego me ha contado que has progresado con las armas. Está bien. ¡La lectura y la escritura no son suficientes cuando se quiere ser un conquistador! También dice que tienes una mancha de predestinado en la espalda...

—¡No es más que una mancha de nacimiento, mi señor!

—¡Hummm!

Se queda en silencio el tiempo que dura un rayo y el estruendo de un trueno.

—A mi hermano Hernando no le gustas, colegial. Quiere que te eche —añade luego bruscamente.

—Pero ¿por qué? Si apenas intercambiamos cuatro palabras...

—No se fía de los muchachos que salen de la cárcel.

Gabriel palidece. ¡Así que es por esto por lo que don Francisco lo ha hecho venir en plena noche! ¿Para despedirlo con tanta sencillez como lo hizo su padre?

Sin embargo, la mirada de don Francisco se convierte casi en una sonrisa.

—¡No quiero melancolías, colegial! ¡Yo también he salido de la cárcel! Hernando dice lo que quiere, y yo soy quien toma las decisiones, ¿lo comprendes? Quizá mi hermano tenga miedo de acabar él mismo en la cárcel.

Don Francisco hace una mueca, y Gabriel cree percibir una sonrisa.

—De momento, vas a quedarte cerca de mí —anuncia el capitán, volviendo a cerrar la ventana.

—De momento... Pero ¿qué pasará cuando vos marchéis? —se atreve a decir Gabriel.

—Ya veremos. ¿Quién sabe qué nos traerá el mañana? ¡Esa estúpida audiencia no llega nunca! ¿Qué son esos papeles que llevas?

Se ha acercado lo suficiente a Gabriel como para cogerlo con fuerza por el hombro.

—El informe del Griego sobre vuestros descubrimientos, mi señor.

—¡Ah! ¿Y cuenta bien las cosas?

—Sí... Creo yo... ¡Hay tantas!

—¡Ya lo puedes decir que hay! Y se olvida de muchas...

El rostro de don Francisco, lleno de arrugas, arruinado por las horas de intemperie y de combates, desprende una potencia tan extraordinaria que Gabriel ni siquiera se atreve a respirar.

—Colegial, el Griego me dijo que tú ya has visto al rey de cerca.

—Es cierto.

—¿Cómo es?

—Pues bien... ¡Hummm!... No es muy alto, menos que vuestra gracia. Pero tampoco es bajo, y...

—¡No! ¡Eso ya lo sé! Se mofan de él; ¿sabes por qué?

—Es por su barbilla.

—¿Por su barbilla?

—Es demasiado grande. Los dientes de abajo se adelantan sobre los de arriba, de manera que no es capaz de cerrar del todo el maxilar.

—Pobre hombre.

—Su señoría debería ir con cuidado, puesto que, por este hecho, es difícil comprender lo que dice. Y además, el castellano no es su lengua materna. Balbucea como si se comiera las palabras.

Don Francisco se golpea la pechera con rabia.

—¡He aquí una cosa que no me habían contado!

—¡Te la habrían contado, hermano, si lo hubieras preguntado!

—¡Hernando!

Don Hernando Pizarro ha abierto la puerta como un indio y su mirada se posa en la de Gabriel, llena de animosidad.

—¿Por qué escuchas las tonterías de este muchacho? —lanza con un gesto de despecho.

Avanza bajo la luz y, de golpe, una amplia sonrisa se abre en sus labios. Es todo lo elegante, lo delicado y lo bello que no es su hermano don Francisco. Su jubón limpio y sus mangas con agujeritos adamascados huelen a perfume. Pero tiene la nariz roja y los ojos pequeños y demasiado huidizos. Prescindiendo de Gabriel, de repente se echa a reír y abre los brazos como si de golpe quisiera abrazar a don Francisco.

—¡Está hecho, Francisco! ¡Está hecho, hermano mío! Acabo de cenar con el consejero Los Cobos. ¡Mañana por la mañana tendrás tu carta de audiencia!

Don Francisco se persigna gimiendo. De un salto se planta frente a la imagen de la Virgen y se la lleva con violencia a los labios.

Luego, dándose la vuelta, con el rostro iluminado y rejuvenecido, sacude la imagen hacia Gabriel y Hernando.

—¡Ella lo ha querido! ¡Ella lo ha querido! ¡Venga, venid a besar su imagen y arrodillaos ante ella!

RIMAC TAMBO, ABRIL DE 1529

Cada noche el cometa pasa por encima del valle misterioso.

Cada noche, al ponerse el sol, Anamaya cruza las *canchas*, rodea el templo y baja los escalones que llevan a la explanada que se extiende hasta el torrente.

Cada noche la muchacha ve la coronación de Atahuallpa y su corazón es presa de un secreto enloquecimiento del cual no ha hablado ni al sabio ni al enano.

Temerosa de que el sueño se le lleve la esperanza, permanece mucho tiempo sentada sobre un muro, envuelta por la noche, las estrellas y la inquietud. Colla Topac, el legatario, superado por el insomnio que le provoca su avanzada edad, a menos que se trate de una afección grosera hacia la joven *Coya Camaquen*, de la cual adivina la angustia, se reúne con ella.

Una noche tras otra, a la manera del viejo soldado tosco que ya ha vivido todas las campañas y todas las revueltas del norte y del sur, le va contando el pasado. Bajo la luz lechosa de Quilla, su rostro aparece agrietado como la tierra del desierto.

—Pasado mañana vamos a marcharnos de Rimac Tambo —le anuncia esta noche—. Es hora de que el cuerpo seco del Único Señor acabe su viaje.

El viejo legatario extiende su dedo encorvado por el reuma y señala la abrupta pendiente al sureste de la aldea. Una vía real corta la vegetación como una piedra de honda y supera el cuello sin torcer ni una sola curva.

—Pronto —continúa el legatario con la voz rota pero firme— verás al puma...

—¿Al puma?

—La ciudad del puma, sí. Cuzco, nuestra capital, aquella en la que el sol se refleja en mil fuegos sobre el Coricancha, nuestro templo... La villa que en los tiempos antiguos fundaron Manco Capac y Mama Occlo por voluntad de Viracocha. Ellos alcanzaron un día la cima de las montañas que la rodean. Vieron la llanura y, en ella, en los alrededores de un río se les apareció la forma de un puma...

Y de nuevo lo relata.

Anamaya se deja mecer por la música de sus palabras, en las que avanzan los dioses y los hombres que han levantado la potencia del Imperio de las Cuatro Direcciones.

A ratos se calla, con los labios secos. Entonces, pone la vieja mano arrugada sobre la mano fina de Anamaya. La acaricia sonriendo, como si le robara un poco de fuerza, y luego prosigue su relato.

Los enviados de Huáscar han llegado al despuntar el día bajo una lluvia violenta. Al alba, como cada mañana, los sacerdotes sacrifican una llama blanca, y todos

los poderosos que acompañan a la momia se reúnen para hacer las ofrendas. La sangre mana sobre una piedra sagrada, la *chicha* se derrama sobre el suelo sagrado, el maíz se quema a los pies del cuerpo seco del Único Señor. El lamento fúnebre de las trompas y de las conchas retumba por la montaña.

Cuando levanta los ojos hacia el cielo, demasiado gris y bajo, Anamaya los ve franquear las colinas del norte. Observa una docena de soldados con las mantas rojo vivo empapadas de lluvia entre la inmensidad verde.

Cuando alcanzan la aldea descubre que llevan sus armas, las hondas, las lanzas y, sobre todo, los terribles trépanos estrellados. No, no tienen nada de pacíficos. Se quedan quietos al pie de la explanada, como extranjeros, y se mantienen apartados, sin pronunciar palabra, sin un gesto, indiferentes a la ceremonia.

Con un esfuerzo de cortesía que no entra en absoluto en sus costumbres, Villa Oma se acerca y saluda el primero.

—¡Bien venidos, enviados de nuestro poderoso Huáscar!

—¡Del Único Señor Huáscar! —le corrige el oficial.

Es un hombre joven y arisco. Tiene los ojos tan hundidos en sus órbitas que su mirada parece permanecer a la sombra, inalcanzable.

—Hemos venido a buscarlos —continúa, señalando groseramente a los legatarios postrados frente a la momia.

Villa Oma pierde rápidamente los nervios.

—¿Qué quieres decir, capitán?

—Nuestro Único Señor nos ordena que los poderosos ancianos se reúnan con él antes de la llegada del cuerpo seco de su padre a Cuzco...

—¿Antes? ¿Y por qué? —se asombra Villa Oma—. Eso no es lo que dice la ley...

—¿Rechazarían la orden del Único Señor Huáscar? —contesta el oficial con un esbozo de sonrisa.

—Pues no lo sé... —murmura Villa Oma—. Habría que preguntárselo. Son ellos los que ejercen la ley y la conocen. Mientras esperamos, puedes acercarte y compartir nuestra comida...

Pero el soldado se niega.

Se niega también a esperar.

Desde su llegada, la tensión ha ido creciendo entre el cortejo. Las mujeres se miran y evitan murmurar. El enano se ha acercado a Anamaya.

—¿Están aquí por nosotros? —pregunta, inquieto.

Ella sacude la cabeza.

—No, es por los legatarios.

—¿Están locos? —murmura el enano.

Pero Colla Topac, digno e impasible, se ha acercado al oficial.

—¿Por qué quiere vernos el poderoso señor Huáscar si la ley impone nuestra presencia cerca de su padre?

—El Único Señor, legatario —vuelve a corregir el oficial con un respeto frío—.

Su razón no me la ha explicado. Su orden es que debéis seguirme, tú y todos los otros poderosos ancianos.

Colla Topac se gira hacia Villa Oma y los demás legatarios. Lo que lee en sus ojos es miedo e incomprensión.

—Llevas armas, oficial —advierde el legatario—. ¿Es que Huáscar teme por nosotros?

—El Único Señor os quiere a su lado con impaciencia —responde el oficial, suavizando el tono—. Creo que solo tiene prisa por tener noticias de su padre.

—¿Y... ha visto el cometa que se desliza por el cielo estas últimas noches?

Esta vez, el oficial se calla y baja los ojos.

—El deseo de Huáscar es contrario a la ley —prosigue el legatario en voz alta para que todos puedan oírle—. Pero yo no quiero contrariar su corazón. Sabe que venimos en son de paz y quiero demostrárselo. Si necesita tener la seguridad, quizá yo le podría recordar el coraje de su padre, Huayna Capac.

El oficial se incorpora como bajo el efecto de una bofetada. Escruta el rostro del legatario, cuya voz ha permanecido serena y firme, a pesar de la ironía de su propuesta, y se limita a dar las órdenes para que se acerquen las literas de los poderosos ancianos.

La asamblea está quieta bajo la lluvia, que no ha dejado de caer. Las laderas de las montañas han desaparecido bajo un velo gris, y los valles se han llenado de bruma.

Anamaya lee la aprensión en los ojos que la rodean. Con los párpados casi cerrados, Villa Oma masca sus hojas de coca. Cuando nota los ojos azules de la muchacha clavados en él, desvía la cabeza.

Entonces, Anamaya avanza hacia Colla Topac y se postra ante él antes de que ocupe su lugar en la litera.

—Legatario, quiero darte las gracias por todo lo que me has enseñado.

Colla Topac le toma las manos y la levanta. Luego sonrío.

—¡Resulta agradable no dormir de noche si uno puede estar cerca de ti, *Coya Camaquen!*

Anamaya siente el ardor de las viejas manos apretándole las suyas.

—Cuídate, señor legatario —le dice en voz baja—. Sé prudente.

Colla Topac chasca la lengua a la vez que mira en dirección al oficial, que los observa.

—El miedo ya no pertenece a mi estado. Tengo una edad, niña Anamaya, en la que el Otro Mundo es el último viaje que se espera...

Pero entonces ella quiere inclinarse otra vez, y él la atrae hacia sí, como si quisiera apoyarse en su hombro para sentarse en su litera.

—¡Observa el cometa esta noche, *Coya Camaquen!* —le susurra—. Sé lo que has pensado todas estas últimas noches y que no has osado decir. Observa el cometa y apoya a Atahuallpa como lo has hecho hasta aquí. Apóyale. Lo necesita. Aquel que

conoce la ley te lo pide.

Al acercarse la noche se levanta un viento terrible que hace que todos los valles retruenen como si fueran trompas y envía ecos de la cólera de Illapa, el Señor del Payo y del Trueno, de una montaña a otra.

La paz solo reina en el templo. Con gestos lentos, dominando el temor que le corroe el pecho desde la partida de los legatarios y las últimas palabras pronunciadas por Colla Topac, Anamaya pone el maíz y la quinua ante la estela que sujeta al Hermano-Doble. Luego vierte *chicha* por todo su alrededor.

Después, como hace a menudo, se arrodilla. Un buen rato permanece ante la máscara de oro del Único Señor.

El aire del templo es tan húmedo que las brasas de las ofrendas apenas arden.

La muchacha oye un ruido detrás de ella y reconoce el paso discreto de Villa Oma. Él también siente la necesidad de recogerse ante la máscara de oro del Único Señor. Tiene el perfil más seco que nunca; sus tensas facciones revelan las noches sin dormir, las largas horas pasadas leyendo los oráculos con los adivinos, con el fin de descifrar el signo del cometa. Como siempre, en las comisuras de sus labios hay el rastro verde de la coca.

Pero hoy, por vez primera, Anamaya adivina su impotencia. Y la rabia que se refleja en su rostro es producto de la humillación.

—¿Qué dicen los oráculos? —pregunta la muchacha.

—Que Atahuallpa debe tomar la cinta real —responde el sabio secamente.

—¡Lo sabía! —dice Anamaya.

—Y no me has dicho nada...

—Pensaba que no me creerías.

Villa Oma hace un gesto de desánimo.

—En el fondo, tiene poca importancia. ¡Ahora la guerra entre el norte y el sur es inevitable! Huáscar ni siquiera respeta ya la ley. ¡Quiere que los legatarios estén a su lado, aunque no sea todavía el momento! Quiere obligarlos a reconocerlo como el sucesor de su padre...

—¡Colla Topac no lo aceptará! —protesta Anamaya.

—¡Entonces, Huáscar lo humillará todavía más! ¡Y prescindirá de su aprobación!

—El poderoso Atahuallpa tiene que saber que el cometa lo señala como nuestro Único Señor —insiste Anamaya—. Tiene que saberlo, sabio Villa Oma.

—¡Y eso disparará la guerra! —grita el sabio—. ¡Tú no sabes lo que es la guerra, *Coya Camaquen*! ¡Y esta fraccionará el Imperio, lo presiento!

—Sí sé lo que es la guerra, sabio Villa Oma —le responde con dulzura Anamaya—. Olvidas que el capitán Sikinchara vino a la aldea en la que yo vivía de niña y le prendió fuego. Todos a los que yo amaba murieron aquel día. Y cuando la piedra de una honda alcanzó a mi madre, ella me tenía cogida de la mano...

Por una vez, el sabio se calla.

Anamaya contempla el débil resplandor de las brasas reflejado en el cuerpo de oro del Hermano-Doble.

—Sí sé lo que es la guerra —añade con la voz siempre igual de serena—. Comprendo que la temas. Pero eres tú quien me lo enseñó: Inti tiene una sola voluntad. En el fondo de mi corazón, estoy contenta de que designe a Atahuallpa. Pero ahora debo reunirme con él. Debe saber que su padre me ha hablado y me ha mostrado la bola de fuego. Debe saber que ya no está en el silencio y que los del Otro Mundo tienen las esperanzas puestas en él. Debe saber que todo lo designa para ser nuestro Único Señor, que es la voluntad de Inti... Sabio Villa Oma, si debo regresar sola al lado de Atahuallpa para apoyarle, entonces lo haré.

Esta vez es la sorpresa lo que le tapa la boca a Villa Oma.

—No puedes hacerlo —resopla finalmente—. Debes acompañar al Hermano-Doble hasta Cuzco. Es la ley.

—Ya nada de lo que ocurra en Cuzco es la ley, sabio —contesta Anamaya, levantándose de nuevo—. El propio legatario lo ha dicho.

Villa Oma la observa mientras ella sale del templo como si contemplara a una desconocida.

Una vez fuera, Anamaya deja que la lluvia, que cae con fuerza, le golpee el rostro. Curiosamente, a pesar de la incerteza del futuro, se siente aliviada y serena, incluso feliz. Por fin sabe que dice la verdad. Cruza la explanada desierta temblando, puesto que su *lliclla*, demasiado ligera, no es capaz de protegerla del frío. Como por un reflejo, con una mano levantada para cubrirse de la lluvia y el viento, lanza una mirada en dirección al valle, sobre el que el cometa debe seguir deslizándose.

Por desgracia, el cielo está opaco, y el fenómeno permanece invisible a causa de las nubes. Y hacia el sur, por donde han partido los legatarios, está igual de oscuro...

Apenas tiene tiempo de dedicarle un pensamiento afectuoso al viejo Colla Topac cuando un ruido de pasos sobre la hierba mojada hace que se gire de espaldas; pero no ve a nadie.

Entonces, una mano ancha y fuerte le tapa la boca antes de que pueda gritar. Un cuerpo se aprieta contra ella y la levanta como si fuera una muñeca.

RIMAC TAMBO, ABRIL DE 1529

Ni una palabra.

El viejo Colla Topac se pasa la mano arrugada por los cabellos blancos y luego por el mentón cuadrado, poderoso, cuyo simple movimiento bastaba antaño para que le obedecieran. Está rabioso de impotencia y, debe confesárselo, también de miedo.

¿Por qué, desde que salieron del *tambo*, los soldados de Huáscar no han dicho ni una sola palabra? ¿Por qué desvían la mirada, molestos a pesar de su aparente impasibilidad, cada vez que se cruzan con sus ojos?

Como el camino se elevaba, ha hecho llamar al jefe de la escolta, el hombre de mirada hundida que lo ha humillado esta mañana. No ha servido de nada: el otro no se ha dignado acercarse. Entonces ha sentido el desasosiego de los viejos que lo acompañan.

El camino bordea un torrente que brama y se va estrechando; los árboles que lo remontan se encierran formando un arco y, siendo pleno día, está oscuro. La lluvia cae, cesa, vuelve a caer. Tiene los huesos helados.

Por la noche, en medio de una pendiente recta y resbaladiza, se detienen frente a unas cuantas cabañas miserables de adobe. El jefe de los soldados desciende, por fin, hacia él. Esta vez su mirada no se desvía.

Colla Topac sabe que todos van a morir.

Aquí.

Esta noche.

—¿No has encontrado una manera mejor?

—¡No quería que gritaras!

Anamaya observa a Manco en esta noche atizada por la lluvia. A pesar de la oscuridad, la muchacha adivina sus rasgos endurecidos. Su separación tan solo tuvo lugar hace unas semanas, pero le parece que su nariz aguileña destaca más en su rostro, como si fuera una roca arrancada de la montaña.

—Vi a los soldados y tuve que esconderme a esperar que vinieras...

—¡Podrías haber esperado mucho tiempo!

—Me dije que mi padre te hablaría.

—¿Qué sucede, Manco?

—Sucede que Huáscar se ha vuelto loco.

—¿Loco?

—No sé si son las señales del cielo o los rumores sobre la revuelta de Atahuallpa, pero todo el mundo, en Cuzco, sabe que cada vez está más nervioso, que pierde el conocimiento en sus orgías, que insulta a su propia madre tratándola de puta de Atahuallpa... Le encontraron ululando como un lobo entre las torres del templo de

Sacsayhuaman, convencido de que los *chancas* los estaban invadiendo e injuriando a las piedras, exigiéndoles que se transformaran en guerreros...

—Pero ¿tú? ¿Y Paullu?

—Hasta ahora no ha mostrado demasiado interés; pero en el momento en que su mirada se pose sobre nosotros sospechará que somos culpables de cualquier traición...

—¿Fue él quien dio la orden de llevarse a los viejos?

La mirada de Manco se llena de asombro.

—¿Los viejos? No comprendo...

—Hace unas horas, un capitán vino a buscarlos. Huáscar los llama para preparar la llegada de la momia.

Manco se levanta de un salto. Anamaya lo sigue.

—Ven. Démonos prisa.

—Primero tenemos que ir a buscar a Villa Oma.

—¿El sabio de la boca verde? ¿Estás segura?

Frente a ellos, la luz de las antorchas ilumina el templo. Empapada de lluvia, la explanada se ha convertido en un lago de fango. Anamaya corre arrancando sus sandalias de paja, que se adhieren al barro.

—El sabio lo sabrá —dice con convicción.

Pero mientras corre, se dice que quizá el sabio no lo sabrá.

—¿Qué órdenes tenéis?

—No tenemos ninguna orden, sino un deber: el de escoltar a la momia del difunto inca Huayna Capac hasta el templo del Coricancha de Cuzco, donde será confirmado el advenimiento del próximo Hijo del Sol.

—¿Qué órdenes habéis recibido de Atahuallpa?

—Ninguna. Pero sus embajadores forman parte del cortejo. Traen los presentes y el juramento de fidelidad de su hermano al inca Huáscar.

—¿Cuáles son las verdaderas intenciones de Atahuallpa?

—Si sospechas que hemos cometido traición, ¿por qué no nos llevas a Cuzco para que seamos juzgados y castigados si somos culpables? ¿Por qué nos mantienes metidos en cabañas, en medio de estas montañas, como si estos crímenes debieran permanecer secretos, ignorados por los dioses?

Colla Topac se siente débil, pero aún conserva cierta seguridad en la voz. Está atado a un poste por un fuerte hilo de agave, en una cabaña con el suelo de tierra. Uno a uno, sus compañeros han sido asesinados —mediante una piedra en la frente o una flecha en el corazón—, y su sangre corre por el río cuya bravura puede oír...

No queda nadie más que él.

El capitán de ojos oscuros ha hecho salir a todos los soldados de la escolta para quedarse a solas con él.

—Tú eres su jefe —le dice lentamente.

—¡No! Yo no soy más que el legatario principal. ¿Por qué?

—Eres el enviado de Atahuallpa, el traidor, para espiar las tropas del Único Señor, el poderoso Huáscar, y llevarle informaciones útiles para la guerra de rebelión que quiere encabezar.

—Es absurdo... Diez viejos miserables escondidos tras la litera de la momia para entregarse a tareas de espionaje...

La sombra de la duda cruza los ojos del capitán. Se acerca a Colla Topac, se agacha ante él y hunde la mirada en los ojos del viejo.

—Eso es lo que nos dijeron en Cuzco.

—Mírame. Mira los cadáveres de mis compañeros, a los que has torturado y de los que solo has obtenido miradas de terror en el umbral de la muerte... ¿No crees que deberías haber obtenido aunque solo fuera un rastro de información? No tienes nada más que sangre en las manos.

—Tú también vas a morir. Habla, si no quieres ser torturado y que tu alma sea entregada al puma...

—No conseguirás nada de mí, hijo; ni siquiera un gemido.

El capitán no responde. Se incorpora de un salto, silencioso. Le desata las manos y lo empuja hacia el exterior de la cabaña.

La noche es agradable. El río de estrellas fluye serenamente, eterno. Colla Topac se llena los pulmones del aire de la vida. Es cierto que este hombre de mirada dura podría ser su hijo. También es cierto que, en su dura vida de combatiente, no ha sido blando con sus enemigos... Pero ¿cómo es posible que no vea que esas órdenes, a cuya espalda se parapeta un miserable, son fruto de un espíritu trastornado? ¿Cómo puede ser que no comprenda que Huáscar prepara la confusión en el Imperio de las Cuatro Direcciones? Ninguna palabra será capaz de convencerlo.

Será preciso morir.

Los soldados se acercan a él y lo sujetan con firmeza, dos por cada lado.

Él abre los ojos todo lo que puede para que el universo lo absorba y le conceda la paz. En este preciso instante, por encima de las montañas, el halo de las últimas nubes se ilumina con la luz del cometa.

Manos, decenas de manos, tiran de él y oye los gruñidos del esfuerzo, los gemidos. Un lamento terrible rasga el aire y tiene el tiempo justo para saber que es de su pecho de donde se ha escapado.

Su última sensación es que su viejo cuerpo se disloca como una piedra lanzada en pleno vuelo, colisiona con una roca y explota en mil pedazos.

El enano corre delante.

Nació en el bosque y sabe leer los rastros del paso de los hombres y los animales: las piedras desplazadas, las ramas rotas, los troncos aplastados.

Villa Oma, Manco y Anamaya le siguen en silencio, con el corazón en un puño. En la oscuridad de la noche, todavía cargada de humedad, las estrellas se dan luz las unas a las otras.
De pronto, oyen el grito.

Van encontrando los cuerpos, uno a uno.
Algunos han sido asesinados al lado mismo del camino y están tumbados, como si fueran niños que intentan conciliar el sueño.

Otros han adoptado formas extrañas, como atroces fantasmas que hubieran visto todos los demonios.

Uno ha sido aplastado por piedras tan grandes que le han roto la espalda. Un hueso de su hombro ha quedado apuntando al cielo.

En la boca de otro, que permanece abierta, encuentran los granos de un pimiento rojo terriblemente violento. Antes de morir ha soportado la tortura de ese horrible fuego, que destroza el vientre y todo el cuerpo.

Por todos lados hay manchas de sangre, restos de carne que ha estallado; por todos lados escuchan los gritos de agonía que retumban en vano.

Ven a Colla Topac en último lugar, con el cuerpo deshecho y la boca torcida en un rictus.

En sus ojos queda todavía un poco de vida, un último orgullo más allá del sufrimiento que ha tenido que soportar.

Anamaya se arrodilla a su lado y le toma la mano, como lo había hecho al mediodía, cuando todavía llovía y el hombre de la mirada oscura, hundida en sus órbitas, daba órdenes con la voz segura.

—Sigue viviendo, pequeña —dice el viejo, cuya vida se va—. Conserva la luz de tus ojos azules.

—¿Por qué? ¿Por qué?

La mirada del viejo se levanta en un último esfuerzo. Parece mostrar un punto más lejos, en el cielo, hacia el cometa cuya luz turbia los ilumina.

Ella se levanta, con los ojos inundados de lágrimas, hacia Manco.

—¿Por qué has venido tan tarde?

Manco no responde. «No hay nada que responder —se dice ella—. Hay que hacer lo mismo que el enano, que con su vestido rojo va recogiendo el polvo y el barro, y bailar, bailar hasta caerse».

—Tengo que marcharme —dice finalmente Manco.

Anamaya se gira hacia Villa Oma.

—Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer? ¿Volver al *tambo* y esperar que otra patrulla nos asesine?

—Debéis partir igualmente —dice Manco—. Es el mensaje que he venido a comunicaros.

—¿Qué dices tú, sabio?

Parece que Villa Oma haya envejecido terriblemente. Su rostro se ha alargado todavía más, y hay sombras en sus ojos.

—Yo digo que el joven Manco tiene razón: ahora hay que protegerte.

—Paullu y yo —prosigue Manco, apresurado— debemos quedarnos en Cuzco, pero tú debes escapar para avisar a Atahuallpa.

—¿Y la momia? ¿Y el Hermano-Doble?

—Huáscar, por muy grande que sea su locura, no puede destruirlos. Tú debes vivir: tú llevas sus palabras dentro.

El cielo está ahora totalmente claro; se diría que nunca ha llovido, que nunca ha habido una sola nube. El cometa brilla todavía más, y Anamaya hunde en él su mirada azul para encontrar la claridad.

Manco y el sabio se callan. Anamaya respira y se acuerda del momento en que la fuerza de su destino penetró en ella y en que ella sintió, en lo más profundo de su cuerpo, que aceptaba todo lo que estaba por llegar.

El enano aguarda sentado en una piedra tan alta como él.

—¿Es necesario que yo también te lo pida, princesa?

Ella le sonrío y le acaricia el pelo.

—Sabes que te obedezco siempre, señor.

—Vamos —dice Villa Oma—. Apresurémonos.

—¿Adónde iremos?

—Me vas a seguir.

Manco desaparece en la noche hacia la cima de la montaña y el altiplano, desde los cuales llegará a Cuzco.

El enano, el sabio y la muchacha se apresuran.

TOLEDO, ABRIL DE 1529

—¡Miradlas, miradlas! ¡Oh, qué bonitas son! ¡Oh, majestad, mi rey, son suaves como corderitos! ¡Y grandes! ¡Mirad, mirad! ¡Es lana auténtica, tan suave que una ovejita no la haría mejor! ¡Ooooooh! ¡Guapas, bonitas!

La voz del bufón brota, cacarea, se ríe. Es sorprendentemente fuerte para su tamaño diminuto. Ataviado con encajes, con prendas de muñeca y con un sombrero inmenso, levanta sus bracitos al aire, corre de una llama a la otra, se desliza bajo sus vientres, las acaricia, las sujeta, salta a su cuello, se frota la mejilla contra su pelo... ¡antes de volver a saltar!

Tirando de las correas, los animales, agobiados, llevan a los dos indios, Martinillo y Felipillo, dando vueltas sin rumbo. Desorientados y atemorizados por la inmensidad y el fasto del lugar, con los ojos abiertos de par en par, los dos hombres intercambian frases incomprensibles.

—¡Caramba, cómo charlotean estas bestias, rey mío!

El retaco se pone a imitar a los indios haciendo sonidos grotescos, les tira de la manta y sale entre sus piernas haciendo muecas. Y luego, de pronto, con una torpeza fingida, se tira contra Felipillo y caen los dos sobre la gruesa alfombra. La llama, liberada, aprovecha inmediatamente para galopar en dirección al trono. El Griego pega un salto y captura al animal, que suelta un berrido ronco y escupe.

—¡Pero ¿qué hace este?! —exclama el bufón con un horror fingido ante la llama—. ¿No ve que le falta el respeto al rey?

—Cuando llama enfada, señor, él siempre hace esto —articula con dificultad Felipillo.

—Cuando llama enfada... —repite cómicamente el enano antes de escupir sobre Felipillo.

La gente se echa a reír e incluso aplaude. Animado por las payasadas, el enano golpea a Felipillo con su sombrero.

—Mi rey, este solo tiene dos piernas, pero no sabe utilizarlas... Y mirad: ¡no tiene lana en las pantorrillas, pero pacería encantado por vuestras alfombras!

Gabriel, aterrado, ve a don Francisco palidecer por la afrenta. Su mano enguantada de cuero aprieta ferozmente el pomo de la espada. Con las aletas de la nariz vibrándole, se dirige hacia el estrado real. Pero si la joven reina esboza una sonrisa, el rostro de Carlos V permanece impassible. Su mentón ancho y potente le da un aspecto palurdo, que desmiente totalmente la luminosidad de su mirada. Y por poco que uno le preste atención, se adivina en la breve inclinación de cabeza y en la caída de párpados un saludo sin ironía.

El corazón de don Francisco se calma de inmediato. Con toda la elegancia de la

que es capaz, dobla su flaca silueta y roza el suelo con la pluma verde del sombrero.

El Griego sujeta la correa de la llama; Felipillo está de pie, calmado por un gesto del negro Sebastián. Gabriel se relaja a su vez con un discreto suspiro.

Están en pie de guerra desde las ocho. Don Francisco, sin aguantarse más, los ha hecho levantarse en plena noche. Cien veces se ha hecho repetir las mismas recomendaciones; cien veces ha pedido que le planchen el jubón totalmente nuevo y negro, que le cambien la pluma de su sombrero por una amarilla, luego por una blanca, después por una roja y, finalmente, al alba, por una verde. ¡Cien veces ha ordenado que los cinco, Pedro de Candia, Sebastián, Gabriel y su hermano Hernando, además de los dos indios, se arrodillen delante de la miniatura de la Virgen!

Al levantarse el día, la espera se ha prolongado en el alcázar, con las manos húmedas, la mirada vacía, el vientre tenso, paseando sin ser vistos por los magníficos jardines mientras el sol calentaba cada vez más. Hacia mediodía han sido conducidos a unos salones donde unas damas, ataviadas con amplias faldas y grandes collares de perlas, encajes de Brujas y joyas, los han inspeccionado de cerca, como si fueran animales preparados para ser devorados en la arena.

Ahora el crepúsculo ya no queda lejos. Acaban de acompañarlos a la sala de la audiencia. Todos los objetos de oro, las cerámicas y los tejidos están expuestos sobre una mesa larga. Por desgracia, la sala es tan inmensa y está tan poblada de objetos, de muebles, de alfombras, de tapices y de pinturas que, a pesar de su extraño esplendor, la cantidad parece de pronto más bien escasa.

Todos los que son alguien en España están aquí. Hay un centenar de nombres y de títulos sonoros, vestidos, como en invierno, de seda y de brocados y con baratijas a la moda; tienen la barba encerada o las mejillas enrojecidas, según el género. Las miradas están llenas de altanería, y las bocas, abiertas por las risas de antes.

Gabriel siente el corazón alterado y la vergüenza en la frente, como si él mismo fuera don Francisco, ese descubridor del Perú del que se mofan con las payasadas de un bufón.

Pero con un gesto inusitado, el rey acaba con las risas y llama la atención a su enano como si le silbara a un perro.

—¡Basta, Estebanillo! —Su voz es serena, bastante inteligible, cuando añade—: Os escuchamos, capitán Pizarro.

Sigue un momento de denso silencio.

Don Francisco parece, de pronto, incapaz de articular palabra. Su hermano Hernando, adelantándosele, se inclina con una sonrisa en los labios; pero, de manera brutal, don Francisco lo retiene con una mano.

—Deja. ¡Soy yo quien debe hablar! —le gruñe en voz baja.

Empuja a Hernando a un lado y se dirige al rey con una voz llena de rudeza.

—Vuestra majestad, he descubierto un país que es una mina de oro y que llenará

de riquezas España por todos los siglos venideros.

El rey no se inmuta. El bufón, de pie delante de él, se mofa.

—¡Oro! ¡Oro! ¡Ah, oro por todas partes, mi rey! ¡Eso es lo que él dice, porque las grandes cabras de antes, os lo juro, eran todas de lana!

Siguen unas risas contenidas, pero, inesperadamente, la voz clara de la reina las interrumpe.

—Capitán Pizarro, nos gustaría escuchar de vuestra boca la historia de ese descubrimiento.

—Ha sido larga, vuestra majestad. ¡Más de diez años!

—En ese caso, contadla brevemente, don Francisco.

—Brevemente, majestad, es difícil... puesto que todo empezó cuando descubrimos el mar del Sur, como lo llamamos, al otro lado del golfo de Darién. ¡Y solo esto fue ya muy dificultoso! Soy uno de los que fundaron allí la ciudad de Panamá con el gobernador de entonces, que se llamaba, eeh...

De nuevo superado por la emoción, don Francisco se queda sin voz. Su corpachón flaco tiembla por la gran tensión que lo embarga.

—Balboa —le sopla Gabriel sin reflexionar.

Hernando Pizarro lo fulmina con la mirada, pero don Francisco asiente.

—Sí, el gobernador Balboa...

Aliviado, Gabriel oye cómo la voz de don Francisco se relaja.

Con una frase tras otra se va animando, y habla cada vez con más facilidad y vivacidad. Y así, durante casi una hora, narra toda una epopeya que mantiene a la audiencia en vilo: cómo hubo que desmontar una carabela entera y transportarla, pieza a pieza, a través del bosque, desde el océano Atlántico hasta el mar del Sur; cómo, sin respiro, hubo que vencer a los insectos, serpientes, bestias, indios, la sed, el hambre y la enfermedad; cómo sobrevivieron solo los más obstinados, y con la suficiente valentía y coraje como para volver a partir mientras oían hablar de un país enteramente cubierto de oro, lejos, más allá de los bosques; cómo hubo que convencer a los escépticos, las incertidumbres, la desesperanza, la falta de dinero, la gangrena de la duda; cómo durante los diez interminables años, siempre, hubo que vencer al propio mar y a todas las miserias imaginables que la adversidad de lo desconocido puede infligir a los hijos de Dios...

—Y luego, un día, vuestra majestad, ¡allí estaba! ¡Desde nuestra nave vimos aparecer una ciudad en la costa! Una ciudad enorme... El bosque se abría por todo su alrededor y desprendía perfumes que jamás habíamos respirado. ¡Ah, debéis creerme: era una ciudad de al menos dos mil casas! ¡Y esta ciudad brillaba toda entera, como una ciudad celeste, majestad! ¡Cuándo nos acercamos comprendimos que el sol se reflejaba allí sobre un oro tan brillante como él! ¡Por la gracia de la Santa Virgen, las paredes eran de oro! ¡Así es la ciudad de Tumbes! ¡Ah, os lo juro!

Llevado por el impulso de su entusiasmo, don Francisco se arrodilla y se persigna. Y todos a su alrededor, sin siquiera reflexionar, contagiados por el fervor

del relato, Sebastián, Hernando, los indios, el Griego y Gabriel, todos se arrodillan y se persignan.

Un murmullo de admiración vibra entre el público conquistado en la sala de la audiencia, pero, de nuevo, es la voz clara y fresca de la reina la que se eleva por encima de las demás.

—Don Francisco, acabáis de narrarnos una bella historia. Sin embargo, me han contado que un buen número de hombres fueron asesinados durante esas terribles aventuras...

Fervoroso como está, don Francisco se levanta de golpe. Evitando la mirada de la reina, fija los ojos incandescentes en los del rey, sin tener en cuenta ninguna de las cortesías requeridas.

—¡Qué vuestra majestad me perdone, pero ese reproche no es más que un hatajo de bobadas! —exclama—. Si fuera fácil encontrar un país cubierto de oro como el Perú, haría tiempo que vuestra majestad estaría cenando en vez de estar escuchando mis historias.

—¡Bien dicho! —aclama el bufón, aplaudiéndole.

—¿No es eso cierto, capitán Pizarro? —pregunta el rey en su torpe castellano.

—Muertos sí los hubo, ¡por desgracia! En las Indias, uno muere más a menudo que no sobrevive, si me permitís decirlo. ¡Pero reprocharme esa adversidad! Siempre les dejé escoger, a todos los que me siguieron, la posibilidad de regresar...

—Se cuenta, señor Pizarro, que usted secuestró a cien hombres en una isla durante un año y que la mitad de ellos murieron...

—¡No es cierto! ¡No es cierto, vuestra majestad! ¡Me secuestré a mí mismo porque querían impedirme que siguiera! Y unos veinte perecieron, no más. ¿Y sabéis lo que hice cuando un barco vino en nuestra ayuda? Estábamos en una playa, las chalupas nos esperaban, todos teníamos que decidirnos, seguir hacia el sur o volver a Panamá...

Don Francisco se interrumpe, da un paso al frente y, provocando un grito entre la multitud, desenvaina la espada y se pone a sacudirla por encima de su cabeza.

—¡Esto es lo que hice, vuestra majestad! Levanté así mi espada. Y la clavé en la arena...

Uniendo el gesto a la palabra, don Francisco apunta el arma hacia la gruesa alfombra. Con un gruñido de furia, traza una línea...

—¡Señor don Francisco! —exclama la joven reina, agitando las manos—. ¡Os lo ruego! ¡Tened cuidado con esa alfombra, que fue decomisada a los otomanos!

Don Francisco pega un salto, la observa frunciendo el ceño, hace un vago gesto de disculpa, y luego, sin preocuparse más del tema, se dirige de nuevo al rey.

—En la playa de la isla del Gallo dibujé una isla igual que esta, majestad, aunque con profundidad... Y dije: «¡Compañeros, amigos míos! Yo no regreso a Panamá. Me voy más lejos, al desconocido sur. Que aquellos que quieran acompañarme crucen esta línea. Haciéndolo escogerán sin duda el hambre, la sed, la enfermedad y quizá la

muerte... Los que no la crucen regresarán a Panamá y a los días ordinarios. A ellos les daré las gracias por haber compartido con nosotros sufrimientos nunca vistos y un calvario que merece que los quiera tanto como a los demás... Pero a los demás les prometo el Perú y sus ríos de oro. No quiero forzar a nadie, pero ¡un día el coraje recogerá el fruto de su semilla! ¡Lo sé!». Esto es lo que les dije, vuestra majestad. Y la verdad es que muchos regresaron a Panamá sin que yo levantara un dedo para impedirselo. Pero trece de ellos cruzaron la línea que había dibujado para ponerse a mi lado: ¡esos trece, vuestra majestad, son los héroes de una leyenda que será contada durante siglos!

Entre el gentío perfumado, manos de mujer se ponen a aplaudir, y cabezas severas de duques, marqueses, chambelanes y consejeros asienten y murmuran su aprobación.

Es entonces cuando Gabriel, con el aliento cortado, ve al rey Carlos, el quinto emperador de Europa y su soberano más rico, levantarse. Una sonrisa abre su grande y extraña boca. Deja el trono y desciende del estrado. Como lo haría un hombre casi ordinario, señala con un mismo gesto a los indios y a las llamas.

—Habladme un poco de estos animales extraños, capitán Pizarro.

SALCANTAY, MAYO DE 1529

—¿Adónde vamos? —pregunta Anamaya.

Desde que han dejado las luces de Rimac Tambo para adentrarse en la noche le ha hecho varias veces la misma pregunta a Villa Oma. Él no responde, encerrado en un silencio casi hostil. Solamente se han llevado con ellos a dos sirvientes, dos guardias y, por insistencia de Anamaya, al enano, quien se ha ofrecido a acarrear bultos, combatir o hacer todo lo que haga falta. A regañadientes, Villa Oma ha accedido.

Las luces del *tambo* han desaparecido muy de prisa. Todo lo que les une ahora al valle que abandonan es el ruido del torrente, que no parece disminuir aunque se elevan rápidamente por el camino estrecho, en medio de una espesa vegetación.

El agua que mana hace pensar a la muchacha en la sangre que brota, y una y otra vez le viene al pensamiento la imagen del viejo Colla Topac: sus cabellos blancos impregnados de sudor, sus ojos girados huyendo hacia la nada y su vieja mano aferrándose a la suya. Entonces, aprieta los dientes para no llorar.

Incluso en la oscuridad siente que atraviesan paredes de bruma que difuminan las sombras de la noche. Los sonidos de los animales —ardillas, corzos—, cuando los reconoce, la tranquilizan. Pero un solo roce entre los árboles le hace prestar atención: podría ser tanto una comadreja como el cabecilla de una tropa enviada para detenerlos y torturarlos como hicieron con el grupo de los viejos.

De pronto, la pendiente se endurece, y ella pisotea la tierra para buscar piedras puntiagudas que la ayuden a mantener el equilibrio. De manera instintiva, sabe que se acercan a una colina. La vegetación se hace más clara y desembocan, al fin, en una plataforma bastante amplia. Villa Oma los lleva hacia un lado del camino, tras un pálido bosquecillo de *tocacho*^[18], a una casa cuyas paredes de adobe ya están medio derruidas. El tejado de paja tiene algunos agujeros. Está rodeada de una verja baja de piedras mal ensambladas; un hilillo de agua da la vuelta alrededor de la casa y se desliza entre dos piedras, formando una acequia con figura de serpiente. Anamaya tiene sensación de paz por vez primera desde hace ya bastantes horas.

Después de las ofrendas, el sabio pronuncia sus primeras palabras desde que salieron.

—Vamos a descansar.

—¿Vas a decirme pronto adónde vamos?

—¡Qué más da el nombre, pequeña! Te llevo allí. Es esta mi decisión y quizá sea también mi error.

Uno de los sirvientes se dispone a encender un fuego, pero Villa Oma lo detiene. Hace frío, pero la oscuridad los protege.

Cuando entran en la única habitación, en la que las esteras ya han sido tendidas, Anamaya siente toda la fatiga en la nuca, como una piedra. Se tumba, envuelta en la manta.

—¿Princesa?

Abre los ojos, que ya le pesan. El enano ha deslizado la estera hasta la suya, y cuando extiende la mano para tomar la de ella, Anamaya lo deja hacer y se duerme.

El cielo es de un azul intenso; el sol está ya alto. En unos instantes se asomará por la derecha de la cima y perseguirá la sombra de la montaña que envuelve el pequeño valle. Anamaya observa la fuga de una bola de nieve arrancada a la cima por las ráfagas de un violento viento.

La mancha de luz dorada ha descendido por la pendiente tras ella, y ahora los primeros rayos le acarician los tobillos. Entonces, cierra los ojos para sentir la cálida caricia.

—Un día de belleza después de un día de muerte.

Anamaya no se gira. Sabe que Villa Oma está detrás de ella.

—Si no es allá adonde vamos —dice señalando la cima—, quizá estés autorizado a decirme su nombre.

—Tienes los conocimientos que nosotros no tenemos, pero ello no te basta.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, niña, nada... ¡Sabes ya tantas cosas! Esta montaña se llama el Salcantay. Anamaya se vuelve hacia el sabio. Sus ojos tienen un brillo casi salvaje.

—Ahora ven —dice en un susurro—. Tenemos que irnos.

Durante tres días enteros atraviesan puertos de montaña, y la masa del Salcantay, con sus hielos eternos, queda debajo de ellos. Cada noche duermen en una cabaña igual de sencilla que la primera. Bajo los movimientos de la luz, la llegada de las nubes, los juegos del sol y de la sombra, el glaciar va cambiando. Casi ya lo han rodeado cuando ella se da la vuelta: entonces descubre el lago blanco, casi gris, estriado por líneas azules y las franjas oscuras de las hendiduras.

El sabio tiene razón: este lugar no es para los hombres.

En el último puerto, el paisaje se ensancha bruscamente. Valles profundos se hunden en el horizonte azulado de la selva. En el descenso, los arbustos van ganando poco a poco terreno sobre la hierba rasa. Anamaya tiene la sensación de estar cambiando de mundo.

Han recalado sobre una calzada más ancha. Tiene forma de cornisa y está sostenida por una pared de piedras cuidadosamente ajustadas. Las losas son amplias, y ella puede dejarse ir despreocupadamente sin temor al vacío. El sol y la sombra se alternan: forman a veces un corredor tallado en el corazón de la roca, en el cual retumban las gotas de una fuente, o un túnel de vegetación bajo gigantescos bambús.

Han caminado con rapidez durante mucho tiempo. En el crepúsculo, el sueño los

ha vencido.

La noche es todavía oscura cuando el sabio le pone la mano en el hombro para despertarla. Una simple señal, y ella lo sigue.

El sendero es abrupto. La cima cónica ha sido modelada como una plataforma, en la que no han dejado más que una roca.

—Para entrar allá donde vamos hay que pedir la autorización de los *apus* — murmura Villa Oma.

Anamaya se calla: ha renunciado a saber, y se siente incómoda. Las estrellas han palidecido y, en el alba tímida, una gigantesca montaña escapa a la noche, majestuosa, sólida y terrible. Parece que la distancia la ha ampliado todavía más.

—El Salcantay es uno de los *apus* más poderosos de la región. No deja que nadie se acerque a sus llamas. Los pocos inconscientes que han regresado de él han hablado de una dama roja antes de hundirse en la locura. Pero si le respetas, muchacha, te otorgará su protección.

Anamaya se queda en silencio, subyugada ante la fuerza del espectáculo. La punta se ha encendido de manera repentina, como una brasa incandescente atizada por el viento. Al instante siguiente, es el glaciar entero el que se enciende y muestra un torbellino de rojos anaranjados.

—Mira, Villa Oma: Inti abraza al *apu* Salcantay.

Suavemente, los hilillos de bruma han emergido de la selva, han corrido a lo largo de las pendientes y se han arremolinado en una espesa nube a los pies del macizo.

Villa Oma está agachado ante la roca. Coloca seis vasijas de tierra, que llena con agua clara, y luego extiende en el suelo una pequeña tela cuadrada, Anamaya apenas observa el inmutable ritual: en su malestar hay una mezcla de miedo y de alegría.

El sabio se ha llevado la *chuspa* de coca a los labios y sopla, concentrado, con los ojos cerrados. Con un murmullo, saca tres hojas, las mejor formadas y de un verde más homogéneo, y luego las coloca con delicadeza en una punta de la tela. Y vuelve a empezar, con tres hojas más, en el ángulo siguiente. Después, sin precipitarse, pone en el centro unas figurillas en forma de llama, unos pequeños mechones de lana de colores y unos granos de maíz blancos, violetas y negros.

Insensiblemente, la nube ha iniciado su ascensión, mascando uno tras otro los primeros bloques de hielo del glaciar. El *apu* es oro. Sus líneas, ahora suaves, ahora aceradas, retienen una aura de luz.

Una mirada del sacerdote, y Anamaya se sienta frente a la roca: desde donde ella está, la roca reproduce a la perfección la silueta del Salcantay.

En la superficie de las vasijas flotan granos o polvos que desaparecen poco a poco bajo espumas de colores: la fermentación se ha producido. El *apu* acepta las ofrendas.

Entonces, Villa Oma las recoge una a una. Cada vez, la muchacha siente cómo se las coloca sobre la cabeza el tiempo suficiente para murmurar unas palabras, de las

cuales ella solo distingue su nombre y el de la montaña. Y cada vez, el contenido de la jarra es vertido sobre la roca.

—Ahora tú.

Anamaya vuelve a doblar cada una de las esquinas de la tela, atenta para no modificar el orden de las ofrendas, y una vez formado el paquete, sopla tres veces, estirándose hacia la montaña.

Villa Oma ha retomado la ofrenda y ha puesto la mano sobre los cabellos de Anamaya. Ella siente su calor. Al principio no es más que un susurro.

—*¡Hamp'u apu Salcantay, Hamp'u! ¡Hamp'u apu Salcantay, Hamp'u! ¡Hamp'u apu Salcantay, Hamp'u...!*

La llamada se convierte en murmullo; luego se vuelve enfática. Y cuando la voz del sabio alcanza las paredes vecinas, se diría que todas las cimas reclaman, en un inmenso clamor, la llegada del *apu*. Unas ondas cálidas inundan su cuerpo.

El último eco desaparece en el fondo del valle y se apaga. En el silencio, la punta luminosa del Salcantay desaparece tras el velo púdico de la nube.

Anamaya se sabe en el corazón de la montaña. La paz está en ella.

Al pie de la cresta los espera el enano. Junto a los guardianes del santuario del *apu*, observa en silencio a los sirvientes que acaban de colocar los bultos sobre las llamas. Bajo la última terraza, una ancha escalera se hunde derecha en medio de la vegetación, rápidamente absorbida por el mar de nubes. Excepto unas pocas cimas cercanas, lo ha sumergido todo.

—Estamos en el techo del mundo —dice el enano con los ojos brillantes de placer.

Villa Oma no le da a Anamaya la oportunidad de responder.

—Vámonos. El tiempo nos apremia.

Y tomando un puñado de *chuño*^[19] de la manta que le tiende un sirviente, emprende el largo descenso.

Las piedras resbalan por la humedad. Muy rápidamente, el pequeño grupo desaparece en la densa niebla. Un calor húmedo se va instalando a medida que la selva se hace más espesa, invadida por los helechos y las flores de colores vivos. Los troncos de los árboles están cubiertos por un grueso tapiz de musgo verde. El agua mana de las rocas, por las que bajan las lianas; cañizos de bambú brotan del suelo. La tierra no cesa de dar vida.

Anamaya no ha vuelto a ver la selva desde que murió su madre. Sus sentidos se abren a los perfumes olvidados, que creía perdidos, y reconoce sobre las hojas empapadas de humedad, sobre la tierra mojada, en las coronas ampliamente abiertas de las flores rojas, rosas, amarillas, toda una población de insectos, de moscas, toda una vida que bulle. Es como si su cuerpo, ahogado por la lucha y el exilio, empezara a revivir.

Incluso el horror unido a la muerte de Colla Topac parece pertenecer a un lugar y a un pasado lejanos.

La muchacha mira al enano, que salta de piedra en piedra, revoloteando como una mariposa. Al igual que ella, procede de la selva; como ella, forma parte de una vida secreta, extraña a los seres surgidos de los altiplanos y de los valles.

A veces, la vegetación es tan espesa que tienen la sensación de avanzar por la penumbra de un túnel inundado por la naturaleza en plena luz del día. El sudor fluye casi en forma de hilillos por la nuca de los sirvientes. Uno de ellos canturrea solo, con la voz tan baja que apenas se le oye; es una voz triste, que les oprime el corazón.

Por fin se han acabado los interminables peldaños. Las losas no están menos resbaladizas, cubiertas de un musgo de colores. A veces el camino se estrecha tanto que deja el espacio justo para una persona. Paso a paso, Anamaya debe respirar con cuidado para no resbalar. Un solo movimiento mal calculado y volaría entre los pájaros.

Cuando al fin pasan bajo la capa de nubes, el vacío se revela como un precipicio insondable. Avanzan por una pendiente y les rodean unas paredes casi verticales, cubiertas de vegetación.

El enano es quien va a la cabeza de la fila. Ahora ya no baila: vigila cada uno de sus pasos, con el aliento cortado y las piernas rígidas por la aprensión. De pronto, lanza un grito.

La fila se detiene.

Anamaya ve, con una sola mirada, lo que les espera.

El camino está cortado. Bajo sus pies, la pared lisa de la roca se pierde en las profundidades.

Con calma y con la facilidad de una corneja, el sabio se ha reunido con el enano y lo ha obligado a retroceder. Lo hace entre gemidos y murmullos; no puede moverse porque cree que va a morir. Se ha acercado a Anamaya.

—He visto la muerte en esta horrible montaña, princesa, y ese sabio loco me mandaba hacia ella burlándose.

Por el otro lado se produce un movimiento. A través de un macizo de helechos arborescentes, Anamaya distingue el inicio de una construcción. Dos guerreros se acercan lentamente.

Villa Oma se identifica y declina sus atenciones; luego se vuelve hacia la escolta.

—¡Solo ella! —gruñe.

—¡Princesa, no me abandones! —cómico y emotivo, brota el grito del enano.

Anamaya, con el corazón encogido, no puede evitar sonreír.

—Si no quieres que te precipite yo mismo al vacío, vas a volver a Rimac Tambo con los *yanaconas* y los guardias —prosigue Villa Oma con apenas paciencia—. Solo la *Coya Camaquen* está autorizada a continuar. ¡Venga!

Los dos guerreros han sacado una decena de ramas largas, grandes como brazos, y las han lanzado al abismo.

El enano le echa una mirada desesperada a Anamaya, pero no se resiste a la orden. Ella le pone la mano en el hombro con afecto, y desaparece con los sirvientes y los guardias por el primer desvío del camino.

El corazón de Anamaya late con fuerza. Se siente sola con Villa Oma. Después del puente, el camino, mucho más ancho, continúa con una subida muy ligera bajo la vegetación; luego se interrumpe de nuevo, esta vez contra la montaña misma. A la izquierda de Anamaya, una escalera de peldaños altos y anchos de piedra sube directamente a la cima. Al levantar la cabeza, ella percibe dos pilares macizos que marcan el fin del ascenso, como una puerta abierta al cielo azul. A pesar del miedo que acaba de abrazarla, es presa de una exaltación nueva.

—Es aquí, ¿no?

—Siempre queriendo saber, siempre queriendo conocer...

—Respóndeme, sabio.

—Entramos en los territorios de los dioses, allá donde solo algunos hombres están autorizados a pasar...

Anamaya permanece inmóvil, mirando al cielo.

—De la misma manera que tú debes hacer el juramento de que no cruzarás jamás esta puerta con un extranjero, el nombre que voy a pronunciar no debe cruzar nunca tus labios.

—Este secreto me pertenece, y yo soy suya.

—Este lugar se llama Picchu.

Anamaya penetra en la luz.

TOLEDO, OCTUBRE DE 1529

—¡Oh, oh!

Don Francisco surge de un denso bosquecillo de encinas y enebros. Con la mano levantada, sacando su montura de las espuelas, le corta el paso a Gabriel.

—¿Adónde vas a este ritmo, muchacho? —gruñe.

En plena carrera al trote, el caballo de Gabriel se asusta por esta aparición. Apartándose violentamente, está a punto de tirar al jinete antes de saltar a una senda estrecha y de emprender un galope enloquecido, arañándose los costados con los espinos de los enebros.

Tumbado sobre el cuello del corcel, Gabriel deja que el animal libere el terror. Con voz suave lo va calmando y lo acaricia con la mano sin aflojar demasiado el galope.

Cuando finalmente alcanza la altura de don Francisco, el media sangre andaluz del viejo capitán no se ha movido ni una pulgada. Erguido como de costumbre, pero hoy vestido con su antiguo jubón de terciopelo ajado, el mismo que llevaba al salir de los calabozos sevillanos, don Francisco lo observa con una expresión irónica en los labios.

—¡He aquí un muchacho que sabe tenerse en la silla, y no solo escribir palabras con la pluma!

—¡Monto desde que era niño! Pero habéis estado a punto de hacerme saltar por los aires, don Francisco...

—¿Y por qué me seguías? ¡Vas pisándome los talones desde que salimos de la ciudad!

—Perdonadme, don Francisco, pero... cada amanecer veo que os marcháis de paseo...

—¿De paseo? ¡Bobadas! ¡Hace treinta años que reflexiono a lomos de mi caballo! ¡Un día sin galope es como un día sin plegarias!

Con un gruñido malhumorado, Pizarro pateo la grupa de su corcel. A trote ligero, emprende la dirección del río.

El tiempo anda tapado. Las nubes están bajas y la humedad va dejando trazos de arabescos de bruma a lo largo de las orillas del Tajo. Aquí y allá, en los campos levantados por las labores recientes, mujeres y niños espigan los rábanos. Las puntas rojas de los tejados toledanos han desaparecido entre los almocárabes de las colinas y los bosques.

—¡Mi señor, por favor! Dedicadme un instante...

—¿Con qué fin?

—Necesito saber. ¿Vais a llevarme con vos para conquistar el país del oro? Pronto

va a llegar la carta que os nombrará gobernador del Perú y...

—¿Qué sabes tú de ello?

—Vais a ser gobernador, lo sé. ¡Vi la mirada del rey cuando le hablabais de la conquista!

—¿La mirada del rey? ¡Gran cosa! ¿Es que no sabes que los reyes dominan el arte de la comedia desde la cuna?

—¡Que no, mi señor! Le gustasteis. Vais a volver a marcharos de España como gobernador, estoy seguro...

De un golpe de rienda, Gabriel empuja a su caballo, y esta vez es él quien se cruza a través de la ruta de don Francisco, obligándolo a detenerse.

—¡Mi señor, no me hagáis sufrir más inútilmente! Ayer, vuestro hermano don Hernando me aseguró que no me ibais a aceptar y que mi embarque en vuestras naves rumbo a las Indias estaba fuera de cuestión. Poco después, el Griego me aseguró todo lo contrario. Según él, me tenéis una cierta simpatía... ¡Don Francisco! Me encuentro en una situación que...

Gabriel no se atreve a terminar la frase. De un taconazo, don Francisco hace desviar su media sangre para devolverlo al paso.

—¡Estáis en una situación que ciertamente no es fácil, señor hijo del marqués de Talavera! —suelta con voz ronca.

—¡Yo no soy el hijo de nadie, mi señor!

Gabriel ha gritado lo bastante como para que don Francisco se dé la vuelta, con la mirada fija e intrigada.

—Eso no es lo que se dice.

—¡Entonces, mi señor, os engañan! A partir de ahora no soy el hijo de nadie, y si os aseguran lo contrario es tan solo para molestarme. No soy más que yo mismo, en cuerpo y en alma. Mi linaje no va más allá de la punta de mis botas.

La sonrisa que brota en los labios finos del viejo conquistador es extraña y poco habitual.

—¡He aquí una frase que podría haber dicho yo mismo hace un montón de años!

Mira a Gabriel como si lo viera realmente por primera vez, como si finalmente el colegial se hubiera esfumado para dejarle sitio a un hombre verdadero.

—¿Fue una gran estupidez lo que os mandó bajo el brazo de la Inquisición?

—Bastante grande... si uno sospecha incluso que las hojas de los árboles tienen malos pensamientos. Una ridiculez, si uno se atiene a la realidad.

—¿Y estáis absuelto?

—Mejor que eso, mi señor. ¡Desde ahora, y más oficialmente que nunca, no soy más que una sombra!

Una vez más, don Francisco esboza una sonrisa, pero su mirada se vuelve más dura e incisiva.

—¿Sois capaz de jurarme fidelidad, una fidelidad absoluta, una abnegación tal de vuestra persona que os llevará a obedecerme en cualquier circunstancia y solamente a

mí? Eso os debería costar, y caro...

—Sí, mi señor.

—Por una razón que ignoro, mi hermano Hernando os detesta. Deberéis soportar su carácter y, sin duda, ceder de vez en cuando ante su orgullo, que es grande...

—Me esforzaré en ello, mi señor. ¡Mi único deseo es que confiéis en mí como yo confío en vos!... Don Francisco, yo no tengo padre, pero os admiro como me hubiera gustado admirar a mi progenitor. Os lo juro sobre la Santísima Virgen, que es vuestra santísima guardiana: ¡os seré fiel hasta la sangre si es preciso!

Don Francisco inclina suavemente la cabeza, con la mirada arrogante. Pero le tiembla la boca. Cierra los dientes y se pasa los dedos crispados por la barbilla. Luego, su mano se hunde bruscamente en el jubón, de donde saca un pliego espeso de papel, cerrado con un sello de cera que Gabriel reconoce al instante.

—¡Mi señor! ¡Pero si es la carta real!

—Llegada ayer. Entregada por dos pajes y toda la ceremonia. Por suerte, Hernando no estaba. Quería rezar un poco antes de que se leyera y se supiera finalmente. Es posible que sea una negativa... Leedla por mí, don Gabriel.

De manera febril, con un golpe del pulgar, Gabriel rompe el sello. No le hace falta mucho tiempo para estallar en una carcajada clara, llena de alivio.

—Mi señor, ¿no os lo había dicho? Habéis sido nombrado gobernador y capitán general de Nueva Castilla, llamada Perú, en las Indias... con... una pensión real de setecientos veinticinco mil maravedís... Hace mucho tiempo, mi señor, pero está firmado por la reina en persona, con fecha del pasado julio.

—¿Hay alguna referencia a mis compañeros de Panamá? ¿Qué título recibe Almagro?

—Un momento... ¡Ah!, helo aquí: «Don Diego Almagro, que participó en persona en los esfuerzos del descubrimiento de Nueva Castilla y en la financiación del cual empleó sus propios bienes y...».

—¡El título!

—¡Alguacil mayor de Tumbes, mi señor! El rango y los privilegios de capitán de la fortaleza de Tumbes y tres mil maravedís al año.

—¡Hummm! Leedlo todo con detalle, don Gabriel. Desde la primera línea y sin omitir palabra... Y no muy de prisa, os lo ruego.

Gabriel lee, como le ha pedido Pizarro, lentamente y articulando las sílabas. Y es como si cada palabra se moviera por su sangre y le calentara hasta el último rincón del alma; como si estuviera ya cruzando esas selvas; como si bajara por esas pendientes escarpadas para descubrir las ciudades cuyos muros están recubiertos de oro.

Cuando ha terminado, mantiene un instante los ojos fijos en la carta antes de osar siquiera mirar de nuevo al capitán.

Pizarro llora; no con timidez, sino de manera vergonzosa, como si fuera un hombre que temiera pasar por una mujer... Son lágrimas grandes y cálidas, que

surcan sus mejillas y se ahogan en la barba.

Gabriel se calla. Pizarro vuelve finalmente hacia él sus ojos brillantes.

—¡Todo es nuestro, hijo, todo!

Y Gabriel ya no solo piensa, maravillado, que ha encontrado un país: sueña, con un asombro que lo trastorna, que ha encontrado un padre.

MACHU PICCHU, ENERO DE 1530

De un solo tirón, escalan los peldaños rectos que llevan a las dos columnas de piedra abiertas sobre la luz del cielo.

Villa Oma va delante. Flota en el aire una especie de ternura, como si la transparencia del cielo, el azul del Mundo de Arriba o los verdes infinitos de las pendientes poseyeran un aliento propio, una respiración contenida y serena.

Pero cuando llegan bajo las columnas, Anamaya solo descubre una vía ancha, pavimentada con tanto cuidado que no crece ningún hierbajo entre las piedras. Se encarama, todavía suavemente, entre los bosquecillos de bambús, de azaleas de color púrpura y de grandes orquídeas, y luego, a doscientos pasos frente a ellos, de nuevo forma un corte que se abre al vacío.

A Anamaya le late con tanta fuerza el corazón que le cuesta respirar. La nuca, las manos, las tiene empapadas de sudor. No es por el esfuerzo. La caminata hoy no ha sido ni larga ni difícil.

De pronto, ante ella, cuando aparecen las laderas de las montañas lejanas, el sabio se detiene. Sus brazos se separan, con los dedos extendidos hacia el sol. Anamaya lo alcanza.

La ciudad prohibida está allí, a sus pies.

Sus ojos no han visto nunca tanto esplendor. Su corazón no ha recibido nunca tanta belleza.

Incrustados en los trazos de los picos y los valles, como una inmensa y magnífica escultura, los flancos se hunden, formando terrazas, sobre las vertiginosas pendientes que llegan hasta el río, que ruge.

Casas, calles, templos, patios, paredes y culturas sagradas dibujan un maravilloso tejido de dorados, ocres verdes pálidos o ácidos, tan fino y sutil como un *unku* real.

Por los alrededores y más allá del horizonte, lejos en el mundo desconocido de los hombres y levantadas contra el azul denso del cielo, inundado ahora de nubes, las montañas envuelven Picchu como un ejército de atentos guerreros. Las vertiginosas laderas se entremezclan a la luz de la noche, cortantes como la flecha de un *cumbi* y aterciopeladas de verde infinito hasta la cumbre más alta. Muy lejos, en el estrecho valle por el que fluye el río amarillo como la serpiente eterna, se levantan ya las brumas de la noche.

—Picchu —murmura Villa Oma—. ¡Picchu!

Anamaya se estremece, con la boca seca.

De la alineación cuidada de los tejados de *ichu*^[20], amarillo intenso o grises, suben aquí y allá volutas de humo. Un grupo de hombres y mujeres atraviesa el largo

patio central, de hierba tan rasa como una alfombra. Los vivos colores de sus túnicas y de sus capas brillan bajo el sol rasante, sus adornos de oro lanzan breves destellos, mientras que las sombras ya se alargan y se hacen más oscuras en los valles.

—Sígueme a cinco pasos —ordena Villa Oma, retomando el camino.

Pero Anamaya comprende lo que ve y permanece clavada en el lugar. Por el juego de las sombras y la luz del crepúsculo, la forma del pico que preside la ciudad sagrada por el oeste se hace evidente. El puma está ante ella.

Como una fiera saciada por el largo transcurso de una caza victoriosa, la montaña se ha quedado dormida. Con el morro orgulloso y levantado, encierra entre sus patas poderosas los templos, las calles, las casas, las terrazas de líneas tan suaves como los pliegues de una piel felina.

—La montaña está viva —susurra Anamaya sin darse cuenta de que está hablando sola—. ¡La montaña está viva!

Pero allí abajo, Villa Oma se vuelve y, con un gesto imperioso, le hace señas para que avance.

Cuando llegan a tiro de piedra de los primeros muros de la ciudad, vuelve a detenerse. Con la mano señala una pequeña casa de puertas anchas que está sobre una de las terrazas elevadas.

—Ve a esperarme allí —ordena—. Espera todo el tiempo que haga falta. Sobre todo, no te muevas de allí.

Las preguntas se amontonan en la cabeza de Anamaya, pero la mirada del sabio no admite réplica. Secamente, sin un adiós, como si se sintiera demasiado intimidado por el lugar como para mostrar su afecto, vuelve a ponerse en marcha.

Anamaya lo sigue con los ojos mientras baja una larga escalera que, de pronto, forma un ángulo recto y sigue, todavía más empinada, a lo largo de una pared alta. Pero en el ángulo hay una puerta cerrada por una espesa empalizada de bambú. Villa Oma se queda inmóvil frente a ella y, sin que pueda comprender sus palabras, Anamaya le oye gritar algunas frases.

Durante un largo rato no ocurre nada, como si al sabio le fuera denegada la entrada.

Luego, de pronto, la puerta se mueve poco a poco hacia atrás y deja al descubierto una calle estrecha entre casas bajas. Tres hombres hacen su aparición, con la lanza en la mano pero la capa puesta sobre el hombro izquierdo, a la manera de los sacerdotes. Se saludan largamente. Villa Oma habla mucho, inclinando varias veces el torso en señal de respeto. Finalmente, cruza la puerta y desaparece tras los sacerdotes mientras el biombo de bambú es retirado.

Hasta caer la noche plena, Anamaya permanece sentada ante la casita vacía que domina Picchu.

Más abajo, y mientras hay claridad suficiente, centenares de campesinos trabajan

en las terrazas. Algunos binan las jóvenes mazorcas de maíz que servirán para hacer la *chicha* de las ceremonias; otros plantan habas sagradas o, en las terrazas más bajas, recogen hojas de coca que jóvenes muchachos suben a la ciudad en enormes fardos. Van tan cargados que mientras suben las rectas escaleras no se ven más que sus pies.

Hay poco ruido, ningún grito. Algunos sacerdotes van también a las terrazas, reconocibles por sus *unkus* sedosos y los taponos de oro que llevan en las orejas. Supervisan el paso del agua por los canales de irrigación, controlan las plantaciones, a veces salmodian ante los sillares o se limitan a contar los cargamentos de coca...

Ni una sola vez se acercan a ella. Sin embargo, un grupo de niños que conduce a un tropel de llamas hasta las terrazas más alejadas pasa por la escalera más próxima. Pero ni siquiera echan una mirada en su dirección.

Es como si la muchacha no existiera. ¡Como si no fuera más que una sombra del Otro Mundo!

De pronto, bancos de bruma nocturna se escapan del río. Se levantan a toda prisa entre las pendientes como pájaros enloquecidos. Una humedad fresca se convierte en brisa que dobllega las mazorcas de maíz, que agita las ramas de azaleas.

Es en ese momento cuando los cantos de mujeres resuenan por la ciudad. Anamaya las ve salir por un barrio que hay más abajo. Atraviesan la explanada en dirección a las casitas cavadas en el muro circundante. Forman un grupo numeroso, y van vestidas de blanco, rojo y amarillo, con tocados de oro en la cabeza. En filas de tres, andan con paso igual, subiendo las escaleras.

Y luego, el canto cesa y es brutalmente sustituido por un largo toque de trompa procedente del punto más alto de la ciudad, allí donde surge la piedra que retiene a Inti, el Padre Sol.

Ahora es un grupo de hombres el que aparece en la explanada. Pero ellos no van en fila, y cada uno se dirige en una dirección distinta. Anamaya reconoce a Villa Oma. Al lado de un sacerdote con un tocado muy recargado de plumas y con colores ahora indistinguibles a causa de la penumbra, va hacia una ancha escalinata. Después de haber trepado lentamente, se mete en un largo edificio rectangular.

A los pocos minutos, la noche es absoluta.

Las montañas ya no son más que masas indistintas que parecen vibrar en la oscuridad como monstruos dormidos. El cielo está plagado de nubes, sin luna ni estrellas.

Aparece una fina lluvia, que lo moja todo en unos segundos.

Anamaya se refugia en la casita. Sobre el suelo de tierra batida no hay ni siquiera un banco de piedra, de *ichu* o de adobe en el que tumbarse. Se agacha contra una pared, frente a una de las puertas. Escucha el silencio, la lluvia. Siente el humo de las chimeneas que se expande por el aire, empapado de humedad. De vez en cuando, le llega el olor de una sopa.

Tiene hambre, pero ya ha comprendido que esta noche no va a comer nada.

Mientras le es posible, mantiene los ojos abiertos en la oscuridad, como si todavía

podiera aparecer una antorcha, o sonar la voz de Villa Oma.

Pero no hay más que el silencio de la montaña.

Se duerme sin darse cuenta, agotada por la emoción.

Y se despierta sobresaltada, creyendo oír el aleteo de un pajarraco. Tiene la sensación de haber dormido solo un momento. Pero no es así. Ya no llueve y las estrellas brillan con intensidad en el cielo.

Entonces, se levanta y sale de la casa. Sí, el cielo se ha abierto y la humedad resulta tibia, como si el aire fuera lo bastante denso como para ser apretado entre las manos. La ciudad sagrada duerme en la oscuridad, entre las patas del puma. Bajo la luz de las estrellas, a lo largo de una escalinata en la que antes ha visto una sucesión de fuentes, las únicas que brillan son unas figurillas de oro tan grandes como niños.

Para ver mejor las estrellas y las sombras de la ciudad sagrada, Anamaya se aleja de la casa. El sueño la ha abandonado del todo. Sentada en los peldaños de una escalinata, aferrada a su manta, que la protege poco de la humedad, está desvelada como si estuviera sola en la faz de la tierra.

Totalmente sola.

Desearía oír la llamada de Huayna Capac, el viejo inca. Desearía oír su voz misteriosa y reconfortante. Pero solo hay silencio.

Sin saber por qué, teme entrar en la ciudad sagrada. El asombro del descubrimiento se le ha pasado y se siente de pronto igual que antes, cuando no era más que una criatura, una niña pequeña, sin fuerza ni poder; cuando todavía no sabía nada del mundo invisible; cuando se reía y no temía a nada; cuando no sabía adivinar la figura del puma escondida en la montaña...

Con la primera luz del alba, cuando todo su cuerpo está ya entumecido por la humedad, la puerta de la ciudad se abre.

Los tres sacerdotes que recibieron a Villa Oma la noche anterior suben hasta ella y, mediante más gestos que palabras, le ordenan que los siga.

—¡Prométele a Quilla mantener siempre la boca cerrada y no revelarles a nadie el camino que te ha llevado hasta aquí, ni lo que aquí veas!

De pie entre dos paredes que le llegan a la cintura, Anamaya está encima del extremo de una plataforma. Ésta domina un acantilado tan vertiginoso que el hueco del valle, abajo de todo, parece caberle en la palma de la mano.

Detrás de ella, el gran sacerdote Huilloc Topac vocea su orden. Tiene los labios finos y, como los de Villa Oma, teñidos de verde por la coca. Pero sus ojos son de un extraño gris. Según Villa Oma, son los cientos y cientos de noches de observación de las estrellas los que han teñido sus iris de esa manera.

—¡Mira a Quilla y hazle tu promesa! —vuelve a gruñir el gran sacerdote.

Anamaya fija la mirada en las crestas escarpadas de la montaña más alta que cierra el horizonte por el oeste. Las nubes se rasgan sobre ella, desvelando los pliegues y repliegues de las laderas que cubre la vegetación, como una melena. Y como si el cielo, el viento y la lluvia obedecieran a Huilloc Topac, de pronto aparece

una larga franja azul. En el centro brilla la luna, blanca y pura, que está en su tercer cuarto creciente.

—Te lo prometo, Quilla —lanza Anamaya con la voz firme—, ¡te prometo no revelar nada sobre la ciudad sagrada! Mantendré el silencio sobre los caminos que llevan a ella y guardaré en mi corazón todo lo que en ella vea. Que me arranquen la boca si rompo esta promesa...

Apenas se calla, siente pesar en su hombro el puño duro de Huilloc Topac. La fuerza a doblegarse sobre la pared de piedra, apretando el vientre contra ella, apoyándose como puede con las manos.

—¡Mira el vacío que hay debajo de ti, muchacha! ¡Míralo con atención, puesto que en él te verás precipitada si rompes tu promesa! ¡Nadie, jamás, deberá oír hablar de Picchu! Nadie debe saber que existe. E incluso si tu señor Atahuallpa te interroga, deberás responderle con el silencio. ¿Queda bien claro?

La presión de Huilloc Topac se relaja para que Anamaya pueda darse la vuelta.

—Sí, poderoso sacerdote —le contesta mirándolo a los ojos.

Más atrás, Villa Oma mantiene la mirada gacha. Toda su postura da a entender que aquí quiere ser humilde.

—¡Ahora sígueme, niña prodigiosa!

Gira los talones sobre el camino de piedra que bordea el precipicio y toma a la derecha la primera escalera que sube al barrio sagrado de las observaciones. Anamaya lo sigue y oye en su espalda el ligero arrastrarse de las sandalias de Villa Oma.

Ya hace cuatro días que está en el recinto de Picchu; cuatro días que está custodiada en una habitación minúscula, con las paredes pintadas de ocre, pero sin ningún motivo decorativo ni ningún nicho que contenga efigie alguna; cuatro días durante los cuales nadie se ha dirigido a ella, ni un hombre, ni una mujer, ni un niño. Ni siquiera Villa Oma, al que ha visto a medias solo una vez, mientras se bebía la *chicha* sagrada con los sacerdotes, alrededor de la *Intihuatana*, la piedra a la cual se arrima el sol.

Alguna vez, cuando quiso acercarse al barrio de los templos, de las fuentes de oro, de la *huaca* del cóndor, unas manos se levantaban y, con gestos rabiosos, le ordenaban retroceder. Durante toda una tarde permaneció agachada en el umbral de los talleres de los joyeros, mirándolos martillar las llamas de oro, los pendientes en forma de tapón, incrustar las esmeraldas y las plumas en los tocados y las pecheras. Pero ni uno solo de los orfebres le dedicó una mirada.

Los niños la empujaban al correr, como si no la vieran; las mujeres sentadas a decenas ante sus labores de tejido desviaban los ojos cuando ella se acercaba, como si, con una sola mirada, ella pudiera estropearles su obra maravillosa... Y cuando finalmente regresaba a su habitación solitaria, encontraba en el suelo una escudilla de

chuño, una mezcla de habas. ¡Pero sin ver jamás la mano que se la había traído!

—Era necesario que prometieras ante Quilla —susurra Villa Oma, situado a su altura en lo alto de la escalinata—. Y todos estos días, el cielo ha permanecido cubierto de nubes.

—Pero ¿por qué no has venido a verme? —pregunta Anamaya, sorprendida de escuchar finalmente su voz.

—¡Baja la voz! ¡En presencia del gran sacerdote solo podemos susurrar!... Y no podía venir a verte porque, antes de tu promesa, nadie tenía derecho ni a verte ni a hablarte. Era como si tu apariencia física no estuviera todavía en Picchu.

Ante ellos, Huilloc Topac avanza ahora rápidamente por la callejuela que lleva a la explanada. Con un movimiento brusco, gira hacia la izquierda y se mete en un pasaje muy estrecho, uno de esos que hasta ahora han estado prohibidos a Anamaya. Como ella duda, Villa Oma la empuja ligeramente.

—¡Ahora ya puedes! Y no te apures. Huilloc Topac es un hombre severo y taciturno, pero es justo. Conoce la realidad del cielo mejor que nadie. Hace veinte años que vive aquí y se pasa las noches hablando con las estrellas. Además, es hermano de Colla Topac. Solo él puede todavía tener el poder y la voluntad de restablecer el orden...

La sala en la que entra Anamaya, siguiendo al gran sacerdote, es muy extraña. Las paredes están hechas de piedras perfectamente ensambladas; son de grano regular y de tamaño cada vez menor a medida que ganan en altura. Es el signo de un lugar de gran importancia. Dos ventanas trapezoidales se abren sobre el valle del Wilcamayo, y se pueden ver las cimas del oeste tan bien como la serpiente amarilla del río burbujeante. Pero el recinto no tiene techo. Y en el suelo, dos grandes pilones de granito, poco profundos, contienen agua cristalina. Sentados en una esquina, dos sacerdotes jóvenes están atareados ante un bambú del cual penden cantidad de *quipus*^[21]; cuentan los nudos de estas especies de arañas de cordajes. De vez en cuando, con gran habilidad y rapidez, añaden un nudo; otras veces deshacen toda una hilera... Es así como, a través de las lunas y de las eras, se conserva la memoria del Imperio y de los grandes hechos de los incas.

Huilloc Topac les hace señal de que abandonen la sala y, cuando se encuentran solos, se vuelve hacia Anamaya.

—¿De manera que viste el cometa y pensaste que era el signo? ¿Atahuallpa tiene que ser el inca? —le pregunta con sequedad.

Anamaya se queda tan sorprendida de la brutalidad de la pregunta que no responde de inmediato.

—Huayna Capac le habló toda la noche de su paso al Otro Mundo —susurra Villa Oma, molesto—. Y ella volvió a encontrarse con el puma en...

—¡Ya lo sé! —le corta Huilloc Topac—. Es a ella a quien estoy interrogando. ¡Responde, niña de ojos azules!

—Sí, poderoso sacerdote. Vi el cometa y sé que mi señor Atahuallpa ha de

convertirse en el inca.

—¡Lo sabes!

—Sí.

—Sabes también lo que le ocurrió al poderoso Colla Topac.

—Cuando murió, yo le tenía las manos sujetas. Él también lo sabía. Es por eso por lo que le torturaron y mataron de una manera tan atroz.

—¡Ah!

Con un gesto de dolor, Huilloc Topac se vuelve y va a inclinarse sobre los pilones de granito. En este instante, el agua no refleja en ellos más que el paso de las nubes.

—He visto sombras en la noche —murmura—. He visto oscuridad en la oscuridad. Las estrellas se ausentaron y hay vacíos en el cielo... ¡Nunca había hecho hasta ahora observaciones similares!

Su tono, recogido y preocupado, anima a Villa Oma, quien esta vez habla con fuerza.

—¡Si no hacemos nada, el Imperio de las Cuatro Direcciones va a desmembrarse! La guerra entre Atahuallpa y los clanes de Cuzco va a acabar con todo. Y si la fuerza es igual en los dos bandos, el Imperio quedará partido en dos.

—Me estás pidiendo que escoja un lado, Villa Oma. Soy un sacerdote de las estrellas. No estoy ni al servicio de Cuzco ni de Atahuallpa. Estoy a las órdenes de Inti, de Quilla y de todos aquellos que nos engendraron y que nos protegen.

—¡Precisamente, Huilloc Topac! No te pido que elijas un clan, sino que nos salves a todos, a nosotros, los Hijos del Sol. ¡Estamos a punto de romper el equilibrio! Les quitamos las fuerzas a los ancestros sin darles a cambio una ofrenda. Y he venido con esta niña porque los ancianos del Otro Mundo confían en ella. Dale la pureza y la energía para escuchar sus voces. ¡Que Huayna Capac ordene su voluntad a través de ella antes de que sea demasiado tarde! ¡No hay otro sitio más que este en el que ella pueda recibir este don! Y nosotros también recemos aquí. No hay otro lugar más sagrado...

—¡La pureza y la energía! —gruñe Huilloc Topac, observando a Anamaya—. Si es capaz de soportarlo, le daremos un don pasado mañana por la mañana. Mientras tanto, que vaya a bañarse a las Veinte Fuentes. Avisa a las mujeres, que la preparen...

CÁDIZ, ENERO DE 1530

Durante todo el día, el puerto de Cádiz retumba con gritos y ruidos. Hace ya tres jornadas que, desde el alba, una letanía de carrozas y de mulas desfilan a lo largo del *San Antonio*. Dos o tres decenas de hombres, formando una danza tenaz, descargan sacos de harina, de garbanzos, carnes adobadas, leña para las calderas, jarras de vino y de aceite, cajas de naranjas...

A pesar del frío del mes de enero, la mayoría van a pecho descubierto y sus hombros brillan de sudor. De pie sobre la torre de popa, Gabriel vigila las idas y venidas.

Se ha hecho instalar sobre la plataforma una especie de escritorio. En un registro con el reverso de cuero, va anotando la naturaleza y el volumen de las mercancías. De vez en cuando, ve al negro Sebastián deslizándose delicadamente del casco al muelle, levantar una lona, abrir un saco, sopesar e incluso contar, seguido por la mirada molesta del capitán de la nave. Cuando todo es correcto, la larga mano de Sebastián se levanta en dirección a Gabriel, que lo apunta.

Sin embargo, hay dos veces en las que levanta el puño, con el pulgar apuntando hacia abajo. Entonces, el baile de los cargadores se detiene. Un quintal de harina se revela demasiado mezclado con centeno. Un poco más tarde son los botes de la pólvora necesaria para los recambios de los cañones: se han conservado tan mal que el material se ha coagulado a causa de la humedad.

—Una pólvora húmeda es una pólvora muerta —dice Sebastián con una sonrisa—. ¡Y una pólvora muerta significa muchos hombres en el lado malo del cañón!

El capitán del *San Antonio*, un hombre seco, de pelo gris y la piel tan morena como un moro, se irrita y se pone de parte de los comerciantes.

—Bueno, negrito —dice con voz estentórea—, ¿quién te has creído que eres? No es un morito el que va a hacerme bailar a su antojo. ¡Soy yo el que manda en el navío!

—Le presento mis excusas, capitán —replica Sebastián, sin abandonar una calma que aumenta en la misma medida que la rabia del marino—. A bordo de la nave, no cabe ninguna duda, pero en el muelle, nanay. ¡Aquí quién manda es él!

Con el dedo señala a Gabriel, que, presintiendo la disputa, se une a ellos de inmediato. Con un gesto tan seco como sus palabras y su mirada, va abriendo todos los sacos de harina y los botes de pólvora. Las miradas se clavan en su espalda, más negras que la piel de Sebastián. Y con una severidad de hielo confirma el diagnóstico.

—El señor Sebastián tiene razón mil veces, señores. ¿Os pensáis que voy a aceptar estos saldos? ¡Esta pólvora no explotaría ni metiéndola dentro de un horno! En cuanto a la harina, ¡no es del gusto ni de las cucarachas!

Los mercaderes se escandalizan, y el capitán pierde los estribos. Gabriel, después de lanzarle una mirada a Sebastián, cuya sonrisa sardónica se ha ensanchado todavía más, suelta unas palabras cortantes como el cristal.

—He dicho que no, señores, y es que no. Estamos perdiendo el tiempo. Llevaos vuestros sacos antes de que el señor Sebastián los haga tirar al agua del puerto.

El cargamento es devuelto sin otro incidente. Finalmente, una hora antes de anochecer, el muelle queda vacío frente al *San Antonio*. Una última carreta se aleja. El silencio regresa, entrecortado por los gruñidos de los cascos y de los mástiles, los gritos de las gaviotas o las risotadas de los marinos que remiendan las velas.

Gabriel está secando sus anotaciones con un poco de arena cuando le sorprende una voz ronca.

—¡Supongo que estaréis satisfecho, señor consejero del gobernador! Las bodegas están llenas y a vuestro gusto...

El capitán de la nave ha llegado a la torre de popa, silencioso como un gato. Señala el registro abierto y la pluma que Gabriel tiene todavía en la mano.

—Es la primera vez —añade— que alguien revisa mi cargamento así... Si queréis saber lo que realmente pienso, mi señor, es que estos son los auténticos métodos de la Santa Inquisición.

Gabriel no puede evitar una sonrisa.

—Lo que usted realmente piensa, capitán, es tan imaginativo como erróneo. La verdad es que el gobernador Pizarro me ha confiado una tarea para que la lleve a cabo lo mejor que sé. Y me he esforzado en ello. ¡Venga! No pongáis esa cara. Adiós a vuestra comisión por la harina y la pólvora... Pero la bolsa llena de ducados que me habéis extorsionado para que no tardara debería compensaros este contratiempo.

Las mejillas del capitán se tiñen de rojo. Su tono se vuelve tan acre como una barrica de salmuera.

—Sois muy joven, señor, para permitirnos este tipo de observaciones. ¡Sobre todo porque tengo entendido que se trata de vuestra primera travesía! Dejarme decir que de pavos como vos he visto embarcarse a más de uno. Se van a las Indias hechos unos gallitos orgullosos. Pero lo cierto es que es raro verles hacer el viaje de regreso... A las buenas noches, señor. Levaremos anclas como está previsto, una hora antes del amanecer.

Apenas ha girado sobre sus propios talones para desaparecer en cubierta cuando la risa ligera de Sebastián se deja oír.

—He aquí a uno que no os dirigirá la palabra durante los próximos dos meses.

—Mientras lleve la nave al otro lado del océano —contesta Gabriel, divertido—, voy a pasar sin sus favores.

Mientras cierra el registro y ordena las plumas, la sonrisa del gran negro se detiene para dejar paso a una inhabitual vergüenza.

—Debo daros las gracias, don Gabriel...

—¿A mí?

—Normalmente, cuando me tratan de negro, de nuez de ébano, de moraco u otras lindezas, hay muy poca gente que me llame señor Sebastián; excepto el Griego, eso es cierto...

Gabriel, por un momento, vacila ante la mirada intensa del negro. Luego se echa a reír con una desenvoltura fingida.

—Por favor, señor Sebastián, no le veo nada de sorprendente. Vamos a conquistar el Perú, el mundo se está ensanchando: ¡es normal que seamos dos los que apreciamos vuestra compañía!

Se ríen juntos, pero la vergüenza los lleva a desviar rápidamente la mirada hacia el bosque de mástiles y de velas que se balancean suavemente bajo el enrojecido cielo.

«Todavía unos minutos —sueña Gabriel— y el astro de fuego se esconderá en el océano de apariencia falsamente plana. Durante nuestra noche brillará allá abajo, ¡en el país del oro! Allá abajo, donde muy pronto vamos a estar y donde por fin podré ser yo mismo sin condiciones... Y quién sabe si el Griego tiene razón, si la marca en mi hombro no es una auténtica predestinación».

—Es difícil saber lo que nos espera allá abajo, don Gabriel —murmura Sebastián, como si hubiera penetrado en sus pensamientos—. A veces sueño que hay tanto oro en ese Perú que hasta yo mismo podría convertirme allí en un hombre libre, ¡tan libre como si mi piel se emblanqueciera! Pero eso son cuentos de niños. Don Francisco quizá sea el gobernador del Perú, pero de momento solo gobierna sobre un sueño. El Perú está en la otra punta del mundo y esos incas de los que Felipillo habla constantemente son sus dueños. No van a dejarse vencer por nuestra simple aparición. Y don Francisco ni siquiera ha encontrado a los hombres suficientes...

—Ya lo sé —lo corta Gabriel—. Y el capitán de este barco lo sabe también, puesto que me ha pedido cincuenta ducados de oro suplementarios para zarpar del puerto en plena noche, antes de que los oficiales del Consejo de las Indias nos dieran la autorización. Pero ya encontraremos hombres en Panamá.

—¡Si todavía quedan locos que quieran seguirnos! Os lo digo por amistad, don Gabriel: lo habéis hecho todo para ser de los nuestros.

—Hay días en los que me pregunto si los demás me consideran realmente como dices...

—¿Os referís a Hernando?

—Los hermanos menores del capitán no valen mucho más, por lo que he visto: ese Juan y ese Gonzalo tienen la sangre caliente y espero que sean orgullosos guerreros. Aparte de eso... Pero esta noche, en el fondo, poco me importa. Don Francisco no es el único que cree en su sueño. Esta tarde, esta noche, es mi auténtica vida lo que empieza. ¡Lo sé, lo siento! Sí, como si el cielo rojo que tenemos delante de nosotros me llamara, como si el propio sol, desapareciendo al otro lado del horizonte, buscara atraerme hacia él.

MACHU PICCHU, ENERO DE 1530

Durante toda la noche ha sentido cómo la humedad le erizaba la piel y la traspasaba, a pesar de la protección de las paredes y de las mantas. Antes de caer dormida, al ponerse el sol, ha permanecido un largo rato asomada a la ventana, con su mirada cayendo como una piedra en el valle, en cuyo fondo rugía el Wilcamayo. Está allá, tan cerca, este magnífico vacío, y en la humedad del aire cada vez que abre los ojos se ve a ella misma volar con la liviandad de un pájaro.

Las palabras de Villa Oma y las de los sacerdotes pasan por su cabeza como mariposas nocturnas: la guerra parece muy lejana en este sitio donde los dioses han acogido a los hombres con la condición de que se encierren en el secreto. Y sin embargo —Villa Oma lo ha dicho y lo ha repetido—, la guerra se acerca, la guerra ya está aquí.

—Mañana al alba... —ha murmurado antes de abandonarla durante la noche.

Entonces, toda la noche, exasperada por las emociones de los días pasados, espera el alba tiritando. ¿Mañana, al alba? Escucha los cantos ahogados que traspasan la noche y que evocan más el lamento que la fiesta: las voces giran a su alrededor y la atraen hacia ellas. Ella se agita en vano. ¿Mañana, al alba? Busca la claridad por la abertura que da al valle y llama silenciosamente al inca Huayna Capac. Pero ninguna luz la ilumina, ninguna voz la ayuda.

Cuando los primeros rayos de sol iluminan las cumbres nevadas de una cordillera lejana, ella duerme profundamente, y Villa Oma debe sacudirla para despertarla. Entonces abre los ojos, sobresaltada: su corazón palpita con fuertes latidos. La luz que entra en la pequeña celda es todavía gris. Se levanta y se ajusta el *tupu*, la pinza que sujeta su manta.

—Es la hora —le dice simplemente Villa Oma.

Cruzan las callejuelas estrechas de la ciudad, remontando hasta el templo del Sol, del cual puede vislumbrar la cúpula. Sin querer, su mirada se siente atraída sin cesar hacia las montañas, hacia el valle y el río que ruge. Detrás de ella, cuando se da la vuelta, la luz invade el Huayna Picchu y hace brillar el oro sobre la roca de color ocre.

Frente al templo les espera el sacerdote Huilloc Topac. Lleva un vestido blanco de lana fina de vicuña y se ha puesto el tocado sagrado. En la frente muestra un sol de oro.

Villa Oma se inclina ante él.

La mirada de Anamaya se siente atraída por el pequeño grupo de *yanaconas*, los sirvientes que salen del templo. Llevan una *rampa*, una litera cuyas decoraciones son mucho menos ricas que las de la momia, pero que está también cubierta por un *cumbi*

de una tela muy fina.

Se estremece.

A pesar de que el sol ya está bien alto, la humedad sigue en el aire. Sobre la Puerta del Sol se agrupan unas cuantas nubes.

El pequeño grupo sube lentamente hacia la casita del guardián, a lo largo del espectacular escalonamiento de las terrazas de cultivos sagrados: desde el malva de la quinua hasta el oro deslumbrante del maíz. No se intercambian ni una sola palabra.

Al frente van el gran sacerdote y el sabio; luego los *yanaconas* con la litera, y otros sirvientes con seis llamas blancas. Anamaya cierra la comitiva.

A medida que se alejan de los edificios, la muchacha ve que toman la dirección de la Puerta del Sol, la *Inti Punku*, por la que ella descubrió la ciudad cuando llegó por primera vez. El camino está perfectamente pavimentado y, a pesar de la pendiente, lo suben sin esfuerzo. Pasan por encima de las terrazas de maíz. Ella levanta los ojos hacia la montaña, cuya cumbre se recorta bajo sus pies como una ala de pájaro contra el cielo azul todavía pálido.

«Machu Picchu. La vieja cumbre». Murmurando estas palabras para sus adentros, Anamaya siente cómo la aprensión se le anuda en el vientre y en el pecho.

De pronto, el sacerdote deja el camino de la *Inti Punku* para tomar, a mano derecha, los peldaños de una escalinata que se dirige directamente a la pendiente, hacia el Machu Picchu. Anamaya se apresura para alcanzar al sacerdote y a Villa Oma. Al pasar, echa una ojeada al interior de la *rampa*. En vano.

—¿Adónde vamos?

Villa Oma esboza un gesto en dirección a la cumbre.

—¿Qué vamos a hacer?

El tono inquisitivo de su voz molesta al gran sacerdote, que se vuelve severamente hacia ella, y luego hacia Villa Oma.

—¿Cómo se atreve esta niña a hablarnos así?

—Solo pregunto lo que vamos a hacer.

—Una ofrenda a Inti —dice la voz cansada de Villa Oma.

—¿Las llamas?

Villa Oma no responde. La mirada de Anamaya se dirige a la litera. Villa Oma desvía la mirada.

El camino se va estrechando y es cada vez más recto; se han metido en una zona boscosa en la que la vegetación es tan densa que casi tapa el cielo. Racimos de orquídeas amarillas y rosas se abren aquí y allá en medio de un mar de verdor. Por todos lados —al borde del camino, a lo largo de las rocas— manan riachuelos de humedad.

Cuando emergen por encima del bosque, ella se gira, y la impresión que le causa la visión de la ciudad, a sus pies, la deja sin aliento. Es como si en un batir de alas

hubiera ascendido y ahora pudiera descubrir el orden perfecto de las terrazas, de las casas y de los templos, con la mancha verde de la explanada central.

Luego levanta los ojos y percibe la cima del Machu Picchu, que se recorta, negro, contra el cielo, de un azul cada vez más intenso.

—¿Es que no te he enseñado cosas desde el primer día, no te he llevado hacia el conocimiento?

La voz de Villa Oma la sorprende: suena casi como un lamento.

—¿No te he explicado nuestro largo camino hacia la luz, y no te he ayudado a comprender la guerra, cuyo fuego nos empieza a devorar?

—Querías entregarme al puma y gracias a la orden de Huayna Capac me dejaste vivir.

—Te lo he enseñado todo, te he traído hasta aquí, a nuestro lugar más sagrado, y ahora...

—No lo comprendo, Villa Oma.

A ambos lados del camino se levantan dos paredes. El corazón de Anamaya late con más fuerza: en este lugar, la montaña abre su misterio.

Los *yanacunas* posan la litera. La tela fina del *cumbi* tiembla como si soplara una brisa ligera. Una niña baja de ella. No tiene más de diez años. Un hilillo de coca sale de la comisura de sus labios. Va vestida con un simple anaco blanco, teñido de rojo a la altura de la cintura. Hunde sus ojos negros, intensos, en los de Anamaya. No ve en ellos ni la sonrisa, ni el miedo. Nada.

Anamaya comprende, y el rechazo le revuelve el corazón.

—¿Es eso lo que querías enseñarme? ¿Que ibais a sacrificar a esta criatura?

—¡Cállate!

La voz de Villa Oma ha recuperado su carácter imperativo. Los sirvientes bajan la cabeza, y las llamas se agitan al cabo de sus correas.

—El universo va a ser sacudido, la guerra ya empieza a abrasar el cielo, Viracocha agita el océano, una gran inversión de fuerzas se está gestando... ¿Y tú me hablas de la vida de esta criatura? *Capacocha*: nuestros padres practicaban este sacrificio, y sus padres, y es así como los incas se convirtieron en los amos. Y tú, la joven de ojos azules, ¿querrías interrumpir el orden del universo, evitar que la sangre regrese a la tierra?

Cada palabra del sabio golpea a Anamaya en el corazón. Sí, ha recibido sus enseñanzas y su estancia en la ciudad secreta le ha permitido acceder a lo más profundo del alma inca. Sí, sabe que hay que entregar vidas para que la Vida continúe. Sí, se siente miserablemente mal ante las tormentas que se anuncian. Y sin embargo, en la mirada sin expresión de esa pequeña, algo profundo de ella, desaparecido desde hace lunas y lunas, vuelve al borde de sus labios.

Baja los ojos y los cierra un instante para protegerse de la luz.

Villa Oma se calla. Sabe que se está sometiendo.

—Vamos —dice sencillamente.

Anamaya da unos cuantos pasos hacia la pequeña. Le acaricia el pelo. La toma de la mano.

—Ven —le dice en voz muy baja—. Voy a quedarme contigo.

Y mientras avanzan por el camino, siente la manita en la suya, cálida como un animalillo que se abandonara a ella.

MACHU PICCHU, ENERO DE 1530

El camino está bordeado por una valla de rocas tan alta como la muralla de una fortaleza.

Anamaya avanza sin temblar para no asustar a la niña, que va cogida de la punta de su mano.

Cuando una falla se abre sobre la roca, ella no se detiene y se desliza en la abertura tomando a la niña en brazos. No mira atrás hasta haber cruzado al otro lado. En el estrecho sendero, a partir de ahora, ya no domina más que un inmenso vacío, aterrador, en cuyo fondo la ciudad parece diminuta.

Ya no hay más que cielo y, en medio del cielo, un pájaro que planea, una mancha negra en el horizonte de nubes y montañas, un rayo en el cielo.

La propia cumbre de la montaña, justo encima de su cabeza, es una pluma de pájaro perdida en el cielo, a merced de los vientos.

Vacío arriba, vacío abajo: ya casi no hay tierra, ya no queda más que aire y cielo, no hay nada más que la retenga en el mundo que esta manita cogida a la suya. Justo antes de la cima, en la estrecha banda de tierra que los separa del cielo, una tabla de ofrendas está excavada en la *huaca*. A lo lejos, más allá de las nubes, se levanta el Salcantay con su nieve eterna. Un manto de niebla se forma y se deshace, como si mechones de una fina lana de vicuña flotaran en el cielo al antojo del viento. En un abrir y cerrar de ojos, se hace claro, y luego, oscuro.

Anamaya se sienta con la pequeña en el regazo. Le toma las manos y emprende con ella una especie de balanceo, de embriaguez. La niña también ha mascado coca, también ha bebido *chicha*, y siente indiferencia ante la idea de ser sacrificada. A veces, Anamaya nota cómo sus dedos atrapan la cabeza de una de las serpientes de su brazalete de oro y se aferran a ella.

Si se levantan y dan algunos pasos, volarán sobre las alas del cóndor antes de hundirse en el río cuyo fragor, al fondo del valle, ya no es más que un vago rumor.

Ante la *huaca*, los sirvientes preparan una hoguera para las primeras ofrendas: maíz, quinua, coca...

Luego vendrán las llamas.

Luego, la pequeña.

Anamaya ya no tiene miedo. Ya no siente rechazo.

No es a Villa Oma a quien se somete: es al universo entero, a las montañas, a las nubes, al sol y a la sombra.

Su mirada flota alrededor del paisaje. Ella misma se ha convertido en pájaro. Monta con los nubarrones que agitan el cielo y desciende hasta las casas de la ciudad secreta, que desde aquí parecen cantos, granos de arena. Murmura al oído de la

pequeña una especie de canción, la mece.

La bruma se ha aglutinado en una masa cada vez más compacta, que desciende por el valle y va escondiendo poco a poco la ciudad. El cielo azul pálido se ha puesto casi blanco. El pájaro se ha alejado y ya solo reinan los gritos del viento.

La muchacha ve al puma.

Su sombra gigantesca invade el Huayna Picchu, la montaña que domina la ciudad y la protege con toda su potencia amarilla. Sus ojos son dos rocas, y su boca, la sombra de una hendidura; sus orejas están tiesas como si estuviera a punto de saltar, y sus patas se hunden en el mar de bruma.

Anamaya sonrío: el puma es su amigo.

—No tengas miedo —le susurra al viento a la pequeña—, no tengas miedo y mira al puma...

La sangre de las llamas ha sido recogida en las vasijas de oro. El sacerdote y el sabio las miran de frente.

Las muchachas se levantan. Anamaya apoya las manos sobre los hombros de la niña, cuyo cuerpo forma parte a partir de ahora del suyo.

—Ahora —dice Villa Oma.

En el momento en el que Anamaya abre los brazos, un trueno rueda desde el horizonte y atraviesa el cielo.

El cóndor. El pájaro del poder y de la muerte llena todo el cielo con su estruendo y viene a traer su sombra justo encima de sus cabezas.

El aire está negro.

El sacerdote suspende la mano donde brilla el *tumi* de plata.

—Soy Huayna Capac —dice Anamaya con una voz firme que domina el viento y sus primeras gotas de lluvia—; soy el inca cuyo reino ha visto el poder del Imperio de las Cuatro Direcciones.

»Veó todo lo que vosotros veis, pero vosotros no me podéis ver. Veó el sol que se esconde y la luna que se pone; veó los torbellinos que sacuden la tierra y el cielo.

»Veó el caos, veó la sangre que se derrama en vano, veó el universo revuelto, veó ejércitos que ruedan a lo largo de los torrentes como piedras, veó al hermano que golpea al hermano, al hijo que mata al hijo, oigo los gritos de las mujeres a las que matan y violan.

»Lloro con lágrimas verdaderas.

El pecho de Anamaya se levanta lentamente y su respiración es superficial. No osa alzar la vista hacia el cóndor, y una bruma baila ante sus ojos y desdibuja al sacerdote, al sabio, a la propia niña, que ahora ya no son más que sombras para ella. Es ella quien habla, pero no es ella.

—Veó a los hombres dividiéndose por la avaricia; veó el hambre devorarles el vientre y el espíritu; veó las fuentes secas y cerrados los caminos de sombra y de luz

por los cuales conocemos el universo.

»Ya no veo más que el dolor bajando las escaleras que llevan al corazón de la tierra.

»Y luego veo a mi Hermano-Doble, mi hermano de Sol que debe huir, esconderse en la sombra antes de resurgir en plena luz, después de muchas lunas, para anunciar el próximo *pachacutí*.

Luego se calla.

No ve el cuchillo que cae de la punta del brazo del sacerdote; no ve la mirada oscura de Villa Oma ni el terror de los sirvientes.

No oye cómo el cóndor se aleja.

Cuando el sol ha vuelto y le roza la nuca, ella sacude la cabeza, despertando de su sueño.

—Niña Anamaya —dice el sabio—, niña de ojos de lago, no sé lo que nos anuncias pero te creo...

—No lo sé ni yo misma.

—Es por eso por lo que te creo. ¿Has comprendido ahora por qué tu rechazo era inútil?

Anamaya asiente, pero no puede evitar un murmullo.

—No habéis sacrificado a la niña...

—No seas arrogante. No creas que eres tú la razón. La señal ha venido...

—Eso lo sé, Villa Oma.

Los sirvientes han cargado sobre sus hombros las carcasas todavía calientes de las llamas. La bruma se disipa lentamente y se empieza a ver la ciudad que brilla en medio de su estuche de esmeralda.

A pasos lentos, la muchacha desciende a lo largo de la estrecha ensenada; luego, por los rectos peldaños, pasa hacia la roca...

Durante todo ese tiempo ve la ciudad, cuyos muros y tejados de paja van dibujándose, paso a paso, con mayor nitidez.

Durante todo ese tiempo piensa que el universo entero va a rasgarse por la guerra. Las palabras de Villa Oma y las de Huayna Capac, las visiones y las voces: todo habla de sangre, de muerte, de destrucción.

Durante todo ese tiempo se pregunta lo que el puma, frente a ella, aferrado a la montaña, quería confiarle.

Y durante todo ese tiempo siente la mano de la pequeña en su mano, y una felicidad silenciosa, imposible de describir o de compartir, le palpita en el pecho como si fuera un segundo corazón.

Tercera parte

ISLA DE LA PUNA, MARZO DE 1532

—Mi señor, ¿me habéis mandado llamar?

Por instinto, y a pesar del ruido violento de la resaca, Gabriel habla en voz baja.

La noche es absolutamente negra. Una delgada luna creciente se asoma de vez en cuando por entre las nubes. Su reflejo se rompe sin destellos sobre el furioso oleaje. Las luces del barco se balancean, rechinando como si un diablo las estuviera agitando para divertirse. Todo el velamen cruje, mientras el viento sopla por entre los mástiles con velas agoladas y la nave tira de las anclas, cuyas cadenas restallan sin fin.

A pesar de estar a tiro de piedra, la isla de la Puna todavía no se divisa.

Con las manos aferradas a la curva de una serviola de proa, las piernas bien separadas y la espada colgándole como si fuera una cola, don Francisco Pizarro observa la noche frente a él. En la oscuridad, su barba emblanquecida parece fosforescente como la espuma del océano desenfrenado. Apenas vuelve la mirada para responder a Gabriel.

—¡Doce leguas! ¡Doce leguas y tres jornadas de mar! ¡He aquí todo lo que nos separa del Perú, don Gabriel! Tumbes está ahí, frente a nosotros, la primera ciudad en la que desembarcamos hace cinco años, el lugar donde fue sellada la promesa del reino del oro...

Permanece un instante silencioso, con los párpados apretados como si pudiera distinguir los templos y el resplandor de las riquezas.

—¡Todo empezará mañana! —susurra de pronto y en voz tan baja que Gabriel debe acercarse hasta tocarlo para oírle—. Sean cuales sean los obstáculos, la Santa Virgen protege siempre nuestra conquista...

—Desde que nos fuimos de Cádiz, mi señor —responde Gabriel con el mismo tono—, no he tenido nunca la menor duda. A pesar de que los meses se han transformado en años; a pesar de que el camino hasta aquí ha sido difícil y letal...; a pesar de que tuvimos que esperar una eternidad en Panamá, en medio de las intrigas y la incredulidad...

—Repartí más promesas que oro y esmeraldas —dice Pizarro con un rastro de ironía poco habitual en él.

Don Francisco cierra los dedos secos sobre el talabarte y deja que pase un largo silencio, enteramente ocupado por el fragor de las olas.

—¿Qué pensáis del capitán De Soto? —pregunta, de pronto, bruscamente.

Gabriel medita bien sus palabras.

—Pues me parece un capitán muy valiente, lleno de coraje y de conocimientos sobre la guerra...

Pizarro agita la barba con gesto nervioso y gruñe.

—Todo lo que decís es cierto, pero por desgracia...

Pizarro se interrumpe. Perdiendo el equilibrio por una ola de reflujo, la nave cabecea. Gabriel resbala por el húmedo puente y se vuelve a levantar aferrándose a la barandilla. Cuando recupera la compostura, interpela a Pizarro.

—Permitidme que os diga la verdad, vuestra excelencia: estoy muy contento de que se haya unido a nosotros desde Nicaragua. ¡Daos cuenta de lo que significa: dos barcos, cien hombres, veinticinco caballos! ¡Eso dobla las fuerzas de nuestra expedición!

—Benalcázar también se nos ha unido... y de él no desconfío.

—Pero Benalcázar solo tiene treinta hombres.

Pizarro rebate el argumento con un gesto furioso de la mano.

—No es con cifras con lo que se vence, don Gabriel.

Durante un instante, Gabriel piensa en lo exasperantes que pueden llegar a ser Pizarro y su convicción de que la protección de la Virgen los acompaña en todas las circunstancias.

—Os lo he dicho —prosigue Gabriel con serenidad—: en lo que a mí concierne, no he tenido nunca dudas y sigo sin tenerlas. Sin embargo, ya he envejecido dos años desde nuestra partida de España, sin hacer más que esperar y deslizarme entre las peleas producidas por el mal humor y las enfermedades.

—¡Y lo habéis hecho muy bien!

—Finalmente, llegamos a divisar las costas de vuestro Perú —continúa Gabriel sin dejar que lo interrumpa—, y resulta que las lluvias nos condenan a permanecer en esta isla durante seis meses. Y los indios que celebraron nuestra llegada ya no tienen ahora otra ocupación que matarnos a la mínima ocasión. Ayer, esos bribones a los que tomáis por soldados se dedicaban a violar a las muchachas indias como si se sonaran la nariz. ¡Hoy tienen que recurrir a las armas cada vez que ven un rostro indio!... Vuestro hermano Hernando, que no se ha comportado mejor que un cosaco alemán, todo sea dicho, no podrá volver a montar a caballo hasta dentro de dos semanas a causa de la flecha que fue a darle en el muslo. Y vuestros hermanos menores, tanto Juan como Gonzalo, no piensan más que en gozar y saquear antes de haber conquistado la más pequeña de las cabañas de cañizo... ¡Disculpad mi franqueza, don Francisco, pero sin el capitán De Soto no seréis jamás el gobernador del Perú!

Curiosamente, en lugar de enfadarse por la diatriba, Pizarro es presa de un ataque de risa que parece tos.

—¡Qué más da! Yo ya soy el gobernador. ¡La Virgen lo quiere así, el rey lo quiere así, y yo lo quiero así! Pero De Soto quiere hacerse con un territorio para él y tengo miedo de que deserte cuando tenga la primera ocasión.

—¡Es posible, don Francisco! —gruñe Gabriel—. ¡Es posible! Pero de momento el peligro se encuentra bien lejos. Los hombres están agotados ya antes de haber puesto los pies en la costa del país del oro. Ya no soportan más hallarse tan cerca. ¡Tienen hambre y están enfermos! Como les han dicho que la horrible enfermedad de

las verrugas, que mata al que encuentra cada día, se contrae durmiendo, no se atreven a pegar ojo. Otros cuentan que la verruga procede del pescado o de los cangrejos. Así, tampoco comen, aunque no haya nada más a lo que hincarle el diente.

—¡Esto es nuevo para vos! —se divierte don Francisco—. Es vuestra primera campaña y estáis aprendiendo la canción. A mí hace cuarenta años que me la cantan.

Con los ojos tan impasibles como la barba, Pizarro se calla un momento, erguido por completo a pesar del oleaje. Luego, de repente, aferra la muñeca de Gabriel como si quisiera rompérsela.

—¿Os acordáis, don Gabriel, del día en que me perseguisteis por el campo de Toledo para suplicarme que os llevara conmigo a conquistar el Perú? —pregunta cortésmente.

—Aquella hora está grabada en mi memoria para el resto de mis días, mi señor.

—¿Y qué os respondí yo?

—Me exigisteis una abnegación absoluta de mi persona con el fin de que os obedeciera en todas las circunstancias y solo a vos. Y que esto habría de costarme, y caro...

—Pues bien, ha llegado la hora de cumplir una parte de vuestra promesa. Mañana, al alba, nuestras naves partirán hacia la costa de Tumbes. Sin embargo, nuestras bodegas no son lo suficientemente grandes como para acoger a todos los hombres y los caballos. He pactado con el jefe indio de Tumbes para que nos mande unas balsas hechas a su manera...

—He visto las balsas —confirma Gabriel con entusiasmo—. Están bien construidas. ¡Son más grandes y robustas de lo que cabía esperar! Vuestros baúles y los de vuestro hermano Hernando ya están cargados en ellas...

—El problema no es la robustez de las balsas, sino mi confianza en De Soto —le interrumpe don Francisco con humor—. Con la excusa de que estas balsas son más rápidas que nuestras naves, De Soto se ha ofrecido para acompañar a los indios y preparar nuestro desembarco. Por un lado, yo apreciaría ser recibido de una manera conveniente..., pero, por otro, no me gustaría perder de golpe la mitad de mis tropas...

Una vez más, una ola más fuerte que las otras los separa durante un momento. Detrás, en la costa invisible de la isla, se oyen relinchos y gritos. Pizarro coge a Gabriel por el codo y lo aprieta tan fuerte contra él que la empuñadura de la espada se clava en las costillas del joven andaluz.

—Vigilad las artimañas del capitán De Soto cuando esté frente a los indios de Tumbes.

—Dicen que las balsas se vuelcan con facilidad...

—¡Vos sabéis nadar, hijo! —gruñe don Francisco, recuperando su habitual tosquedad—. ¡Que eso os sirva! Pero sobre todo, utilizad los ojos y el cerebro. Y por una vez mantened la lengua en reposo.

—Necesito a un compañero de confianza. Dejad que Sebastián venga conmigo.

—Si depositáis vuestra fe en un esclavo negro, que os vaya bien...

No hay duda de que las balsas son robustas.

Construidas con la forma de una mano enorme, tienen un palo clavado que hace de mástil y están entoldadas con una vela que recuerda a las de las falucas del Mediterráneo. Se deslizan a ras de la superficie, tan a ras que cada vez que se levanta una ola se llenan de agua. Los troncos, gruesos como muslos de buey, están sujetos por cordajes de fibra de agave. Apenas un poco elevados, los baúles de don Hernando Pizarro ya están negros de humedad una hora después de haber salido de la isla de la Puna.

—Por todos los santos —protesta Bocanegra—, a este paso los jubones de don Hernando van a pudrirse. ¡Y sus bellas camisas de hilo! ¡Y sus botas de recambio!... Un día más como este y quedarán tan blandas como la leña para hacer fuego. ¡Va a coger una enfermedad!

—En tu lugar, yo no me preocuparía tanto de las enfermedades que puede coger su excelencia el hermano —se mofa Sebastián—. Me parece que ya tienes bastante con ocuparte de tus cosas...

Con una mueca de sufrimiento, Andrés de Bocanegra vuelve su rostro deforme y se acurruca. El pobre hombre es uno de esos a los que la verruga ha transformado en un monstruo. De su mejilla izquierda cuelga una horrible protuberancia del tamaño de un higo. Otra, apenas más pequeña y de un siniestro color púrpura, se balancea en la punta de su nariz, mientras que, como si fueran pequeños arremolinados tras su madre opulenta, una decena de verrugas del grosor de un garbanzo le cubren el cuello y los hombros.

Esta misma mañana, una hora antes de zarpar hacia la isla, no soportando el dolor, Bocanegra se ha cortado con su propio estilete la verruga que le colgaba del mentón. Como la sangre le manaba a borbotones, se ha envuelto la cara con una tela. Pero desde mediodía otros abscesos atroces le crecen en la sien derecha, dilatándole la mirada y transformándolo definitivamente en una de esas gárgolas de piedra que adornan las catedrales de la cristiandad.

El efecto es tan repulsivo que Gabriel apenas soporta mirarlo. Pero en estos momentos su inquietud tiene otra causa.

De pie sobre los baúles, aferrado al mástil de la balsa, hace ya un rato que estudia las olas.

—Nada —grita dirigiéndose a Sebastián—. Nada de nada.

Baja de su mirador y va a acuclillarse con cuidado a la parte trasera de la balsa.

—Ya no se ve más que una vela —prosigue, frunciendo el ceño—. Y esta mañana había ocho balsas...

—Son las corrientes —murmura Bocanegra sin girarse—. Ya lo he visto otras veces. Estos inventos no tienen quilla y son difíciles de gobernar.

—¡Las corrientes, o la voluntad del capitán De Soto! —replica Gabriel—. El intérprete Martinillo lo acompaña. ¡Puede haberle dado instrucciones para extraviarnos! Don Francisco tenía razón al desconfiar...

—Yo —masculla Sebastián en voz muy baja— temo que no sea ni lo uno ni lo otro.

Con un gesto del mentón señala a los cuatro indios que manejan con soltura los grandes remos de la embarcación.

—No me gustan. Cada vez que los miras te sonríen.

—¿Y?

—Es una cosa que tendréis que aprender, don Gabriel. Cuando un indio os sonríe, está pensando en la mala jugada que va a haceros.

Gabriel está a punto de responder cuando, justamente, uno de los indios grita unas palabras incomprensibles y señala algo delante de ellos.

Muy cerca, como si flotara sobre el mar, surge por la cresta de las olas una franja de tierra cubierta de árboles vestidos de un verde casi negro.

—Es el islote —exclama Sebastián, ya de pie.

—Pues bien —afirma Gabriel con una sonrisa—, nuestros compañeros no llevaban tan malas intenciones. Saben adonde van y al menos podremos pasar la noche en tierra. Y mañana al anochecer, como está previsto, abordaremos Tumbes.

—¡Yo —gime Bocanegra— no pienso salir de la balsa! Me prometí que nunca más volvería a dormir bajo un árbol ni en la arena.

Sobre el banco de arena, mientras la noche cae, con los ojos perdidos en las crestas anaranjadas de las montañas lejanas, Sebastián y Gabriel permanecen en silencio. El parloteo de los indios es como un murmullo que se mezcla con la resaca del mar.

Gabriel se ha quitado la camisa y se mira el torso y los brazos. Tiene la piel seca, agrietada por las carencias y las privaciones.

Sebastián dibuja en la arena.

—¿Qué es?

—Miradlo bien... Es allí, en la playa de Tumbes, donde el Griego y yo lo vimos por primera vez...

Gabriel se echa a reír.

—¡El gran gato! Es el que tengo en el hombro, ¿no?

—¿No crees que ya era hora de que lo volvieras a ver?

De un simple trazo, Sebastián ha dado vida a la potencia y la fiereza del animal.

La mirada de Gabriel se desliza por encima del felino, atraviesa el océano, la playa invisible y lejana, el bosque, las montañas; la certeza de su promesa lo embriaga.

Es quizá medianoche cuando escucha un primer grito.

Al segundo, desvelado del todo, Gabriel se deshace de su manta y se levanta. Adivina la figura de Sebastián ya de pie a su lado.

—¡Bocanegra! —exclama Gabriel—. El pobre está sufriendo un martirio. Quizá se esté cortando otra vez una verruga...

Un nuevo grito, más violento, rasga la noche y vibra por encima del fragor constante de la resaca.

—¡No! —grita Sebastián—. Bocanegra no grita por una verruga. ¡Ni siquiera por treinta de esas asquerosidades! Esto es otra cosa.

Ambos han tenido la misma idea.

De un mismo salto, abandonan el abrigo de los árboles tortuosos donde se habían refugiado y corren hacia la pendiente de arena.

Está más oscuro que en un horno, pero los gritos repetidos de Bocanegra los guían tan bien como un faro. Cuando la humedad endurece la arena, Gabriel desenvaina su espada con tanta violencia que su hoja silba en el aire.

Los gritos de Bocanegra se transforman y se convierten en advertencias muy claras.

—¡Ayuda, compañeros! Nos están robando. ¡Ayuda, nos matan, nos matan!...

Como una sombra en la sombra, Gabriel adivina la vela de la balsa, extendida por la brisa. Ya alejándose de la playa, la plataforma de maderos se levanta en diagonal al pasar una ola, mientras que los gritos se multiplican.

—¡Jodidos indios traidores! —grita Sebastián—. Nos abandonan...

Llevado por la furia, Gabriel corre hacia las olas, cuya espuma estría la oscuridad. Con la espada bien alta, por encima de la cabeza, le parece por un instante que su carrera puede impulsarlo hasta la parte trasera de la balsa. Ve claramente a Bocanegra, a quien dos de los indios mantienen contra los maderos, mientras que un tercero, de un golpe de hacha, lo mata. Los gritos se detienen. Ya solo queda el vaivén lacerante del océano. Y luego oye la llamada de Sebastián.

—¡Don Gabriel, nada de locuras! ¡Volved, volved! Os vais a ahogar...

Pero la rabia lo supera, lo empuja tan fuertemente como el oleaje. Rebase una primera ola, rompiendo con el puño la pared de agua. La popa de la balsa le queda prácticamente al alcance de la espada, y el brillo de los ojos del indio que lleva el timón destella inquietud.

Y luego, de pronto, mientras el agua se levanta como una bestia rugiente, Gabriel se siente caer como un plomo. Sus botas, sus calzones y hasta las mangas de su camisa se han llenado de agua.

La ola se abate sobre él, lo hace rodar y lo amasa como si fuera un bloque de arcilla.

El filo de la espada le abofetea el rostro. Está boca abajo, rodeado de agua por los cuatro costados, y un estruendo que anuncia la muerte lo ensordece, mientras que parece que sus miembros quieren separarse de él.

Cuando su cabeza golpea la arena del fondo del mar, traga agua salada, y el fuego de la asfixia le explota en el pecho. Durante una décima de segundo tiene la lucidez suficiente como para apreciar la ironía de morir ahogado a las puertas del nuevo mundo.

Luego, su pie encuentra la firmeza del fondo y, con un esfuerzo desesperado, se empuja hacia la superficie. Medio atragantado por el agua que ha ingerido, nada furiosamente y logra alcanzar la balsa. Los indios podrían devolverlo al agua de una patada, o con un golpe de hacha, matarlo como al infeliz Bocanegra. Pero parecen estupefactos de ver que surge así, como si fuera un fantasma, del fondo de las aguas.

—Sujetaos bien, don Gabriel —le grita la voz cercana de Sebastián.

El negro se ha reunido con él, y ello resulta demasiado para los tres indios, que saltan al agua e intentan huir nadando. A Gabriel, exhausto, le queda la fuerza justa para encaramarse a la balsa.

Pero Sebastián se sumerge para atrapar al indio menos rápido de los tres; lo tira dentro de la balsa como haría con un fardo y se levanta frente a él, resoplando y escupiendo.

—Si intentas escapar —dice Sebastián, cogiendo al indio por el cuello—, te comeré.

El muchacho, todavía un adolescente, tiembla, aterrorizado. Sebastián y Gabriel recuperan el aliento.

—¿Qué hacemos con este, don Gabriel?

—Si quieres comértelo, yo te dejo hacerlo.

—Para deciros la verdad, en mi *cabeza*, nublada había concebido más bien el plan de obligarlo a que nos guíe hasta Tumbes, si vos no veis inconveniente, por supuesto.

—¿Sebastián?

—¿Don Gabriel?

—Creía que no sabías nadar.

—Por desgracia, os lo debo confirmar, a menos que consideréis nadar los movimientos tan desordenados de mis miembros para sobrevivir a este horror —responde, señalando la masa oscura del océano.

El temporal se calma un poco. Sebastián indica el remo que hace de timón al joven indio, que se aferra a él después de una breve vacilación. Gabriel deja que su corazón se llene con la felicidad de seguir con vida y con la lluvia de estrellas que ilumina el cielo.

—¿Sebastián?

—¿Don Gabriel?

—Te debo la vida. Y para abusar del todo, además te voy a pedir un favor... ¿Me querrás mostrar tu amistad llamándome simplemente Gabriel?

Sebastián no contesta. Parece sumergido en la contemplación del mar. Luego se vuelve hacia Gabriel y le toma la mano. Gabriel lo atrae hacia él, y los dos hombres se abrazan como hermanos.

HUAMACHUCO, MARZO DE 1532

Una lluvia fina y regular cae sobre la llanura de Huamachuco. Bancos de niebla se deslizan por las pendientes de los alrededores y velan las cumbres de las montañas. El humo que sale de los tejados no se levanta y extiende por el aire el aroma especiado del algarrobo.

El cortejo del inca Atahuallpa llegó la noche anterior, llenando de golpe el *tambo* y trayendo gritos, risas, cantos de flautas y danzas a la paz y la rutina del campo.

—Amo esta llanura —murmura Anamaya con ojos soñadores—. Si pudiéramos instalarnos en un pueblo como este durante la estación seca, sería maravilloso. ¡Dejar finalmente de recorrer caminos, de cruzar puentes y montañas! Empiezo a odiar las literas...

A sus espaldas, entregada como ella a los dedos ágiles de las sirvientas que les lavan el pelo con una arcilla fina y gris, Inti Palla suelta un gruñido reprobatorio.

—¡Vale más que no te oigan hacer este tipo de comentarios! Tú que percibes las cosas de antemano, ¿no sientes cómo Huáscar está perdiendo la guerra?

—Sabes perfectamente que no veo ni oigo nada desde hace meses —suspira Anamaya mientras cierra los ojos para gozar mejor de la caricia de la sirvienta.

—¡Oh, eso ya lo sé! —exclama Inti Palla—. Mi casi esposo empieza a enfurecerse por culpa de tu silencio... Nunca había visto a Atahuallpa tan inquieto y atormentado. Y se encuentra tan cerca de la victoria después de tantas batallas... Es incomprensible.

—¿Qué puedo hacer si ya no soy la persona que ve? —murmura Anamaya con una voz casi imperceptible.

Las dos se callan un momento mientras las sirvientas les inundan el cabello con agua fresca y transparente. En la esquina de la *cancha*, sin parar de hilar, tirando de un enorme ovillo de lana de alpaca que ha sido estirado ante ellas, unas niñas las observan con ojos maravillados.

Al otro lado del patio, una quincena de muchachas tejen bajo un tejadillo. Están agachadas, rodeadas de decenas de pelotas de colores vivos parecidas a flores opulentas. Inclinas sobre sus labores, cuya base está sujeta a sus cinturas por una especie de cinturón, sus gestos son de una regularidad perfecta. La parte superior de la labor está fijada a un pilar, mientras que, entre sus manos, con una habilidad inaudita, los hilos multicolores se van hilando y deshilando, juegan y serpentean al ritmo sereno de las canillas. Algunas telas están a punto de terminarse. Anamaya conoce su esplendor y su calidad: solamente las tocará el Único Señor.

Mientras las sirvientas le secan el pelo con un ungüento mezclado con lentejuelas de oro, es incapaz de no emocionarse ante estas vírgenes del tejido que demuestran

tanta serenidad ante su labor. Anamaya nunca será una de ellas. Jamás conocerá su paz, su calma...

¡Han pasado tantas cosas desde su corta estancia en la Ciudad-que-no-se-nombra!

Hoy está todo lo cerca que se puede estar del Único Señor Atahualpa sin ser su esposa ni su concubina. Está rodeada de sirvientas y de respeto. Sus caprichos, de tenerlos, serían ejecutados de inmediato. ¡Incluso los viejos y desconfiados generales, que antaño no le habrían dirigido una mirada si no hubiera sido para condenarla a la hoguera, respetan sus palabras! La propia Inti Palla, que finalmente ha accedido al título de primera concubina, se ha convertido en su mejor amiga y confidente...

¡Y sin embargo, esta vida de corte es pesada, terriblemente cargada de obligaciones!

—Es cierto que has cambiado mucho en estas últimas lunas —prosigue, de pronto, Inti Palla, como si hubiera estado pensando.

Con un gesto imperioso, la princesa ahuyenta a las sirvientas inclinadas sobre su maravillosa melena y se acerca a Anamaya.

—Lo único que no ha cambiado son tus ojos —añade.

—¿Tú crees? —le dice Anamaya, divertida—. Mis mejillas están más gordas y me he vuelto seria como una vieja. ¡Es esto lo que quieres decir!

Inti Palla se ríe, se sienta muy cerca de ella y le toma las manos con ternura.

—Sí. ¡Y tu culo, sobre todo, es más grande! —se burla—. Y estas también...

A través de la fina tela del anaco, Inti Palla descubre los pechos de Anamaya, que le aparta las manos en un reflejo de pudor.

—¡Son casi auténticos pechos! —continúa Inti Palla, apretándole los muslos—. Cuando te conocí no eras más que una niña extraña y orgullosa. No me gustabas en absoluto.

—Sobre todo, estabas loca de celos...

—Es cierto, pero comprendí quién eras, como todos los demás. Y es ahora cuando debería tener celos de verdad. ¡Te has convertido en toda una mujer! Digamos que eres... casi tan bella como yo...

—¿Solo casi? —se ríe Anamaya.

—Casi; no más —asegura Inti Palla con seriedad—. Te falta todavía una cosa...

—¿Ah, sí?

Inti Palla retrocede con una mueca provocativa, arquea los riñones y tira del *tocapu* que envuelve su fino talle para que sus pechos se asomen mejor por el vestido. A su alrededor, las sirvientas se reprimen la risa con las manos en la boca.

—Los míos son más bonitos, ¿no?

—¡Es posible! —admite Anamaya, ruborizándose bruscamente.

—No es posible. Es cierto. ¿Y sabes por qué?

—Porque Quilla decidió darte más pechos que ideas —se burla Anamaya.

Una risa loca sacude a las sirvientas, pero con una mirada fulminante Inti Palla las reduce al silencio.

—Quilla me dio una cosa mejor: ¡a nuestro Único Señor entre las piernas! Es eso lo que da a las mujeres su auténtica belleza...

—¡Idiota!

Pero Anamaya no dice nada más y se vuelve a poner seria. Una silueta aparece al otro lado del patio, rodeada por una escolta de cuatro soldados. Inti Palla sigue su mirada.

—¡Oh! —exclama, golosa—. ¿No es ese el bello capitán Guaypar? —resopla—. ¡El héroe de la batalla de Angoyacu en persona! Pues bien, he ahí a un hombre al que le gustaría mucho iniciarte en los juegos del lecho, esposa del Hermano-Doble...

Guaypar se ha dirigido a uno de los eunucos de guardia, quien a su vez se encamina hacia ellas con el paso apresurado por la lluvia. Bajo el tejadillo y en la esquina de la *cancha*, al oír el ruido de las lanzas, las tejedoras y las hilanderas se han detenido, llenas de curiosidad.

—¡Hazlo venir! —dice ella con una sonrisa en los labios.

Apenas tienen tiempo de envolverse con una manta y de taparse las cabelleras húmedas cuando Guaypar aparece en la entrada de la sala. El guerrero abre las manos, con las palmas apuntando hacia el cielo, en un saludo lleno de deferencia. Pero su mirada evita a Anamaya.

—¡Princesas!

—Que Inti te proteja, capitán Guaypar —responde Inti Palla con voz melosa—. Estoy contenta de verte levantado. Eso significa que tu herida está curada.

Frunciendo el ceño con orgullo, Guaypar se aprieta el hombro izquierdo con los dedos.

—Sí. Podría volver a combatir tan pronto como nuestro Único Señor decida la próxima batalla.

—Estoy impresionada por tu valor —bromea Inti Palla.

Pero el joven capitán no parece oírla. Su mirada busca ahora la de Anamaya.

—Esposa del Hermano-Doble, el inca Atahuallpa te quiere cerca.

—¿Ahora?

—Te está esperando y he venido para llevarte hasta él.

Apenas acaba de pronunciar estas palabras e Inti Palla ya se ha levantado y organiza con energía a las sirvientas para que preparen a Anamaya.

Rodeada de Guaypar y su escolta, protegida de la lluvia por un dosel llevado a mano por las sirvientas, Anamaya atrae todas las miradas cuando sale de la *cancha* de las esposas para penetrar en el largo recinto del palacio del *curaca* en el que reside Atahuallpa.

Sin embargo, una vez han franqueado el umbral, la escolta se dispersa por el primer patio, las sirvientas dan marcha atrás y Guaypar esboza un gesto para retenerla. Rechazando su contacto por instinto, Anamaya se aparta de manera brutal,

lo que hace sonar las pequeñas bandas de oro y de plata entrelazadas en el tocado.

—¡Dedícame un momento! —exclama Guaypar con la voz alterada—. Anamaya, no me tengas miedo.

Anamaya está a punto de responderle con aspereza cuando ve en la mirada de Guaypar tanto desconcierto como miedo.

—¿Qué quieres de mí?

—¡Que me perdones!

—Guaypar, yo...

—¡No, déjame decirte estas palabras! ¡Bullen en mi garganta desde hace años y ahora ya empiezan a ahogarme! ¡Anamaya, yo no era más que un muchacho loco, lleno de vanidad!...

—Lo he olvidado, y el Único Señor...

—¡Anamaya, escúchame! Sé que te acuerdas de aquella noche en Tumbamba, la noche del *huarachiku*. Me sentía humillado por la derrota, embriagado por la *chicha*, era preso de las malas sombras. Los demonios se bebían mi sangre, pero..., pero de eso hace ya tiempo, mucho tiempo. ¡Cuatro solsticios de invierno! ¡Desde entonces, el ciclo de las estaciones ya ha transcurrido cuatro veces! Yo era un niño y tú una niña. Hoy soy un soldado y nuestro Único Señor me nombró capitán después de la batalla del puente de Angoyacu...

—Sí, sé que allí mostraste muchísimo valor. Dicen que hiciste prisioneros a dos generales de Huáscar —aprueba Anamaya con dulzura.

—¡Sí! —exclama Guaypar, llevándose la mano a la herida y con los ojos brillantes de orgullo—. ¡Sí! ¡Ya no soy el débil y vanidoso al que Manco, el falso hermano de nuestro inca, humilló delante de ti!

Anamaya deja pasar este soplo de orgullo. Guaypar continúa, en voz más baja, pero con el mismo ardor.

—Tú también has cambiado. Eres... Eres la más bella de todas las mujeres del Imperio de las Cuatro Direcciones. Ninguna otra tiene la mitad de tu belleza; ninguna tiene el poder de tu mirada; ninguna tiene tu fuerza y la dulzura de tu boca...

—Por favor, Guaypar...

—Anamaya, ¡escúchame! Después de aquella noche maldita no ha pasado ni una luna sin que soñara contigo. ¡Incluso durante la batalla de Angoyacu, tú estabas en mi espíritu! ¡Fui el primero en ver tu belleza, Anamaya! El primero... Y durante todo este tiempo he callado y te he evitado. Ahora estoy cerca del Único Señor y me las he arreglado para...

—¿Qué esperas de mí, capitán Guaypar?

—¡Que te conviertas en mi esposa!

—¡Estás loco! ¡Sabes que pertenezco al Hermano-Doble!

—¡Ah! —grita Guaypar con un gesto de furia—. ¡Eso no es más que un título que te dio Atahuallpa cuando ni siquiera era el inca de todos los incas! Hoy ya lo es, y en gran parte gracias a ti. Puede deshacer lo que hizo...

Sofocada, Anamaya busca las palabras que podrían hacer que Guaypar entrara en razón. Pero en la mirada del joven capitán descubre una inmensa y sincera angustia que la conmueve. Es cierto: ya no es el joven adolescente borracho de *chicha* de Tumbamba; sin embargo, la embriaguez que lo posee hoy no es menos violenta, y su causa es ella misma.

—¡Mi alma de aquí respira solo por ti, Anamaya! —gime Guaypar—. Tu esposo, el Hermano-Doble, es de oro e ignora el sufrimiento del amor. En cambio, yo me abraso y me desangro. Mis entrañas arden solo de pensar en ti. Te lo aseguro: las torturas que inventa el traidor Huáscar no son nada en comparación...

En el temblor de sus labios, en el estremecimiento que se apodera de él apagándole la voz, solo hay pruebas de la verdad de sus palabras.

Con un nudo en la garganta por la emoción, Anamaya retrocede.

Nunca le habían hecho una declaración semejante. Siente el dolor del joven como si pudiera tocar con los dedos una herida viva. No obstante, todo en ella sabe que debe negarse a su súplica.

—He olvidado todo lo de la noche de Tumbamba, capitán Guaypar. Y voy a olvidarme también de este momento, puesto que no puedo y no quiero escuchar tus palabras —le dice con toda la dulzura de la que es capaz—. Pero te agradezco tu..., tu valentía. Y espero que Inti haga de ti el más grande y el más feliz de los generales de nuestro Único Señor Atahuallpa. Y ahora debes acompañarme hasta él, antes de que se impacienta demasiado.

Una mueca de dolor y de rabia impotente desfigura el rostro de Guaypar mientras Anamaya se da la vuelta y se aleja hacia el patio.

Pero ella no la ve.

Desde hace ya algún tiempo, cada vez que se encuentra con el Único Señor, a Anamaya le impresiona su transformación física.

Atahuallpa ya no es el hombre esbelto y vivo que la animaba, la protegía y la impresionaba con una sola mirada.

No ha perdido ni un ápice de su potencia; más bien al contrario. Desde que se puso en Quito, durante una suntuosa ceremonia, la cinta real en la frente, desde que se ha convertido en el inca de todos los incas, todo en él expresa poder y dominio. Sin embargo, a fuerza de beber jarras y jarras de *chicha* durante las interminables ceremonias, de intentar desesperadamente oír a los ancestros hundiéndose en la embriaguez sagrada, su cuerpo se ha vuelto más plomizo.

Hoy tiene las mejillas anchas y el mentón pesado. Su cintura también se ha ensanchado. Y además, el blanco de sus ojos está más enrojecido que nunca, como si su corazón le bombeara demasiada energía. Eso le da una mirada extraña, negra y púrpura, en la cual resulta difícil adivinar los pensamientos; parece siempre portadora de tormentas y refleja una inconsolable tristeza.

Cuando Anamaya se postra ante él, posando las rodillas y las manos en el suelo y doblando la nuca, su pregunta es tan directa como impaciente.

—¿Todavía no te ha hablado mi padre Huayna Capac?

—No, mi Único Señor.

—¡Ah! ¿Y por qué? ¿Por qué?

—Quizá porque no tiene ningún motivo para hacerlo...

—¿Ningún motivo? ¿Estás loca?

Anamaya percibe toda la acritud y la rabia que hace vibrar la voz de Atahuallpa, y se mantiene postrada.

—¿Puedo hablarte con toda sinceridad, mi Único Señor?

—Lo has hecho siempre; ¿no veo por qué deberías callarte hoy!

—Amado señor, no comprendo tu miedo y tu impaciencia. Has librado nueve batallas contra tu hermano loco de Cuzco. Huáscar solo ha ganado dos. Fuiste a Quito y, según la voluntad de Inti, los poderosos del norte, los sacerdotes, los sabios y los ancestros pusieron en tu frente la *mascapaicha* y la pluma del *curiringa*. Eres nuestro inca, el Único Señor del Imperio de las Cuatro Direcciones. Mañana vas a librar una última batalla contra los soldados de Huáscar; entrarás como vencedor en la villa sagrada de Cuzco. Entonces podrás hacer que reine un año de paz después de un año de guerra. Y no habrá ni una alma en el Imperio que no te deba el aliento, la comida y la bebida.

Anamaya se calla, pero como Atahuallpa no dice nada, prosigue con un tono más insistente en la voz.

—Mi Único Señor, no tienes ningún motivo para dudar o temer. Es cierto que hace tiempo que tu padre Huayna Capac no me habla; pero es porque a partir de ahora eres fuerte y poderoso. Inti y Quilla están a tu lado. Luchas con la rabia del puma y pasas bajo la sombra del cóndor... Eso basta.

—Levántate, *Coya Camaquen*, y mírame... —le ordena Atahuallpa con un tono apagado.

Anamaya descubre casi una sonrisa en los labios de Atahuallpa. Hace mucho tiempo que no lo ha visto sonreír.

—Sé que me encuentras cambiado —le dice—. Pero tú, ¡tú te has vuelto serio como un sacerdote! Sí, Villa Oma te enseñó bien: tienes la edad en la que otras mujeres buscan esposo, ¡pero muestras la severidad y el raciocinio de sus madres!

—Solo contigo, mi Único Señor, puesto que te debo la respiración.

—¡No sé quién debe más a quién, niña de ojos azules! Después de tu paso por la Ciudad-que-no-se-nombra viniste a mí. Y yo estaba viviendo la vergüenza de una batalla perdida. Estaba preso en un agujero de tierra y fuiste tú quien supo cómo sacarme de allí... ¡Y haciéndoles creer que me había convertido en una serpiente!

Al recordar este episodio, Atahuallpa no puede evitar una risita.

—A veces me acuerdo y te veo colocando la muda de la serpiente sobre los ladrillos del muro mientras los guardas roncan... ¡Fue uno de los mejores momentos

de mi vida!

Pero, de pronto, el rostro de Atahuallpa recupera toda su ansiedad. Baja de su asiento con brutalidad y se acerca a Anamaya, tanto que la muchacha lo oye respirar.

—Sí, me aseguraste que podía ir a Quito y vencer a los generales de Huáscar; pero mi padre te había venido a ver, como cuando viste la bola de fuego, o en la Ciudad-que-no-se-nombra y en Tumbamba, cuando el cuerpo seco desapareció. Siempre que ha sido necesario, mi padre Huayna Capac te ha indicado el camino. Cada vez el Otro Mundo se ha abierto ante ti. ¡Y ahora no hay más que silencio! ¿Por qué?

—Quizá sea diferente cuando llegue a la ciudad sagrada y me encuentre con mi esposo, el Hermano-Doble.

—¡Todavía tenemos que entrar!

—¡Vencerás a Huáscar, mi Único Señor! Lo sé...

—¡No! —explota Atahuallpa, y su mirada ensangrentada le brilla de pronto—. No es a Huáscar y a sus soldados a quienes temo. ¡Es a Cuzco! ¡Los clanes de Cuzco son como un pozo negro que se abre ante mí! Nunca me han aceptado, como si solo fuera el hijo de una mujer del norte. Pero por las venas de mi madre corría la sangre del padre de mi padre. ¡Poco les importa que yo sea también el hijo de su inca! ¡Somos tantos hijos! Me llaman impuro. ¡A sus ojos no soy más que un hijo ilegítimo! ¡Anamaya! Solo hay una persona, una sola persona, que podría calmar mi sufrimiento, y es mi padre. Si acudiera finalmente a ti... Si me dijera por tu boca que está a mi lado contra los de Cuzco. Pero se calla... O si al menos te acordaras de lo que te dijo la noche de su muerte; si al menos eso te volviera a la cabeza.

Anamaya se postra, sacudiendo la cabeza con desespero y comprendiendo, por fin, el dolor que corroe al inca desde hace tantos días.

—No, mi Único Señor. Nunca más me he acordado de eso.

Atahuallpa la observa un instante. Esboza un gesto como si quisiera tocarla y, finalmente, se acerca al umbral de la sala. Afuera, los guardias se inclinan de inmediato.

Entonces deja pasar un tiempo, y después señala la bruma que abraza las colinas que rodean Huamachuco.

—Hay allí arriba un poderoso oráculo —dice—. Catequil sabe leer los tiempos que se avecinan. Mañana iremos a verle.

TUMBES, MARZO DE 1532

¡A la izquierda, por todos los santos! A la izquierda, Griego, o vamos a ahogar a los caballos.

Los gritos de don Francisco retumban por encima del fragor de la corriente.

La balsa, a pesar de ir cargada con unos cuantos caballos enloquecidos y media docena de hombres, se levanta sobre la cresta de la ola. La vela está descolgada y las riendas de los caballos han sido estrechamente anudadas al mástil. Desde la playa de Tumbes, en la que desembarcaron con grandes dificultades, Gabriel reconoce detrás la alta figura y el gorro de algodón rojo de Pedro de Candia, *el Griego*.

Con todas sus fuerzas, el Griego se apoya en el grueso remo del timón. Pero la verdad es que, sea cual sea la dirección que intenten darle, la balsa se decanta sobre el lomo de la ola. Deriva a estribor, hacia el lado más fuerte de la corriente, empujada por una fuerza invisible.

Durante un instante, su avance es tan rápido que parece mantenerse justo por encima de la superficie, como si a pesar de su tamaño y su peso no fuera más que una esquirra en la mano del diablo.

Es entonces cuando la pared de agua empieza a rugir bajo los troncos. Los hombres se dan cuenta casi de inmediato y se ponen a gritar. Su temor se transmite a los caballos, que, con los ojos desorbitados, tiran de las correas, golpean a sus dueños y descubren las encías como si fueran dragones agonizantes.

Todo ocurre tan de prisa que el tiempo parece detenerse. Invasado por la inquietud, Gabriel no oye la exclamación de estupor de Sebastián, a su lado.

La balsa, en el tumulto del oleaje, pivota. Los caballos, moviéndose al unísono a causa del terror, se apretujan y caen en barrena, mientras que los hombres resbalan por los maderos inundados de espuma. Debajo, el túnel de la ola se hincha y se eleva en un gigantesco surtidor antes de romperse con un estruendo inaudito. Una vez en la cima de este orbe furioso, durante un instante la balsa recupera un equilibrio inesperado...

Y luego la cresta de la ola, espumosa de furia blanca, se cuele por los maderos y aprisiona a los hombres hasta la cintura. El mástil se inclina y la popa se eleva con la facilidad de una hoja llevada por el viento. Entonces, don Francisco levanta la espada por encima del oleaje. De un solo golpe, corta las correas de los caballos en el instante preciso en que la mandíbula del mar se cierra sobre él. Los cordajes de agave se rompen y los troncos se esparcen como si fueran pajitas.

—¡Están muertos! —grita Gabriel con pesar.

—¡Todavía no! —exclama Sebastián.

Y es este último quien tiene razón.

Durante el tiempo en que la ola pasa totalmente y la espuma se dispersa sobre la marejada verde y lenta de la playa, los caballos van asomando uno tras otro por la marea. Luego, de la incesante ebullición de espuma van emergiendo cabellos y barbas, bocas abiertas y miradas estupefactas...

—¡Allí! ¡Pedro! —grita Sebastián, señalando una cabeza que ni siquiera ha perdido el gorro rojo.

No muy lejos del Griego aparece la melena blanca de don Francisco, que empieza ya a exhortar a toda su gente para que naden hasta la playa.

Cojeando un poco, Gabriel intenta seguir a Sebastián, que se precipita al encuentro de los que salen, sumergiéndose hasta la cintura. Pero cuando una primera ola rompe contra sus muslos, retrocede.

—En cualquier caso —murmura—, es el último viaje que hacemos esta noche: el mar está demasiado embravecido.

El recuerdo de su casi ahogamiento de la víspera está demasiado fresco y la garganta todavía le quema por los litros de agua de mar que tuvo que vomitar en brazos de Sebastián.

Por otra parte, ya no se le necesita. Todos los hombres han conseguido aferrarse a los caballos, que se apresuran a buscar la arena con los cascos.

Don Francisco tiene el punto de orgullo de salir del océano derecho sobre la silla, con las riendas en la mano, chorreando agua como si fuera Neptuno creando los continentes bajo sus poderosos pasos.

—¡Ya sabía que no se podía contar con él!

Medio tumbado sobre una elevación de arena, Hernando Pizarro saca tanta espuma de rabia como las olas y señala a Gabriel con un dedo amenazador.

Entre la playa y las naves que finalmente han conseguido fondear a primera hora de la tarde a pocos metros de la playa, el desembarco se ha interrumpido por resultar demasiado peligroso. No son más que un puñado, entre hombres y caballos, los que han conseguido alcanzar tierra firme, y ahora están aislados de las naves y las balsas.

A pesar de su inquietud, don Francisco no ha descabalgado desde su llegada heroica a la playa. Sin cesar, su mirada va más allá de la inmensa playa de arena, buscando un camino por el verde espesor del manglar, como si ya pudiera ver Tumbes a través.

—Eso no son más que unas cuantas prendas, hermano —dice—. Ya haremos que nos manden más.

—Doce camisas de hilo, un par de botas y tres jubones que valen como un caballo; un fajo de mallas de recambio... ¡Eso es lo que se barre de un manotazo, hermano!

—Han estado a punto de morir por esto, hermano mío, y yo, yo necesito a todos y cada uno de estos hombres.

—¿De estos? —resopla Hernando con aire asqueado.

Don Francisco aprieta los labios, molesto, y todavía empapado, le da un taconazo al caballo para alejarlo del mal humor de su hermano.

Es el momento que elige Sebastián para remontar rápidamente la playa, señalando un punto en la entrada del río que divide el manglar en dos y desemboca, amarillo de barro, en el mar del Sur.

—¡Otras balsas! Son cinco o seis... y vienen hacia nosotros...

—¿Son indios? —pregunta don Francisco.

—Están demasiado lejos para que pueda distinguirlos.

Pero la incerteza no dura mucho tiempo, puesto que el Griego, que ya ha salido a hacer el reconocimiento de la desembocadura del río, regresa al galope, levantando nubes de arena oscura y ahuyentando los grupos de pequeños cangrejos que infestan la playa.

—¡De Soto, gobernador! ¡Es De Soto que finalmente regresa! —grita cuando está al alcance de la voz.

—¡Nos ha oído! Lo ha entendido. Con estas otras balsas mañana podremos desembarcar más rápidamente —exclama Gabriel.

—¿Y De Soto? ¿Qué ha entendido? —gruñe Hernando, masajeándose el muslo dolorido—. ¡Tener un hierro en la pierna no me hace estar sordo, que yo sepa! A mí también me gustaría entender...

Gabriel busca la mirada de don Francisco. El gobernador inclina la cabeza en un gesto severo de aprobación antes de empujar al caballo hasta un grupo de hidalgos que intentan secarse.

—Hemos podido avisar al capitán De Soto de la traición de los indios antes de que metiera el pie en tierra —se limita a decir Gabriel, señalando a Sebastián.

Hernando arquea una ceja a causa de la incompreensión, y espera una aclaración que no llega. Después de un silencio desagradable, suelta un «¿ah?» lleno de acritud.

Con la camisa y las medias todavía pegadas a la piel, el Griego salta de la montura y la acaricia con ternura antes de lanzarle a Gabriel una ojeada diplomática.

—¡Contadnos vuestra noche! Me parece que ha estado llena de placeres, y yo tampoco he comprendido bien todavía en qué lío nos hemos metido...

En unas pocas frases, sin florituras inútiles, Gabriel les cuenta el triste final de Bocanegra, secuestrado y asesinado en plena noche por los indios.

—En cuanto a mí —acaba, señalando el mar—, sin la intervención de Sebastián, los cangrejos se estarían divirtiendo ahora con mis tripas.

Mientras el Griego contempla con cariño a su negro compañero, don Hernando les lanza a los tres la misma mirada excesiva que a los obstinados cangrejos, que vuelven ya a salir de la arena y vienen, como para provocarle, a merodear alrededor de sus botas.

—Y es así como dejasteis que mis efectos se fueran al fondo del mar —gruñe.

—Con todo el respeto que os debo, don Hernando, estaba demasiado ocupado en

salvar la piel como para preocuparme por vuestras preciosas pertenencias. Ya sé que vos no hubierais tenido para mí un propósito mejor que mandarme a buscarlas con veinte brazadas hacia el fondo. Pero, si no os importa, lo dejaré para otra vida...

Algunos hidalgos se ríen por debajo de la capa.

—No ha estado mal —suelta el Griego.

—Todo este pánico por unos cuantos monos... —gruñe Hernando al rojo vivo.

—Esos monos, como vos decís, mataron a Bocanegra y querían dejar que muriéramos sobre tres pies de arena, al igual que tenían la intención de aniquilar al capitán De Soto y a sus hombres cuando se acercaran al río de allí abajo, junto al manglar...

—¿Y desmontasteis esa trama vos sólo? —ironiza Hernando—. ¿Y cómo lo hicisteis?

Gabriel lo mira de arriba abajo, con la boca cerrada, pero Sebastián se vuelve hacia el Griego con una risita.

—Hemos demostrado mucha convicción ante un guía para que nos trajera hasta aquí...

Con el dedo señala al otro lado del río, al norte, donde se hinchan las velas de las balsas de De Soto.

—La playa es allí más estrecha, y el manglar, todavía más denso. ¿Y qué descubrimos entonces? ¡Decenas de indios! ¡Decenas de sonrisas! «Que la Santa Virgen sea con nosotros —le dije a don Gabriel—. ¡Éstos van a freímos sin siquiera acompañarnos de pimientos!». A lo que él me respondió: «¡Basta con que les enviemos un mensaje!».

—Le cortamos el cuello a nuestro guía... —prosigue Gabriel con la mirada dura.

—Lo comprendieron —se ríe Sebastián—. Y con el viento y un poco de suerte llegamos a la deriva hasta aquí. La resaca nos puso cabeza abajo tantas veces como a vosotros, pero finalmente nos escupió sanos y salvos aquí mismo, y sobre todo, lejos del alcance de los indios, que son incapaces de cruzar el río por la violencia de la corriente... En cuanto a nuestra balsa, estaba intacta hasta vuestra delicada llegada...

—Nos escondimos en el manglar a la espera de las balsas del capitán —continúa Gabriel—. Y cuando se acercaba, gritamos y gesticulamos tanto que se alejó de la costa...

Se apresura a seguir contando su historia, pero Hernando Pizarro se levanta, cojeando, y se da la vuelta, dejando de escucharle.

—¡Hermano! —grita, dirigiéndose a don Francisco—, dentro de una hora habrá anochecido. ¿Qué decides?

Al paso de su caballo, don Francisco se acerca sin precipitarse. Cuando está bastante cerca, desenfunda la espada y hace brillar la hoja bajo los ojos de Hernando. Todos pueden ver las gotitas que brillan en ella, que, reunidas, forman un fino hilillo a lo largo de la lámina de metal antes de caer, como cortadas por el filo del arma.

—Por lo que me parece —dice recorriendo con la mirada a todos los hombres que

le rodean—, no estamos todavía en disposición de entrar noblemente en una ciudad de oro; sobre todo, si los indígenas tienen propensión a la traición. Este desembarco ha agotado a los caballos tanto como a nosotros. Ahora no sería prudente atravesar el manglar...

Echa una mirada al gris del océano y a las balsas, que ahora están muy cerca de la barrera de oleaje.

—De Soto no está todavía entre nosotros —añade—. Vale más esperarle... No tendremos tiempo de desembarcar muchos más caballos. Sugiero que pasemos la noche aquí y que durmamos encima de nuestras monturas como medida de prudencia...

—¡No pensarás que me voy a pasar la noche erguido encima de un corcel cuando ni siquiera soy capaz de cabalgar durante media legua! —exclama Hernando.

—No, no pensaba en ti, hermano mío —responde suavemente don Francisco con una chispa en la mirada—. Tú puedes reposar sobre la arena... Ya he visto a tu amigo de allá cabalgar con bastante honor. Podrías confiarle tu corcel. No estará de más para preservar la tranquilidad de tus sueños. Después de todo, se lo tiene bien merecido. ¡Deberíamos haberle canjeado nuestras pertenencias por nuestras vidas!

Señalado con la mano por el gobernador, Gabriel se siente enojecer de placer.

El capitán Hernando de Soto no sabe vivir sin su caballo. En lugar de reunirse con el reducido grupo en la playa, se ha ido directamente hacia su *Santiago*, que, mojado, se encontraba a tres recodos del río. Y finalmente ha conseguido embarcar en la balsa a su inseparable andaluz gris. Él también ha tenido el placer de sumergirse en las aguas tropicales, pero helo aquí ahora remontando la playa, empapado y magnífico.

Saluda al gobernador y luego le hace un gesto con la cabeza a Gabriel.

—Contento de veros, amigos míos —dice sencillamente este hombre de pocas palabras.

Durante toda la noche se aferran a sus sillas y aprietan entre sus pantorrillas agotadas los caballos que ya no pueden con su alma.

A veces se duermen, pero el rasgar de un cangrejo en la arena los despierta de un sobresalto. Se imaginan gritos, jaurías de indios saliendo del manglar. Sin embargo, no hay más que el sonido de los helechos y el fragor del océano de espuma fosforescente.

En el crepúsculo, la marea era todavía tan violenta que solo seis hidalgos alcanzaron la playa en sus monturas. Ahora son apenas una docena, contando los soldados de infantería. Aislados de los buques y las balsas, que han quedado mar adentro, forman una flor de pétalos hirsutos, cada uno frente a la noche y a su voluntad. Algunos llevan la espada al aire, que, colocada sobre el pomo de la silla, brilla bajo la luz de las estrellas.

Todos piensan en la ciudad cubierta de oro, tan cercana y enmascarada por la

opacidad disuasoria del manglar. Evocan las historias que les han contado el gobernador y el Griego. Piensan en esos palacios inmensos cuyos muros son fortunas al alcance de la mano.

Con los párpados pesados de tanto luchar contra las ansias de dormir y el temor a los salvajes, sueñan tanto en los lingotes de oro que los esperan que les parece que el cielo está invadido de lentejuelas doradas. Con el agotamiento, incluso los agujeros más tenebrosos de la noche se transforman en lámparas de oro.

Y cuando el alba blanquea las brumas del oeste ya no aguantan más.

Con el gobernador Pizarro a la cabeza, cruzan un brazo de mar descubierto por la marea y cubierto de un limo negro, espeso y oloroso. Luego se adentran finalmente en el manglar.

Un camino estrecho, seco e incluso empedrado convenientemente en algunos lugares se desliza entre los troncos de los bananos. Lejos, por encima de sus cabezas, bestias indescriptibles agitan el follaje. Dos veces, unas serpientes con el cuerpo tan ancho como un brazo hacen relinchar a los caballos. Luego otra vez se encuentran uno de esos monstruos de escamas, tan parecidos a un tronco podrido pero de mandíbula tan letal que podría cortar un cordero en dos.

En el punto más denso de esta selva opresiva no queda más que un poco de cielo encima de sus cabezas, como si la espada de un gigante hubiera separado los árboles.

Pero no ven a ningún indio.

Y tampoco en los campos que siguen al manglar cuando a lo lejos aparecen las más altas murallas de Tumbes.

Febriles, empujan los caballos al trote.

Cuando están ya a menos de un tiro de ballesta, el Griego frunce el ceño y echa una mirada hacia don Francisco, que se la devuelve, impasible.

Gabriel espera ver los primeros reflejos del oro bajo el sol que asoma, al fin, por encima de las colinas lejanas; pero no ve nada.

Tampoco ven a ningún indio gritando, temeroso o vociferando.

Y no tienen necesidad de entrar en la ciudad para ver las casas ya sin tejados, y las paredes ennegrecidas por los incendios, algunas destruidas. Callejuelas enteras llenas de escombros, ladrillos de adobe reducidos a barro, antros vacíos...

El silencio que los envuelve es el de la guerra, el del pillaje cumplido, el de la desolación.

¡Toda una ciudad abandonada y devastada!

He aquí lo que es Tumbes.

—¡Por el santo crucifijo! —exclama De Soto, haciendo voltear a su caballo por delante del de don Francisco Pizarro—. ¿Qué es lo que nos habéis canturreado? ¿Es esta vuestra ciudad maravillosa?

Gabriel mira a Pizarro esperando observar la cólera, o quizá la duda, en su rostro orgulloso. No ve más que un ligero fastidio.

TUMBES, ABRIL DE 1532

La primera piedra que vuela roza el hombro de Gabriel y desconcha la esquina de una pared de piedra que hay detrás de él. La segunda hace un ruido sordo: el Griego la ha detenido con el muslo y jura como un carretero, pegando botes.

Pero Gabriel no tiene tiempo de hacer preguntas. Una veintena de hombres andrajosos, con casco en la cabeza, la falda de algodón desatada y las barbas despeinadas, surgen de todos los rincones del callejón y se ponen a gritar.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Mentiroso! ¡Griego pederasta!

Con los puños levantados agitan más piedras. Tres de ellas caen con una cierta desidia entre Gabriel y Pedro.

—Creo que esos cabrones van a por mí —masculla el Griego, cuya alta figura supone un blanco ideal.

En el mismo instante, una nueva piedra, más pequeña pero lanzada con mayor habilidad, le da en la cabeza.

Si no fuera por su eterno gorrito rojo, ya tendría el cráneo partido. De todas formas, se tambalea. Gabriel le tiende un brazo para aguantarlo. Pero la lluvia de piedras se vuelve de pronto tan recia como los insultos y vituperios. Herido en una oreja, Pedro enrojece tanto por el dolor como por la furia. La sangre le brota y le empapa la barba.

Un dolor descarna los riñones de Gabriel. Con la espada ya desenvainada, se aparta de un salto para evitar un nuevo ataque, mientras Pedro levanta los brazos para protegerse la cara.

—¡A la fortaleza! —grita Gabriel—. ¡Va, va! ¡Yo me ocupo de ellos!

—Van a destriparos —masculla el Griego.

—A mí no; ¡a ti si sigues aquí!

Haciendo equilibrios bajo la lluvia de piedras, el Griego retrocede sin gloria hasta la puerta del recinto que apenas acaban de franquear.

—¿Os habéis vuelto locos? —grita Gabriel, apuntando con la espada sobre unos rostros embriagados de ira.

—¡Sí, locos, por haber escuchado las mentiras de ese Satanás!

—¡Aquí no hay nada! ¡Nunca ha habido ni un lingote de oro!

—¡Y se suponía que las paredes estaban forradas de oro! ¡Si ni siquiera hay qué comer! ¡Ni siquiera hay rastro de los indios!

—Pedro no os mintió. ¡Él estuvo aquí y lo vio!

—¿Ah, sí? Mucho bien te hará creértelo si encuentras oro en medio de todo este polvo...

—La ciudad ha sido destruida por la guerra entre los indios —intenta argumentar

Gabriel—. ¿Cómo iba a saberlo el gobernador?

—¡No sabe nada! ¡Ni siquiera sabe adonde va!

—¿Y tú qué sabes, jovenzuelo? ¡Tú ni siquiera sabes si estuvo aquí de verdad!

—Sí, porque vi los objetos que le llevó al rey. ¡Los vi con mis propios ojos! Había todo un carro lleno...

—¡Tonterías! ¿Por qué quieres que te creamos?

—¡Eres como ellos, muchacho! ¡Les lames el culo y las botas cada día que nos da Dios!

—No tienes nada que perder; ni familia ni casa. ¡Mirad al bastardo! ¡No eres más que un loco como el supuesto gobernador!

—¡El rey no está loco! —grita Gabriel, fuera de sí—. ¡El Consejo de Indias no está loco! Son ellos quienes le nombraron. ¡Sois vosotros los que estáis locos! ¡Tenéis tantos agujeros en el cerebro como en la camisa! Eso ha sido la guerra entre los indios, os lo digo...

—¿Y entonces?

—Entonces, hay que tener paciencia. ¿U os pensáis que vais a conquistar un país en un día por invadir una sola ciudad?

—¿Es esto la paciencia? Te enrollas como Pizarro, muchacho, y tu palabra no tiene más valor que la suya...

—¿Preferís volver a embarcar en las balsas?

Los hombres se callan, pero Gabriel sabe que sus gruñidos y sus miradas no prometen nada bueno.

—¡Ya no pueden más! —declara secamente De Soto, retirando la vista del rostro ensangrentado del Griego para mirar a don Francisco—. Ya no pueden seguir sufriendo tanto por tan poco. Han pasado semanas sin comer, han padecido enfermedades, la traición permanente de los indios, y todo esto para encontrarse con una ciudad destruida y unas cuantas promesas... Gobernador, tienen razón. Pido saber lo que pensáis hacer. ¿A qué esperamos?

Don Francisco no responde de inmediato. Le tiembla la barba como cuando la ira le hierve en las venas, pero no deja ver nada más.

—Mirad a vuestro alrededor, capitán De Soto —dice finalmente con una voz extrañamente contenida.

De hecho, todo su alrededor es esplendoroso. Parece una fortaleza protegida por un recinto de cinco altas murallas, con un espacio entre cada una de cien pasos. Son unos muros tan bien contruidos que han resistido sin mácula el ataque que ha arruinado media ciudad. En el centro, el lugar preciso en el que se encuentran, hay erigido una especie de palacio. Las paredes de aquí están finamente encaladas, pintadas con colores vivos y motivos extraordinarios, en los que se encabalgan animales, astros y figuras rigurosamente geométricas.

—¿No es esto el signo de un país grande y poderoso? —prosigue don Francisco.

—Yo todavía no he visto el oro.

—¡El oro, el oro!... Capitán De Soto, sé que os gustaría estar en mi lugar. Pero yo, yo sueño primero en ofrecer este país entero a la Santa Virgen y al rey. Luego tendremos el oro que queramos. ¡La propia Virgen nos lo va a entregar!

De Soto, elegante a pesar de estar perdiendo los estribos, bien afeitado, con la mirada viva del que se sabe amo desde hace mucho tiempo, lanza una burla llena de desprecio.

—¡A mí no, Pizarro! ¡Dejad a la Santa Virgen en casa, os lo ruego!

—¡De Soto —ruge Hernando, avanzando un paso y con la mano ya en la empuñadura de la espada—, o habláis con respeto al gobernador o tendréis que rendir cuentas conmigo!

De Soto los mira serenamente. Su mirada, cruzada por una sonrisa negligente, se desliza también por Gabriel y Pedro, pero vuelve rápidamente a fijarse en Hernando.

—¡Los hermanos Pizarro! Y parece que incluso uno de vuestros sobrinos está en el grupo. Todos hermanos del mismo padre, pero nada más...

La espada de Hernando vibra ya desnuda por el aire, pero la de De Soto se ha enderezado con la misma rapidez.

—Calma, Hernando —contemporiza don Francisco.

—Escuchad al gobernador, Hernando, y reflexionad un momento si la cabeza os lo permite. Si me retiro con mis soldados, perderéis el oro que me habéis entregado... ¡Y el Perú! Sin mí, ¿cuántos sois?: ¿cincuenta?, ¿sesenta? Y con una veintena de caballos que apenas se tienen de pie.

—Con vos tampoco somos muchos más —gruñe Hernando.

—¡No muchos más, sino el doble! Puesto que don Francisco quiere conquistar el país antes que el oro, eso podría resultar útil, ¿no os parece? ¡Muy útil! Sin mí...

—¡Excelencia! ¡Excelencia!

Fray Vicente Valverde, uno de los dos dominicos que han llegado aquí desde Panamá, se queda quieto en el umbral de la sala al descubrir las espadas desenvainadas. Por instinto, separa las manos en un gesto de súplica.

—¡Señores míos! ¿No podríais ser razonables un momento? ¿No creéis que la situación merece un poco más de raciocinio?

—Por suerte vos ponéis nombre a nuestras chiquilladas, fray Vicente —se ríe De Soto, volviendo a envainar la espada—, pero no a nuestro mal humor.

—¿Qué nuevas traéis?

Dirigiéndose a don Francisco, fray Vicente se persigna y resopla como si estuviera transmitiendo un secreto.

—Esta mañana ha llegado un viejo indio. Le ha contado cosas absolutamente sorprendentes a Martinillo, nuestro intérprete. Tenéis que escucharlo, excelencia. Y vos también, señores...

El hombre es bastante bajo. Su mirada está llena de profundidad y de franqueza.

Curiosamente, parece tener una gran admiración hacia los extraños que lo rodean. Con un dedo respetuoso, roza sus estolas, sus barbas, el metal de sus estiletos y de las fundas de las espadas, y sonrío con satisfacción, como si estuviera verificando una esperanza.

Él va ataviado con una simple túnica de algodón de color rojo y amarillo intensos. Tiene la piel bronceada, ajada, arrugada, pero sus manos son tan vivas como su voz es ligera. Lanza las palabras con agilidad, en un idioma tan líquido y sibilante que a Gabriel le parece más semejante a un canto que a un discurso.

Y Martinillo, el indio vestido de español, traduce con una gran seriedad en un castellano ahora ya muy claro.

—Dice que ha luchado en la guerra por el Único Señor de este país, el inca Hijo del Sol. Dice que es el único que se quedó aquí para esperar a los grandes señores del más allá, puesto que admira su manera de hacer la guerra. Dice que antes de que Tumbes fuera quemado por sus enemigos de la isla de la Puna, que no respetan al inca, tenía cerca de mil casas. Pero hubo muchos muertos, y el resto de la gente huyó cuando supo que los hombres con barbas y animales habían salido del mar. Él no quiso escapar porque sabe lo que es la guerra. Dice que ha estado en Cuzco, la ciudad sagrada del Único Señor. Es una ciudad como no se ve en ninguna otra parte. Sus calles están hechas de oro; las casas, los animales e incluso las plantas son de oro. Dice que los hombres con barbas y animales son muy fuertes para la guerra y que tienen mucho poder. Piensa que deberían conquistarlo todo. Es por esto por lo que no quiso huir como los demás y nos pide que no saqueemos su casa...

Y cuando el indio se calla, el silencio resulta perfecto, pues todos quisieran seguir oyéndolo hablar. Hasta el capitán De Soto ha abandonado su sonrisa orgullosa.

De pronto, don Francisco, en un gesto que a Gabriel le recuerda el que le vio una noche en Toledo, se arrodilla y se persigna ante el indio. Y cuando vuelve a levantarse, en su boca se extiende una sonrisa llena de orgullo.

—Capitán De Soto —murmura señalando al indio—, he aquí a un hombre que cree en nosotros más que vos mismo. ¡Y ya os lo había dicho: hay que tener paciencia!

—¿Os creéis lo que cuenta? —masculla De Soto—. ¿Las paredes de oro, los animales, las plantas de oro? ¿Os lo creéis realmente?

—En este país me creo muchas cosas, capitán. Y ya por mi buena fortuna. Además, vamos a comprobarlo, ¿no? —Y volviéndose hacia Martinillo, ordena—: Dile que no vamos a saquear su casa. Pondremos una cruz en su puerta. Y que nos cuente más cosas de esa ciudad de Cuzco y del camino que lleva hasta allí. ¿Está lejos?

HUAMACHUCO, ABRIL DE 1532

A lo lejos, las tres rocas que cuelgan de la cima de la colina de Porcón son todavía como sombras sobre el cielo oscuro, donde, de manera imperceptible, una luz azul se levanta formando un halo.

Anamaya mira a Villa Oma.

La preocupación constante por las luchas ha endurecido y ha arrugado su rostro. Los ojos, hundidos en las órbitas, le brillan como si fueran piedras en las que se han puesto las brasas. Desde que empezó la guerra, se presenta en todos los campos de batalla, interpreta todos los signos junto a los adivinos, manipula las invectivas y los ánimos. En la corte se rumorea que su cuerpo, flaco y seco, ya no tiene necesidad de ingerir alimentos, que el jugo de las hojas de coca le basta.

Aunque el primer resplandor del alba no haya cruzado todavía la noche, conduce con paso firme al pequeño grupo que se encamina hacia la colina. Anamaya camina justo detrás de él, al lado de Guaypar, silencioso, perdido en sus pensamientos. Preceden a la escolta de sirvientas que transportan las vasijas de *chicha*, los jarrones de oro y plata, y los tejidos en los que se conservan las ofrendas destinadas a la *huaca*. Dos jóvenes muchachos guían a las diez llamas destinadas al sacrificio.

La muchacha está turbada por la presencia de Guaypar. No puede olvidar su extraña petición y su desgarró, y no sabe cómo explicarle que ella no es su enemiga. Querría tranquilizarlo con la mirada, pero cada vez que gira los ojos en dirección a él parece estar mirando con intensidad el cielo que apenas empieza a clarear.

Las casas de la pequeña aldea se apiñan al pie de la colina. Todos sus habitantes están al servicio de la *huaca*, y todos se han enterado del rumor de que el Único Señor Atahualpa enviaba a dos de sus señores para consultar la *huaca*. Han salido de sus casas y observan en silencio el paso de Villa Oma, Guaypar y los demás. Anamaya no ve nada en sus miradas oscuras, casi ausentes.

El primer rayo de sol cae sobre la cima de la colina: sobre su roca más alta se levantan los muros de piedra negra que albergan al ídolo.

Anamaya se vuelve hacia Villa Oma cuando están a punto de emprender el ascenso.

—¿Qué quiere nuestro señor Atahualpa?

—Saber lo que su padre ya no te dice —dice Villa Oma con la voz apagada.

—Vas a decirme otra vez que es por mi culpa...

—Yo no digo nada de eso, muchacha —murmura el sabio—. No tengo necesidad de que un oráculo me diga que un héroe presa del pánico no es buena señal.

Anamaya se calla. En su corazón sabe que el sabio tiene razón.

El sacerdote que guarda la *huaca* está tan flaco que da miedo. El cuello tiene tres dedos de grosor, y es tan viejo que solo unos cuantos hilillos blancos forman la barba. Su mirada ya no tiene color, y apenas se mantiene de pie, apoyado sobre un bastón cuyo pomo simula una serpiente enrollada sobre sí misma. Sus pies descalzos muestran una suciedad repugnante y lleva una túnica que le llega hasta los tobillos. La túnica es de pelo largo —sin duda, de guanaco—, en la que se han pegado multitud de diminutas conchas rosadas.

Detrás de él hay un pequeño grupo de sacerdotes apenas más jóvenes y menos sucios que él.

Cuando Villa Oma está frente a él, el guardián abre la boca, y Anamaya hace un movimiento de retroceso. Está completamente desdentada, y el sonido que sale de ella tiene la profundidad de una especie de trompa: es la voz de los dioses que pasa por esta concha.

—Sé por qué estás aquí.

Mientras el sol asciende suavemente hacia su cénit, Villa Oma dirige la distribución de las ofrendas al ídolo, una estatua de piedra antropomórfica y del tamaño humano. El templo que lo cobija es una única sala, sin techo, cuya ventana queda a levante y la puerta a poniente. Los nichos colocados en las paredes contienen numerosos objetos de oro y están cubiertos de ricos tapices.

Antes de todo, los sacerdotes esparcen las hojas de coca a los pies del ídolo. Luego, Villa Oma y Guaypar, de pie frente a él, se arrancan una pestaña y la soplan en su dirección. Después, vierten jarrones de *chicha* murmurando palabras propicias.

Más tarde entregan al guardián el resto de las ofrendas. Éste sopla sobre cada ofrenda antes de colocarla encima de la tela de lana: coca, mazorcas de maíz, plumas de colores... Luego, cada tela es anudada y quemada en el fuego que se ha encendido justo en el exterior de la *huaca*.

Cuando el fuego se apaga, Villa Oma coloca ante el ídolo dos vasos de oro y dos vasos de plata. Entonces, hace una señal a los muchachos que se encargan de guardar las llamas: cada uno de los animales está atado a una piedra pesada y gira alrededor de ella. Una vez ha descrito cuatro o cinco vueltas, el guardián le hunde su cuchillo en el pecho, le arranca el corazón y se lo lleva a la boca, mientras los sacerdotes recogen la sangre.

Un murmullo escapa del pecho de las sirvientas.

Anamaya desvía la mirada: a pesar de estar iniciada en los misterios, de haber recorrido el camino de la Ciudad-que-no-se-nombra, de estar atada por su juramento, todavía siente rechazo ante la necesidad del sacrificio.

La sangre cae por las comisuras de los labios del guardián, por su cuello y hasta su túnica, en la que los hilillos van a perderse entre las conchas rosadas, entre los largos pelos. Sin pronunciar ni una palabra, cruza la puerta del templo y solo Villa Oma lo sigue.

Anamaya se queda con Guaypar, las sirvientas, los pastores y los sacerdotes de la *huaca*. El viento se levanta y les refresca la nuca, pero el cielo se ha cubierto de nubes negras y el aire es pesado.

El guardián ha ido a ponerse detrás del ídolo y su silueta descarnada ha desaparecido. A través de la puerta no se ve más que la espalda de Villa Oma, encorvada como un suplicante, y el rostro terrible del ídolo Catequil, dios de la guerra.

—Haz tu pregunta —dice el ídolo.

—Mi señor, el Único Señor Atahuallpa, quisiera saber cuál es su futuro.

No hay ni un segundo de vacilación. La voz del ídolo retumba como un trueno en el cielo tormentoso.

—Atahuallpa ha derramado demasiada sangre, y los dioses están enfadados. Su fin es funesto y está cerca.

Durante un momento, la espalda de Villa Oma permanece inmóvil, y todo el grupo contiene el aliento. Anamaya escucha los latidos de su corazón.

—Su fin es funesto y está cerca —repite la voz de trueno, mientras las nubes se rompen y las primeras gotas de lluvia empiezan a caer.

Villa Oma se incorpora, se da la vuelta y cruza la puerta de la *huaca*. Su rostro tiene el color gris de la ceniza.

Descienden por la pendiente de la colina en silencio, con la espalda encorvada bajo la lluvia que cae con gotas gruesas. Abajo, la aldea está desierta, como si todos los sirvientes de la *huaca* hubieran comprendido la terrible predicción y se hubieran encerrado en sus casas.

Cuando ven los muros del *tambo* de Huamachuco, Villa Oma se detiene para tomar a Guaypar por un brazo.

—No me acompañes.

—¿Por qué?

—Podíamos ser dos mientras Atahuallpa tenía la esperanza de obtener un oráculo favorable, pero debo estar solo para anunciarle que no lo es.

Guaypar tiembla de impaciencia y de frustración. Anamaya pone dulcemente su mano sobre la de él. Luego hace un gesto hacia las piedras bien alineadas del palacio del *curaca*, donde Atahuallpa aguarda la respuesta del oráculo.

—Sabemos que no tienes miedo —dice.

Guaypar dirige hacia ella su mirada oscura.

—Soy el único que sabe de lo que tengo miedo.

—Ya basta, Guaypar —dice el sabio—. Vuelve a tu *cancha* y espera las órdenes de tu Único Señor.

La mirada de Guaypar no ha abandonado a Anamaya; tiene una intensidad terrorífica, y Anamaya lee en ella unos sentimientos tan violentos que teme comprenderlos. Las palabras de consuelo y de amistad se quedan secas en el fondo de su garganta.

—Voy con vosotros —dice finalmente Guaypar.

—¿Lo oyes, Villa Oma?

Los ojos de Atahuallpa brillan con una mezcla de furor y de alegría.

—¡Huáscar ha sido derrotado!

—Lo oigo.

—Repítelo, Sikinchara, palabra por palabra, como me lo acabas de decir.

Anamaya reconoce al capitán Sikinchara, el mismo que la detuvo en la selva hace tantos años. Cada vez que lo ve no puede evitar el movimiento de temor de la niña que era y que, en su corazón, sigue siendo.

—Nuestras tropas han infligido en las de Huáscar una derrota tan sonora que todavía retumba por todas las montañas. Su ejército está a la fuga, o destruido, o ha desertado para pasarse al bando de nuestro Único Señor.

En el patio de la *cancha*, al otro lado de los gruesos muros, resuenan los gritos de alegría.

—Pareces taciturno, Villa Oma. ¿No te alegra nuestra victoria?

—Me habías enviado a consultar el oráculo de Catequil, señor.

—Que sin duda te ha predicho mi triunfo.

—No exactamente.

—¿No exactamente?

La voz de Atahuallpa vibra por la cólera contenida.

—Repite lo que te ha dicho el oráculo.

—No estoy seguro de que tengas ganas de escucharlo.

—Déjame ser juez de lo que tengo ganas de escuchar.

Villa Oma respira hondo.

—Éstas han sido las palabras del oráculo: «Atahuallpa ha derramado demasiada sangre, y los dioses están enfadados. Su fin es funesto y está cerca».

El silencio cae sobre la sala del palacio. Atahuallpa está sentado encima de un taburete elevado sobre un zócalo. Lleva los atributos reales: la cinta, la corona de plumas y el *sunturpaukar*, el cetro del poder. Sikinchara está a su lado; Villa Oma y Guaypar, frente a él, tienen la cabeza gacha, mientras que Anamaya se mantiene ligeramente atrás. En su presencia, siente la fuerza sombría que emana el inca, portador de rayos y truenos. Sin embargo, él pronuncia sus primeras palabras con una dulzura inesperada.

—Háblame de ese oráculo...

Villa Oma cumple la orden: describe la caminata nocturna, la aldea, las ofrendas, el viejo sacerdote con la túnica de conchas rosadas. Y luego repite las palabras: «Su fin es funesto y está cerca».

Atahuallpa se echa a reír.

—¿Y te crees ese oráculo?

Villa Oma no dice nada.

—Contéstame, tú, a quien llaman sabio y que, en efecto, no pronuncia más que

sabias palabras. ¿Te lo crees?

—No quiero responderte, señor.

—¿Y tú, Anamaya?

La muchacha permanece con la boca cerrada.

—Tenéis miedo —dice Atahuallpa—, miedo de esa *huaca*, que es tan enemiga mía como lo es mi hermano Huáscar.

Su voz intenta calmarse, pero Anamaya percibe en ella un tono de desmesura, de inquietud profunda.

—Y tú, Guaypar —pregunta finalmente—, ¿tú que opinas?

—Yo digo que hay que destruir todo lo que se opone a ti, señor.

—He aquí a un hermano —dice Atahuallpa.

PORCÓN, JUNIO DE 1532

El ejército de Atahuallpa ha entrado en el pueblo de Catequil al ponerse el sol. Guaypar y los otros capitanes se han colocado, bajo el *unku*, el corsé de cuero y el pectoral de metal. Llevan cascos de caña tejida, tan sólidos que no los puede romper ni un golpe de bastón ni de piedra, ni siquiera estropearlos. Por delante de ellos ondean las *unanchas*, los estandartes de brillantes colores. Justo detrás, en apretada formación, vienen los portadores de lanzas y, luego, los arqueros.

Ya no queda en la calle pavimentada que cruza el pueblo ni un hombre ni una mujer. Solo se ve un muchacho con su perro negro de pelo corto, que se ha quedado en medio, paralizado de terror.

Guaypar se acerca a él.

—¿Sabes quiénes somos?

El chico sacude la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Guaypar lo aparta sin malos modos.

En el mismo instante suenan las trompas y repican los tambores, cuyo eco rebota por las colinas.

Procedente de levante, decorada con un sol, la litera de Atahuallpa se acerca al paso lento de sus portadores. Con ornamentos suntuosos de oro y plata, y plumas multicolores volando al viento, parece que no fueran hombres los que la hacen avanzar, sino un ejército de pájaros.

La litera se detiene. Los tapices de fino *cumbi* apenas tiemblan bajo la brisa.

—¿Estáis listos? —pregunta la voz del inca.

—Sí, señor —dice Guaypar—. Esperamos tus órdenes.

—Desplegad las tropas en círculo alrededor de la colina para que el ídolo maldito, mi enemigo, no escape.

Con unas pocas órdenes concisas y secas, el ejército se pone en marcha.

Al alba, Atahuallpa sube solo a la cumbre de la colina. Únicamente le acompañan los dos señores que fueron a escuchar el oráculo: Villa Oma y Guaypar.

El guardián los espera, más sucio y repugnante que nunca con su túnica de conchas rosadas.

Atahuallpa desciende de su litera con un hacha cubierta de oro en la mano. El guardián no baja la mirada ni inclina la espalda frente al inca. Se queda de pie, apoyado en el bastón con el pomo en forma de serpiente.

—Sabes quién soy —dice Atahuallpa.

Él sacude la cabeza.

—Te conozco. Eres el señor Atahuallpa.

—Si me reconoces, ¿por qué no te has inclinado ante mí?

—Porque otros hombres vinieron a interrogar el oráculo de Catequil, y él les respondió, a través de mi voz, que no hay más que un Único Señor, cuyo nombre es Huáscar.

—Mientes.

—No tengo el poder de ser ni la mentira ni la verdad. Soy la voz del dios Catequil. Estaba aquí antes que yo y estará aquí después de mí.

—Mientes. Repite todas las mentiras que tienen relación conmigo, que yo las escuche de tu boca.

—Eres el señor Atahuallpa. Has derramado demasiada sangre. Tu final es funesto y está cerca.

—Mientes. Eres el amigo de mi enemigo, y por tanto mi enemigo. No sabes que soy un hombre del cual nadie se puede reír: ni hombre, ni *huaca*, ni ídolo...

—No eres el inca de todos los incas. No fuiste designado de manera oficial. Eres el hijo del gran Huayna Capac, pero de una madre de origen humilde...

El hacha ha cortado el aire con un movimiento tan rápido que nadie ha podido verla hasta que ha golpeado al guardián, cuya cabeza se despega ya del cuello, y la sangre mana a borbotones. Durante unos instantes, sus viejas manos permanecen aferradas al bastón; luego se aflojan y se deslizan a lo largo del palo al mismo tiempo que el cuerpo decapitado.

Guaypar se esfuerza en mirar la cabeza que ha rodado por los suelos, fijando una sonrisa de desprecio en sus labios.

Una gota de sangre del guardián se desliza por encima del único motivo de oro que decora el *unku* del inca, la figura geométrica del *kapak*, el jefe. Atahuallpa la ignora y se encamina hacia el pequeño templo en el que todavía reina el ídolo.

—Nadie se puede reír de mí —repite antes de cruzar la puerta, volviéndose hacia Villa Oma y Guaypar.

Levanta el hacha de nuevo y golpea al ídolo de Catequil con forma de hombre en el mismo lugar en el que ha golpeado al guardián, en el cuello. El movimiento es tan violento que hace vacilar el cuerpo de la estatua: se tambalea por el suelo y la cabeza se despega. Un poco de polvo gris va a posarse sobre el bajo de la túnica del inca.

En el umbral del templo, Atahuallpa resopla con fuerza, con los ojos inyectados de sangre, salvaje e infeliz.

—¿No estás contento, Villa Oma?

—No tengo motivos para estarlo, Único Señor; ni descontento tampoco. Te escucho y escucho a los ancestros del Otro Mundo. Te escucho y escucho a Inti, tu padre.

Desde abajo de la colina, un *chaski*^[22] se apresura. Llega sin aliento junto a Guaypar, con la frente brillante de sudor y los músculos de líneas alargadas y potentes de sus piernas todavía tensos por el esfuerzo. El joven capitán se vuelve

hacia él. El *chaski* le susurra algo durante un buen rato al oído. La mirada de Guaypar se ilumina.

—¡Único Señor! —exclama.

—¿Hermano mío?

—Huáscar, el usurpador, es prisionero de tu general Chalcuchima. Está encadenado. ¡Ha sido vencido, Único Señor! ¡Cuándo tú quieras, le podrás arrancar la piel de los huesos!

—Levanta los ojos hacia mí, Villa Oma. Mira a tu señor sin ese temor a los dioses que no tiene razón de ser.

Villa Oma sigue mirando fijamente el suelo.

—¡Se prepara una revolución, oh, sabio, como la que el Imperio de las Cuatro Direcciones no ha visto jamás desde Pachacutec, el Transformador! ¡Yo soy el nuevo transformador del mundo! Yo soy quien destruye a los dioses antiguos, los dioses malos; soy quien transforma a los hombres en piedras y a las piedras en hombres...

—No puedes decir eso, Único Señor —dice Villa Oma en voz baja—: ¡este es el poder que solo tiene Viracocha, el dios creador de todas las cosas!

—Puedo decir esto, y todo lo que me plazca, sabio sin sabiduría. ¿Guaypar?

—Sí, señor.

—¡Quiero que hagas subir toda la madera de sacrificio que encuentres en los edificios de esta aldea maldita, servidora de una *huaca* y de un ídolo malditos, y que rodees este cadáver —dice señalando con desprecio el cuerpo decapitado del guardián—, este ídolo y esta colina como ha hecho mi ejército, y que enciendas un fuego que llegue hasta mi Padre el Sol!

Guaypar intenta reprimir la sonrisa que invade su expresión.

—Como tú desees, señor.

—Cuando eso haya terminado, quiero que se encuentre lo que quede de la cabeza del ídolo, que sea reducida a polvo junto al resto de sus trozos y que todo se lo lleve el viento.

El *chaski* se ha mantenido todo el tiempo en una actitud respetuosa, con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza gacha detrás de Guaypar. El capitán se vuelve hacia él.

—¿Qué más tienes que contar?

El muchacho susurra de nuevo a su oído durante un largo rato. La sonrisa abandona el rostro de Guaypar.

—Hay más noticias —dice Guaypar.

—Más tarde, hermano —repite Atahuallpa—. Las noticias de hoy me bastan y no quiero esperar más.

Luego, vuelve a subir a su litera.

Anamaya contempla el fuego.

Ha alcanzado las casas de la aldea, se ha extendido por la maleza y se acerca a las tres rocas que remontan la colina.

Hay luz de día en plena noche y hace un calor terrible. Ella se vuelve hacia Guaypar.

—¿Eres tú quién lo ha hecho?

—He obedecido las órdenes del Único Señor.

No hay nada que responder. La muchacha observa a los aldeanos, que miran, con el rostro impasible, cómo sus casas, su colina y su dios arden.

—Pareces preocupado —dice Anamaya.

—Ha llegado un extraño mensaje...

—¿La detención de Huáscar?

—No. Unos indios tallanes, originarios de la costa, dicen que hombres blancos con el rostro peludo y el cuerpo recubierto de metal han llegado desde el mar...

El corazón de Anamaya empieza a latir con violencia.

—Alrededor de la cintura llevan una faja de la cual cuelga una especie de objeto de plata, parecido al bastón que utilizan las mujeres para tejer... Se desplazan y andan encima de unas llamas más grandes que las nuestras. Los tallanes los han llamado viracochas.

A pesar del calor, Anamaya tiembla tan fuerte que Guaypar se da cuenta. Intenta pasarle el brazo alrededor del hombro, pero ella lo rechaza con suavidad.

—Me acuerdo —dice—, me acuerdo... Era una niña y el gran rey Huayna Capac me había pedido que le diera calor cuando de pronto llegaron unos mensajeros... Hablaban de unos extraños que habían surgido del mar; decían el nombre de viracochas... Desde aquellos tiempos ya nada es lo mismo en el Imperio de las Cuatro Direcciones.

—¡Somos poderosos! —exclama Guaypar—. ¡Sometemos a todas las tribus!

—No sé por qué Huayna Capac ya no me habla desde el Mundo de Arriba. Su silencio me asusta. Durante mucho tiempo creí que era yo quien se estaba comportando mal. Ahora me pregunto si no es él el que se esconde para no ver el fin del mundo... «Su fin es funesto y está cerca», dijo el oráculo.

—Ya no hay oráculo, Anamaya.

—¡Mira!

Anamaya extiende el brazo hacia la colina. Todo está en llamas, pero la roca en la que se encuentran los restos destruidos del ídolo Catequil y su edificio no están ardiendo. Las llamas la rodean, danzan a su alrededor, haciéndola brillar en la noche como si se tratara de un templo de oro rojo.

Anamaya piensa en las palabras de Huayna Capac, las que ya ha escuchado, las que se esconden todavía en su corazón.

—Ni el fuego, ni el agua, ni el viento pueden destruir las palabras de la verdad, Guaypar; ni ningún furor.

CAJAS, OCTUBRE DE 1532

—¿Crees que nos ven? —pregunta Gabriel.

Sebastián mueve la cabeza.

—Yo creo lo que veo. El resto...

Desde que dejaron el lecho del río para adentrarse en las montañas, Gabriel es incapaz de no volver la cabeza para buscar tras los árboles y los troncos, y en las sombras de las rocas quemadas: ellos están ahí.

El destacamento de una cincuentena de hombres y una decena de caballos, encabezado por De Soto, recibió la orden hace dos días de dirigirse con guías hacia una ciudad en la que, según sus informaciones, hay una importante guarnición del rey de los indios.

Las semanas pasadas en Tumbes, en ese mundo extraño de mar y de río, de arena, de manglares y de selva, habían tenido un efecto sobre la potencia de su sueño: cuanto más se acercaba a lo que buscaba, más inalcanzable le parecía. Las jornadas empezaban, insensiblemente, a parecer días normales. Uno se habitúa fácilmente a no tener sed ni hambre, y a recuperarse de los males. Uno se habitúa a mirar al mar y, a lo lejos, ver los puntos oscuros que danzan sobre las olas, los pescadores subidos a esos extraños caballos de mar que utilizan y que, entre ellos, los españoles han bautizado como *caballitos*. Uno se acostumbra a cruzarse con la sonrisa furtiva de una mujer y con la mirada dura, impenetrable y hostil de un niño pequeño. La rutina de las guardias, la espera, crean una especie de torpeza de la cual resulta difícil salir.

Cuando Pizarro dio la orden a De Soto de encabezar un destacamento para acudir como embajada —¡al fin!— a través de las montañas hacia esa ciudad situada, según los guías, a tres días de marcha, y cuando tomó aparte a Gabriel para confiarle sus planes, su corazón volvió a palpitar.

—Quiero que os quedéis con De Soto —le dijo el gobernador—. Quiero que os confundáis con su sombra, que me garanticéis que cualquier jugarreta que pudiera tener en mente...

—¿Jugarreta? —se sorprendió Gabriel.

—No intentéis comprenderlo. Le conozco y conozco a los hombres. Conozco el precio de su obediencia. Vos id adonde vaya él, mirad lo que hace, y me lo contáis todo. ¿Entendido?

—¿Y si las cosas fueran mal?

El gobernador esbozó una sonrisa extraña.

—Somos menos de doscientos, Gabriel. A pesar de los consejos de mi querido hermano Hernando, que está dispuesto a todo para deshacerse de De Soto, no enviaría a una cuarta parte de mis tropas a una masacre. No sería cristiano por mi parte y,

sobre todo, no sería inteligente. No saldrán mal Yo rezo por vosotros.

Gabriel vuelve a pensar en el rostro del gobernador, en el pequeño cuerpo flaco del que se desprende una energía indomable, en su mirada, en la cual nunca es capaz de leer nada, en su barba, que parece siempre impecablemente recortada. ¿Qué quiere en realidad? Oficialmente, ponerse en contacto con el rey —Altabaliba, o un nombre parecido— y proponerle un pacto amistoso. Gabriel suspira: para su tranquilidad, vale más no dedicarle más pensamientos. Acabaría por volverse loco.

Hace dos días que partieron y la pendiente no ha dejado de elevarse. Una vez abandonado el sendero del fondo del valle, a la altura de dos enormes rocas blancas que parecían colocadas una a cada lado como dos centinelas, se hundieron por una vegetación densa, por caminos cada vez más angostos, pero empedrados de manera homogénea. Cada vez que emergen del bosque, al emprender cada puerto de montaña, bajo el cielo de un azul inalterable, Gabriel espera ver el espectáculo sereno de una llanura. Pero no hay más que montañas y más montañas, que parecen estrecharse sobre su pequeño grupo.

Se dirige por enésima vez a Sebastián, que anda a su lado.

—¿Cuántos crees que son?

Sebastián se ríe.

—¡Ya os he respondido a esta pregunta, don Gabriel!

—Lo sé: solo crees lo que ves. Pero ¿igualmente?

—Más obsesivo que este hidalgo... Si fueron capaces de construir ciudades como la que vimos destruida... Si su capital es la mitad de bella de lo que el viejo nos contó...

Gabriel mira la potente espalda de De Soto, pegado a su caballo, formando una imagen única con él.

—Y él, ¿crees que sabe más de lo que nosotros sabemos?

—Él es como el gobernador: lo hace ver... Pero creedme, el corazón le late con la misma fuerza y los ojos se le pasean con idéntica rapidez.

Los ojos... El día, la noche... De vez en cuando, Gabriel se despierta sobresaltado, convencido de estar siendo observado y de que hay ojos ocultos tras la oscuridad, empeñados en buscarlo, en escrutarlo. Es una impresión curiosa: tiene miedo, pero al mismo tiempo no teme por su vida. Si se despegara de su espíritu, vería sin duda la locura absoluta de esta empresa, se representaría las decenas de millares de soldados armados con lanzas, flechas, picas, que los esperan y, a la vuelta de la colina, van a rodearlos y masacrarlos horriblemente con una sonrisa en los labios. Pero los ojos que lo observan tienen una especie de calidad sombría, casi melancólica, y resulta agradable sumergirse en su azul nocturno.

A la mañana del tercer día, dos espías han sido capturados. A pesar de la mediación de Felipillo, ha sido difícil aclarar si su misión era hostil y lo que les esperaba realmente. Los rumores recorren la escolta, y De Soto ordena de nuevo la columna. Los soldados se han cambiado las corazas de cuero por las finas cotas de

malla, y de vez en cuando, de forma maquinal, Gabriel se lleva la mano a la espada.

Seguramente será necesario luchar.

Pero ¿contra qué?

El camino ha desaparecido de forma brutal y se ha convertido en una espantosa cantera, en la que hombres y caballos luchan por no caerse. Hay gritos, relinchos, respiraciones entrecortadas, sudor resbalando por las sienes y empapando las camisas. Las piedras caen a la velocidad del viento, como si las lanzara una mano invisible.

De Soto, solo, progresa sin esfuerzo. Adelantándose a su caballo —extraña impresión, puesto que los dos forman un solo cuerpo, y hasta el gris de la cota de malla se confunde con la tela de la montura—, avanza con regularidad, sin resbalar en ningún momento, como si tuviera los pies pegados al suelo.

Gabriel lo sigue de cerca y se reúne con él en el puerto, con el pecho ardiendo y resoplando como un animal.

—Ya hemos llegado —dice tranquilamente De Soto.

Gabriel no responde. De Soto lo observa con una afección huraña.

—¿No hablar conmigo forma parte de las órdenes que os han dado? —pregunta sin tosquedad—. Pensaba que vuestra misión se limitaba a vigilar mis actos y mis gestos...

Gabriel le evita la mirada y se vuelve con un encogimiento de hombros exagerado.

—No sé qué queréis decir, capitán De Soto.

—Venga —sonríe De Soto—, no mintáis, que no sabéis hacerlo. Me gustáis, joven. Y no solo porque me salvasteis la vida.

Gabriel se ruboriza y no sabe qué responder.

—Pero permaneced tranquilo —concluye De Soto, más bien risueño—, que eso no conlleva ninguna obligación por vuestra parte...

La silueta de las montañas se ha ensanchado finalmente para dar paso a una llanura. Hay un aire vivo, un poco más fresco, y los racimos de acacias se agitan bajo una ligera brisa. Un redil de esas ovejas a las que ahora saben que denominan llamas se quedan impasibles ante su llegada y continúan paciando.

Un poco más lejos, la hierba de la llanura está salpicada de manchas amarillentas que denuncian la presencia de varios centenares de tiendas. En medio de las hogueras abandonadas, todavía humean algunas brasas. El corazón de Gabriel está a punto de saltar.

—No hay nadie —dice De Soto—. Se han marchado.

—¿Adónde?

De Soto no responde. Mientras el resto del grupo los alcanza y descubre el espectáculo, van avanzando a través de la pradera. Las llamas levantan los largos

cuellos y los observan, como si fueran centinelas de ojos húmedos, femeninas. Gabriel escucha el viento y escruta el cielo, con los sentidos al acecho. Constantemente espera que una tropa escandalosa les salte encima; pero reina una paz tan serena, un silencio apenas alterado por el viento, que ello parece imposible.

Atraviesan el campamento: de las cenizas de las hogueras, todavía calientes, Gabriel recoge una bola negra que se lleva a las narices.

—Papa —dice una voz gutural, característica, a sus espaldas.

Se da la vuelta. Es Felipillo, uno de los dos intérpretes, el que no le gusta.

—¿Qué es?

—Es una de esas manzanas que crecen en la tierra y que se hacen cocer al fuego...

—¿Es buena?

—¡Por supuesto! ¿Por qué?

Gabriel no contesta. Decididamente, no consigue sentirse cómodo con Felipillo. El rostro del intérprete está, por decirlo de alguna manera, dividido en dos: la parte de abajo, dominada por una boca sensual, de labios golosos; la de arriba, animada por esos ojillos de hurón que nunca descansan. Felipillo tiene la manía de mirar a todos lados, como si estuviera acorralado. A menos que duerma, no deja nunca de espiar. Es imposible captar su mirada más de un segundo. Y además, uno no está nunca seguro de lo que traduce...

Gabriel sigue a De Soto. Alrededor de las hogueras hay rastros de una huida reciente y precipitada. Quedan algunos utensilios, jarrones de madera o de cerámica, vasijas e incluso algunas reservas de alimentos. De Soto se vuelve hacia él.

—¿Qué os parece?

—Hemos capturado a sus espías, pero no a todos...

El rostro de De Soto se ilumina. Inevitablemente, Gabriel siente simpatía hacia este hombre al que le han encargado que espíe, que lo sabe y que no le guarda rencor.

—Y en vuestra opinión, ¿quién tiene más miedo, ellos o nosotros?

—Nosotros no tenemos miedo, capitán.

—Eso es exactamente lo que yo pensaba.

Cuando dejan atrás las últimas tiendas, los dos hombres descubren el pájaro en el cielo. Es más grande que las águilas, más grande que el albatros, y negro como si fuera una nube tormentosa que silba a través del cielo azul inmaculado. Vira a lo lejos, por encima de sus cabezas, dibujando círculos que, poco a poco, se van cerrando. Lo admiran. La mirada de De Soto se aleja un instante y se fija sobre tres árboles que se levantan por encima de la pradera, frente a ellos.

—¡Dios mío! —exclama.

Y Gabriel apenas puede reprimir un grito.

Al salir de la llanura, la pendiente se eleva de nuevo hacia una especie de

explanada natural que domina el valle. Allí es donde se levantan las primeras casas de la villa, con sus paredes de tierra y sus tejados de paja.

Los hombres guardan silencio y temen una emboscada.

Todos tienen en la mente la imagen de esos tres indios colgados por los pies que se balanceaban al viento. Tenían las órbitas de los ojos vacías, y había sido difícil evitar preguntas estúpidas: ¿quién les había arrancado los ojos de esa manera, hombres o pájaros? Y por otro lado, ¿estaban muertos o vivos cuando les hicieron tal atrocidad?

Todos los caballeros aprietan instintivamente los muslos sobre las monturas. En el aire hay un triquitraque de armas, un zumbido de duda y de miedo, y también — Gabriel lo descubre para su sorpresa— una especie de alegre excitación.

Sin estar tan destruido como Tumbes, este sitio ha sido evidentemente víctima de los combates. Algunos de sus muros están derruidos, y también las casas, cuyos techos se ven quemados. Sin embargo, al parecer aquí la vida ha vuelto a empezar, o jamás ha cesado. En la entrada, un edificio más importante que los otros los impresiona por su altura. De Soto les hace señal de avanzar.

Recorren el muro de un sólido recinto, en el cual se enmarcan esas puertas que Gabriel reconoce por su forma típica, más anchas en la base y más estrechas por arriba, remontadas a veces por un dintel en el que hay un animal, un guepardo o una serpiente, esculpido.

Los ruidos que salen de los patios no tienen nada de amenazantes: son gritos familiares de niños, las reprimendas de sus madres... Asomando por una esquina, perciben de vez en cuando la figura de un hombre, que, atemorizado, desaparece con la misma rapidez.

La calle termina en un muro ancho, de construcción regular y portentosa; en medio se ha abierto una amplia puerta. Desembocan en una plaza de vastas proporciones, en cuyo fondo se levanta una especie de pirámide. La cima ha sido recortada, lo que configura una plataforma a la cual se accede por unos amplios escalones. De Soto levanta la mano para ordenar a sus hombres que se detengan. En la cumbre de la plataforma hay un pequeño grupo de hombres cuyas siluetas oscuras se recortan contra la luz del ocaso. Están quietos.

—¡Gabriel! —llama De Soto.

Gabriel llega hasta el lado del capitán.

—Id hasta allí a pie; llevaos a Felipillo y traedme al jefe de esta ciudad... Recordadlo: somos sus amigos.

—¿Creéis que van armados?

—El honor de descubrirlo es todo vuestro.

Gabriel se apresura a apearse de su caballo.

—Lentamente, ¿eh?, muy lentamente... Vos no queréis perderme, pero yo tampoco quiero perderos a vos. A la mínima amenaza gritad «¡Santiago!».

Gabriel le confía su caballo a Sebastián. Se siente pesado y confuso, sin ninguna

seguridad en las piernas. Felipillo intenta igualarle el paso. El brazo de Gabriel se detiene y topa con el pecho del indio, que retrocede, de pronto, atemorizado.

—¡Atrás —resopla Gabriel—, quédate atrás!

La plaza está recubierta de una tierra que recuerda la arena. Bajo sus pasos crujen millares de diminutas conchas. En medio, un simple hilillo de agua mana de una fuente cuya forma es exactamente la misma que la de la pirámide situada en el fondo de la plaza: el agua desciende por una acequia tallada a lo largo de los escalones, delicadamente esculpidos. «Serán salvajes, o monos, como dice Hernando —piensa furtivamente Gabriel—, pero ¡por Dios que saben cómo tallar la piedra!».

Cuando llegan a la pirámide, Felipillo se mantiene a una distancia prudente de Gabriel. Sin siquiera darse la vuelta, calcula el espacio que los separa de la protección reconfortante de De Soto, los caballos, las espadas. Sube cada peldaño lentamente, para no quedarse sin aliento.

Una vez en la cima, Gabriel se siente cegado por la luz del sol, que le quedaba oculta durante la ascensión. Curiosamente, una sensación de gran libertad le llega al corazón. Como un rayo se le aparece el recuerdo de las palabras del joven monje que compartía su celda en Sevilla... ¿Cómo se llamaba? ¡Bartolomé!

«No puedes saber nada de ti mismo hasta el momento en el que te acercan los hierros o el fuego...».

¡Sí, ahora es uno de aquellos momentos en los que uno conoce, por fin, su verdad!

No tiene miedo.

El hombre que tiene delante va vestido de manera extraña y magnífica. Lleva una especie de cordón multicolor alrededor de la cabeza, del que se escapan unas cuantas plumas de colores. Lleva una túnica roja y negra que le llega hasta las rodillas: en la parte superior hay unos felinos, como dos grandes gatos con la cola enrollada en espiral, que se observan con la boca abierta, en una expresión amenazante. En los pies, el hombre calza unas sandalias de cuero finamente trenzado.

—Somos los enviados del emperador Carlos V —empieza con orgullo Gabriel—. Venimos del otro lado del mar para traeros la amistad de nuestro rey, la palabra de Cristo y su mensaje de paz y de amor...

La voz de Felipillo suena tras él, ligeramente desagradable, con una serie de sonoridades roncadas. «¿Qué debe de estar traduciendo?», se pregunta Gabriel.

Luego sigue un largo silencio.

Al final, el hombre pronuncia unas cuantas palabras rápidas, con una voz grave y que Gabriel adivina asustada.

—¿Qué dice?

—Dice que os estaba esperando.

El hombre de los gatos en el pecho —Felipillo les ha contado que le llaman

curaca, es decir, jefe— ha multiplicado los gestos de amistad y de deferencia. Ha dado órdenes para que los españoles sean magníficamente instalados en su palacio y para que los sirvientes les lleven comida: maíz, carne curada, obleas. Los límites de su impasibilidad se ven traicionados por el temor ante los caballos: lo ha hecho todo para no tener que acercarse a ellos.

A pesar de las protestas —puesto que la promesa jamás cumplida de un país de oro calienta la sangre a muchos—, De Soto ha dado la orden a sus hombres de que exploren, en grupos de seis, todas las casas de la población; también ha prometido el más grave de los castigos contra cualquier caso de pillaje, robo o asesinato.

El palacio está formado por un patio interior, a cuyo alrededor se disponen una serie de salas únicas formando un cuadrilátero. Por la noche, las antorchas han sido encendidas e iluminan las paredes, de las que cuelgan tapices de la misma lana que la túnica del jefe, algunos con motivos geométricos, otros representando flores o animales.

La noche ha caído y con ella llega un frío intenso. Sirvientes con los ojos bajos les han traído mantas tejidas con una lana muy fina, pero que, en cambio, los abriga maravillosamente.

De Soto, Gabriel y Felipillo están solos con el *curaca*.

Su rostro permanece impasible. Abre la boca como si fuera a hablar; luego, la cierra.

Después se le encogen los ojos hasta formar una simple línea, y todos sus rasgos se deshacen.

Está llorando.

CAJAS, NOCHE DEL 10 DE OCTUBRE DE 1532

En medio de la oscura noche, Sebastián se ha deslizado al lado de Gabriel, sobre un lecho cuya confortabilidad los descansa de las rudezas del camino.

Una antorcha arde todavía en la pared y las brasas de la chimenea brillan en un rincón de la sala. Gabriel duerme a medias.

—Hay chicas —dice Sebastián.

Gabriel se incorpora.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Os acordáis del gran edificio por el que pasamos al entrar en la ciudad? Pues resulta que es una especie de convento lleno de muchachas; ya os digo, hay decenas, centenares de mujeres: viejas, jóvenes, algunas no muy bonitas, pero otras...

Gabriel se siente del todo desvelado.

—¿Y qué es lo que...?

—¡Nada, qué os habéis pensado! No vamos a desobedecer las órdenes del gobernador ni las del capitán Hernando de Soto.

—Tengo mis dudas, amigo.

—Nos hemos contentado con beber algunos vasos de una extraña bebida fermentada que producen en cantidades sobrenaturales. Tiene un sabor de maíz bastante desagradable, ¡pero, diablos, es increíble lo que calienta el corazón!

El brillo en los ojos negros de Sebastián hace reír a Gabriel.

—¿Y aparte de vaciar unos cuantos vasos amistosos?

—¡Nada, ya os lo digo, os lo prometo! Hay una forma de hablar a las chicas que la brutalidad bestial de los blancos os impide comprender. Nosotros tenemos una delicadeza que se os escapa y que nos permite...

—¡Basta ya, negro!

—Contadme vos a qué actividades serias os habéis dedicado mientras yo desarrollaba tan importantes misiones diplomáticas.

Gabriel suspira.

—Escuchamos cómo el jefe nos contaba sus desgracias.

—¡Grandes desgracias, seguro!

—Incluso De Soto, que ha visto cosas horribles, estaba afectado.

—Contadme.

—Llegamos a este país en medio de una guerra que se libra entre dos hermanos, que luchan por convertirse en el amo único. Y nuestro *curaca* no pertenece al bando adecuado.

—¿Los colgados?

—Ésos y muchos otros. Dice que su ciudad fue saqueada y en parte arrasada, que

sus habitantes fueron aniquilados, y muchos están ahora huyendo por las montañas... Dice que el ejército del rey vencedor le roba a sus hijos y a sus hijas, vacía los edificios de provisiones... El campamento que vimos era el de los vencedores: fue la noticia de nuestra llegada lo que los hizo retirarse, a dos días de marcha de aquí. Pero tiembla de pavor al imaginarse que pueden volver y ejercer otras venganzas. Por sus lágrimas pasan recuerdos de torturas y de crueldades que no nos podemos ni imaginar...

Sebastián se calla.

—¿Qué dice De Soto? —pregunta luego.

—Dice que es una buena noticia.

El botín de oro es mísero. Unos cuantos lingotes, algunos objetos, vasijas... El *curaca* pone una cara sinceramente desolada por no ser capaz de ofrecerles nada mejor. Está sentado sobre un taburete, hacia el centro de la explanada, a la sombra de una acacia. De Soto está a su lado e intenta poner gesto de satisfacción. Los hombres, esparcidos por la plaza, murmuran; se han colocado espías en la cima de esa plataforma a la que llaman *ushnu*. Felipillo traduce más de lo que le piden, se agita, pregunta, y luego se gira hacia el capitán español.

—Dice que os puede ofrecer otra cosa...

—¿De qué se trata?

—Mujeres, para que os sirvan como cocineras por el camino. Quiere seros agradable y aprender las costumbres de los cristianos. Os pide vuestra amistad y protección.

—Dile que si sigue así no le pasará nada malo por nuestra causa, ni a los habitantes de su ciudad.

Felipillo traduce. El rostro del *curaca* ha recuperado toda la nobleza de su contención. Su entonación es la de un hombre habituado a mandar.

—Propone que uno de los vuestros vaya al *acllahuasi* —la casa de las muchachas — con sus sirvientes Volverán a la plaza con las mujeres para que vosotros podáis escoger.

De Soto le hace una señal a Gabriel. Unos cuantos españoles se acercan, intentando comprender lo que ocurre, lo que se dice.

—Daos prisa —murmura De Soto—. Traedlas antes de que nuestros muchachos las vayan a buscar por su propia iniciativa...

Gabriel no osa decirle que los muchachos ya han visitado el lugar... para causar sabe Dios qué estragos. Se cruza con la mirada irónica de Sebastián.

Cuando llega con los sirvientes a la casa de las mujeres reina allá una agitación indescriptible. Todas las mujeres están reunidas en el vasto patio: las de más edad, que parecen mandar, y las más jóvenes, a veces apenas niñas. Van ataviadas con túnicas largas, blancas o rojas, que acompañan grácilmente sus movimientos cuando

se desplazan. Las mayores llevan una especie de mantón sobre los hombros, que se cierran con unas pinzas de oro o de plata finamente talladas. Por la abertura de una habitación ve unas labores de tejido. Reina un fragor de patio de granja, en medio del cual estallan risas y sollozos. Los sirvientes del *curaca* vocean sus órdenes y se hace un silencio relativo.

Cuando regresan a la plaza, los españoles se ponen a gritar y a silbar. Algunos no dudan en intentar manosear a las muchachas; otros les arrancan las pinzas de oro de sus capas. El desorden es indescriptible.

De pronto, un grito atraviesa la algarabía: un grito de ira, que procede de la cumbre de la pirámide. Un indio de talla imponente, encuadrado entre los dos espías españoles, se mantiene de pie sobre la plataforma. Supera en casi una cabeza a los dos soldados y su nobleza es evidente. Hilos de plata y oro corren por su túnica, con motivos geométricos de una sutileza increíble, y lleva en las orejas tapones de oro como los que ya habían visto, pero de un grosor impresionante.

—¡Basta ya! —grita De Soto.

En un santiamén, se recupera la calma.

—Y dejadlo —les dice a los centinelas.

El indio desciende por los altos peldaños de la pirámide con una suavidad de felino. Cruza la plaza con paso enérgico. Luego viene a plantarse frente al *curaca*, ignorando por completo a De Soto, y le dirige unas cuantas palabras, ostensiblemente presa de una inmensa cólera. El *curaca* se levanta de manera precipitada y masculla unas cuantas palabras de excusa.

De Soto hace señales a los españoles para que no se muevan, y al *curaca* para que se siente a su lado. Luego se vuelve hacia Felipillo, inquisitivo.

Pero el intérprete parece también haberse quedado paralizado ante la presencia del recién llegado.

Durante el desorden, Sebastián se ha colocado junto a Gabriel.

—No tiene pinta de sentirse a gusto el orejudo —susurra.

El indio se dirige ahora a Felipillo con una voz enfurecida.

—Dice —empieza el intérprete— que vamos a morir todos porque habéis tocado a las mujeres que son propiedad de su amo. Dice que si alguno de vosotros les vuelve a poner la mano encima sus tropas vendrán a aniquilaros.

—No dudo de su poder —responde De Soto tranquilamente—, pero no creo que nos vaya a asesinar dos veces. ¿Quién es su amo?

—El rey. El inca de todos los incas.

—¿Cuál es su nombre? ¿Dónde está su amo?

Felipillo habla nerviosamente con el noble sin atreverse a mirarlo. El otro responde, más tranquilo.

—Se llama Sikinchara. Es embajador de su rey, Atahuallpa, que se encuentra a veinte leguas de aquí.

Veinte leguas... Gabriel siente cómo su corazón enloquece. Destellos del viaje

cruzan por su cabeza: las olas altas como palacios, las tormentas, el hambre... Y ahora se encuentra a veinte leguas de la fortuna o de la muerte.

—Dile que nuestro amo, el gobernador don Francisco Pizarro, enviado por nuestro rey, Carlos V, que reina en la tierra, desea invitarle como amigo y que nos haga la gracia de acompañarnos, de aceptar nuestros presentes y nuestra amistad. Dile que le respetamos, que no hemos querido ofenderle y que tememos a su amo, de quien sabemos que es un señor poderoso, al que hemos venido a ayudar en una batalla justa.

Felipillo traduce largamente. Sus labios carnosos se agitan y el sudor le resbala por la frente. Sikinchara le escucha con atención mientras mira también, como de reojo, el extraño aspecto de los soldados, los caballos, las espadas que cuelgan, las corazas. Mientras Felipillo habla, sonrío varias veces, visiblemente satisfecho de lo que oye. Luego responde.

—Quiere ver a vuestro amo. Tiene un mensaje importante para él y también presentes.

—Dile que se encuentra a tres días de marcha de aquí, en Serrán, y que yo lo escoltaré hasta allí como un hermano y le garantizaré su seguridad.

Gabriel observa a Sikinchara. Jamás había visto una cara como la suya: aunque esté familiarizado con la piel de miel y los pómulos marcados de los indios, desconoce esa mirada en la que los ojos brillan como brasas. De una ojeada, abarca a todos sus compañeros: rostros, aspecto, aura... Tienen una pinta bien triste al lado de este hombretón.

—¿La capital del inca está situada donde él está ahora, a veinte leguas?

Sikinchara pone cara de encontrar esta pregunta muy divertida. Mira a los españoles, uno a uno, como para saber si todos son tan ignorantes como el que dice ser su jefe. Luego se explica largamente.

—Su capital —dice con prudencia Felipillo— está en las montañas lejanas, a más de una luna de marcha. Se tarda un día en rodearla. Allí residen multitud de pueblos de todas las zonas de la tierra. Está también el palacio de los incas difuntos y también numerosos templos con una gran cantidad de sacerdotes. El más importante de esos templos contiene innumerables ofrendas en forma de metales preciosos...

Ante la evocación de esos edificios con el suelo pavimentado de plata, con los tejados y las paredes cubiertos de placas de oro y de plata entrelazadas, un silencio perfecto ha vuelto a reinar en la plaza.

Gabriel ya no escucha.

Su mirada se ha ido allí arriba, encima de la explanada, más allá de la cumbre de la pirámide, más allá incluso de las montañas que dominan la ciudad. Flota por esas montañas lejanas, cruza las nieves eternas que el sol hace brillar como si fueran placas de oro, está en ese palacio y esos templos en los que destellan el oro y la plata, está en esos territorios del sueño y, en su visión, es el primero en descubrirlas; abre los brazos y el mundo es suyo. Ya no se siente como un hombre pegado a la tierra,

sino como un animal —el pájaro que surca los aires, el felino que salta, poderoso—, o como una nube, un torrente que se desliza a lo largo de las laderas y salva de una tirada los acantilados...

Es libre.

Apenas escucha cómo De Soto da la orden de partir.

YBOCÁN, NOVIEMBRE DE 1532

Sikinchara coloca frente a Atahuallpa la camisa de Holanda, los borceguíes, los collares. Luego posa con precaución las dos copas de cristal muy cerca del inca.

—Su jefe, al que a veces llaman *capito* y a veces *gobierno*, ha dicho estas palabras antes de entregarme los regalos: «Dile a tu amo que no me voy a detener en ningún pueblo del camino para así tener la ocasión de encontrarme con él cuanto antes».

El Único Señor Atahuallpa está sentado en un pequeño banco, y Anamaya, a pesar de su curiosidad, permanece en la sombra como si ella misma fuera sombra. Guaypar y Villa Oma miran los objetos sin osar tocarlos. Los vasos transparentes son las cerámicas más sorprendentes que han visto en su vida. Atahuallpa tiende la mano, los toca con las puntas de los dedos antes de levantar uno y mirar hacia la luz a través de este material extraño.

—Y tú —pregunta—, ¿le entregaste nuestros presentes?

—Sí, Único Señor. Contemplaron las maquetas de piedra de las fortalezas sin decir nada. Y me preguntaron acerca de los patos rellenos de lana. Les expliqué que, cuando se reducen a polvo, producen un humo muy agradable al olfato... Pero sobre las túnicas de oro y plata no preguntaron nada.

—¿De dónde dicen que vienen?

—Del otro lado del mar. Obedecen a dos reyes: uno que dirige el Mundo de Abajo y otro que es el amo del Mundo de Arriba.

—Los tallanes afirman que son unos seres a la vez terrestres y marinos, cuyo Arriba se parece al de los hombres y cuyo Abajo al de las llamas. Pronunciaron el nombre de viracochas...

Sikinchara se echa a reír.

—¡Seres del Otro Mundo! Yo también he oído hablar de esta leyenda... ¡Créeme que no son más que hombres, Único Señor! Son distintos a nosotros porque su piel es más pálida y tienen pelos en la cara. Es cierto que algunos de ellos iban montados sobre ovejas, lo cual, en la llanura, les permite avanzar a mayor velocidad. Pero ¿te imaginas a esas bestias por los caminos del inca? ¡Mis espías las vieron y a duras penas pudieron llegar a Cajas!

—También se dice que llevan unos bastones que escupen fuego.

—Es una de sus diversiones: encienden una especie de polvo en ese bastón y produce un ruido ensordecedor. La primera vez resulta muy sorprendente.

—Y esos cinturones que llevan al costado...

—Son armas como las nuestras, un poco más ligeras. Por el miedo que manifestaban ante mí, no deben de ser muy eficaces.

—¿Cuántos son?

—Menos de doscientos. Muchos de ellos parecen debilitados, enfermos.

—Háblame de su jefe.

—Es un hombre alto, pero muy flaco y muy viejo. Tiene el pelo del color de la nieve. Su mirada es tan dura como las piedras que utilizamos para las hondas, pero sonrío mucho. Sus capitanes le obedecen; menos uno, que es su hermano y que siempre quiere parecer tan importante como él. Pero a pesar de su pelo y sus ojos, no es más que un viejo. Un solo martillazo bastaría para romperle la cabeza. Y creo que te tiene miedo. Manifiesta mucho respeto hacia ti y asegura que solo está aquí para ayudarte.

La voz de Guaypar se hace oír de pronto.

—Yo también he visto a esos seres extraños y, Aunque no tenga su experiencia y no los pueda haber observado desde tan cerca como él, no comparto la opinión del embajador Sikinchara.

Atahuallpa se vuelve hacia Guaypar.

—Es cierto que no tienes la experiencia que correspondería a tu coraje, Guaypar.

—Esos hombres son peligrosos, Único Señor. Cuando están frente a nosotros sonrían y fingen ser amigos. Pero por las aldeas por donde han pasado han hecho grandes matanzas con esas armas que Sikinchara considera inofensivas. Dicen que quieren ayudarte, ¡pero a otros les han prometido ayudar a Huáscar el maldito!

—Pues ahora sí que necesitaría su ayuda —se burla Sikinchara.

—¿Qué propones, Sikinchara?

—Propongo que les dejemos llegar hasta nosotros.

—¡Qué locura! —interviene Guaypar—. Habría que aniquilarlos de inmediato. Cuando me retiré de Cajas con mis tropas ya los tenía rodeados. Estaban a mi merced. Estaba ansioso por acatar la orden, Único Señor, pero la orden nunca llegó.

Sikinchara sonrío con desprecio.

—Los destruiremos en el momento en que nuestro Único Señor dé la orden de hacerlo.

—¿Lo dudas, Guaypar?

Guaypar no tiene tiempo de responder. Villa Oma, en silencio desde el principio de la conversación, interviene de pronto.

—Yo sí lo dudo.

Atahuallpa levanta la mano para imponer silencio. Se hunde en sus reflexiones, y Anamaya, que eleva furtivamente la vista hacia él, se sorprende al descubrir la incerteza en el fondo de sus ojos.

Una nube de lluvia pasa y va a posarse sobre el *tambo*. Mientras que Atahuallpa se ha quedado solo en su palacio, Villa Oma y Anamaya han salido al exterior de la *cancha*.

En cada rincón del Imperio de las Cuatro Direcciones, Anamaya es incapaz de no

admirar la armonía que reina, su perfecta organización: aquí ella ve la *kallanka*, la sucesión de graneros donde se guardan las provisiones, justo al borde de las primeras terrazas en las que se cultivan el trigo y la quinua, más abajo de la *huaca*, que se levanta justo a la altura de la montaña que domina Ybocán. Unos cuantos días más de marcha y llegarán a Cajamarca, una de las principales ciudades de Chinchaysuyu, para celebrar la victoria de Atahuallpa y la consolidación definitiva del Imperio.

Pero Anamaya ve esa nube que pasa una y otra vez sin dejar que el buen tiempo se instale.

—¿Qué piensas de todo esto, Villa Oma?

—Parto hacia Cuzco con un peso en el corazón, pequeña.

—¿Qué quieres decir?

—No me gusta lo que he oído esta mañana. Sikinchara es un soldado fiel, pero tengo mis dudas sobre su inteligencia... Y Guaypar es valiente, pero impulsivo...

Anamaya no dice nada.

—Atahuallpa cree que se está preparando un *pachacuti*^[23], una revuelta, una transformación del mundo, del cual será el amo..., pero no ve los signos, y no oye a los hombres...

—No es culpa suya si los hombres le mienten, o si tiene polvo en los ojos...

Villa Oma sacude la cabeza en un gesto de negación.

—Además, temo por la suerte de Cuzco...

—¿Por qué? ¿No es Chalcuchima el amo de la ciudad?

Villa Oma esboza una sonrisa amarga.

—Al parecer, la locura es la única dueña de la ciudad. Yo mismo fui el primero en animar a Atahuallpa a emprender la lucha contra Huáscar y sus locuras...

—Y era necesaria —aprueba Anamaya.

—Sin duda... Pero a partir de entonces, el odio se ha convertido en una planta enloquecida. Atahuallpa tiene en mente una venganza tan desmesurada como la demencia de su hermano. Me ha encargado retomar bajo mi mano el clero de Cuzco, que Huáscar quiso reformar. Pero no me marché solo. El general Cuxi Yupanqui me acompaña y tiene instrucciones precisas: ningún partidario del usurpador debe quedar con vida; ni sus mujeres ni el más joven de sus hijos. Solo las muchachas que no hayan tenido relaciones con un hombre se salvarán para engrosar las filas de concubinas del Único Señor. Ha precisado de forma explícita que ni siquiera sus propios hermanos y hermanas deben escapar al castigo. Estamos hablando de la desaparición de clanes enteros, como el del padre del propio Huayna Capac. Eso no me gusta, Anamaya, no está dentro de la tradición del Imperio, no parece respetar la nobleza de los incas y de la religión del Sol... Se trata de un vulgar jefe de tribu que se está vengando con la sangre y el asesinato.

—¡Atahuallpa no pudo ordenar una cosa así!

Villa Oma mira a Anamaya con una ternura muy rara en él.

—¡Tú misma fuiste testigo de la suerte del ídolo Catequil! Su odio hacia Huáscar

le ciega. Y antiguos miedos lo asaltan...

—Hace muchas lunas que las miradas se dirigen hacia mí en busca de una verdad que no tengo, Villa Oma...

—Lo sé, muchacha, y sin embargo la confianza que te tengo..., y recuerdas lo que costó consolidarla, es plena y sólida. Te llevé a la ciudad secreta y hoy te abro el secreto de mi corazón: Atahuallpa no es el hombre que salvará el Imperio de las Cuatro Direcciones...

—¿Quién será, entonces?!

El grito se escapa de la boca de Anamaya, sobresaltando a un joven pastor que sube hacia la explanada con su rebaño de llamas pardas, avanzando con elegancia por las amplias terrazas. La muchacha continúa con más calma.

—Entonces, sabio, ¿quién puede salvar el Imperio?

—Lo ignoro, muchacha. Mientras tanto, puedes ayudar a Atahuallpa...

—¿Cómo?

—Se fía de ti como persona. Tú eres la que vio su triunfo, la que lo salvó de la prisión... Si pudieras ver su futuro y decirle que pasa por la paz en el Imperio y el perdón a los clanes de Cuzco...

Ella le interrumpe con vivacidad, pero sin levantar la voz.

—¿Me estás pidiendo que vea lo que en realidad no veo?

Villa Oma la mira con intensidad.

—Te estoy pidiendo que detengas un desastre...

—Yo no puedo mentir, sabio. Me parece que si lo hiciera, el inca Huayna Capac en persona regresaría del Mundo de Abajo para reprochármelo.

Villa Oma suspira.

—¿Tienes que ayudarnos, *Coya Camaquen!*

La voz de Villa Oma tiembla. Su mirada brilla con una inquietud que la muchacha le ha visto raramente desde la muerte de los poderosos ancianos en la ruta de Cuzco.

—Entonces, ayúdame, sabio —murmura ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Haz que mi esposo, el Hermano-Doble de oro, regrese a mi lado!

—¿Es imposible! Está donde debe estar, en el templo de los orígenes, cerca del cuerpo seco del Único Señor Huayna Capac...

—Si quieres mi ayuda, sabio, ordena que lo acerquen a mí.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¡Jamás se ha separado a un Hermano-Doble de su señor! ¿Qué sería de nosotros si le sucediera algo malo?

—¿Tengo que estar a su lado, Villa Oma! No puedo mentir. Pero el poder del Hermano-Doble quizá ayude al Único Señor Huayna Capac a visitarme, a hablarme y a llevarme hacia el Otro Mundo. Es la única solución para que yo vuelva a ser como antes. No me preguntes por qué, pero lo sé...

Ahora domina el sol, y no parece que nada en el frescor del aire pueda alterar la paz.

—Te lo enviaré en cuanto llegue a Cuzco, bien escoltado.

—¿No deberíamos decírselo a Atahuallpa?

—¡No! ¡Vale más que esto quede entre nosotros, muchacha!

Anamaya acata. Sin embargo, al subir hacia el palacio, siente debilidad en las piernas: hacerse mayor, se dice, significa guardar para sí secretos que pesan demasiado, sentir emociones que no pueden compartirse con nadie.

La sombra invade poco a poco la *cancha*. Anamaya descansa sola, tapándose los oídos para no escuchar los gritos de alegría que proceden de la calle. La *chicha* ya empieza a correr: todos los soldados saben que las celebraciones de la victoria, que este año van a confundirse con las de Capac Raymi, van a ser inolvidables.

Una silueta se enmarca en la puerta. La muchacha se levanta de su lecho y se refugia en un rincón, evitando apenas volcar una vasija.

—¡No tengas miedo!

Es Guaypar. Lleva un sencillo *unku* de color blanco, cuya cintura deja ver una geometría de formas y de colores amarillos, rojos y naranjas. Una fuerza salvaje domina su aura, y ella la percibe.

—No tengas miedo —prosigue él sin moverse—, no he venido ni a amenazarte ni a hablarte de amor...

La tristeza que hay en el fondo de su voz la emociona y la paraliza. Nunca ha sabido cómo decirle que lo comprende, que se siente halagada. ¿Quizá algo más? La idea la atraviesa como un rayo, y ella la rechaza: en su corazón es la *Coya Camaquen*, la esposa del inca difunto.

—Me tachan de impulsivo y de poco reflexivo, pero he reflexionado más que Sikinchara. Cuando digo que los extranjeros son peligrosos, lo sé. Pero no quieren escucharme...

—Ya están celebrando la victoria...

—Se equivocan. Créeme, para muchas tribus, en muchas aldeas, el paso de los extranjeros ha vuelto a despertar muchas iras... Son doscientos, quizá: pero ¿quién los sirve?, ¿quién los alimenta?, ¿quién les lleva los bultos?, ¿quién, incluso, ha tomado las armas para ir a luchar a su lado? Indios... Lo sé; los hemos sometido mediante el terror o por la diplomacia, pero reina en ellos un espíritu de venganza. Es por eso por lo que tenemos que taparnos los oídos ante sus palabras mentirosas; es por eso por lo que hay que acabar con ellos sin permitirles dar un paso más.

—Le has contado lo mismo al Único Señor, pero no quiso escucharte.

—A ti te escuchará.

—Déjame, Guaypar.

Guaypar se acerca a ella, a un palmo, y levanta una mano. Ella suspende su respiración.

—No me toques —susurra.

—No te toco.

Pasa la mano muy cerca de ella, muy cerca de su cuerpo, tan cerca que ella oye la respiración que le levanta el pecho, el temblor de su mano. Él dibuja sus formas, arrodillándose a medida que desciende a lo largo de su cuerpo, como si la acariciara con una suavidad infinita. Ella siente que respira más rápidamente y querría evitarlo, pero no lo consigue.

Cuando llega al pie, desnudo dentro de la sandalia de paja, roza simplemente uno de sus dedos, y ella cree que se va a desvanecer, sintiendo su aliento en la piel...

—¡Guaypar!

Él se levanta bruscamente.

—Si quisiera olvidarte, no podría hacerlo.

Ha pronunciado estas palabras muy de prisa; las ha mascullado con una violencia que desmiente su ternura. Luego sale de la estancia, casi dando un empujón a Inti Palla, que se queda mirando a Anamaya con asombro.

—¿Qué hacía en tu habitación?

—Pues...

Anamaya recupera el aliento.

—Quería pedirme que hablara con Atahuallpa...

—¿A tus pies?

—Me lo estaba suplicando.

Inti Palla hace una mueca de desaprobación. Anamaya no puede evitar admirarla. El anaco que envuelve a las otras muchachas como un saco se pega a su cuerpo y deja entrever sus formas generosas. Su larga melena está separada en dos colas gruesas, sujetas con dos finas pinzas de oro, una en forma de serpiente, la otra de colibrí.

—Quizá te escuche a ti...

—¿Por qué?

Anamaya se siente aliviada por el hecho de que Inti Palla no insista en el tema de Guaypar. Es evidente que ha venido a hablar de otras cosas.

—Apenas me mira, ya no me toca nunca...

—Los problemas del Imperio son difíciles...

—¿Por qué, entonces, pasa las noches con Cori Chimpu? ¿O con Cusi Micay?

—Volverá a ti, Inti Palla. Tú eres más bella que todas las demás.

Las palabras han surgido con sinceridad de la boca de Anamaya. Inti Palla la hace sentarse con ella en el lecho, con las piernas dobladas debajo del cuerpo.

—Te has convertido en mi única amiga —le dice—, y fui tan mala contigo...

—¿Tú, mala? No lo recuerdo.

Inti Palla se echa a reír y la toma por el cuello.

—Sí, mala; tenía celos y creía que me lo querías quitar...

—¿Yo?

Anamaya se queda estupefacta. ¿Cómo una muchacha flaca recién salida de la selva podría suponer una amenaza para una mujer joven tan perfecta, tan sensual

como Inti Palla?

—Abrázame —murmura la concubina.

Anamaya está turbada, pero se deja hacer. Las dos muchachas se tumban; una ligera brisa entra por la ventana abierta de la *cancha* y la cortina de plumas que cierra la puerta se estremece por el viento.

Tiene el brazo alrededor del hombro redondo de Inti Palla y, por primera vez desde hace muchos días, se olvida de la tensión permanente de los conflictos y de las inquietudes de la guerra.

Pasa un dedo por la mejilla de su amiga y atrapa una lágrima.

A oscuras, lame la lágrima de su dedo y le susurra palabras tiernas, sin respuesta, para consolarla.

HUAGAYOC. 11 DE NOVIEMBRE DE 1532

Uno tras otro, dos rayos destripan el cielo de acero en el fondo del valle. El trueno rueda por las abruptas pendientes como si martilleara sus flancos.

Cuando el fragor se aleja, el perro de Martín de Moguer ulula hacia el cielo como si viera en él un indio al que morder. Los rayos y los truenos han acabado de excitar al animal, un mastín de Nápoles del tamaño de un ternero, blanco como la leche, pero con los ojos tan negros y enloquecidos como los de su amo, un marinero grande y de mandíbula cuadrada, que se ha sumado a la expedición con Benalcázar. Por motivos que Gabriel ignora, Moguer se presenta siempre como voluntario para las incursiones de reconocimiento. ¿Espera ser el primero en hundir las manos en los tesoros prometidos?

Gabriel los observa, a él y a su perro, con un asco que le cuesta disimular.

Van de avanzadilla, un cuarto de legua más adelante que el grupo principal, encabezado por el gobernador. Pero en unos pocos giros han ascendido lo suficiente como para sobrepasar la niebla que se acumula por encima del río y perder de vista la larga columna abigarrada que avanza hacia Cajamarca.

«Ciento ochenta hombres y cincuenta y siete caballos», le gusta repetir a Pizarro, no para recordarles el número ínfimo de los que partieron a la conquista de este inmenso y poderoso Imperio, sino más bien para diferenciarlos de todos aquellos que se van incorporando a sus filas, día tras día, a medida que progresan hacia el centro del Imperio: los centenares de esclavos mestizos o negros, procedentes del istmo, y sobre todo millares de indios, los tallanes, los chimus, aquellos cuyo poblado ardió porque no pagaron el tributo, todos aquellos que tienen una razón u otra para detestar a los incas o para desear vengarse de ellos.

El camino empieza a estrecharse. Se encarama por la ladera de la pendiente, a veces pegado al acantilado en el que apenas hay el espacio suficiente para que los hombres puedan hacer que pasen las bestias.

Desde hace tiempo, su pequeño grupo de avanzadilla va a pie. Avanzan con la nuca encorvada y el casco inclinado sobre la frente para evitar que la lluvia los ciegue, tirando de las monturas con una rienda encima del hombro.

Los caballos están inquietos y agotados. Demasiado mal alimentados desde hace semanas, en sus flacos cuerpos se adivinan las costillas, y las correas de las monturas les raspan el pelo hasta el punto de alisarles la piel. En pocos días han atravesado colinas lo bastante altas como para haber conocido el hielo del alba, enfriándose durante el esfuerzo de la ascensión. Otros días, en el fondo de asfixiantes valles, murciélagos carnívoros, casi del tamaño de un halcón, los han atacado, lastimándoles la grupa o el lomo.

Y ahora, la tormenta transforma en un torrente de barro amarillo el sendero que sigue por el declive cubierto de finos troncos. Placas de roca, talladas en forma de peldaños, drenan con pequeñas cascadas furiosas, que hacen el camino resbaladizo y peligroso. La tierra que bordea la senda se llena de surcos por efecto del agua y se hunde haciendo ruidos blandos al paso de los cascos de los caballos.

El rugido del trueno cae apenas cuando un nuevo rayo ilumina las nubes. Como una serpiente de fuego, recorre la silueta de las montañas horizontalmente, como si buscara juntarlas.

Los caballos relinchan, con el paso más seco y el hocico tembloroso. Sus orejas erguidas no dejan de moverse. Con la mano enguantada, Gabriel tira de la rienda, mientras que con la otra roza el interior de su montura con una caricia tranquilizadora.

Pero al mismo tiempo, fuera de sí por el fragor de la tormenta, el perro de Moguer ulula a pleno pulmón. Con unos cuantos saltos furiosos se precipita hasta colocarse frente a Pedro, que abre la comitiva. Se queda inmóvil en medio del camino, con el costillar palpitante y los riñones hacia atrás. Y grita de nuevo hacia el fondo lejano del valle, desaparecido bajo la lluvia, con los ojos desorbitados.

—¡Cabrón de perro, cállate ya! —grita el Griego, volviéndose hacia Sebastián, Gabriel y Moguer—. Sujetad vuestros corceles, ¡este bribón acabará asustándolos!

Con la boca abierta al diluvio y los colmillos brillando con furia, el mastín vacila y trota por encima del lodo, ensuciándose el pelaje claro. Luego se desliza entre los hombres y las bestias, gruñendo. Roza tan cerca los jarretes del corcel andaluz de Pedro, que el animal se aparta y levanta una piedra con un golpe de pezuña.

De tres saltos, la piedra cae por el precipicio, ligera como las gotas de lluvia.

—¡Dios mío, Moguer! —explota el Griego, con la barba empapada como una esponja—. ¡Sujeta a tu jodido bastardo! Ya te digo que nos lo va a mandar todo al carajo.

Cerrando la marcha, el gordo Moguer, sudando bajo su cota de algodón, empapada a pesar de la capa de cuero que la cubre desde los hombros hasta los muslos, tira a duras penas de un caballo. La pobre bestia fue arrebatada, en una especie de parodia de legado, a un enfermo que agonizaba de verruga. Hoy, el animal medio robado demuestra que está en muy mala forma. Unas horribles mordeduras de vampiros se le han vuelto a abrir y excretan un pus amarillento que ni siquiera la lluvia consigue diluir. Respira de forma ruidosa. Avanza con el hocico retorcido por la fiebre y los ojos demasiado abiertos.

Cuando acudiendo a la llamada de Moguer, el mastín se precipita hacia él enseñando los colmillos, el caballo se asusta. Con un relincho agudo, balancea la cabeza intentando morder y se levanta sobre las patas traseras ante el perro que ladra. La rienda se escapa de las manos entumecidas de Moguer, mientras el caballo está a punto de golpearlo con los cascos. Pero entonces, la tierra retenida apenas por unas cuantas briznas de hierba cede bajo el peso de las patas traseras con un ruido sordo.

Arrastrado por su peso, se balancea al mismo tiempo que Moguer da un grito. El pobre animal, lanzando las piedras hacia adelante, cae de nuevo de lado, aplastándose el flaco vientre con una roca. Da una última patada con un casco delantero, lo que lo aparta a golpe del acantilado. Entonces, relinchando a causa del terror, cae al vacío.

Bajo la mirada atónita de los conquistadores, parece flotar un momento. Su grupa golpea un arbusto y su cuerpo pivota y queda boca abajo. De morros al suelo, se aplasta una primera vez contra un amasijo de piedras que se esparce bajo su peso con gran estruendo. Con el cuello roto, ya muerto, rueda hasta una fosa llena de agua, una treintena de pasos más abajo.

—Por la Santa Virgen —silba el Griego, sacudiendo la cabeza.

Todos miran al animal como si todavía esperaran que se vuelva a levantar.

—¡Te lo había dicho! —gruñe de nuevo Pedro.

Con la mirada todavía asustada, Moguer encoge pesadamente los hombros.

—¡Bah! —responde con una calma fingida—. Estaba enfermo. No habría aguantado mucho tiempo más...

Todos conocen la falsa desenvoltura que contienen estas palabras. Sebastián bromea en voz baja.

—Caballo fácilmente adquirido, jamelgo pronto perdido.

Moguer vuelve a levantar la vista, con la boca llena de cólera.

—Tú, el moraco, tú...

Pero no tiene tiempo de acabar de gritar su insulto. Gabriel señala hacia el fondo del acantilado.

—¡Mirad! ¡Miradlos!

Bajo los arbustos llorosos de lluvia, por entre las hierbas, tras las rocas, surgen una veintena de indios. Con toda la prudencia borrada por la curiosidad, se acercan al cadáver del caballo y lo rodean.

Al verlos, el mastín que se había callado un rato se pone a ladrar de nuevo. Los indios se detienen y elevan sus rostros de cuero hacia los españoles. Pero están demasiado lejos como para temer cualquier cosa. Cuando el primero de ellos osa alargar una mano hacia los restos del caballo, el Griego hace chascar la lengua y retoma la palabra.

—¡Pues claro que nos vigilan! ¿Qué os creáis? Día y noche. Cuando vosotros roncáis, ellos os están contando los pelos de la nariz. Son como las moscas. Y nosotros... ¡Nosotros hemos caído en el tarro de la miel!

A mediodía, hastiados y con los nervios de punta por la presencia invisible de los indios, cruzan el puerto de montaña.

La lluvia deja de caer finalmente mientras descienden hacia un valle más angosto. Los suaves verdes de los cultivos, extendidos por amplias terrazas curvas y sostenidas por cuidados muros, dibujan en él una especie de abanico que bordea todo el río. La

tormenta cede su lugar a un cielo azul, tan profundo que se vuelve pesado como un océano.

En dos cortas horas llegan a un poblado de disposición familiar. Agrupa unas sesenta casas esparcidas alrededor de una vasta explanada. Esta terraza, también elevada, está a su vez dominada por una especie de pirámide rechoncha, como si formara los peldaños de un trono construido para un gigante. Sus muros están alineados a la perfección, y las piedras se encuentran tan bien ensambladas que el filo de un estilete no podría deslizarse entre ellas.

Sobre el último peldaño se levanta uno de esos templos en los que los indios se dedican a sus extraños rituales paganos. En ellos queman hojas, e incluso sus tejidos más bellos, parlotean en su incomprensible lengua, levantan los brazos al cielo y se consagran a todo tipo de pamplinas impías, venerando el sol, la luna o no se sabe muy bien qué.

Pero si hay oro en el poblado, plata, cerámica fina o incluso esmeraldas, ¡es allí donde están!

Como cada vez, los niños acuden al encuentro de los extranjeros barbudos. Se esconden detrás de los árboles y los troncos bajos para espiar los caballos y el hierro de las espadas, que, como siempre, causan una fuerte impresión. Los adultos, a su vez, se muestran normalmente circunspectos. No abandonan el umbral de las casas o de los patios más que con una extrema prudencia, y siempre detrás de su *curaca*.

Sin embargo, esta vez, cuando Gabriel y el Griego, cabalgando codo a codo, con la espada bien visible —la hoja colocada sobre la empuñadura de la montura—, llegan al borde de la plaza que forma una terraza, descubren allí a toda la población reunida. A los pies de los peldaños del templo hay dos literas cubiertas con un dosel, ornadas con tejido de oro y un damero de plumas azules y amarillas.

Gabriel oye a sus espaldas la exclamación de Moguer.

—¡Ajá! ¿No es este nuestro gran mono, el embajador?

De hecho, Sikinchara, el emisario del rey indio, el noble y despreciativo orejudo que vino al encuentro del gobernador en Cajas, los espera ante los aldeanos, rodeado por un pequeño grupo de soldados indios, llamas y sirvientes.

Su vestimenta es todavía más espléndida que en el primer encuentro. Una gran capa de un rojo deslumbrante, salpicada con motivos geométricos sutiles, lo cubre hasta las pantorrillas. Debajo lleva una larga túnica de una seda extraña y brillante, verde, amarilla o azul, según los motivos en damero. Una coraza de plata y oro alicatados le cubre el pecho. La frente y la espesa melena desaparecen bajo un casco de cuero rodeado en la base por una línea de plumas amarillas y verdes, cortas y muy finas. En la muñeca izquierda lleva un escudo cubierto de una tela parecida a la de la túnica. Tiene el puño derecho cerrado sobre una lanza con la punta de pesado bronce.

Les sonríe mientras se acercan, circunspectos y reteniendo el paso de los caballos.

—¿Es una buena o una mala sorpresa? —masculla el Griego, dirigiéndose a Gabriel.

—Vale más que nos mantengamos a lomos de los caballos mientras el gobernador no haya llegado —le responde este.

—Sonreíd —rechina Sebastián, haciendo reposar ostensiblemente el cañón de su trabuco sobre el antebrazo—. No me gusta cuando sonríen...

—Pues devuélveles la sonrisa —se mofa Moguer—. ¡Con tus dientes tan blancos de morito, a lo mejor te toman por un caníbal!

Alrededor del señor indio, los rostros de los aldeanos se crispan por el miedo y el respeto. Sin embargo, al acercarse más, Gabriel se da cuenta de que no es a ellos a quienes temen, sino más bien al embajador Sikinchara. ¡En cuanto a este, su sonrisa orgullosa es mucho menos la del anfitrión que la del amo!

Cuando inmovilizan sus monturas al pie de la explanada, el señor indio se acerca. Un solo hombre, al que no habían visto hasta ahora, le acompaña. Es más joven que Sikinchara, más delgado, con el rostro todavía más flaco, y tiene un aire febril en la mirada. Al igual que Sikinchara, lleva la insignia de los nobles, esos extraños tapones que les atraviesan los lóbulos de las orejas, pero los suyos muestran una cápsula de oro más pequeña que los del embajador. Por otro lado, su vestimenta tampoco es tan espléndida; lleva menos plumas en el casco y la coraza es más modesta. Sin embargo, su comportamiento es igual de noble y orgulloso, y hay en sus movimientos una violencia contenida que llama la atención.

Pero en el momento en que el embajador les lanza una frase incomprensible se levanta el griterío de los niños, que corren hacia ellos desde la entrada del pueblo.

Y todo ocurre demasiado de prisa.

El perro lanza un gruñido y da vueltas. Moguer le silba sin convicción una orden de llamada. En diez pequeños saltos, el perro se precipita hacia los niños, que se detienen paralizados por el miedo.

Un grito surge entre los indios mientras Gabriel, con un golpe seco de espolón, atiza el lomo del caballo.

Con la espada lista a un lado, vocea una orden a la que el can no hace ni caso. A su vez, Pedro grita detrás de él. El perro, con los colmillos hacia adelante, salta desde la explanada y cae encima de uno de los niños, mientras los otros huyen entre gritos.

La sangre mana de la pierna del niño mientras Gabriel, medio tendido sobre el cuello del corcel, hace un torniquete con la espada. Pero en el último momento levanta el brazo. El perro sacude a la criatura. La hace girar con tanta facilidad como si fuera un trapo y la coloca de espaldas a la hoja.

Mientras Gabriel hace pivotar su montura, el can ebrio deja a su presa una fracción de segundo para retomar mejor al niño por el cuello. De golpe, el grito insoportable cesa, anegado por una inundación de sangre.

Ya no queda más que el gruñido demencial del perro, que todavía dura, hasta que Gabriel se deja caer sobre el animal. La espada le abre el pecho de arriba abajo y se hunde en la tierra. Levantándose con la misma rapidez, con un furor enloquecido, Gabriel retira la hoja. Con una rodilla todavía posada en el suelo, de un golpe enorme

le arranca la cabeza, que rueda a un lado sobre un charco de sangre oscura.

Solo entonces la cara del mastín de Nápoles se abre y abandona a la criatura descuartizada.

—El señor Guaypar dice que don Gabriel es un hombre y un guerrero valeroso.

Es de noche y hay hogueras encendidas alrededor de la aldea. Envuelven Huagayoc con su luz y con el ruido propio de una población bulliciosa.

La cohorte encabezada por don Francisco se ha instalado en menos de una hora, levantando tiendas de algodón o agrupándose sencillamente alrededor de las hogueras, mientras el gobernador, sus hermanos y los capitanes estaban invitados a compartir una comida en el palacio del *curaca* ofrecida por el capitán Sikinchara.

Y ahora, con la panza llena de llama rustida, obleas de maíz cocidas a la piedra y cubiertas de una extraña raíz redonda, de carne pálida, dulce y firme, y más cerveza de la necesaria, la palabrería ha vuelto a empezar.

Quien habla primero es el joven señor que acompaña al embajador Sikinchara. Luego se levanta la voz de Martinillo, el segundo de los intérpretes, con un castellano un poco sibilante y cantarín, como las llamas del fuego que forman remolinos por encima de las brasas.

—El señor Guaypar agradece a don Gabriel que haya aniquilado a la bestia salvaje que mata a los niños...

Ya esta tarde, mientras Sebastián ayudaba a levantarse a Gabriel, postrado ante el horrible cadáver del niño despedazado, mientras el Griego sujetaba a Moguer, ebrio de ira por haber perdido su caballo y su perro en un mismo día, sus miradas se habían cruzado con una cierta simpatía.

Los aldeanos corrían hacia el niño muerto, llorando y gimiendo. Los señores indios no se movían, contentándose con contemplar la discusión entre Gabriel y Moguer con una curiosidad distante.

Pero ese joven Guaypar se había adelantado de pronto con un paso. Había abierto las manos y, con la mirada fija en la de Gabriel, le había lanzado una frase incomprensible. Y he aquí que ahora, de nuevo, el joven se levanta y, con mucha seriedad, retoma su discurso, abriendo las palmas de las manos.

—El señor Guaypar dice que don Gabriel y él serán quizá hermanos cuando entren en el Otro Mundo...

Abrumado, después de mirar al gobernador, a Gabriel le llega el turno de levantarse. Dobleándose en una reverencia como las que se hacen en Toledo, saluda al indio con auténtico respeto. Una risa agria estalla a su espalda.

—¡Caramba, hermano! —exclama Hernando Pizarro, señalando con el guante a Gabriel—. Aquí tenemos a uno que resulta que no es del todo bastardo. Nuestro querido Gabriel ha encontrado una familia...

Unas risas recorren el grupo de españoles, y los dos señores indios fruncen el

ceño.

—Calma, Hernando —replica secamente don Francisco, poniendo fin a las risas—. ¡Nos están mirando! Martinillo, pídeles pues a estos príncipes noticias del rey Atahuallpa...

Mientras el indio habla, Gabriel vuelve a sentarse, ruborizado por la afrenta y reprimiéndose apenas de abofetear a Hernando. El capitán De Soto lo coge de la manga.

—No le hagáis caso a este idiota de Hernando, amigo Gabriel. Ignoradlo; no es más que un bocazas y vuestro silencio le hará más daño... Pero en los próximos días vigilad vuestra retaguardia. Moguer no se tranquiliza y tiene tanta mala baba como el perro que le habéis matado. ¡Podéis estar seguro de que querrá vengarse!

Una mirada de don Francisco los hace callar, mientras Martinillo se inclina varias veces ante el señor indio, cuya altivez aplasta a todos los reunidos.

—Dice que el Hijo del Sol ha acabado la guerra que mantenía contra su hermano Huáscar, que quería hundir el Imperio de las Cuatro Direcciones. Con miles y miles de soldados, ha salido victorioso. Huáscar, el mal hijo y mal hermano, ya no es más que un prisionero. Un día próximo será como la ceniza ante el Único Señor Atahuallpa.

—Me alegro de esta noticia —responde don Francisco con el rostro impasible—. Me alegra saber que tu rey es un gran guerrero.

—El señor Sikinchara dice que no hay ningún guerrero tan grande como el Único Señor Atahuallpa, puesto que es el Hijo del Sol. Venció a Huáscar el Loco rodeando a todo su ejército con una línea de fuego, que ardió durante tres días de una montaña a la otra. Huáscar y sus guerreros ya no podían ni respirar ni combatir. Suplicaron para que les dejaran seguir viviendo, pero los capitanes del Único Señor los obligaron a arder como las hierbas de la llanura que tenían a sus pies. Nuestro Único Señor Atahuallpa se porta bien con aquellos que le respetan, y no tiene piedad con los que lo combaten. Estará contento de encontrarse con los extranjeros en la llanura de Cajamarca. Está solo a dos días de marcha de aquí. Espera que acudan rápidamente y prepara para ellos alimentos y alojamiento.

Ante estas palabras, un silencio pesado se apodera de los españoles. Si fuera necesario, toda la postura del embajador Sikinchara, con los labios tensos por un rictus de desprecio, confirma la amenaza que contienen.

Gabriel busca la mirada del joven noble indio, pero el rostro flaco de Guaypar sigue impasible e impenetrable.

—Me alegro de veras de la victoria de vuestro rey —prosigue el gobernador con una voz extrañamente suave—. No tengo dudas de que es un príncipe grande y valeroso. Pero es bueno que sepa que mi propio señor es todavía más grande que el de aquí. Sus servidores y sus guerreros son tan numerosos que no se pueden contar. Yo mismo, con los pocos guerreros que me rodean, he vencido ya a varios príncipes tan poderosos como el rey Atahuallpa... Y luego tenemos un señor todavía más

grande, cuyo reino está en la tierra y en el cielo, que reina sobre el sol, la luna y las estrellas tanto como sobre los hombres, las plantas y los animales. Él es quien nos da nuestra fuerza. Y es por esto por lo que somos tan pocos. Gracias a nuestro señor Dios, cada uno de nosotros puede combatir como veinte o treinta hombres ordinarios... Pero puedes decirle a tu rey que estaremos en Cajamarca en los próximos días. Si quiere recibirme en paz, voy a ser su amigo. Pero si quiere la guerra, se la daré como se la he dado a todos aquellos que se opusieron a mí, a mi emperador y a mi Dios.

El rostro de Sikinchara ya no tiene ni rastro de desprecio. Está solamente tenso y pesado por el odio. El joven Guaypar se levanta y susurra una frase corta, que Martinillo no traduce. Luego, su mirada busca otra vez la de Gabriel.

Ya no tiene nada de amistosa. Es solo la mirada de un hombre dispuesto a librar un combate a muerte, sin alterarse jamás por el temor de su adversario.

Gabriel no le quita los ojos de encima. Se esfuerza en mostrar una sonrisa, que tal vez sea solo una mueca crispada. En sus labios se forman palabras que el otro no comprenderá: «No tengo miedo».

Pero no está tan seguro de ellas.

Cuarta parte

CAJAMARCA, BAÑOS DEL INCA, 14 DE NOVIEMBRE DE 1532

Los baños del inca están situados muy cerca de la ciudad, en una llanura en la que la tierra y el agua se mezclan de continuo. Si saliera de la ruta real, el extranjero se perdería por las marismas o, todavía peor, por las fuentes de agua ardiendo que van a mezclarse con los frescos ríos.

Es aquí donde el Único Señor ha instalado su residencia; es aquí donde ha plantado el campamento de su ejército, cuyas tiendas blancas han invadido la llanura y se remontan por las suaves pendientes de las colinas que rodean la ciudad.

La noche cae sobre el patio de la residencia del inca, que descansa en su tercera jornada de ayuno.

De vez en cuando, Anamaya lanza una ojeada al puerto de montaña por donde los extranjeros van a llegar muy pronto, allí abajo, por encima de las casas y de los palacios de Cajamarca, por el camino desde del que, incluso a esta distancia, se distinguen las anchas marchas regulares.

¿A qué se parecerán?

Desde hace varios días y lunas ha escuchado lo que decían los espías, las palabras de desprecio de Sikinchara, la desconfianza y el odio de Guaypar; ha escuchado las descripciones de la fealdad de esos hombres y las fechorías de las que son capaces, su avidez y sus mentiras... Sin embargo, ella desea verlos, mirarlos de arriba abajo, quizá comprenderlos..., y lo que la anima es más que una simple curiosidad.

—¿Anamaya?

Inti Palla atraviesa el patio y le hace una señal desde el otro lado de la fuente de aguas turbulentas que ocupa el centro. Se reúne con ella. La concubina ya no ha abandonado el aire triste que se apoderó de ella desde que perdió los favores del Único Señor.

—Quiere verte —le dice con una voz átona.

Descansa a la sombra, rodeado de humaredas de perfumes que arden y extienden sus aromas densos por el aire húmedo. Anamaya avanza con la cabeza gacha y la espalda encorvada.

—Levántate —le dice en voz baja— y mírame...

Ella vacila. Hace tanto tiempo que no había oído esta orden amistosa, que la intimidad que antaño los unía no parece ya más que un recuerdo...

—¡Levántate! —repite Atahuallpa, al borde del enfado—. ¡Estamos solos!

—Como tú desees, Único Señor.

—¡Sí, lo deseo! Y ven a mi lado —añade más suavemente—, como antes no

dudabas en hacer.

Ella se acerca con pasos comedidos, evitando cruzarse con la mirada enrojecida.

—Entonces no eras todavía el Único Señor...

—Sin ti...

—Ya me lo agradeciste, pero son Inti, Quilla y todos los poderosos del Otro Mundo los que hacen lo que eres, Único Señor, y no una niña salida de la selva...

Su sonrisa proyecta un rayo.

—Mira esta pluma, muchacha, y tómalala...

Tiene entre sus manos la pluma del *curiginga*, que ha arrancado con negligencia de la cinta real. Anamaya no puede evitar el estremecimiento.

—No tengas miedo. Haz lo que te digo...

Ella toma la pluma entre dos dedos, con cuidado de no rozar la mano del soberano.

—Es ligera, ¿no?

Anamaya asiente con la cabeza. En su palma, el peso de la pluma de maravillosos colores no es perceptible.

—Tan ligera, muchacha, y sin embargo pesa tanto en mi frente que me hace perder el sueño...

Ella se calla, conmovida por el temblor y la sinceridad de su voz.

—Se la arranqué a mi hermano de manera legítima, ¿no es así? Y sin embargo no olvido nunca lo que se dice a mis espaldas, lo que claman incluso las piedras en Cuzco: que no fui yo el que fue designado de manera ordinaria...

—Pero eres tú quien ha conquistado este derecho, con tu coraje...

—Y porque he confiado en tus visiones, y también porque me transformaste en una serpiente, ¿no?

Se ríe con un poco de amargura.

—¿Te he dicho alguna vez por qué mi padre no me designó?

—Tu madre...

—... no pertenecía a un clan poderoso. Continúan diciéndolo. Pero yo lo sé bien. Yo sé bien... —Se interrumpe y suspira antes de continuar—: Cuatro estaciones después de haber superado con éxito el *huarachiku*, mi padre, el inca Huayna Capac, me envió a la cabeza de un ejército para combatir a una tribu que se había levantado y someterla a su autoridad. Fui abatido, y si mi padre no hubiera venido a buscarme, quién sabe si el desastre no habría acabado en una derrota.

—¿Fue esto contra los indios canaris, cerca del lago Yaguarcocha?

Él la mira, estupefacto.

—¿Eso también lo sabías?

Ella no responde. Se acuerda de la primera noche en la que el enano entró en su habitación, del secreto que llevaba... Un instante su espíritu se lanza hacia él, que era su único amigo en el corazón de las estaciones de su soledad... Y ahora, ¿está vivo o muerto?

Atahuallpa ha mantenido la mirada fija en ella, buscando adivinar el misterio de su silencio. Luego hace un gesto de cansancio.

—No importa, después de todo. Me acuerdo de mi imprudencia, muchacha, del orgullo irracional que me hinchaba el pecho... Me acuerdo del entumecimiento que se apoderó de mí en el viento de la derrota, cuando por mi culpa caían miles de combatientes valerosos. Y sobre todo, me acuerdo de la vergüenza ante la mirada de mi padre...

Una agitación se deja oír por detrás de la cortina que los protege de los guardias, de los sirvientes y de las mujeres.

—Esa mirada va siempre conmigo, regresa cada noche a atormentarme —dice Atahuallpa, abstraído.

—¡Único Señor! —llama *un yanacona*.

—¿Qué ocurre?

—Es el *curaca* de Cajamarca.

—Ahora no quiero verlo.

—Ya se lo hemos dicho, señor, pero él insiste.

Atahuallpa mira a Anamaya con un cansancio infinito.

—Esta pluma del poder —dice—, tan ligera y tan pesada...

El *curaca* avanza, con una piedra a la espalda, y le pide perdón a su Único Señor por perturbar su descanso.

Atahuallpa le interrumpe con un gesto.

—Habla —le dice.

—Único Señor, los extranjeros ya están solo a un día de marcha de la aldea.

—Quiero —dice Atahuallpa con firmeza— que se queden apabullados por mi esplendor...

—Dame tus órdenes...

—Quiero que entren en una villa desierta, vacía de hombres y de mujeres, y que su corazón se encoja por la inquietud, que su espíritu se vea asediado por preguntas sin respuesta...

—¿Cuándo ha de hacerse esto?

Un grito de cólera se escapa de los labios del inca.

—¿Cuándo me has dicho que llegaban, *curaca* descerebrado? ¿Mañana? Entonces, esto deberá hacerse esta noche.

—Esta noche —repite el *curaca*.

Avanzada la noche, Atahuallpa le pide que se quede tumbada a su lado. Ella teme al principio que la tome por una concubina. Pero él le habla, con abandono y confianza, con una voz susurrante como un riachuelo, y a ella le cuesta creer que se trata del mismo hombre que gritaba su cólera hace un rato, y del mismo que daba la orden de llevar a cabo una matanza en Cuzco...

Tres veces se calla durante unos instantes, y solo su aliento roza la penumbra, y tres veces la muchacha se cree que se ha dormido. A su primer gesto de levantarse, ella oye su voz, que le dice serenamente: «Quédate, no me abandones», con una inquietud tan profunda, tan triste, que su corazón se encoge.

Ella le dice que lamenta no serle útil como antes, no ser capaz de decir las palabras y ver los signos del Otro Mundo. Él la interrumpe con ternura.

—No espero nada —le dice— de tu presencia, niña de ojos azules como el lago; ya no te quiero más que por ti misma.

Cuando se acerca el alba, la deja sola en el lecho y se arrodilla frente a ella, para su confusión. Sin tocarla, sin ni siquiera rozarla, pasa el rostro por encima de todo su cuerpo, de los pies a la cabeza, con una especie de devoción animal, como si buscara un secreto escapado de su anaco blanco, de su muñeca de serpientes, de las largas piernas o de sus finas caderas...

Ella se esfuerza en mantener una inmovilidad que solo altera su respiración. Cuando acaba su viaje, el inca pone el rostro muy cerca del suyo.

—Tus ojos —murmura—, tus ojos...

Ella cierra los párpados y siente la caricia ligera, como la de una ala de mariposa, de sus labios sobre los párpados.

Cuando vuelve a abrir los ojos, él ha desaparecido.

CAJAMARCA, VIERNES 15 DE NOVIEMBRE DE 1532

Es mediodía, y sin embargo el cielo está oscuro como el plomo.

Acceden al altiplano que domina el valle unos minutos antes que el resto del grupo. Los caballos perciben la excitación de sus caballeros. A pesar del cansancio y la altitud, por iniciativa propia se apartan del camino pavimentado y se adentran al trote por la hierba rasa. Al igual que el Griego, Diego de Molina o Juan, el hermano menor del gobernador, Gabriel no intenta retener su montura.

Respira a fondo el aire frío de los Andes, que le embriaga un poco. Bruscamente, sin que haya en este gesto el más mínimo espíritu de orgullo o de competición, estimula a su caballo con un taconazo seco. El animal se estremece desde la grupa hasta la cola. Con un disloque imperceptible de las patas traseras, se pone a galopar, agachando un poco las orejas y abriendo la boca sobre el bocado. Gabriel oye una risa y un grito a sus espaldas, pero no se da la vuelta; solamente se levanta sobre su silla para acompañar el galope con mayor agilidad.

Los cascos retumban sobre la tierra compacta y su ritmo se entremezcla con los latidos violentos del corazón. Atraviesa una hilera de agaves antes de que el sendero pavimentado se vuelva a adentrar entre dos muros, formando una especie de puerta. Más allá no hay más que un campo sobre una marcada pendiente; está limitado por grandes rocas, entre las cuales pacen unas llamas que huyen despavoridas al primer relincho del caballo.

A varios pasos de la pendiente vertiginosa, preso de un temor casi religioso, tira de las riendas para detener el corcel y descabalar. Se acerca a una roca más grande que una casa, y allí, aferrado a la piedra, descubre un espectáculo inaudito.

A sus pies, el valle es largo como un mar, enroscado entre las abruptas pendientes de un encabalgamiento de montañas que parecen sostener la masa agotadora de nubes. ¡Pero no es más ancho de una o dos leguas y, de un borde al otro, está sembrado de tiendas!

Miles de tiendas blancas, apretadas como las plumas de una ala inmensa y que, en algunas partes, brillan con reflejos de oro. Unos estandartes sobrevuelan la punta de las carpas, despidiendo un semillero de colores violentos sobre esta inmensidad pálida. Varias columnas de humo se elevan y se estancan, amarillas y espesas, bajo las nubes. Hay ruido que se levanta, gruñidos de trompas, gritos, llamadas...

¡Una monstruosa ciudad campamento llena de vida!

—¡Por la sangre de Cristo!

Gabriel ni siquiera ha oído llegar a sus compañeros, y la exclamación de Pedro lo sobresalta.

Una vez más, al otro lado del valle, a los pies de la montaña que les queda

enfrente y a lo largo de lo que parece una marisma, destellos de luz traspasan la oscuridad del día. El joven Juan Pizarro es el primero en reaccionar.

—¿Es eso oro? ¿Es eso oro, lo que se ve brillar así? —pregunta con su voz aguda.

Ninguno de sus tres compañeros le responde. Tienen el aire suficiente para continuar respirando. A pesar del sudor que empapa sus cotas acolchadas, el mismo escalofrío helado les agarrota la musculatura.

Observando mejor, se dan cuenta de que las tiendas no están colocadas al simple azar de un campamento militar, sino que se encuentran reunidas formando cuadrados y rectángulos alineados minuciosamente. Dibujan auténticos barrios, con sus calles, sus plazas y sus patios. ¡Y esta ciudad efímera, que se levanta ante ellos mejor que lo haría un muro, forma una barrera infranqueable hacia el sur!

¿Cuántos miles de hombres, de soldados, esperan allí?

¿Veinte, treinta, cuarenta mil?

¿El doble quizá?

«Señor Dios —se dice Gabriel—, y nosotros que no somos más que un puñado...».

—Ha escogido bien su ubicación ese bribón del inca —susurra Pedro, como si hubiera adivinado el pensamiento de Gabriel—. ¡Ya sabía bien lo que hacía invitándonos aquí!

—¡Mirad la ciudad! ¡La auténtica ciudad! —exclama Diego de Molina, que acaba de rodear la roca.

Está justo debajo de ellos, pero a la derecha, aferrada al flanco de una pendiente y extendiéndose hasta las ribas del oeste de la marisma. Sus edificaciones de tierra batida y en piedra están en muy buen estado, con los techos nuevos y bien cuidados. Sin embargo, en comparación con la llanura cubierta de tiendas, parece minúscula... No se distingue mucho más que una decena de *canchas* estrechamente solapadas. Frente al este, de cara a la llanura, una larga pared de adobe delimita una plaza.

Una plaza muy grande y vacía.

—Es allí donde debemos ir —masculla Gabriel maquinalmente—, pero no parece que haya nadie esperándonos.

Con la respiración rápida y el pecho dolorido, se sienta sobre la parte llana de la roca. Lo mejor que puede, intenta abarcar con una sola mirada la inmensidad de la escena que se ofrece ante él.

¡Finalmente, ya está allí!

Allí, frente a este valle que parece un océano, tan amenazante como un monstruo desconocido pero magnífico.

Mientras Pedro y Diego, regresan febrilmente ya a su montura para ir a avisar al gobernador de lo que le espera, las nubes a sus espaldas se abren de forma brutal. Al mismo tiempo que inunda de luz la blancura de las tiendas, el sol le golpea la nuca.

En el fondo del valle, sobre las pendientes, entre los picos y los abismos, aparece entonces un entramado de sombras extrañas, que se ondulan, cortan surcos en los

bosques, serpentean entre las tiendas, se apagan y reaparecen, animadas, al parecer, por una vida propia.

El rayo de sol retrocede y se encoge hasta adoptar la forma de una lanza. En la parte baja de la pendiente que lleva hasta la población, allí donde un instante antes Gabriel no había visto más que un cuadrado de hierba sembrada de guijarros con tiernos brotes de patata, nace una forma luminosa que flota por encima de los surcos y del verde suave de las plantas. ¡Es una forma de contornos conocidos!, una forma muy parecida a la trazada por Sebastián sobre la arena frente a Tumbes, muy parecida a la marca que tiene en el hombro.

Poco a poco, la sombra se mueve. Cree ver los colmillos asomando, las orejas que se separan bajo la brisa. Dos guijarros amarillos toman el lugar de los ojos.

Le parece, entonces, que el peso del cielo entero cae sobre sus párpados y le cierra los ojos. Al igual que un niño que se abandona al trance de su imaginación, cierra los ojos, y el animal se adentra en sus sueños.

Con una sacudida, la mano de Pizarro lo saca de su sueño.

Se levanta sobresaltado.

—¿No es espléndido? —exclama el gobernador.

Su mirada brilla con orgullo. Gabriel no ve en ella ni una pizca de temor ni de duda. Los dedos de Pizarro se aprietan contra su espalda con tanta fuerza como si quisiera moler los huesos.

—¿No os había prometido que os traería hasta aquí? ¿No os lo había prometido? —resopla de nuevo, con la barba temblorosa de emoción—. ¡Aquí nos tienes, hijo mío! ¡Aquí estamos al fin! ¡Están todos aquí por nosotros, y ahora van a saber quiénes somos!

Un fragor se deja oír mientras los hombres van llegando, uno tras otro: primero los caballeros, con los hermanos de Pizarro, De Soto, Benalcázar; luego, los infantes, seguidos de los heridos, los porteadores, los esclavos, los indios de la costa... ¿Cuántos son en total? Quizá diez mil. ¿Y para la batalla? Dos o tres mil, a lo sumo. Frente a ellos, diez veces, veinte veces, cien veces esto.

Los hombres recuperan el aliento y descubren el espectáculo en silencio. Algunos se sientan sobre las rocas y se sujetan la cabeza entre las manos; otros se quedan simplemente con la barba al viento, mirando y llenándose los pulmones. Todos se callan. A lo lejos va subiendo, como para darles la bienvenida, el siniestro fragor de las trompas.

Si alguien hablara, confesaría que el miedo le anuda los intestinos. Nadie quiere ser el primero en hacer tal confesión.

El embajador Sikinchara se acerca al gobernador y lo mira con sus ojos negros. Querría encarnizarse con el temor del gran *capito* español. Querría verlo pestañear ante el despliegue de poder absoluto de su amo. Pero don Francisco se vuelve hacia

Sikinchara con una sonrisa amable.

—Vayamos a nuestra cita —le dice tranquilamente.

Apenas han dejado atrás el puerto y ya vuelve a llover; es una lluvia fina y regular. La pendiente de la ruta real es tan lisa que sus losas se vuelven peligrosas para los caballos. Sin embargo, no es necesaria una orden para que los caballeros descabalguen y tomen a los animales por las riendas.

Todos evitan mirar hacia el fondo del valle. De la inmensa ciudad de tiendas de los indios se levantan de vez en cuando los sonidos de las trompas. Pero ellos hacen ya bastante ruido como para no oírlos.

La mayor parte de la tropa india se ha quedado en lo alto de la colina; solo los sirvientes y los porteadores siguen a los españoles. Don Hernando ha reclamado el privilegio de ir delante, en compañía del embajador de los incas, Sikinchara, de una decena de hombres a pie y de cinco caballeros de confianza. Pedro *el Griego* forma parte de esa avanzadilla, junto con Sebastián. Y también el gordo Moguer, a pie y ya sin perro. Gabriel no ha tenido que declinar la oferta de ir con ellos: no se la han hecho. Pero no le importa, porque está satisfecho por ir al lado del gobernador, doscientos o trescientos metros detrás de la cabeza.

A orillas de la ruta real, las cabañas de caña y adobe de los pastores están desiertas. Los campos se encuentran vacíos. Ni siquiera un grito de mujer o de niño. Los tallos malva de un campo de quinua se curvan y ceden bajo el peso de la lluvia.

Más abajo, la ruta real se hace más estrecha y tan inclinada que en ella se han construido escaleras. Allí, las cabañas han sido sustituidas por casas de paredes de adobe y, a veces, de piedra. Pero estas también están vacías.

El fragor del río se vuelve obsesiva. De las marismas que bordean la colina del norte y se extienden hasta los recintos de los baños del inca sube de pronto una bruma densa, parecida al humo. Todos vuelven la cabeza con desafío antes de comprender que no es más que el vapor de las aguas calientes que encuentran el aire recién refrescado.

Gabriel se da cuenta de que el gobernador no ha quitado los ojos de encima de la ciudad india en todo el trayecto.

Es todavía más grande de lo que parecía desde la colina. Y en un recodo del valle, detrás de las calles y de las casas que se amontonan contra la inmensa plaza, descubren de pronto una fortaleza.

Como la tropa reduce instintivamente el paso, don Francisco se vuelve hacia Gabriel.

—¡Si solo es una roca! —dice lo bastante alto como para que se le oiga desde lejos.

Y es cierto. Se trata de una roca en forma de cono, perfectamente circular, de color amarillo oscuro y negro bajo la lluvia, y en la cual ha sido tallado un camino en

espiral. ¡Al fin y al cabo, se parece a la concha de un caracol!

En la cima se levanta una estrecha construcción. Don Francisco la señala con el dedo enguantado.

—¡He aquí dónde plantaremos la cruz de Cristo y un campo de rosas para la Santísima Virgen! —añade.

Le siguen unas risas, pero breves. Fray Vicente Valverde se persigna.

—¡Que el Señor os escuche! —murmura.

—Me escucha —sonríe don Francisco.

Cuando entran en la primera calle, cuando los cascos de los caballos golpean las losas tan perfectamente alineadas, la lluvia, de pronto, se convierte en granizo. Millones de gotas de hielo finas y blancas tamborilean sobre el hierro de las corazas, hielan las mejillas y la nariz, y tiñen por todas partes el suelo de blanco.

La plaza a la cual finalmente entran también ha quedado blanca, inmaculada, sin rastro de pasos.

Es inmensa, mayor que todas las plazas sagradas de los incas en las que han estado antes. «¡Es incluso más grande —piensa Gabriel con un estremecimiento que no está provocado por el granizo— que cualquier plaza real de España!».

Tiene una forma irregular, como un rectángulo truncado que se vuelve trapecio y, luego, triángulo.

Una pared de adobe más alta que un hombre y con una longitud de al menos quinientos pasos la bordea por el lado sur y la protege de las marismas. Las otras caras están ocupadas por espléndidos edificios con numerosas puertas. Son todos muy alargados, de más de doscientos pasos, lo que iguala la amplitud de la plaza. Y como siempre, desplazada hacia la izquierda, está la pirámide de peldaños gigantes, en la que los indios adoran a sus dioses y llevan a cabo los ritos paganos.

El granizo cesa con la misma brusquedad con que se ha iniciado. Todos se detienen, Don Hernando y su avanzadilla no han ido más lejos. En el silencio se escucha la plegaria que fray Vicente Valverde susurra para sí de manera mecánica.

Allí abajo, en el otro extremo de la plaza, cerca de una gran puerta trapezoidal que se abre sobre el inmenso valle, hay un perro que ladra. Un perro indio, pequeño y delgado como un bastardo de labrador, pero con el pelo tan raso que parece no tener. Los mastines de Nápoles le responden y, de inmediato, los hacen callar.

Es la hora de las vísperas. Sin embargo, en el cielo pesan tanto las nubes que está tan oscuro como en el crepúsculo.

Los rostros tienen una expresión impenetrable y severa. No solo es el miedo. Gabriel, ahora, conoce bien el rostro del miedo. Y lo que ve a su alrededor está más cercano al terror.

Por supuesto, ninguno de ellos olvida la presencia de decenas de miles de indios al otro lado del muro, en el valle por el que se escapa el perro que sigue aullando.

Pero desde el fondo de sus intestinos, en la sangre que les bombea hasta las puntas de los dedos, todos saben que este día no va a ser como los demás.

Sí, este día de noviembre —y que es un día extraño de verano en estas latitudes— será un día de verdad, un día después del cual nada volverá a ser igual en la vida de los hombres ni en el mundo de Dios.

El gobernador es el único que no cambia de expresión.

Después de haber contemplado la plaza, se vuelve hacia el embajador Sikinchara como si esperara de él una palabra, una señal; pero no hay nada. Los labios orgullosos del noble indio no tiemblan. Sus ojos no parpadean.

En medio de los ciento setenta españoles presentes, es el único, con sus sirvientes, que va ataviado con colores vivos. En esta extraña luz de invierno que ofrece el tapiz de granizo, sus pendientes de oro brillan como el sol que ha desaparecido.

Avanza con paso regular y potente, con el rostro hermético pero sereno. «¿Cómo puede el hermano del gobernador, por muy noble hidalgo que sea, encontrarlo arrogante o ridículo?», piensa Gabriel, impresionado. Y peligroso, sin duda, tanto como el joven señor de cara flaca que ya debe de haber llegado al campamento del rey indio para rendirle cuentas de la entrevista de la víspera.

Entonces, con un leve golpe de espolón, don Francisco hace trotar a su corcel hasta los pies de la pirámide. Los cascos del caballo hacen crujir ligeramente el granizo y dejan en él sus huellas.

Cuando llega al pie de la escalinata, tira de una rienda. Con una vuelta amplia se coloca de cara a la tropa, todavía inmóvil.

—Embajador, haced avisar al príncipe Atahuallpa de que el enviado de su majestad Carlos V lo espera aquí. ¡Que nos diga dónde nos podemos alojar!

El Único Señor Atahuallpa tiene todavía la piel enrojecida por el baño caliente que ha tomado durante la lluvia de granizo. Ahora reposa en una hamaca de tela fina, tendida entre los dos pilares de madera esculpidos en la habitación que se abre al patio. Con los ojos entrecerrados, contempla cómo se funde el granizo y cómo humea el agua de la fuente.

Inti Palla lo abanica para protegerlo del calor pesado que ha vuelto a instalarse tan pronto como ha acabado la tormenta. El aire está cargado de los vapores sulfurosos del agua.

Más atrás, sentada entre las esposas, Anamaya se pregunta si está medio dormido, amodorrado por el baño o si piensa, como ella, en lo que acaban de ver al otro lado del valle.

La luz era demasiado pálida y la distancia excesivamente grande como para distinguir bien a los extranjeros. Sin embargo, sobre el flanco abrupto de la montaña se adivinaba su cortejo descendiendo por la ruta real, entre los campos de patatas y de quinua.

No era un cortejo muy largo, ni una tropa muy grande, como ya habían anunciado Sikinchara y Guaypar, sino un cordón gris y negro sobre los verdes suaves de la naturaleza. Una procesión sin ninguno de los colores animados por los Hijos del Sol. Tan solo un cortejo negro, gris y apagado, parecido a un largo gusano de tierra que fuera trepando hasta el fondo del valle.

Pero quizá el Único Señor esté durmiendo, puesto que no mueve ni siquiera una pestaña cuando se oyen los gritos en el patio y Guaypar viene a postrarse bajo su hamaca.

Guaypar permanece un instante arrodillado, esperando la pregunta del Único Señor. Como no llega, con la nuca siempre agachada, se decide a hablar respetuosamente.

—Único Señor, el mensajero de Sikinchara ha llegado. Los extranjeros han entrado en la plaza...

Atahuallpa deja pasar todavía un rato.

—¿Qué hacen? —pregunta al fin.

—Están al pie del *ushnu*, rodeando a su *capito*. Algunos van y vienen por las calles y entran en las casas como si buscaran soldados escondidos. Sikinchara dice que tienen miedo.

Esta vez Atahuallpa abre los ojos y sonrío a Guaypar.

—El miedo no siempre tiene la apariencia del miedo, hermano Guaypar. ¿Hizo Ruminahui lo que tenía que hacer?

—A partir del alba, Único Señor. Veinte mil soldados rodean la ciudad. Son invisibles; se esconden detrás de las colinas, tras los árboles, los matorrales. Los extranjeros han caído en la trampa. Basta con que tú lo decidas y los quemaremos vivos esta misma noche, ¡como si fueran conejillos de Indias!

—¡Tienes sed de guerra, Guaypar! Pero ya sabes lo que hemos decidido. A la Madre Luna no le gusta vernos luchar de noche, e Inti quiere que yo complete mi ayuno. Todo esto lo haremos mañana. Será una gran fiesta y un gran día para los hijos de Inti.

—Haremos como tú digas, Único Señor —admite Guaypar a su pesar.

—Que Sikinchara ordene a los extranjeros que esta noche permanezcan en la plaza. Que les anuncie que mañana quizá puedan venir a postrarse ante mí.

Mientras Guaypar se retira, una pluma del abanico agitado por Inti Palla roza el rostro de Atahuallpa. Con un gruñido de cólera se incorpora sobre un codo, con la mirada en llamas. Inti Palla grita, cae de rodillas y retrocede precipitadamente.

Al mismo tiempo que otra concubina se apresura para ocupar el lugar de Inti Palla, los ojos ensangrentados de Atahuallpa cruzan la mirada de Anamaya, que no ha bajado la vista.

—No son más que hombres, ¿no, *Coya Camaquen*? Viracocha no manda a nadie para que me ampare, ahora que pronto debo ir a saludar a mis ancestros a Cuzco...

Su voz está tan llena de amargura que Anamaya no tiene palabras para

responderle. Recuerda con asombro la noche que pasó a su lado; quizá, seguramente, ella soñó...

Con la punta de la espada, Gabriel retira una cortina. Un poco de luz se cuela en una habitación amplia y tibia, inundada de olores de tierra y de hierba. Parece vacía.

Cuando se apresura a dejar que la cortina que hace de puerta caiga, oye un pequeño gemido. Un conejillo de Indias de pelaje pardo trota por entre las escudillas de cerámica. Luego otro, y después diez más, que, de repente, se esparcen como ratas, entre gritos.

Solo entonces Gabriel ve, en el ángulo opuesto, medio ocultos por una gavilla de ramas, dos ojos que brillan.

Luego ve un pie, pequeñito, y una mano, diminuta. ¡Un niño!

Gabriel sonrío de alivio y de placer. Se pasa la espada a la mano izquierda y se inclina.

—Hola, muchacho —susurra.

El niño está petrificado, con los ojos inmensamente abiertos. Es guapo, de mejillas sedosas, y tiene los labios tan perfilados como los de una mujer. Su espesa cabellera negra le encuadra el rostro, fino y regular.

Gabriel se agacha, haciendo que suenen sus botas y repique la espada contra los espolones. Se quita el guante de la mano derecha y se la tiende, ensanchando su sonrisa.

—No tengas miedo —dice con toda la suavidad de la que es capaz—. No tengas miedo, pequeño...

Su voz le suena extraña a sus propios oídos. No tiene miedo de pensar en el aspecto que le está ofreciendo al niño, con su cota de malla sucia y todavía empapada, su casco, su espada, su barba, que le oculta el rostro hasta los ojos.

Los conejillos de Indias gimen cada vez más fuerte y se mueven en todas direcciones.

—No tengas miedo, muchacho —repite Gabriel—. Soy tu amigo...

Como el niño sigue sin moverse, Gabriel se levanta y, con la mano extendida, hace un gesto de avanzar.

Entonces, el niño pega un bote y salta al otro lado de la sala como un gato.

—¡Niño!

Pero demasiado estupefacto como para reaccionar, Gabriel ve cómo el niño frunce los párpados, aprieta sus pequeños puños con todas sus fuerzas y corre rápidamente hacia él; evitándolo con un golpe, cruza luego la puerta. Cuando se da la vuelta, el niño ya corre a través del patio. Salta por encima de un montón de leña y se tambalea por la pared del recinto antes de desaparecer.

Bajo el marco de la puerta del patio, a Sebastián se le escapa una risita.

—No quería hacerle daño —protesta Gabriel, volviéndose a poner el guante.

Sebastián deja de reír. Se miran a los ojos.

—Yo también, cuando era niño, me escapaba de los españoles. ¡Y la mayoría de las veces, amigo Gabriel, hacía bien!

—¿Y bien? —pregunta el gobernador cuando llegan a la plaza.

—No hay soldados —anuncia Gabriel—. Algunos niños, mujeres, viejos.

—No hay hombres, ni guerreros; solo algunos guardianes frente a los depósitos llenos de todo un fárrago —insiste Sebastián.

—¿Cuántos? —pregunta el gobernador.

—Cuatrocientos o quinientos, a lo sumo.

Sebastián señala una pared alta y bella que queda frente a ellos, a la izquierda.

—Es el palacio —explica—. Hay sirvientes, y su patio no es como los demás; las paredes están pintadas y tiene serpientes grabadas en las piedras.

—Nos dan risa las serpientes —dice rechinando los dientes don Hernando, cuyo caballo está muy nervioso—. ¿Monseñor Gabriel ha descubierto algunos puestos de defensa?

—Allí arriba, don Hernando —replica Gabriel sin darse cuenta del sarcasmo—. Desde la cima de la roca la vista es perfecta; se ven la población y la llanura, e incluso la carretera que lleva hasta las tiendas y a los aposentos del inca. Es una calle ancha, pavimentada y bordeada de árboles hasta las marismas. No pueden hacer ningún movimiento hacia nosotros sin que lo advirtamos...

—No hay nada extraño en que haya buena vista desde allí arriba —gruñe Moguer—. No es necesario subir para saberlo.

—Don Francisco —interviene el capitán De Soto—, todo esto me preocupa.

—¿Por qué?

De Soto señala con la mirada al embajador Sikinchara, al que acaban de unirse unos mensajeros indios.

—Tiene demasiado parecido con una trampa, a mi entender —masculla De Soto—. ¡Ni un guerrero en la ciudad! Una ciudad entera para nosotros. Nos dejan un puesto de observación magnífico para no ver nada, paredes para encerrarnos y decenas de millares de soldados por todos los alrededores. No, gobernador, esto no me gusta nada. Los indios serán lo que queráis, pero estos saben luchar sus batallas y tienen por costumbre ganarlas... No los infravaloréis.

—De Soto tiene razón —dice don Hernando a su pesar—. Sabemos lo que vale el canto de estos pájaros. No tienen más que mentiras y triquiñuelas en la boca.

—Podemos colocar el cañón allí arriba, señor —dice el Griego, señalando la plataforma de la pirámide—. Eso nos proporcionaría un buen alcance.

Todos miran a la vez la cumbre del *ushnu* y el tramo de peldaños rectos que lleva hacia ella.

—Sí —dice finalmente don Francisco—. Vas a llevarte contigo a los hombres que

te hagan falta para subirlo antes de esta noche...

—Pero eso no es suficiente —vuelve a gruñir don Hernando, mirando a Gabriel de través—. Este cretino no sabe ver lo que hay que ver. Mirad cómo está construida la ciudad, adosada a la pendiente. Nos podrían sorprender allí abajo, por detrás, tomar las calles sin que ni siquiera nos diéramos cuenta.

—Pues bien, hermano —afirma tranquilamente don Francisco, mientras que una vez más Gabriel se queda mudo ante el insulto—, si eso te ha de tranquilizar, ¿por qué no vas a comprobarlo tú mismo?

Don Hernando vacila y tira demasiado fuerte de la rienda del corcel, que salta descubriendo la dentadura. Gabriel lo mira fijamente a los ojos, con una sonrisa irónica entre los pelos de la barba. Don Hernando hace señal a dos o tres caballeros. Con los cascos resonando con fuerza sobre el pavimento, atraviesan la plaza con un trote excesivo.

A su alrededor, los hombres mantienen las miradas tensas. El nerviosismo de los capitanes es como arena que les cruje entre los dientes. El único que se ha alejado hacia el grupo de porteadores es fray Vicente, que comprueba el buen estado de los baúles que contienen el gran crucifijo, el agua bendita y su traje de decir misa.

Cuando don Hernando y sus compañeros apenas han desaparecido por una de las puertas de la plaza, Martinillo, el intérprete, se acerca al caballo de don Francisco y se inclina respetuosamente.

—El capitán Sikinchara ha recibido un mensaje del Único Señor Atahuallpa —anuncia.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice?

—El Único Señor Atahuallpa le hace saber a su excelencia el gobernador que puede pasar la noche en la plaza y que él vendrá mañana por la mañana...

Gabriel adivina la vacilación de Martinillo, pero el joven intérprete baja la vista antes de concluir.

—El Único Señor Atahuallpa dice que está ayunando para agradecerle a su Padre el Sol las victorias obtenidas y que no puede abandonar los baños sagrados. Dice que va a venir mañana para..., para tener un encuentro cortés con su excelencia el gobernador.

Cuando se vuelve hacia el embajador Sikinchara, la cólera de don Francisco quizá no es más que fingida. En el destello de sus ojos, Gabriel parece adivinar tanta hilaridad como ira.

—¡Qué pase la noche aquí! ¡Aquí, bajo un cielo lleno de nubes y de lluvia! ¡Eso no se hace, embajador! El enviado de su majestad no se aloja al aire libre mientras haya edificios buenos y bonitos a su disposición. ¡Y tampoco le gusta esperar inútilmente!

Pero cuando Martinillo ha acabado de traducir sus palabras, De Soto interviene.

—Don Francisco, permitidme ir hasta el campamento del inca y averiguar qué quiere de nosotros.

—Es arriesgado, De Soto. Estaréis a su merced.

—No más arriesgado que estar aquí, como toritos en un encierro. Y además, así sabremos finalmente cómo es ese campamento. ¡Y ese Atahualpa! Me llevo a veinte hombres, y de ese modo nos tendrán miedo...

—Sobre todo, no pongáis el pie en el suelo para hablarle. Pero seréis respetuoso. No es necesario violentarlo, De Soto, sino ser firmes. Llevaos al embajador con vosotros. No me gusta tenerlo aquí permanentemente. Y también al intérprete Felipillo. Es menos honesto, pero más astuto que Martinillo. Hay que engatusar al inca, además de impresionarlo. ¡Hay que hacer que comprenda que todo puede llevarse a cabo en paz!

De Soto asiente, sonriendo de nuevo, ya liberado por la acción.

Mientras selecciona a los que van a acompañarlo, Gabriel empuja su caballo contra el del gobernador.

—Señor, el cretino que soy os pide la gracia de seguir siéndolo. Quizá allí habrá cosas que yo sabré ver...

Don Francisco lo escruta y frunce el ceño.

—No me hagáis perder un caballo —le responde simplemente. Y volviéndose hacia De Soto, añade, refunfuñón—: Y no olvidéis decirle al inca que yo no me alojo a la intemperie. Cuento con ello...

—¡No sería la primera vez, gobernador! —le contesta De Soto, riéndose—. Yo sabría adaptarme...

Con los ojos fijos en los del capitán y la barba ahogando sus palabras, don Francisco atrapa la rienda del caballo.

—Es la primera vez, capitán De Soto, que estaréis solo y con las espaldas descubiertas en medio de treinta mil indios... ¡Que Dios os ampare, amigo mío!

—Lo sé —dice De Soto con una sonrisa—. ¡Confiad siempre en mi regreso, don Francisco!

Gabriel se guarda la sonrisa para él mismo.

CAJAMARCA, 15 DE NOVIEMBRE DE 1532

En el corazón de la tarde, el cielo se abre por el oeste. El valle, iluminado por la lluvia, resplandece bajo la caricia de Inti. La cresta de las montañas se tiñe con una luz tierna y suave, que inunda hasta las sombras. Las alondras y los martines pescadores vuelan alrededor de los juncos de las marismas y se ceban de insectos.

Por todas partes, en la aldea de tiendas, las mujeres reaniman las hogueras para calentar las sopas y cocer las tortas de maíz.

Atahualpa ha bebido mucha *chicha* durante la primera ceremonia del día. A su alrededor solo permanecen las mujeres. El *curaca* de Cajamarca y los poderosos señores han abandonado el patio donde andan atareadas las sirvientas. Todo está tranquilo.

Pero de nuevo llega corriendo un *chaski*, y Guaypar anuncia que un oficial extranjero y toda una tropa de guerreros a caballo vienen a saludar al Único Señor Atahualpa. Sikinchara los acompaña.

Esta vez, Atahualpa sale del recinto de los baños, se aleja hacia el montículo de los grandes estanques y mira en dirección a la aldea.

Le lleva un tiempo localizarlos. De pronto, con un chasquido de la lengua, señala los puntos negros que avanzan por el camino, a la orilla de la marisma.

Se vuelve hacia Anamaya.

—¡Mira! —le dice con una dulzura inesperada—, se diría que son cabañas que avanzan por la llanura.

Su sonrisa rezuma paz y ternura. Durante un feliz instante tiene el aspecto de un padre feliz que está a solas con su hija. Luego se vuelve hacia Guaypar.

—Hermano Guaypar, haz venir a mi guardia al patio. Y a todos los poderosos y a los sacerdotes. Diles a todos que el Hijo del Sol no quiere experimentar un escalofrío de temor.

La calzada es lo bastante ancha como para que quepan cinco caballos a la vez. Lleva directamente al otro lado de la llanura, a través de las marismas, hacia las innumerables tiendas. Pero no tienen necesidad de alcanzarlas para que, de vez en cuando, algunos indios se asomen a los lados del sendero para verlos pasar. Esta vez no hacen ningún esfuerzo por disimular.

Todos los miran fijamente, con el rostro petrificado, sin reflejar emoción ni curiosidad.

De Soto se vuelve hacia Gabriel y, con una mueca, expresa exactamente lo que piensa.

—Tienen siempre esa expresión de saber más que nosotros, ¿no creéis?

A pesar de su nerviosismo, avanzan al paso, con el revés de la lanza apoyado en la punta de la bota, refrenados por el ritmo del embajador. Después de haber recorrido media legua, de pronto el camino se hunde en un barrizal y se ve reducido a un estrecho sendero entre los juncos. Gabriel lanza su caballo, pero de pronto lo retiene.

—Está demasiado empantanado —le dice a De Soto—. Nos arriesgamos a que los caballos se queden atascados y a llegar con barro hasta las cejas.

—O a que nuestros corceles se rompan las patas... —responde De Soto.

—El poderoso embajador sugiere que pasemos por ese camino de allí abajo —interviene Felipillo.

El embajador Sikinchara les sonrío y señala un vado pedregoso entre los juncos.

—¡El muy bribón ha dejado adrede que nos embarráramos! —gruñe De Soto, dando la orden de seguirlo.

«Y ahora —fábula Gabriel— conoce nuestros puntos flacos. ¡Si hemos de huir o si espantan a los caballos, ya nos podemos preparar para un baño del que no vamos a salir vivos!».

El último de todos pasa por el vado, en el que el agua es tan clara que se ven como lentejuelas brillando en la superficie de las piedras.

De Soto lo alcanza. Sin mediar palabra, se cruzan las miradas.

Están pensando lo mismo.

Las mujeres terminan de vestir al Único Señor.

El patio bulle con soldados que toman su posición alrededor del estanque de agua caliente.

Por todo el campamento retumban las órdenes del Único Señor.

Los oficiales urgen a los hombres para que formen filas como si estuvieran en guerra, en rangos apretados y con los mazos y las hondas en las manos. Los que se encuentran en los bordes de la ruta real, a orillas del río de agua ardiendo y de las marismas, echan miradas furtivas hacia el norte. Más allá de las hileras de juncos en movimiento adivinan a unos hombres con la cabeza cubierta con un casco de plata, el rostro medio escondido entre los pelos y que parecen lo bastante grandes como para avanzar, pese a estar sentados, sobrepasando los juncos...

Las mujeres han abandonado la cocción de las tortas y de la sopa. Con gritos, capones y caricias, retienen a los niños cerca de las tiendas, para que no se vayan a correr por las callejuelas de lona. Los niños lloran. Ellos también quieren verlos.

Atahuallpa pide que se ate la camisa ofrecida por los extranjeros a una larga pértiga y que sea izada como un estandarte de enemigo vencido más arriba de los muros de la *cancha*.

Luego se fija en Anamaya, que hace mucho rato que permanece en silencio.

—Mantente cerca de mí, *Coya Camaquen* —dice—, y sé mis ojos. Mira bien el

rostro de los extranjeros. Quizá les bastará con descubrir el color de tus ojos para darse cuenta de que no son nada.

Anamaya adivina que no hay ninguna ironía en estas palabras; tan solo fatiga y soledad.

Después de haber cruzado de nuevo otro río, están lo bastante cerca como para distinguir los edificios en los que se aloja el inca. Y si las tiendas indias forman una especie de pared blanca hasta que se pierde la vista, de un extremo al otro de la llanura, de la ciudad de Cajamarca ya solo se puede entrever el extraño cono de roca.

—¡Capitán! —grita uno de los hombres de la escolta—. ¡Mirad! ¡Mirad el estandarte encima del edificio en el que se alberga el inca!

Gabriel, como el resto, sigue con los ojos la dirección indicada. En lo alto de una percha, apenas desplegada por una débil brisa, descubre la camisa de seda que el gobernador le regaló al rey indio.

De Soto masculla un juramento. Levantando la lanza, ordena que sus hombres se detengan. Llama a Felipillo y pide que el embajador Sikinchara vaya delante, solo, a encontrarse con su amo para advertirlo de la llegada de los señores extranjeros.

Felipillo vacila.

—Y bien, ¡traduce, animal! —se impacienta De Soto, alzando la voz.

Como siempre, Sikinchara escucha al traductor sin quitarle los ojos de encima al capitán.

Cuando Felipillo se calla, Sikinchara sonrío ampliamente, mostrando sus dientes claros. Sin más ceremonias, levanta la mano a modo de despedida y lanza una orden a los porteadores.

Cuando está un poco lejos, De Soto se dirige a Felipillo.

—¿Por qué sonreía de esa manera? —le pregunta.

La misma sonrisa se dibuja en los labios del intérprete.

—¡Oh, porque está muy orgulloso de anunciarle vuestra llegada al Único Señor!

Una vez más, la mirada de De Soto se cruza con la de Gabriel.

—Muy pronto sabremos quién miente mejor, nosotros o él —suspira Gabriel.

Una vez cruzada la puerta del patio, Sikinchara se inclina. Atraviesa el jardín con la cabeza gacha y la espalda encorvada, rodea el estanque, pasa por delante de los soldados y de los poderosos señores y va a postrarse detrás del Único Señor Atahuallpa, que está sentado en un taburete en la galería.

Aunque tenga la frente cubierta de polvo siente todas las miradas puestas sobre él y se estremece con orgullo.

—Ven ante mí, Sikinchara —le ordena Atahuallpa—. ¿Quiénes son los extranjeros que vienen hacia aquí?

—Es un capitán del *capito* con treinta hombres —responde Sikinchara con una voz monótona—. Van todos montados encima de los animales, con lanzas en las manos y escudos atados a las monturas. Es señal de que están en guardia, Único Señor, y de que te temen.

—¿Qué quieren?

—Invitarte de parte del gran *capito*, que se ha quedado en la plaza de Cajamarca. Te lo dirán por medio del indio que habla su idioma.

Atahuallpa no pregunta nada más. Se calla. Esta noche el rojo de sus ojos parece más violento, más irritado todavía por los vapores de azufre y los baños excesivos.

Anamaya adivina un poco de inquietud en el Único Señor, que conquista a los poderosos. El cielo encima del patio se ha teñido también de rojo. Es la hora en que el oro de Inti empieza a convertirse en sangre.

Pero en realidad no es el Único Señor Atahuallpa quien se estremece de miedo. Es ella. Es ella quien siente el frío atrapándola por la cintura y pesándole en el pecho. Es ella quien tiembla como si el granizo de esta tarde hubiera penetrado en su interior y ya no quisiera fundirse.

¿Por qué?

¡Ah, si el Hermano-Doble pudiera estar cerca de ella!

¿Por qué siente un nudo en la garganta al aproximarse los extranjeros? Son solamente un puñado, mientras que en el patio se agolpan más de cien soldados y en el campamento hay millares de ellos.

—¿Cuáles son tus órdenes, Único Señor? —pregunta la voz de Sikinchara, elástica y orgullosa.

—Vamos a escucharlos. Y mañana los mataremos. ¡Así!

Atahuallpa levanta una mano y la gira por el aire, cerrando el puño como si atrapara un insecto.

Este gesto le gusta y lo repite con más energía y una sonrisa.

—¡Así! —repite.

En el patio estalla una primera carcajada, y otra, y todavía otra más. El Único Señor se ríe. Entonces, una gran carcajada sacude el pecho de los poderosos y agita sus pendientes de oro. Los soldados, las concubinas y los servidores se ríen con la boca abierta de par en par, levantando la cabeza para que sus risas suban hacia el cielo enrojecido, como el vapor de las aguas ardientes.

Con lágrimas de risa en los ojos enrojecidos, el Único Señor vuelve a hacer una vez más el gesto con la mano.

—¡Así! —dice.

El sendero se interrumpe bruscamente ante ellos.

No lo prolonga más que un estrecho puente de bambú que atraviesa el río. Pero el agua de este río está tan caliente que en algunos rincones hierve.

Al otro lado, a una decena de pasos, empieza el campamento de tiendas blancas. Los indios, formando cuadrados de cincuenta hombres, ataviados para la guerra y en una alineación perfecta, con las lanzas ante ellos y la punta clavada en el suelo, los observan.

Como siempre, sus rostros no reflejan ninguna emoción; ni la más mínima sorpresa y, por supuesto, ningún miedo.

Gabriel se balancea sobre su montura y corta dos trozos de caña. Los tira al agua humeante. Las plantas se encorvan y se oscurecen, como pequeñas bolas negruzcas que la corriente se lleva en un abrir y cerrar de ojos.

De Soto, que lo ha observado, resopla entre los dientes.

Un hombre de la escolta señala el puente de ramas cubiertas de tierra.

—Es imposible pasar por aquí —masculla—. No resistirá el peso de los caballos y acabaremos cocidos del todo.

Un señor indio, con las orejas y el cuello decorados con enormes tapones de oro, se acerca por la orilla opuesta. Gabriel, al igual que el resto, esconde un movimiento de sorpresa. Aparte de las plumas extraordinarias que le decoran la cabeza, el viejo lleva el pecho cubierto de oro, las muñecas de oro, y las manos, cuando señala la parte más baja del río, le pesan de tantos anillos de oro que lleva.

Felipillo traduce sus breves palabras.

—El poderoso señor dice que podéis cruzar el río más abajo. Los hombres pasan a pie por allí.

De Soto gesticula a Gabriel y a otros tres caballeros.

—¡Seguidme!... Y vosotros —añade para el resto de compañeros— no os dejéis deslumbrar por el oro. Vigilad a los soldados frente a las tiendas. Si se mueven, gritad y nos venís a buscar...

El vado está en la confluencia con un río de agua fría. Aunque la corriente ya no quema, está lo bastante caliente como para humear todavía.

En la orilla opuesta, unas cuantas baldosas anchas de piedra conducen hasta los aposentos del inca. Dos cuadrados de soldados, en perfecta formación, protegen la entrada.

Turbados por la mezcla de las aguas y el olor del azufre, los caballos retroceden y golpean el suelo con los cascos. Aparecen unos cuantos señores indios igualmente cubiertos de oro como el primero y los miran.

Como De Soto quiere forzarlo a cruzar, su caballo resopla y acaba por encabritarse, lanzando un relincho de ira.

Gabriel vuelve a apoyar la lanza sobre la bota y calma a su propio corcel. Piensa en don Francisco: en tales circunstancias, el gobernador lanzaría a su caballo sin vacilar. ¡Con tres golpes de talón ya hubiera pasado al otro lado!

Pero en el instante en que se decide a hacer tal cosa, una risotada enorme estalla allí abajo, en los aposentos del rey indio.

Es una risotada que rasga el aire como un insulto.

Entonces, lanzándole un grito a Felipillo en equilibrio desde la grupa de su caballo, Gabriel golpea con los espolones hasta la sangre. Con un mismo reflejo, De Soto ha lanzado también a su caballo hacia el río. Al contacto con el agua caliente, los animales saltan como en una carrera de obstáculos. Se contonean, tiran coces, pero pasan. Y cuando emergen del río, los hierros de los cascos golpean las baldosas de piedra, lanzando destellos.

Por vez primera, Gabriel ve el estupor reflejado en los rostros de algunos de los guerreros que están delante de él. Las bocas se entreabren; los párpados tiemblan.

Mira a De Soto. El capitán, que también lo ha visto, sacude la cabeza y se echa a reír.

Entran en el patio del inca a trote ligero.

Se agachan sobre la crin de los caballos para pasar bajo el dintel del porche, pero se incorporan rápidamente una vez al otro lado, con la lanza firmemente sujeta en la mano derecha, las riendas tensadas con la izquierda y la espada dando saltos sobre las corazas.

Y los propios caballos, mientras cruzan el patio entre las filas de soldados, parecen de pronto tener conciencia de formar parte de una ceremonia. Levantan las orejas y mordisquean la mordaza moviendo los ojos. Todavía un rastro de furia tras pasar por un estanque de agua humeante, resoplan por el hocico y golpean el suelo pavimentado como es imaginable que lo harían unos dragones caídos del cielo.

Pero aquí ninguno de los indios, se muestra impresionado.

El rey de los incas es fácilmente reconocible. Es el único que está sentado. Al menos, diez mujeres lo rodean. Va ataviado con una túnica hecha de trozos de oro, sin mangas. Lleva los antebrazos, hasta los codos, recubiertos de oro; pero su rostro no es visible.

Dos mujeres sujetan ante él una tela grande, entretejida con hilos de plata y que disimula su faz como si fuera una gasa. No se le ven ni las facciones ni los ojos, pero él sí puede observar.

Por lo que Gabriel puede advertir, lleva una diadema sujeta a la cabeza. En la frente adivina una cinta de lana sedosa y carmesí que contiene una franja de finos cordones de oro y una pluma extraordinaria, similar a un diamante, corta y ancha, coloreada como un arco iris.

Está tan inmóvil como si fuera una figura de cera.

Ni un ligero temblor. Nada. Se podría dudar de si está vivo o muerto. Pero frente a su boca, la gasa se balancea al ritmo de su aliento.

Todavía nada, ni un movimiento, aunque ahora los caballos están muy cerca, cruzando por delante de él, levantando sus hocicos doloridos por la mordaza y mostrando la dentadura.

Y esta inmovilidad transmite una dignidad extraordinaria, una potencia que pone

la carne de gallina. Gabriel siente cómo el miedo, que hasta ahora ha conseguido mantener alejado, le oprime los riñones.

Se endereza sobre la montura, deja flotar su mirada sobre los rostros que rodean al inca y encuentra los ojos llenos de altivez del capitán Sikinchara. A su lado, Gabriel reconoce al joven combatiente de aspecto orgulloso que le dio las gracias por haber matado al perro de Moguer.

Gabriel inclina la cabeza a modo de saludo, pero el otro se limita a mirarlo fijamente sin pestañear.

Cuando De Soto hace avanzar otro paso a su caballo, Felipillo grita para protestar. —¡No tan cerca! —gime—. ¡No tan cerca!

Está arrodillado entre los caballos, con las palmas de las manos pegadas al suelo y la nuca doblegada.

De Soto mira a Gabriel. Parece un poco pálido, pero su voz suena firme.

—Soy un capitán del gobernador don Francisco Pizarro, enviado por el señor Dios y su majestad el emperador Carlos V de España para conocer estas tierras en las que estamos y enseñar en ellas la fe en Jesucristo...

Cuando acaba, el silencio es tan grande que se oye el burbujeo del agua en el estanque.

Con una opresión en el pecho, con un gesto apenas controlado, Gabriel golpea tan fuerte la espalda de Felipillo con el puño de su lanza que el pobre muchacho está a punto de caer al suelo.

—¡Traduce! ¡Traduce, hombre, pedazo de burro!

Con voz sorda y la cabeza siempre agachada, Felipillo traduce. ¡Y Gabriel no puede evitar la duda de que esté haciéndolo con fidelidad!

Pero De Soto ya ha recuperado su confianza. De un manotazo, coloca a su caballo de lado y hace un saludo a la española.

—Nuestro señor el gobernador —añade— os invita a compartir su comida, mañana, para sellar vuestra amistad y proponeros su ayuda, puesto que sabe que sois amante de las conquistas...

Lo único que se mueve es la gasa ante el rostro del inca.

Y luego, cuando el silencio empieza a volverse insoportable, el viejo cubierto de oro que los recibió a la orilla del río dice unas palabras.

—Está bien —dice Felipillo.

—¿Qué está bien? —gruñe De Soto.

—El poderoso señor que habla por el Único Señor ha dicho «está bien».

Entonces, después de haber lanzado una mirada breve a Gabriel, lentamente, con su nobleza innata, el capitán De Soto se quita el guante de la mano izquierda. Se saca del anular un anillo de oro fino y lo sujeta entre dos dedos de la mano derecha. Se inclina hacia el inca y se lo tiende.

Esta vez, la gasa tiembla bajo el efecto de un sonido. El viejo noble se aparta de la espalda del inca para acercar la mano a De Soto, que cierra los dedos con la misma

rapidez.

—No —exclama, irritado—. ¡Tú no! Quiero que sea tu amo quien tome este anillo.

Felipillo ya no traduce, hecho un ovillo sobre él mismo. Pero el sentido de las palabras está tan claro como el mal humor del capitán.

Y en el silencio, De Soto hace avanzar a su caballo tan cerca del inca que el soplado del hocico del animal levanta la gasa y agita la cinta real. Vuelve a tender la mano, con la palma abierta, ofreciéndole el anillo.

Entonces, como si sus gestos tuvieran que ser un poco más lentos que los de los otros hombres, el inca se mueve al fin.

A su vez, tiende el brazo, con la palma de la mano extendida. El anillo cae en ella. El inca retira el brazo, pero, con el mismo movimiento lento, vuelve la mano y la abre.

El anillo cae sobre el pavimento y rueda con un pequeño ruido agudo.

Pero Gabriel ya no oye nada.

¿Por qué quiso el Único Señor que ella fuera sus ojos?

Lo que ve le transforma la sangre en hielo.

Lo que ve le quema los ojos.

Entran en el patio llenos de ira. Los animales que prolongan sus cuerpos como patas monstruosas tienen los ojos enormes y con las extremidades de madera y de plata golpean las losas del suelo como si quisieran romperlas.

Y ellos, ellos llevan unos vestidos que se ajustan al cuerpo como si fueran desnudos. Una piel doble les envuelve los pies y las pantorrillas. Una piel doble les cubre las manos. Pero se puede ver la potencia de sus muslos, la estrechez de sus caderas, y tienen el pecho más ancho que el de un indio.

Y sus caras...

Tienen la cara cubierta de pelos, casi todos negros, algunas veces salpicados de blanco. Sin embargo, uno de ellos tiene el pelo dorado como la primera luz del alba. Sus labios son largos y móviles. Y bajo los cascos de plata adivina ojos vivos y brillantes. Sus miradas van de rostro en rostro; observan sin cortesía, incluso al Único Señor, a las mujeres. Sus ojos buscan los ojos como si fueran capaces de penetrar en todas las almas con un solo movimiento.

Y no son feos.

No, no tienen esa fealdad que describieron Sikinchara y Guaypar.

Son solamente hombres blancos.

El que tiene el rostro cubierto de pelos de oro posee algo tierno y frágil, hasta en el temor que le hace temblar las aletas de la nariz. Tiene el tabique fino, los labios muy rojos, largos y finos, la piel muy clara, pálida como la leche de alpaca...

Pero estos rostros... Anamaya está aterrorizada.

Lo que ve es peor que los colmillos del puma.

Lo que ve en estos seres y en estos rostros pertenece a su pasado, a su memoria.

Se acuerda de la niña Anamaya; de aquella que era ya muy alta para sus diez años; de aquella a la que todos encontraban demasiado grande y con la piel demasiado pálida, y que hacía reír a las niñas chiriguanas de la aldea en la cálida selva.

Se acuerda de aquella de la que se mofaban porque tenía la frente plana y los labios demasiado finos y alargados; de aquella que, más tarde, en Quito, repugnaba a las madres y a las niñas del *acllahuasi* por culpa de sus ojos...

Entonces, en el instante en que el Único Señor deja caer el anillo, en que el tintineo del anillo sobre las losas llena el pesado silencio del patio, Anamaya levanta la vista hacia el extranjero de la barba dorada y lo mira como nunca ha mirado a nadie.

Y sabe.

Cuando el anillo de oro ofrecido por De Soto cae de la mano despreciativa del inca, Gabriel no oye ni siquiera su tintineo sobre el pavimento.

Ve y es presa del vértigo.

De los ojos azules.

De unos increíbles ojos azules.

Entre las jóvenes indias de vestimentas suntuosas, con capas de oro y túnicas de colores vivos, hay una, un poco más alta y toda vestida de blanco, con un simple cinturón rojo que le ciñe el talle. No tiene, como las demás, la pesada melena azabache cuidadosamente separada por una raya. Su pelo es ligero y le cae en mechones finos sobre los hombros, con las mechas sujetadas con hilos de oro, mientras una especie de diadema, decorada con una esmeralda y tres plumas cortas, roja, azul y amarilla, le ciñe la frente.

Tiene esos ojos azules...

Y es bella.

Pero no es su extraña y única belleza lo que hace caer a Gabriel en el ardor de su corazón. Es su presencia.

¡Como si hubiera hecho este largo viaje desde Sevilla hasta aquí, a este valle de un mundo desconocido, para estar frente a ella!

Como si Dios, el destino o el azar, acumulando pruebas en su camino, no hubieran tenido otra voluntad. Como si la vergüenza de ser bastardo, la humillación del Santo Oficio y la locura inalterable de don Francisco Pizarro no hubieran tenido otra motivación que engendrar este instante. Estar aquí, ahora, frente a esta desconocida. Ante esta mujer de otro universo, de ojos celestes abiertos de par en par, de mirada de lago.

El vértigo es tan grande que debe sujetarse a la crin de su corcel para no caerse.

Debe apretar los dientes para no gritar como un niño preso del pánico.

Todo lo que le rodea no es más que un vacío que lo separa de ella.

Que lo separa de la esperanza y ya del deseo de esta mujer.

Ya no oye nada, ya no ve nada. Oye el corazón de la muchacha y ve sus ojos.

¿Es posible echar de menos un rostro tan pronto como acabamos de descubrirlo?

¿Es posible saber, en el espacio de una mirada, que uno ya no va a poder respirar sin el aliento de este rostro y el ardor de sus labios?

Tiene frío, y parece que no podrá volver a entrar en calor más que tocándola.

Y entonces, cuando cesa el tintineo del anillo, estalla un fragor, resuenan llamadas y gritos, golpes de cascos. La voz de don Hernando Pizarro suena fuerte y brutal.

—¿Qué ocurre, De Soto? —pregunta a modo de exigencia.

—El satánico inca se niega a hablar conmigo. ¡Solo quiere hablar con el gobernador! Y vos, ¿qué hacéis aquí?

Gabriel no se vuelve. No puede ni quiere hacerlo. Al entrar don Hernando en el patio, la muchacha ha bajado la vista. Él mantiene la mirada fija sobre su cabellera abundante y las pequeñas plumas de su diadema, como si esta obstinación pudiera hacer que levantara los ojos. «¡Ella sabe, ella sabe! ¡Ella debe saber también! No es posible de otra manera...».

—He venido en vuestra ayuda —vocea de nuevo don Hernando—. Temía que os encontrarais en un mal paso. Si no os quiere hablar a vosotros, quizá me hable a mí...

Gabriel apenas oye sus palabras y la voz de Felipillo que traduce alguna cosa. Y luego se hace el silencio; el silencio y el vacío, puesto que ella no vuelve a levantar la vista.

Permanece como postrada, quizá temblorosa, puesto que sus dedos vibran, se crispan y se tensan, como si estuviera aterrorizada. «No, ¡ella sabe! ¡No debe tener miedo! ¡No tiene que temerme! ¡No puede tenerme miedo como una criatura!», se repite Gabriel.

Está a punto de hacer un gesto, quizá de gritar, cuando oye la risa burlona de don Hernando.

—¡Dile a este perro que levante su cara de perro y que responda cuando le hablan!

Felipillo no traduce, pero la frase y su tono no precisan traducción. El inca no ha temblado, pero a su alrededor, los nobles se han incorporado ante el insulto, mirando fijamente a los españoles como se mira un hormiguero antes de la matanza.

Sin siquiera darse cuenta, Gabriel ha tirado de la rienda, haciendo girar a su caballo, y ahora se encuentra cara a cara con don Hernando. Ya tiene la mano en la empuñadura de la espada y hay tanto furor en su rostro que el hermano del gobernador esboza un rictus burlón.

—¡No era más que una broma —masculla— para despertaros, que tenéis pinta de

estar un poco helado de miedo! ¡Hay que enseñarles quién es el más fuerte! Felipillo, dile al rey Atahualpa que yo no soy un simple capitán, sino el hermano del gobernador don Francisco Pizarro. El gobernador es su amigo. Le ruega que acepte su invitación a cenar. Le espera en Cajamarca y no va a moverse, ni para comer ni para acostarse, hasta que reciba su respuesta.

Cuando Gabriel se vuelve hacia el inca, la joven ha vuelto a levantar la vista y lo mira de nuevo.

El azul de sus ojos refleja sorpresa.

Lo mira como ninguna mujer jamás lo ha mirado antes; ni siquiera doña Francisca, hace tanto tiempo, en Sevilla.

Ella lo mira, y él quisiera acariciarle la sien, rozar sus labios.

Podría inclinarse, tender los brazos y llevársela a lomos de su caballo, saltar por encima del río ardiente apretándola contra su cuerpo...

Como llevado por el delirio, sus músculos se endurecen y una punzada de dolor le rompe los riñones.

Durante un instante, para alejar el vértigo del deseo, la locura se apodera de él, cierra los ojos.

Cuando vuelve a abrirlos se da cuenta de que las dos mujeres que, hasta entonces, sujetaban la gasa de oro ante el rostro del inca, la levantan con una prudencia infinita. El rostro del rey inca aparece, extrañamente bello, grande y poderoso.

Su nariz tiene algo de ave rapaz. La boca, un poco arqueada por el desdén, muestra el perfil perfecto de una estatua. Pero su mirada deja estupefacto: entre las órbitas hundidas, las dos pupilas negras están rodeadas de sangre. Y es como si la cara del inca fuera la máscara espléndida de la crueldad y, al mismo tiempo, del dolor.

Gabriel adivina, a su lado, la sorpresa de don Hernando y De Soto.

Para cuando el inca empieza a hablar, con una voz lenta y clara, la mujer de ojos azules ha desaparecido.

El inca no habla a los extranjeros. Se dirige solamente a uno de los ancianos que lo rodean, y este transmite sus palabras al intérprete Felipillo.

—Por todos lados, en vuestro camino, habéis maltratado a mis poderosos señores. En los pueblos habéis maltratado a los *curacas*, los habéis encadenado, los habéis derrotado sin ningún respeto hacia mí, el Hijo del Sol, el Único Señor de esta tierra, que no es la vuestra. Sin ningún respeto habéis entrado en las Casas de las Vírgenes y habéis tomado a mujeres. Habéis robado oro y plata de los templos. Entrasteis en un palacio en el que dormía mi padre Huayna Capac durante su vida de aquí y robasteis sus mantas preciosas. A lo largo de todo vuestro camino desde el mar habéis comido lo que no se os ha ofrecido y vuestros perros han matado a niños para comer...

El inca habla mucho rato de la crueldad de los extranjeros. Expresa toda su cólera

de que alguien venga a alterar la paz del Imperio de las Cuatro Direcciones.

Pero cuando se calla, don Hernando Pizarro responde que eso no son más que mentiras. Su voz refleja el coraje de la arrogancia.

—El gobernador es un buen cristiano. No quiere hacerle daño a nadie y no ha luchado más que contra aquellos que se oponían a él. Cuando alguien se ha acercado a nosotros en paz, con sonrisas y presentes, nosotros hemos respondido también con sonrisas de paz y con presentes. Cuando alguien nos ha atacado, entonces sí, hemos hecho la guerra y hemos vencido a todos los que se negaron a someterse. Lo hemos hecho y lo seguiremos haciendo tanto como haga falta. ¡Sin ningún temor, puesto que uno solo de nosotros, encima del caballo, tiene la fuerza suficiente como para combatir un ejército entero de gentes de aquí!

El inca se ríe como si escupiera todo su desprecio.

—Bajad de vuestros animales para descansar y recuperaos.

—Estamos en pleno ayuno —responde don Hernando con aplomo— y hemos hecho la promesa de no poner los pies en el suelo antes de haber vuelto a nuestro alojamiento... Pronto se hará de noche y debemos llevarle una respuesta a mi hermano, el gobernador. ¿Vendréis a compartir el pan con él?

En sus círculos sanguinolentos, los ojos del inca parecen reírse todavía.

—Hoy doy las gracias a mi Padre el Sol, a mi Madre Quilla y al trueno Illapa por haberme dado la fuerza para vencer a mi hermano Huáscar, que no quiso respetar la ley. Hoy yo también estoy ayunando, puesto que mis guerreros, que se cuentan por millares y millares, y que no se mueven más que cuando yo se lo ordeno, salieron victoriosos de grandes batallas... Mañana dejaré de ayunar. Entonces iré a Cajamarca acompañado de algunos de mis poderosos señores. Para la noche que viene podéis alojaros en los grandes edificios que están en la plaza. En el que está adornado con serpientes no vais a entrar: es el mío.

El inca se calla un momento y examina con curiosidad a los caballos.

—Antes de que os vayáis —añade—, tenéis que tomar cerveza sagrada, puesto que es mi forma de mostrar mi amistad a aquellos que no son mis enemigos.

Apenas ha acabado de pronunciar estas palabras cuando dos jóvenes muchachas se acercan, portando cada una un gran vaso de oro, magníficamente tallado. El inca bebe de cada uno de los vasos antes de que una de las mujeres ofrezca uno a don Hernando.

Luego hacen lo mismo con vasos de plata para De Soto.

Pero es entonces cuando la muchacha de ojos azules se acerca al inca.

A su vez, le tiende también dos vasos de oro. El rey del Perú la mira frunciendo el ceño. Los viejos, a su alrededor, expresan su sorpresa. Sin embargo, el inca, sin pronunciar palabra, toma uno de los vasos. La joven se postra mientras él roza con los labios la espuma blanca y agria. Luego, ella se vuelve y se acerca al caballo de Gabriel y, hundiendo los ojos en los suyos, le ofrece el vaso de oro.

Anamaya ha visto la mirada de asco que Inti Palla dedicaba a los extranjeros cuando ella les ha ofrecido el vaso de oro.

Ha visto también el desprecio de Sikinchara, el odio feroz de Guaypar y su sed de sangre y de guerra. Ha adivinado la curiosidad del Único Señor hacia los grandes animales y el placer que le provocaría poseer algunos iguales.

Ha oído en la voz de Atahuallpa la cólera, igual que la astucia y, finalmente, el desdén. Siente hasta qué punto el Único Señor está seguro de dar miedo a los extranjeros, lo seguro que está de su poder, del poder de sus miles de guerreros y del apoyo de su Padre el Sol.

Sin embargo, se equivocan. Anamaya lo sabe.

Y eso no procede de las palabras violentas del jefe de los extranjeros que ha hablado. En su voz se adivinaban con facilidad la fanfarronería y la mentira.

Eso procede del silencio y de la mirada del hombre de la barba dorada; de la seguridad con la que se ha llevado la mano al arma cuando el jefe extranjero lanzaba insultos que ni siquiera el intérprete se ha atrevido a traducir.

Hay en él una valentía que el resto de los extranjeros no parecen poseer. Hay en él una grandeza que Atahuallpa no sabe ver. Hay en él todo el poder de un mundo desconocido.

Ella lo siente como si la tocara, como si la abrazara hasta cortarle el aliento y se la llevara sobre su extraño animal.

Pero todos, aquí, parecen ignorarlo.

¡Y esta ignorancia ciega al Único Señor!

Entonces, cuando comprende que ninguno de los vasos de *chicha* le está destinado, sin temer la furia del Único Señor que no ha dado la orden, de motu proprio llena uno.

Y cuando se lo ofrece, advierte su sorpresa.

Él se quita la doble piel de sus manos, y los dedos, largos y blancos, le tiemblan. Se inclina hacia ella y, en el espacio de un rayo, parece que va a caer en sus brazos.

Con cautela, evitan que sus dedos se toquen.

¡Qué pálido está!

Sí, él también se ha dicho que en este instante podía caer en sus brazos.

Y si le disgusta el sabor acre del brebaje, Gabriel evita exteriorizarlo. Mientras bebe, como si se bebiera su mirada y su alma, es incapaz de dejar de mirar los ojos azules de la joven india. Y ha acabado amando el dulce amargor de la cerveza. Ella permanece muy cerca del caballo, inmóvil y sin temor. Tiene el pecho a la altura de su rodilla, y a él le bastaría con un ligero movimiento, con un paso del animal, para rozárselo.

El corazón le ha dejado el pecho partido en pedazos.

La cerveza le ha calentado el vientre encogido. Todos los ojos se concentran en ellos. Gabriel siente el peso de la mirada sangrienta del inca.

Al final le devuelve el vaso vacío. Ella levanta el brazo, deja caer el rostro hacia

atrás, como si le ofreciera de golpe toda su inocencia, como si quisiera que él pudiera leer así toda su pureza.

Pero en este instante, a su espalda, interviene don Hernando.

—Ahora nos despediremos, y os esperamos mañana.

El inca inclina un poco la cabeza, con una especie de sonrisa.

—Que uno de los vuestros se quede con nosotros esta noche, que sea mi invitado —responde.

Y con su hacha de oro, señala a Gabriel.

—No —protesta altivamente don Hernando—. ¡El gobernador no lo permite! Tenemos que regresar todos a Cajamarca, donde él nos espera. Su furia sería grande si os quedarais con uno de nosotros...

El Único Señor sonrío. Todos los poderosos señores sonrían. Todos los soldados amontonados en el patio sonrían.

Todos han notado el miedo de los extranjeros.

La ironía ha iluminado sus rostros, como si se dijeran: «Mirad a esos grandes guerreros. ¡Tienen tanto miedo que huyen de nosotros como conejillos de Indias!».

Mientras tanto, cuando don Hernando hace girar ya su caballo, se oye la voz del capitán De Soto.

—¡Esperad! ¿No deberíamos agradecer al indio su hospitalidad? Creo que le interesan nuestros caballos. Y además, no queremos que crean que somos unos cobardes...

Y haciendo repicar los cascos, se pone a dar vueltas con brío alrededor del patio. Monta un animal bastante bien domado.

Con los espolones y la muñeca lo hace avanzar y retroceder al paso antes de emprender un breve galope. Los cascos golpean el pavimento con gran estruendo. Cada vez con mayor rapidez, va girando sobre sí mismo tan de cerca que los sirvientes y los guardias se apartan. La bestia resopla y gruñe, babeando espuma por el morro. Finalmente, con un grito, De Soto hace levantarse a su caballo. Entonces, los indios retroceden, aterrorizados; algunos se caen de culo, otros huyen despavoridos.

Don Hernando se ríe y lanza su caballo fuera del patio. Cuando Gabriel se da la vuelta una última vez, ya no encuentra la mirada azul de la india, sino solo la sonrisa divertida del inca.

Preso de la cólera, el Único Señor ha ordenado que las esposas, los sirvientes y los guardias desalojen el patio de inmediato.

Sikinchara se esfuerza por mantener su buen humor.

—Los mataremos a todos, pero nos quedaremos con los animales. Y con el extranjero que les mete en las patas ese metal que hace fuego sobre las piedras.

—Deberíamos haberlos matado a todos hace tiempo —contesta sombríamente

Guaypar—, incluso a sus caballos.

El Único Señor los hace callar con una mirada y se vuelve hacia Anamaya.

—¿Por qué le has ofrecido un vaso de oro al extranjero silencioso, *Coya Camaquen*? No te había dado la orden.

Anamaya dobla las rodillas y se postra.

—Perdóname, Único Señor.

Atahuallpa frunce el ceño.

—Es él, Único Señor, quien mató al enorme perro que devoró al niño en Huagayoc —dice Guaypar como a regañadientes.

Sikinchara mantiene su mueca de desprecio, pero Atahuallpa inclina suavemente la cabeza.

—Me gustan sus animales —dice con lentitud—, pero ellos son gente a la que no podemos comprender. —Luego se levanta y añade, dirigiéndose a Sikinchara—: Encuentra a todos los que han tenido miedo de sus animales. Llévalos ante los soldados y que les corten la cabeza. Nadie aquí debe temer a los extranjeros.

CAJAMARCA, NOCHE DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1532

Cuando los que han visitado al inca Atahuallpa regresan al galope a la inmensa plaza de Cajamarca, ya casi se ha hecho de noche. El gobernador don Francisco Pizarro no se ha movido. Se mantiene tieso sobre su caballo, como si el granizo de la tarde lo hubiera dejado congelado allí arriba.

Al oír el ruido de los caballos, los hombres que ya se están instalando en los edificios acuden con antorchas en las manos. En sus pálidas luces, los rostros se llenan de sombras.

—El inca no ha querido acompañarnos, hermano —anuncia don Hernando nada más llegar—, pero ha aceptado tu invitación para mañana.

El gobernador lo aprueba con una inclinación de cabeza.

—¿Qué aspecto tiene? —pregunta.

—Es como un gran príncipe —interviene De Soto.

—Como una especie de moro —atenúa don Hernando—. Permanece sentado en un taburete mientras los otros están de pie. Tiene los ojos inyectados en sangre, como si se hubiera comido crudos a sus enemigos. Y está lleno de arrogancia, como todos los indios.

—Y de dignidad, también... —añade De Soto—. Sabe bien cuál es su rango.

Don Hernando gruñe, haciéndose el listo.

—De Soto cree que es dignidad. La verdad es que el inca no le ha dirigido la palabra hasta que yo he llegado. No se ha vuelto parlanchín hasta que no ha sabido que yo era el hermano del gobernador...

De Soto no le escucha, y don Francisco interviene abruptamente.

—¿Cuántos son?

—Muchos —suspira don Hernando con un gesto vago—. Y bastante bien equipados. Lanzas, hondas y mazas. ¡Nada realmente peligroso!

La mirada del gobernador se fija en De Soto.

—Cuarenta mil, calculo —acaba diciendo el capitán—. Y bien curtidos. Sus mazas estrelladas y puntiagudas deben de ser capaces de hacer algunos rasguños...

Un murmullo recorre las filas de españoles. Se repite la cifra. ¡Cuarenta mil! Ninguno de estos hombres ha visto jamás un ejército tan grande.

Fray Vicente se acerca al caballo de Gabriel y lo toma por la rienda.

—¿Le habéis dicho al rey de los indios que Dios nos lleva hasta ellos? —pregunta.

Una risa burlona se escapa de los labios de don Hernando.

—Yo lo he dicho, fray Vicente, pero era como hablar de Cristo a un hatajo de cerdos. El inca nos ha comunicado que su padre es el Sol, y su madre, la Luna...

Fray Vicente se persigna, sacudiendo la cabeza.

—Es una ralea de paganos —prosigue don Hernando—, y no os penséis que vais a convertirlos con buenas palabras.

—Son hombres y mujeres como todos los demás —les espeta Gabriel con la voz firme y buscando en la sombra la mirada de don Francisco—. Son seres humanos como nosotros, excelencia. Y están en su casa.

—El colegial se ha tomado su brebaje... ¡cómo un hombre! —se ríe don Hernando—. ¡Ya no tiene sano todo el juicio!

Pero su broma cae en saco roto. El silencio la cubre como el frío que les hiela las nuca. Con la noche ha empezado a soplar un viento fuerte, que abate las llamas de las antorchas y las hace gruñir.

El gobernador se mueve al fin y dirige su caballo hacia el mayor de los edificios.

—No te hagas ilusiones, hermano mío —dice en voz baja para que no le oigan todos—. Gabriel tiene razón: están hechos como nosotros. Tienen coraje y cerebro, y deberemos tenerlo en cuenta.

El sonido de las trompas y de los tambores se expande lejos con el viento nocturno.

En voz baja, amontonados en las tiendas, sin poder conciliar el sueño, excitados y atemorizados, los niños se cuentan cómo los extranjeros van y vienen, medio hombres, medio animales, más altos que las llamas, haciendo saltos prodigiosos por encima de los muros y despidiendo chispas con sus pies de plata.

En la *cancha*, el Único Señor se ha retirado a su habitación y ha pedido que no se le vuelva a molestar. Los baños están vacíos. Todo está en una extraña calma.

Como las otras mujeres que no se quedan a pasar la noche cerca de su lecho, Anamaya se ha postrado antes de salir a la penumbra del patio. Atahuallpa no le ha dirigido ni una mirada. Los numerosos vasos de *chicha*, el ayuno y la tensión del encuentro con los extranjeros parecen haberlo agotado. Sus ojos están tan enrojecidos que ya no se le distinguen las pupilas.

Anamaya decide irse al pequeño templo que se levanta cerca de la fuente ardiente, pero cuando cruza el umbral del patio, Inti Palla se planta frente a ella. A oscuras, sus ojos brillan y sus dientes resplandecen como colmillos. Su mano agarra brutalmente la muñeca de Anamaya.

—¿Adónde vas? ¿A reunirte con ellos?

—¿A reunirme con ellos? ¿De qué estás hablando?

—¡No mientas! Lo he entendido todo —resopla Inti Palla.

Anamaya intenta liberar su brazo, pero los dedos de Inti Palla la aprietan todavía más fuerte, incrustándole el brazalete de oro en la piel.

—He visto cómo los mirabas...

—Déjame —responde únicamente Anamaya, que siente la ira apoderarse de ella.

Pero Inti Palla, con el rostro crispado de odio, le agarra el otro brazo y hace más fuerza para lanzarla contra la pared.

—¡Siempre supe que eras nefasta! —se burla—. El Único Señor no ha querido nunca escucharme. ¡Pero esta vez me va a oír!

Inti Palla la empuja hacia el patio. Ante la violencia de la princesa, Anamaya se yergue, pero no busca combatirla. Tiene el pecho en llamas, le queman las entrañas, como si estuviera bebiéndose el agua hirviendo del estanque. Y sabe de antemano lo que va a oír.

—¡Oh, no te hagas la grande y noble, *Coya Camaquen!* —le suelta Inti Palla—. He visto cómo mirabas al extranjero. Una mujer sabe lo que significa esa mirada. ¡Lo mirabas como se mira a un hombre al que se quiere tener entre las piernas!

—¡Cállate! —grita Anamaya.

—Durante años he fingido ser tu amiga porque el Único Señor te protegía. Pero desde el primer día en que te vi, me repugnas. Y desde siempre he sabido que quieres traicionarnos...

—Es mentira... —solloza Anamaya, empujándola.

Lanzando el brazo como un puño, Inti Palla la abofetea. Anamaya se tambalea hacia un lado y cae al suelo, con la cabeza a menos de un pie del estanque, respirando a pleno pulmón el vapor ardiendo que despide.

—¡Y yo sé por qué! —ruge la princesa, fuera de sí.

Mientras Anamaya se levanta, las imágenes y las emociones se desencadenan: es un torbellino con la sonrisa de su madre y sus labios que le susurran su amor, con la piel agrietada del viejo inca, con el rostro y los cabellos dorados de un hombre que hunde los ojos en los suyos...

—¡Yo también lo sé! —grita finalmente.

Estupefacta, Inti Palla la suelta con un empujón atemorizado. Una extraña sonrisa nace en los labios de Anamaya, una calma extraña la sumerge, y algo en su mirada azul asusta a Inti Palla, que retrocede un paso.

Por primera vez, Anamaya mira a su falsa amiga sin más miedo ni admiración. La ve deformada por los celos y por el odio; la ve como realmente es.

—Lo sé —repite—, y no tengo miedo de saber. Sé de dónde vengo y sé el camino que he recorrido. Sé que un extranjero, un hombre parecido a esos hombres, es mi padre.

Ella misma escucha sus propias palabras resonando en la noche.

—No son más que unas cuantas imágenes ante mis ojos, una sensación en la piel, palabras que los niños decían en la aldea: un extranjero que venía del bosque, con el rostro cubierto de pelo, y que había desaparecido en el bosque...

—Eres como ellos. ¡Eres igual de repugnante que ellos!

—Pero sé también —prosigue Anamaya, ignorando la interrupción— que toda mi vida he seguido las órdenes que el Único Señor, Huayna Capac, confió en mi corazón la noche de su muerte, cuando prometió que velaría por mí...

Entonces se calla, escrutando con desprecio el rostro deshecho de Inti Palla.

—¿Te acuerdas de que en Quito me preguntabas por qué era tan fea? Yo no te voy a preguntar lo mismo. Sé por qué eres tan fea. Sé por qué el Único Señor ya no quiere tocarte, por qué odia el olor de tu piel y por qué tu vientre le da asco...

—¡Estás loca! —grita Inti Palla, con los ojos inundados de lágrimas.

—Lo que veo en tu boca es lo más profundo de tu alma, Inti Palla. Bajo la piel tersa de tus mejillas no hay más que odio y vil maldad. Lo que brilla en tus ojos es toda la podredumbre de tu corazón...

—¡Eres una bruja que ha venido del Mundo de Abajo para destruirnos! —grita Inti Palla entre sollozos, agitando las manos frente a su cara como si quisiera protegerse de un fuego—. Eres una extranjera y quieres entregarnos a ellos como tú te has entregado... ¡Quieres que vengan aquí con sus animales y nos pisoteen!

Mientras Inti Palla grita, Anamaya se acerca a ella intentando separar sus manos. La princesa retrocede hacia el estanque ardiendo.

—Odio —murmura Anamaya—, torrentes de odio, mentiras miserables...

—¡Tú no eres como nosotros! ¡Quieres que nos muramos!

Anamaya no vacila. Con un gesto decidido agarra las muñecas que Inti Palla levanta y las aprieta con una violencia tan enorme que sería capaz de rompérselas.

Inti Palla abre los ojos de forma desmesurada y gime. Ya no queda más que miedo en el fondo de sus ojos, y sobre su rostro se mezclan el sudor, la humedad ardiente del aire y las lágrimas.

En un extraño paso de danza, Anamaya la atrae hacia el estanque como si quisiera hundirla en él. Ella se deja caer de rodillas, y la piel fina y esplendorosa de sensualidad de sus muslos se rasga contra los cantos de las piedras. Su sangre se mezcla con el polvo y el sudor. El agua ardiendo está tan cerca que ambas sienten el fuego contra sus rostros y el azufre irritándoles la garganta.

Apretando con más fuerza los brazos de Inti Palla, que se retuerce de dolor, Anamaya se agacha cerca de ella y la empuja contra el parapeto del estanque.

—¿Es eso lo que querías? —susurra Anamaya—. ¿Echarme al agua ardiendo? ¿Deshacerte de mí?

Inti Palla llora sin parar.

—¡Respóndeme!

Inti Palla inclina la cabeza.

—Mírame bien —dice Anamaya.

Suelta los brazos de Inti Palla y, con un movimiento tan violento que se araña la piel, se quita el brazalete de oro, el brazalete con las dos serpientes que ella le regaló hace tantas estaciones. Entonces, lo sacude frente a ella.

—¿Te acuerdas? Yo no era más que una niña pequeña y aterrorizada, una criatura de la selva, tan fea y deforme que no merecía más que burlas... Y creía que tú eras como las demás... Y luego entraste en mi habitación un día, con palabras dulces y tu sonrisa, y me diste este brazalete, me dijiste que eras mi amiga... Eras tan bella y

deseaba tanto creerte... Sí, yo también quería ser tu amiga...

Cuando lo tira, el brazalete tan solo produce un ligero chapoteo, no más del que haría un guijarro o una gota de lluvia. Se hunde haciendo destellos, llevado un instante por el burbujeo del agua, y luego desaparece entre las flores rojas y pardas del azufre que tapiza el fondo del estanque.

Anamaya se incorpora lentamente. La amistad que se está muriendo en su corazón no hace más ruido que la joya desaparecida.

Sin una mirada para Inti Palla, arremolinada y todavía sacudida por los sollozos, se recompone la túnica y se aleja en la noche.

—¡Maestro Francisco!

Como todos los españoles, el barbero y cirujano Francisco López, conocido como *Pancho*, coloca sus efectos en uno de los aposentos de la plaza. En poco tiempo, sus escudillas de estaño, sus bisturís de sangrar, sus pinzas y martillos de dientes, sus hojas de afeitar y sus botes de pomadas y de hierbas medicinales quedan dispuestos ordenadamente sobre el baúl de cuero.

Ante la llamada de Gabriel, se vuelve y esboza una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por ti, Gabriel?

—Me gustaría que me afeitaras la barba.

El barbero estudia el rostro de Gabriel, y luego la cara de hilaridad de Sebastián, que le acompaña.

—¡La visita al inca lo ha vuelto loco! —concluye.

—También quiere que le cortes el pelo —se ríe Sebastián, guiñándole un ojo.

El barbero sacude la cabeza.

—¡Gabriel! Es tarde, y el gobernador nos ha convocado a todos en menos de una hora.

—Pues entonces tienes tiempo.

—¡Que no! Y además, al fin y al cabo mañana tendrás todas las ocasiones de hacerte cortar, arreglar y tajar todo lo que quieras...

—He aquí el comentario de un hombre valeroso —se burla Sebastián.

—¿Y por qué quieres quitarte la barba? —continúa el cirujano, muy serio—. Te queda como un guante.

—Para sentir el aire de un día como este en la cara.

—¿Estás loco de verdad o solo lo haces ver?

—Pancho, mañana quiero estar limpio como una moneda recién acuñada. Me afeitas y me cortas el pelo. Luego iré a completar mi aseo al río.

—¡Madre de Dios! ¿En medio de la noche? ¿Con los cuarenta mil salvajes que berrean por todo nuestro alrededor?

Pancho se precipita sobre uno de sus frascos y lo agita como si fuera el santo sagrario.

—Gabriel, vas a tomarte tres gotas de este elixir, que te calmará y te ayudará a dormir. ¡Eso es lo que vas a hacer!

Sebastián se echa a reír.

—¡No lo entiendes, barbero! Don Gabriel tiene una cita mañana con una mujer.

Gabriel le echa una mirada suspicaz al negro grande.

—Ya sé cómo es vuestra dama —grita el barbero, imitando el movimiento del segador—. Todos tenemos una cita con ella. Pero te lo aseguro, Gabriel: ¡a ella le importa un bledo que llevemos barba o que apestemos a rancio!

—Dejad de decir bobadas los dos —dice Gabriel, cogiendo una hoja de afeitar del baúl.

La abre, toca su filo con la palma de la mano, y luego la apunta contra el vientre de Francisco. La orden que emite tiene un tono tan bajo y grave que las sonrisas se esfuman.

—Aféitame, por favor, Pancho, o no sabrás nunca cómo es todo el oro del Perú.

Anamaya ha corrido con los pies descalzos hasta la fuente. Necesitaba lavarse de todas las impurezas, de todas las palabras que la han ensuciado, de toda la violencia que ha pasado por ella.

Necesitaba volver a nacer.

Ahora sale del agua casi ardiendo. Bajo la luz plateada de la luna y el aire fresco de la noche, su cuerpo desnudo humea. El baño no ha logrado borrar las lágrimas que circulan por sus mejillas. Se pone su anaco blanco, pero sin ornarlo con ninguna de sus joyas. Ha tirado el brazalete de oro que le regaló Inti Palla, pero en su brazo queda todavía la marca ensangrentada.

Allí abajo, al otro lado del valle, tocando a la montaña, por el camino real que lleva a Cajamarca y por el que esta madrugada serpenteaba el extraño gusano de tierra verde y gris formado por la columna de extranjeros, hay ahora un interminable cordón de fuego. Son las antorchas de miles de indios insumisos que se han pasado al bando de los hombres barbudos. Todos aquellos a los que Atahuallpa conquistó, a los que ha perdido. Todos los que rindieron pleitesía a Huáscar y que hoy no tienen otro medio de vengarse del Único Señor que ofreciendo su rencor y sus armas al servicio del poder extranjero.

Y el cordón de fuego, como una colada de oro en medio de la opacidad nocturna, se desliza desde el cuello hasta la ciudad, cuyos muros ilumina, ¡Cajamarca está tan cerca y tan lejos!

—Van a morir todos —dice una voz desde la sombra.

—¡Guaypar!

El joven combatiente surge de la noche, con el torso y las piernas desnudos, vestido tan solo con su *huara*. Ella es incapaz de no admirar su potente cuerpo, cuyos músculos son como torrentes en una montaña.

—Lo he oído todo —dice—. Sé la maldad que hay en el corazón de esa mujer. Y sé que tú no nos has traicionado jamás...

—Gracias, Guaypar.

—Pero también sé que no mirabas al extranjero como se mira a un padre...

Ella advierte el amargor de su voz.

—Y quiero decirte que va a morir.

Anamaya cierra los ojos. El dolor le agarrota las extremidades y le punza los riñones. Lleva dentro el recuerdo del rostro del extranjero. Su mirada y el vértigo de cuando estuvo a punto de caer entre sus brazos la acompañan todavía, como un brasero de fuego que le agrieta las entrañas.

La atracción hacia el extranjero está en ella como un filo de esperanza y de dulzor que le rasga el pecho por dentro.

Y ahora, el temor de que muera está en ella.

—Déjame, Guaypar —murmura.

—Va a morir —repite serenamente el guerrero—. Él y los demás.

Se aleja en la noche.

Anamaya se incorpora y da la espalda a Cajamarca. Entonces, busca en las colinas oscuras del oeste, por donde llegará el Hermano-Doble, si Villa Oma no lo ha olvidado.

—Ven —balbucea—. Ven, Hermano-Doble. ¡Ven, te lo suplico, y ayúdame!

Fray Vicente ha ordenado que se retiren los botes de cerámica, las muñecas y todas las figuras paganas que decoraban los nichos de las paredes. Ahora arden en ellos lámparas de aceite, dando a la gran sala de vigas de oro la atmósfera de una caverna en la que se celebra una asamblea de fantasmas.

En la parte frontal, una decena de puertas se abren directamente a la plaza. Los que no caben en el interior se amontonan allí. En la ciudad desierta no quedan más que un puñado de centinelas, provistos de una corneta para dar la alerta. Velan sobre el camino de la fortaleza y en la cumbre de la pirámide.

Se hace el silencio cuando el gobernador se encarama a un pequeño estrado construido apresuradamente con unos cuantos baúles. Don Hernando y los capitanes permanecen a su alrededor.

Fray Vicente sube la cruz de oro bien alta, que ha colocado encima de una pértiga. Entonces la inclina tres veces sobre la asamblea, en la que todos se han quitado los sombreros, las corazas y las gorras. Luego se vuelve hacia don Francisco e inclina nuevamente la cruz, esta vez acercándola lo bastante como para que el gobernador se la pueda acercar a la barba.

Y todos se persignan.

—Dios dispone, según su voluntad, lo que sucede bajo el cielo y más arriba —lanza don Francisco con voz alta y clara—. Que él nos tenga en su santa guarda y que

la madre bendita de Cristo también nos proteja...

Los rostros se tensan, y los ojos ya no parpadean. Don Francisco parece capaz de mirar todas las caras. Sus pupilas, tan grises como su barba, son más luminosas que las antorchas metidas en las vasijas. Y echando su mano enguantada hacia adelante, empieza su discurso.

—Os creéis que los indios que nos rodean de un extremo al otro son más de cuarenta mil. ¡Pues no!

Se calla otra vez.

—Son más; sin duda, el doble. ¡Ochenta mil!

Hace otra pausa como si quisiera escuchar una queja que no llega a levantarse.

—¡Ochenta mil! ¡Uno contra cuatrocientos! Un español contra cuatrocientos indios. ¿Cuántos eran en la Puna? Unos centenares. ¿Y en Tumbes? No más. El rey Atahuallpa nos asegura su amistad y nos ha brindado bellos presentes. Nos ha acogido en esta plaza magnífica. Pero todo esto no es más que una trampa. Nos quiere tener aquí para aniquilarnos mejor. Y vosotros tenéis miedo. Tenéis miedo como los niños cuando miran a la oscuridad y dejan volar la imaginación. ¡Tenéis miedo porque no tenéis la suficiente fe en Dios! ¡Uno contra cuatrocientos! Sí, puesto que es Dios quien así lo quiere... Y Dios lo quiere, mis muchachos, porque desea demostrar su poder a aquellos que todavía no lo conocen. ¡Dios quiere que los indios de esta región rebosante de oro vayan a su regazo como todos los hombres de la tierra! Dios ha dicho: «Uno contra cuatrocientos, eso es a lo que te enfrentarás, tú, Pedro de Candia, tú, Alonso, tú, Juan, y Benalcázar, y Mena, y todos vosotros...».

El dedo extendido de don Francisco señala a los hombres como si los agarrara por el cuello.

—¡Todos!... —prosigue, todavía más fuerte—. ¡Dios lo quiere porque desea experimentar nuestra fe, compañeros! Dios nos ha permitido llegar hasta aquí, a pesar de todo y de todo lo que hemos resistido, puesto que quiere que seamos el instrumento magnífico de su fuerza y su grandeza. Compañeros, hermanos míos... ¡Dios nos ha elegido y nos ha bendecido porque quiere que en nosotros no haya ningún temor, y tan solo la alegría de hacer más grande su reino a través de nuestro coraje! ¡Compañeros, abrid los ojos, abrid vuestra mente! ¡Los indios han venido a esta llanura, aquí, con un ejército de ochenta mil, porque os tienen miedo! Miedo de hacer todo este estruendo que nos rompe los tímpanos y no nos deja ni dormir...

Se calla, y esta vez aparecen sonrisas bajo las barbas. Algunas risas salen de entre los hombres. Entonces, el gobernador don Francisco Pizarro inclina la cabeza y se ríe también.

—Su rey va a venir aquí mañana por la mañana —añade con más calma—. Entrará en esta plaza, bien cargado de sirvientes, de mujeres y de perifollos. Yo lo tomaré de la mano y no lo voy a soltar más. Y vais a ver cómo los ochenta mil indios no se atreverán ni siquiera a levantar el meñique. He aquí todo lo que va a ocurrir...

La tierra, las montañas y las nubes retumban con el fragor de las trompas y de los tambores, que no ha cesado ni un instante. La llanura está salpicada de braseros siempre alumbrados. Así iluminado, el campamento de tela parece todavía más inmenso de noche que de día. El viento se ha detenido para dejar paso a una fina llovizna que no impide que las pavesas se eleven en zarabanda por encima de las llamas.

Pero Anamaya no oye nada. No ve nada.

Desde medianoche permanece agachada sobre el olor de las hierbas. Las ha preparado ella sola, sin la ayuda de ningún sacerdote. Ha llevado la coca y la *chicha* a escondidas, y se ha instalado detrás de la pared del templo, protegida de las miradas.

Ha bebido y ha respirado.

Y ahora espera, balanceando suavemente el torso, sin ni siquiera darse cuenta.

Está sola. Jamás, desde los primeros días de su captura por parte de Sikinchara, se ha sentido tan sola y perdida ante la inmensidad del mundo. Jamás, desde que el Único Señor Huayna Capac le tendiera la mano, se ha sentido tan vulnerable y abandonada.

Sin embargo, conserva la esperanza. Espera que él acuda, que la ayude en esta noche terrible y que no se parece a ninguna otra. ¡Que la ayude a ella, de quien ha reclamado y obtenido el apoyo durante todos estos años!

—¡Oh, ayúdame, ayúdame!

Pero la llovizna cae, siembra mil perlas diminutas sobre su pelo, moja las hojas de coca volviendo su humo más pesado y más acre. Y desde el Otro Mundo no viene nada más que el aliento gélido del silencio.

Sombras armadas deambulan por las calles desiertas, susurrando.

Por todos los rincones, entre los muros de Cajamarca, retumba el estruendo infernal que los indios provocan en la llanura. No se detienen nunca, ni una hora, ni un minuto en toda la noche. Ni siquiera los caballos consiguen dormir.

Han encendido miles de fuegos y se diría que todas las estrellas del cielo se han reunido en la llanura.

Pero los hombres ya no vuelven la vista hacia allí.

—¡No los miréis, no los escuchéis! —ha ordenado don Francisco—. No son más que melindres. Si es necesario, taparos los oídos con la tela de vuestras camisas para no oírlos.

El propio gobernador va de grupo en grupo. Posa la mano sobre los hombros que la llovizna ha humedecido.

—Proteged vuestras espadas —aconseja—; engrasad vuestras botas y vuestras corazas. Así distraeréis el cerebro y los dedos a la vez.

Se dirige a los infantes igual que a los caballeros y a los capitanes. Pregunta cómo estaban las tortillas de maíz servidas por las indias llegadas al final del día con la

mayor parte de las tropas de tallanes. Se ríe y pregunta si los corazones ya están tan calientes como la sopa de habas. Se ríe separando apenas los finos labios bajo la barba, y los ojos sorprendidos acogen su ironía.

—Esta noche, mis muchachos —añade—, ya no hay pequeños ni grandes, ya no hay infantes ni caballeros. ¡Estamos todos al abrigo de la mano de Dios, compañeros, y todos los que me acompañan son señores!

Golpeando con su larga espada el canto de los escalones, se encarama a lo alto de la gran pirámide para inspeccionar el cañón que vigilan el Griego, Sebastián y Gabriel. Verifica el eje de tiro, directo sobre el camino. Luego reflexiona.

—Una vez transcurrida el alba —dice— es inútil apuntar hacia el camino. Esto sucederá aquí, dentro de la plaza. Desplazaréis el cañón para alcanzar la gran puerta al final del muro que da a la llanura... A vos, Gabriel, os voy a necesitar abajo...

La oscilación de las llamas de la antorcha se fija en el rostro lampiño y limpio de Gabriel. Don Francisco se ríe.

—¡Sí, eso ha sido una buena idea! Asearse bien para el gran día.

Un destello de ternura acompaña el movimiento de sus párpados. Tocando el hombro de Gabriel, sus palabras provocan las risas del Griego y de Sebastián.

—Vamos a mostraros a los indios así, mañana. Vais a causarles sensación: ¡creerán que están viendo un ángel!

Todo se ha vuelto blanco de repente y se oye una voz infantil.

—¡Anamaya!

No se ve nada. No hay más que un vacío infinito. Todo está blanco y suave, sin relieve alguno ni aspereza, como si ningún rincón del mundo hubiera escapado a la nieve surgida de la nada.

—¡Anamaya! —vuelve a llamar la voz de la criatura.

Ella cree responder, pero no se oye su propia voz.

—No temas, no estés triste —dice la voz infantil.

Ella piensa que pregunta quién habla.

—Soy aquel que va contigo y que no te abandona —responde la voz del niño—. Soy aquel al que mantienes en el mundo de los hombres.

Ella piensa que no es posible, puesto que aquel al que ella mantiene es un hombre muy viejo que ya partió más allá de la muerte. Entonces, el niño se ríe.

—Yo soy este. Y estoy en la edad de la infancia, puesto que el mundo está en proceso de rejuvenecimiento. Ha llegado el momento de un gran *pachacuti*. Lo que ha sido no volverá a ser. Lo que está por llegar es todavía como el niño en el vientre de su madre.

Anamaya tiembla pensando en la guerra que se va a librar al día siguiente.

—Lo viejo se resquebraja —dice el niño—, lo demasiado grande se viene abajo, lo fuerte deja de tener fuerza... Es esto el gran *pachacuti*. Los nudos apretados sobre

los cordoncillos del *quipu* llevan a un único nudo. Más allá, los cordoncillos se alejan hacia el horizonte, libres y largos, sin nudo alguno. El mundo se estrecha y luego vuelve a empezar. Todo ha cambiado.

Anamaya piensa: entonces vamos a morir todos. Los extranjeros nos van a matar. La voz del niño suena muy suave.

—Algunos mueren y otros crecen —dice—. No tengas ningún temor por ti misma. Pero cuida mucho a mi hijo, al que transformaste en serpiente, puesto que él es el último nudo del tiempo presente. Y cuida mucho a mi hijo, al que salvaste de la serpiente, puesto que él es el primer nudo de los cordoncillos del futuro.

Anamaya piensa: «¿Cómo podría yo, yo que ni siquiera soy una verdadera inca?». Entonces siente la caricia del niño.

—Tú eres aquella que debes ser —le murmura—. No temas, el puma te acompañará hacia el futuro.

—Bonito discurso el que hizo el gobernador anoche —dice el Griego—. Me gusta cuando don Francisco habla así, pero no era más que un discurso. Y es ahora cuando las cosas empiezan a ir en serio.

Señala las montañas del este, donde, a pesar de las nubes, el cielo se está emblanqueciendo.

Siguen los tres sentados al pie del cañón, en lo alto de la pirámide, pasmados de frío y empapados por la lluvia. El fragor del inmenso campamento indio no ha cesado hasta hace una hora, como de milagro y de repente. ¿Cómo han sabido que se acercaba el alba? Los millares de fuegos han producido tanto humo que se ha estancado encima del valle; de una cadena montañosa a la otra, ha formado una pestilente capa parda, espesa como las nubes y que irrita los ojos y la garganta.

—Uno contra cuatrocientos —prosigue el Griego con una sonrisita—. Vamos a ver lo que parece.

—Si te da tiempo —se ríe Sebastián—. ¡Es una pena que esos bribones no ataquen nunca de noche, así al menos yo tendría más posibilidades!

Luego se callan un largo rato, intentando advertir el más mínimo movimiento en dirección a los baños.

—¿Por qué no decís nada desde hace horas? —le pregunta finalmente el Griego a Gabriel—. El miedo, normalmente, hace hablar.

Gabriel le mira y sonrío.

—Tengo miedo, pero no de lo que tú piensas —dice con la voz ronca.

—Pues ¿de qué?

Pero Gabriel se queda en silencio, con el enigma de su sonrisa dibujado en los labios. Cuando el Griego y Sebastián ya no le prestan atención, levanta los ojos hacia las estrellas. «Había un sueño detrás de mi sueño —murmura para sí mismo—, pero yo no lo sabía».

CAJAMARCA, 16 DE NOVIEMBRE DE 1532

Con el alba, empieza la espera.

Hay miedo en el fondo de los corazones, pero nadie se atreve a expresarlo. La sangre no ha llegado a secarse al filo de las hachas de bronce. Es el precio pagado por los que retrocedieron frente al caballo del extranjero.

¿Quiénes son realmente, bajo los pelos que les cubren el rostro, bajo las pieles que los envuelven, bajo su suciedad repugnante? No, ciertamente no son dioses, son menos que hombres, peor que bestias... ¿Por qué son sus palabras dulces como la leche, y luego violentas como la piedra de la honda? ¿Qué quieren?

Estas preguntas no llegan ni a asomarse a los labios: valen la muerte. Tapizan y envenenan la sangre de los sirvientes y de los señores, paralizan a los cobardes y hacen subir la inquietud hasta la frente de los más valerosos, a la hora en que se ponen sus túnicas de damero, sus corazas de oro y plata, a la hora en que suenan las primeras risas, promesa de fiesta de un día del que todos se van a acordar.

Guaypar los mira con desprecio, pero la impotencia de su rabia le hierve en las venas.

Con el alba, empieza la espera.

Anamaya ha abierto los ojos. El corazón le palpita.

No ha dormido, y el dolor le inunda el cuerpo. La voz del niño que le ha hablado esta noche procede de un sueño antiguo, cuyo sentido se ha perdido. Hace mucho tiempo creyó saber. Ahora ya no sabe nada...

Tiene miedo.

Ya no es el miedo a Inti Palla y a sus amenazas. Es un miedo más profundo y doloroso.

Miedo a que el sol desaparezca y no vuelva a salir más. Miedo al mundo nuevo que se anuncia, a su estruendo.

Miedo a las palabras del niño, de la evidencia de su misterio... «Cuida mucho a mi hijo, al que transformaste en serpiente, puesto que él es el último nudo del tiempo presente». Se trata de Atahuallpa, por supuesto... ¿Cómo olvidar aquel día en el que lo liberó de los soldados de Huáscar haciéndoles creer que se había transformado en una serpiente? «Y cuida mucho a mi hijo, al que salvaste de la serpiente...».

Por encima de todo, ella teme al extranjero de mirada sombría y cabellos de oro que le habla en una lengua que sus oídos no entienden, pero que sus ojos y su cuerpo entero comprenden como si lo esperaran desde siempre.

Con el alba, empieza la espera.

El Único Señor Atahuallpa da por finalizado su ayuno.

Se despierta y pide comida y bebida, y come y bebe escuchando el rumor del campamento que se apresura para acompañarlo hasta los extranjeros que lo esperan en Cajamarca.

Sikinchara, Guaypar y los generales vienen a postrarse cerca de su hamaca y le aseguran que todo está ya listo para la persecución, como ellos dicen.

—Los extranjeros no pueden huir, Único Señor. Están tan bien rodeados entre los muros de la plaza como lo estuvo tu hermano Huáscar en el cordón de fuego. No tienen escapatoria, ni ellos ni los traidores que los acompañan.

—¿Qué están haciendo en estos momentos?

—Nada. Se esconden en uno de los edificios de la plaza y todo a su alrededor huele a miedo.

El Único Señor pide más bebida para él y para los poderosos señores.

—Vamos a ir sin armas —anuncia entonces.

Ve la sorpresa de Guaypar y vuelve a hacer hincapié en lo anterior.

—No llevaremos más armas de las necesarias para la persecución.

Los poderosos señores inclinan la cabeza. Más allá de los juncos que rodean los baños y los aposentos del inca, sus miradas vuelan hacia los muros de Cajamarca. Y todos, mientras se toman la *chicha*, se ríen de esos hombres llenos de arrogancia que todavía no saben que van a ser capturados tan rápidamente como los cervatillos atemorizados durante un chaco.

Con el alba, empieza la espera.

En la sala más grande del palacio oyen a fray Vicente celebrar la misa. Se apretujan los unos contra los otros para aliviar el frío y el miedo de esta noche en la que han dormido tan poco y han pronunciado plegarias olvidadas desde hace mucho tiempo.

En el momento en que oyen a fray Vicente pronunciar las palabras «Santa María, madre de Dios...», vuelven sus miradas hacia Pizarro, cuyos ojos se levantan al cielo, llenos de confianza y de exaltación. Por una vez, no hay entre ellos ni un hombre que se atreva a pensar en una burla.

Pero el fervor no les impide mearse encima.

Con el alba, empieza la espera.

En lo alto del *ushnu*, el Griego hace desplegar toda la artillería de la que disponen los españoles: tres culebrinas y un cañón que colocaron la víspera. Media docena de arcabuceros han subido también con las primeras luces del día, y están secando la

pólvora, que se ha humedecido durante la noche.

Abajo, alrededor de la plaza, don Francisco ha designado, personalmente la posición de cada hombre, caballeros e infantería, en los edificios. Y ahora no tienen nada mejor que hacer que esperar la buena voluntad del inca.

Gabriel se ha sentado sobre el parapeto que bordea la terraza alta de la pirámide.

Desde que se ha hecho de día se emplea en evocar el rostro de la mujer de ojos azules. Quiere imaginarlo como si tuvieran que ir serenamente el uno al encuentro del otro por un camino bordeado de sol y de sombra; como si pudieran acercarse el uno al otro sonriendo en una tarde de tranquila paz... Bastaría con tenderle el brazo para que ella se inclinara en él, y su paseo no tendría otro fin que las caricias amorosas.

Pero el aire que se pega a las mejillas afeitadas es húmedo y frío. Sus ojos, abiertos y doloridos, no ven más que la enorme agitación del campamento inca. La humareda de las fogatas se estanca todavía bajo las nubes, que, en cambio, se van abriendo. Sebastián y Pedro van a sentarse a su lado sobre el parapeto.

—He visto una estrella que había caído del cielo a la tierra —murmura—. Le dieron la llave del pozo del abismo. Ella abrió el pozo del abismo y una humareda salió, como el humo de una hoguera, y el sol y el aire se oscurecieron por la humareda del pozo...

—¿Qué cantáis ahora? —gruñe el Griego, haciendo una mueca.

—Nada. ¡Un viejo recuerdo! Palabras de la Biblia...

—Entonces, ¡debéis guardáoslas! —masculla el Griego—. Para Biblia, ya tenemos suficiente con fray Vicente. Y para gran hoguera del infierno, ya tenemos la suficiente aquí delante.

—¡Eh, mirad! —exclama Sebastián, apuntando con el dedo los aposentos del inca—. ¡Se mueven! ¡Pero mirad, vienen hacia aquí!

Por todos lados, las mujeres, los niños y los hombres se apresuran. A toda prisa han reunido fardos de ropa y las últimas gavillas de leña. En el interior de las tiendas, las sirvientas han desatado de las estacas las llamas secas y los patos degollados... Los niños corren entre los soldados y los señores, que están acabando de vestirse, les ayudan a ponerse las corazas de oro o a fijarse los tocados de plumas luminosas.

Y luego se forman las filas. Las decenas se han convertido en centenares, y los centenares, en miles de millares. Cuando el sol empieza al fin a destapar las nubes y a calentar los rostros, el polvo sube por la llanura pisoteada, que no parece lo bastante grande como para albergar a semejante tropa.

Cuando al fin la llamada grave de las trompas ordena la formación de los batallones alrededor de los recintos de los baños, la gran litera del Único Señor hace su entrada en el patio.

Son ochenta, totalmente vestidos de azul, los que tienen el honor de acarrear sobre sus espaldas el enorme peso del trono de oro del inca. Detrás de ellos siguen

dos literas más, ocupadas por el gobernador de la provincia y el *curaca* de Cajamarca, y luego dos hamacas para los tíos consejeros de Atahuallpa.

Pero con todo este movimiento, Anamaya no ve, no siente casi nada.

Esta mañana tiene los ojos casi tan rojos como el Único Señor; está más pálida que nunca, tiene las mejillas opacas y los labios transparentes. El humo de las hierbas le ha irritado los párpados y la *chicha* le ha dejado un sabor amargo en la boca.

Las palabras del niño dan vueltas en su cabeza como un viento embriagador. A pesar de su voz tranquilizadora, el miedo de comprender es siempre igual de intenso.

Desde el alba, Anamaya no sabe si debe hablar con el Único Señor, decirle que su padre ha venido al fin a su encuentro bajo la forma de una voz de niño. ¿Cómo decirle, entonces, que él es el último nudo del tiempo presente? ¿Cómo decírselo cuando él imagina que está yendo a capturar a los extranjeros con la misma facilidad con que cazaría a unas llamas salvajes? ¿Cómo decirle que el día de hoy es quizá el día en el que termina el presente y empieza el futuro del Imperio de las Cuatro Direcciones?

¿Cómo decirle también que el rostro del extranjero al que ella le ofreció bebida la acecha tanto como las palabras del niño del Otro Mundo?

¿Cómo decirle que se siente inexplicablemente inclinada hacia él, aunque la vergüenza de un sentimiento tal sea inmensa? ¡Sí, a pesar de todo su terror, adivina en el día que viene una promesa que le quema el corazón!

Pero ¿cómo esperar si el niño del Otro Mundo le ha predicho que el presente se acaba hoy?

Mientras el Único Señor se instala sobre el trono de la litera, ella permanece retirada. La columna se mueve a paso lento y rítmico, y ella mantiene la boca cerrada, con su secreto dentro.

Con una ojeada, ha visto a Guaypar a un lado y a Inti Palla, que ya ocupa su lugar entre las concubinas. Tanto el uno como la otra han procurado evitar su mirada.

Sebastián se vuelve hacia Gabriel.

—¿Oís? —pregunta.

El sonido que sube del cortejo es siniestro, como si una ciudad entera llorara a sus muertos. Es un gruñido que surge de lo más profundo de la tierra, en el que las voces de los hombres y la sonoridad oscura de las trompas forman una sola nota, mantenida indefinidamente y triste como la muerte.

—Y sin embargo —murmura Gabriel— bailan...

—Preferiría que se detuvieran.

Gabriel se vuelve hacia el rostro negro que la expresión de burla ilumina tan a menudo; pero ahora no hay ni rastro de ella.

—¿Ahora no irás a mearte encima como los demás?

Sebastián muestra sus dientes blancos perfectamente alineados.

—Seguid soñando, vuestra gracia. Cuando estéis de mierda hasta las rodillas se me oirá reír hasta en los precipicios más profundos de este maldito país.

Pero la risa se detiene al borde de sus labios.

Pizarro y los principales capitanes han subido a la pirámide para evaluar directamente la situación.

Con la mano extendida para protegerse del sol, que ha aparecido de manera brutal lavando el cielo de brumas y humaredas, se han quedado boquiabiertos.

La llanura entera se ha puesto en movimiento hacia la ciudad. Al frente de todo, por el camino, centenares de siluetas vestidas con túnicas de damero rojo y blanco se agitan y barren la calzada, que ya ha sido despejada dos veces esta madrugada. El polvo se levanta por encima del sendero como si fuera un vapor vacilante antes de ser dispersado por una brisa caprichosa.

A través de ella brilla el oro que recubre los torsos de los soldados, la frente y las muñecas de los señores; el oro de las lanzas, de las hachas y de las mazas; el oro de las diademas de las mujeres, y el oro, en fin, de la litera del inca...

Y mientras el cortejo avanza con una insoportable lentitud, como una mariposa desmesurada que abriera las alas en el calor de la tarde, dos filas de colores tornasolados se extienden a ambos lados de la litera real. Por decenas de millares, los batallones del inca Atahualpa cubren toda la llanura de norte a sur. Con el mismo paso lento que los ochenta porteadores de la litera, en un orden perfecto y disciplinado, progresan inexorablemente hacia los muros de la ciudad.

Gabriel contiene la respiración. No se cansa de contemplar esta belleza pavorosa.

—¡Vienen con armaduras! —grita Pedro de Candia.

El miedo se vuelve a apoderar de ellos. Pero don Hernando y el capitán De Soto aseguran que las pecheras de oro e incluso de plata no son corazas, sino simples adornos.

Don Francisco acaba apenas de lanzar sus órdenes cuando el Griego, de pie sobre el asiento del cañón, grita de nuevo.

—¡Se detienen! En el nombre de Dios, señor: han dejado de avanzar. ¡La litera se detiene y se diría incluso que están levantando un campamento!

—Mierda —dice Pizarro.

Es la primera vez que le oyen decir una grosería.

Una tienda ha sido levantada para que el Único Señor pueda ponerse a la sombra. Mientras lo hacen, tranquilamente, durante una cacería, reclama un poco de *chicha* sagrada para agradecer a su Padre el Sol el placer y el juego que le ha ofrecido.

Bebe generosamente, y los sacerdotes, a cada vaso que vacía, vierten *chicha* sobre la tierra, que se la bebe con la misma avidez.

Y durante un buen rato, a Anamaya le parece que reina la mayor confusión en esta tarde.

Hay espías que han sido enviados a ver a los extranjeros y que regresan riendo, explicando cómo los hombres barbudos y sus animales se esconden como conejillos de Indias en los edificios que rodean la plaza.

Para jugar, el Único Señor reclama que un extranjero venga a presentarse ante él. Entonces, Anamaya espera con fervor que sea el extranjero de la barba dorada el que venga.

—¿Quién acepta ir solo?

Los intérpretes se han negado airadamente a volver al campamento del inca. Su pánico es superior a todo. La mirada de Pizarro, negra como el carbón, va de un hombre a otro. Los ojos de los soldados intentan evitarlo.

—No quiero que se detenga. Tiene que venir. Si no lo hacemos prisionero esta noche, estamos muertos. Entonces, ¿quién?

Un murmullo llena el aire, cargado de pronto de todos los miedos y de muy pocas esperanzas. ¡Dios mío, qué oscuro está el cielo! ¡Qué altas son las montañas! ¡Dios mío, qué miedo!...

—Yo —dice Gabriel.

—¿Habláis su idioma?

—Yo iré con él.

Es Aldana quien ha hablado, otro hombre de Extremadura. Tiene el labio superior partido, y él, tan parco en palabras en castellano, ha pasado tiempo con los intérpretes, con los *curacas*, con el mismo Sikinchara, para comprender la lengua áspera de los indios.

Pizarro se vuelve hacia Gabriel.

—¿Por qué queréis ir?

—Porque sí, don Francisco.

Los ojos negros de Pizarro se hunden hasta su alma.

—Cuidaos mucho, hermanito.

Cuando los dos voluntarios se montan en el caballo y luego atraviesan la plaza bajo las miradas de sus compañeros, la palabra *hermanito* retumba en la cabeza de Gabriel.

A través de la bruma oye el comentario despreciativo de don Hernando: «Ahí van dos cadáveres ambulantes...».

Pero él sonríe, con una sonrisa serena que nadie comprende, porque acude alegremente al más extraño de los destinos...

Anamaya ve al primero de los extranjeros: es un hombre pequeño y flaco, de

negra y tupida barba, y que no disimula del todo un labio leporino encima de la boca. Y luego lo ve a él. En un destello, adivina la delicadeza y la regularidad de sus rasgos, la nobleza y la dulzura de su mirada, la curva del cuello, que ya no está recubierto por la barba...

Entonces cierra los ojos para escapar al vértigo. Cuando los vuelve a abrir, se esfuerza en mantenerlos fijos en el suelo.

—Su excelencia el gobernador quiere cenar con vos —dice el extranjero, inclinándose torpemente y dudando sobre las palabras que elige—. No va a comer nada sin vos, y dice que os aprecia, que está en paz con vos...

La muchacha oye cómo Atahualpa responde con voz sombría.

—Regresa junto a los tuyos. Diles que iré antes del anochecer sin armas. ¿Por qué iba a llevarlas? Estoy en mi casa...

Unas risas se levantan en el aire.

—Y el hombre de los cabellos de oro —prosigue Atahualpa, que del terror ha perdido los pelos de la cara durante la noche, ¿qué hace contigo? ¿Va siempre con vosotros para hacer de guardián del silencio mientras vosotros repartís las palabras?

A Anamaya le parece que la sangre se le escapa del rostro, le parece que es a ella a quien el Único Señor está hablando y que una mano potente está a punto de aferrarla y de arrancarle el corazón.

—No lo entiendes —gruñe Atahualpa—, pero veo el miedo en tus ojos... Tranquilízate, no se te va a hacer ningún daño... ¡de momento!

Anamaya eleva al fin la vista. El Único Señor se ha levantado. Con el paso pesado, se acerca al hombre de cabello claro e intenta agarrar su bastón de plata. Pero el extranjero resiste y se separa con un movimiento suave. Ella siente cómo la reunión se estremece y se calma tan pronto como Atahualpa hace un gesto, volviendo a sentarse, con una sonrisa en los labios; finge indiferencia ante un juego que ha dejado de divertirla.

El pequeño extranjero flaco ha dado media vuelta y ya va de camino a la ciudad, en medio de las risas de desprecio. Pero el hombre del pelo claro se ha quedado inmóvil frente al inca; luego pronuncia unas palabras con una voz firme, casi dulce.

Y después la mira.

Sonríe.

Y cuando a su vez se marcha, tranquilamente, como si fuera un visitante amigo, ella sabe que es imposible vivir sin esta sonrisa que le calienta el corazón.

A Gabriel le tiemblan las piernas.

—Pensé que nos quedábamos —dice Aldana con voz temblorosa.

Él tiene ganas de responderle: «Yo también pensé que me quedaba».

Se calla.

Se da cuenta de que, en el fondo, sigue estando allí: allí abajo, con ella, en medio

de esos seres extranjeros que quieren su muerte.

Forma las palabras en sus labios, sin pronunciarlas, para guardarlas en el secreto de su corazón.

«La amo».

Se lo repite a las nubes, al viento, al espíritu de las montañas: «la amo». Y todos lo oyen, excepto los hombres, felizmente.

—Acabaremos con ellos esta misma noche —dice Atahualpa con voz pastosa.

El Único Señor ha bebido demasiada *chicha*. Sus gestos son tan pesados y lentos que su voz y sus ojos no tienen la potencia habitual. Parece amodorrado, ebrio de todos los baños calientes que ha tomado durante el ayuno y de todas las jarras de cerveza sagrada engullidas desde esta mañana. Pero más que embriaguez, mientras las risas se funden a su alrededor, hay en su rostro, en la comisura de sus labios, un inmenso cansancio, una tristeza infinita.

Anamaya siente un nudo en la garganta. Una ola de ternura hacia el Único Señor la invade y está a punto de ir a echarse a sus pies cuando unos dedos se cierran alrededor de su brazo.

Se vuelve, sobresaltada. Muy cerca de ella, el rostro de Guaypar se le aparece grave y severo.

—Te he visto —dice con una dulzura fingida.

—No te entiendo.

—Te he visto —repite él—. No tengo necesidad de decirte nada más. ¿Te acuerdas de lo que te dije ayer?

Anamaya siente cómo se ruboriza. Baja la vista.

—Ahora me voy a ver a Ruminahui en el camino real —continúa Guaypar—. El Único Señor parece tomarse las cosas a la ligera, pero no es más que una apariencia. Dentro de un instante vais a retomar el camino de Cajamarca y a entrar en la plaza. Los extranjeros se quedarán tan aterrorizados que huirán, y nosotros, nosotros esperaremos. Eliminaremos a esa raza a fin de que no regresen nunca más a hacer su obra de destrucción, ni a este mundo de aquí ni a ningún otro... ¡Sé prudente, *Coya Camaquen!* Sé prudente. Y que tus ojos azules no digan a los extranjeros lo que deben ignorar.

—Algunos llevan arcos; otros, picos de cinco pies de largo con la punta endurecida al fuego.

—Eso ya lo sabemos —dice Pizarro.

—Esconden armas y corazas bajo sus túnicas —añade Aldana.

—¿Qué armas?

—Sin duda, piedras de honda, mazas...

Pizarro muestra una sonrisa de desprecio y espanta el temor con el revés de la mano.

—¿Viene su rey? Es lo único que me interesa.

—Me ha dicho que sí —dice Aldana con la voz todavía dubitativa.

Para mayor seguridad, el gobernador da nuevas órdenes: que se encierre a los caballos y a los caballeros en los edificios que rodean la plaza, y que se aten collares de púas a sus sillas; que la infantería se oculte en otros edificios para aparecer por todos lados, y que todos se pongan sus chalecos acolchados, tengan las armas a mano...

—Pero, sobre todo —grita para que todos le oigan—, tenemos que capturarlo vivo. La plaza debe permanecer tan desierta como el dorso de una mano. Hay que dejarlos entrar sin que sospechen nada, ni siquiera quiero ver al centinela. Y vosotros, allí arriba, encima de la pirámide, os esconderéis tras el parapeto. Cuando estén aquí, ni un disparo de arcabuz, ni un tiro de ballesta sin que yo haya dado la orden. Y mi orden será: «Santiago».

Para acceder a la plaza desde el camino de los baños no hay más que una puerta, con el espacio justo para que pase por ella la litera. El cortejo no se acaba nunca. Los sirvientes aparecen los primeros; luego, los señores que llevan al inca; después, las otras dos literas, en las que se sientan los *curacas*, las mujeres...

Los guerreros se han quedado al otro lado del muro, con sus picos, sus alabardas, sus hachas.

Cuando el cortejo se reúne en la plaza, los tambores y las trompas que no han parado de sonar se callan de golpe.

El Único Señor levanta el brazo y, con este solo gesto, acalla también las voces, los murmullos, el mismísimo viento.

No hay ni un extranjero en la plaza.

—¿Dónde están? —pregunta Atahuallpa.

«No tenemos miedo». Es lo que ha dicho el extranjero de los cabellos de oro; ella está segura. Anamaya quiere acercarse a la litera, decirle al inca que las palabras de Sikinchara han mentido desde el principio. Pero la muchedumbre es tan densa que no logra pasar.

Abre la boca, pero su grito queda ahogado por los cánticos que se elevan de nuevo desde el gentío.

—Deberéis —dice Pizarro en voz baja, aunque todos le oyen— hacer una fortaleza de vuestro corazón, puesto que no tenéis ninguna más...

Aquí, en el palacio, pronuncia las mismas palabras, una a una, que ha dicho un poco antes en cada uno de los edificios de la plaza, en los que, apretujados los unos

contra los otros, los caballeros y la infantería se dan golpecitos en los hombros, ríen nerviosamente o permanecen callados, con la mirada perdida, pensando, con una repentina y violenta nostalgia, en el rincón de España que los vio nacer.

—No tenéis más auxilio que esperar el de Dios, quien sabe prodigar su ayuda en los momentos más graves a aquellos que están a su servicio. Encontraréis el coraje que os hace falta: ¡Dios luchará por vosotros!

En los ojos de algunos hay lágrimas, pero los puños se cierran con fuerza en los guantes.

—Id con cuidado —dice siempre con la misma suavidad—; cuando llegue el momento, corred hacia el enemigo con rabia y seguridad. Vosotros, los caballeros, trazad el camino directo hacia la litera y cuidad de que los caballos no se corten el paso los unos a los otros. Yo os seguiré a pie con la infantería... Que nadie ponga una mano sobre el inca antes que yo.

La mirada de Gabriel ha abandonado la mirada hipnótica del gobernador. A través de una abertura ve el tornasol de la procesión detenida, la litera del inca suspendida, como llevada por un mar de hombres. Y siempre esos cánticos que suenan como rumores que se elevan de las profundidades de la tierra.

«¿Dónde está? —piensa—. Que pueda tomarla en mis brazos y llevármela...».

—¿Hermanito?

Es la voz severa del gobernador.

—¿Don Francisco?

—No es momento para sueños.

Gabriel se lleva la mano a la empuñadura de su espada y la aprieta con furia.

—No estoy soñando, don Francisco.

—No os alejéis demasiado de mí.

El murmullo del gobernador ha sido tan discreto, tan rápido, que Gabriel no está seguro de haberlo oído. Sin embargo, no puede haberse equivocado: su corazón late con mayor rapidez, con orgullo.

—¿Dónde están? —repite Atahualpa, mientras los batallones continúan ocupando la plaza.

Sikinchara se acerca a él, con la cabeza gacha.

—Están escondidos en los *kallankas*, señor, donde se mueren una primera vez de miedo antes de morir de la muerte que tú ordenarás.

—Quiero que se muestren.

—Ahora —le dice Pizarro a fray Vicente.

Felipillo echa una mirada asustada a Gabriel. No hay alternativa: debe seguir al dominico aferrado a la cruz y a sus libros de los Evangelios. Se ha puesto la estola

salpicada de estrellas de oro por encima de la loba malva. Mantiene la mirada fija, pero sus labios mascullan sin cesar las palabras de una plegaria.

Cuando avanza en el patio, Gabriel, como todos los demás, se queda impresionado por su espalda imponente. Y todos contienen el aliento.

Anamaya ve al extranjero ataviado con un sorprendente disfraz salir del palacio, seguido por el pequeño intérprete que los acompañaba el día anterior.

El extranjero lleva una especie de *unku*, como los indios, pero más largo, con un *quipu* por cinturón. A diferencia de los demás, prácticamente no tiene pelo, ni en el rostro ni en la cabeza. Sostiene en las manos una caja y un bastón, hacia el cual a veces acerca los labios.

El sentimiento de amenaza que pesa sobre el Único Señor hace latir el corazón de la muchacha, pero sus labios permanecen cerrados y, a pesar de la corta distancia, la masa de guerreros que la separa de la litera es demasiado espesa como para acercarse a él.

Los cánticos cesan.

La muchedumbre abre paso al extranjero, que se dirige directamente hacia la litera del Único Señor.

Cuando su voz surge, suena aguda, desagradable, y Anamaya querría taparse los oídos para no oírla.

Dice palabras extrañas.

Es como si el camino que ha seguido fray Vicente hasta el inca fuera una hilera de fuego sobre la plaza: ninguno de los indios se atreve a pisarlo.

Gabriel ve al dominico detenerse ante la litera y oye con nitidez las palabras que salen de su boca.

—Soy un sacerdote de Dios y enseño a los cristianos las cosas de Dios. Dios ordena que entre los suyos no haya guerras ni discordias, sino paz. En su nombre te ruego que seas amigo de los cristianos, como ellos son tus amigos, puesto que es lo que Dios desea y es bueno para ti. Estábamos de acuerdo para encontrarnos en paz. ¿Por qué, entonces, vienes con tantos guerreros?

El inca no responde, ni siquiera se mueve. Una imagen pasa frente a los ojos de Gabriel: fray Vicente ha girado la vista para mirar el puesto del jefe. Un gesto y será engullido..., y todos ellos con él.

—El señor gobernador —continúa fray Vicente— te aprecia mucho, te espera en su aposento y desea verte. Ve a hablar con él, te lo ruego, puesto que él no cenará sin ti.

Esta vez, apenas Felipillo termina de traducir, con su voz inocente, casi inaudible, el inca responde.

Son palabras iracundas.

Un murmullo se levanta entre la muchedumbre de indios agrupados en la plaza: ellos han hecho suya la cólera del inca. Las palabras que él dice parecen salir de los pechos de los otros: los reproches de pillaje y de muertes, de robos, de violaciones... No, ya no es el momento sutil de la persecución.

Es el momento de clamar venganza.

—No voy a moverme de aquí hasta que me lo hayáis devuelto todo. Yo mismo decidiré luego lo que voy a hacer y de qué manera pereceréis. ¿Quién osaría ordenarme nada?

El extranjero responde, por boca del intérprete, palabras ininteligibles sobre su Dios y sobre otro hombre que es su hijo, y otro más que es su señor. ¡Cuánta confusión en el espíritu enfermo de estos extranjeros!

—¿Quién es ese Dios? —pregunta Atahualpa—. ¿Quién es vuestro Único Señor? ¿Cuáles son sus órdenes?

—Aquí tenéis a Dios —dice el extranjero, levantando su bastón de cuatro aspas—. Sus órdenes están inscritas aquí. Y le tiende un objeto extraño al Único Señor.

El inca no llega a abrir el libro. Lo gira en todos los sentidos, como si se tratara de una caja.

Gabriel ve a fray Vicente que tiende el brazo para ayudarlo, y cómo el inca lo golpea.

Al final abre el evangelario y se pone a hojearlo con impaciencia antes de pegar un grito en el que se distinguen la ira y el desprecio.

Un murmullo, que pronto se convierte en un gruñido, empieza a levantarse entre el gentío.

—Señores, preparaos —dice la voz serena de Pizarro—. Ha llegado la hora.

—¡Yo también soy hijo de un dios —ha gritado Atahualpa—, del Sol!

—¡Así es, Único Señor! —responde la muchedumbre exaltada.

Las nubes se han abierto definitivamente, e Inti se muestra en todo su esplendor. ¿Cómo podría haber duda sobre quién tiene el poder sobre el universo entero?

Anamaya percibe el brillo de fuego en el fondo de la mirada de Atahualpa. Ahora sabe que debería precipitarse hacia él; sus ojos se han llenado de tantas lágrimas que le duelen. Todas estas certezas surgidas durante la noche y que no ha osado confesar, porque tenía miedo, porque la mirada del extranjero del pelo dorado se había posado sobre ella, le taponan la garganta como un trapo que está a punto de ahogarla.

Cuando el inca tira la caja, parece que centenares de alas blancas se escapan de

ella y vuelan al viento. Atahuallpa se levanta de su litera, lleno de majestad y de furor, con las mejillas hinchadas con toda su rabia contra las infamias de los extranjeros.

—¡Yo también soy el hijo de un dios: soy el hijo del Sol! —repite.

—Así es, Único Señor —grita nuevamente la gente, que se ofrece al sol.

Anamaya se ha repuesto de su parálisis y se ha escabullido hasta una distancia de cinco o seis pasos de la litera: ahora no le separan de él más que algunos guardias y los señores.

En ese instante, dos enormes truenos hacen explosión.

Pero no proceden del cielo.

Cuando el inca ha tirado la Biblia, todos han visto cómo Felipillo se precipitaba para recogerla. Un silencio ha estallado en sus cabezas como un rayo, y el grito de fray Vicente ha retumbado hasta sus pechos.

—¡Salid, salid, cristianos! ¡Fuera esos perros descreídos que rechazan las cosas de Dios: este ha arrojado al suelo el libro de nuestra santa ley!

Y ahora, fray Vicente corre hacia el palacio y sigue vociferando mientras se abre paso entre la muchedumbre de indios. Curiosamente, estos no hacen ningún gesto para retenerlo y le dejan pasar como si fuera intocable.

—¡Ya no es tiempo de espera! —grita fray Vicente, a diez pasos del gobernador—. ¿No veis cómo los campos se están llenando con esos salvajes? ¡Cargad contra ese perro, gobernador! ¡Os absuelvo de antemano!

Don Francisco, sin pestañear, lo observa mientras grita.

Un instante antes, con una gran calma, se ha atado la coraza de acero brillante de aceite sobre la pechera de algodón. Su casco le disimula todos los rasgos, excepto la mirada negra. Levanta una mano enguantada con cuero grueso en dirección a fray Vicente, a quien el pecho parece que le está a punto de estallar.

—Calmaos ahora, don Valverde. Ya tenéis vuestro obispado.

Gabriel ha sido el último en montar. Don Francisco se vuelve hacia él.

—Yo voy a pie. Cuando esté con el inca —masculla—, quiero que os quedéis cerca de mí.

Todos juntos salen del palacio y de los edificios de la plaza. El estandarte del gobernador ondea al viento y un mismo grito surge de sus bocas: «¡Santiago!». Entonces, la infantería abandona los edificios contiguos, con la espada desnuda apuntando al cielo y los gritos desgarrándoles las gargantas.

En los segundos que siguen, dos detonaciones ensordecedoras sumergen la cima de la pirámide en una humareda blanca. No son cuatro como habían convenido, pero Gabriel ya no tiene tiempo de preocuparse por la pólvora húmeda que los acaba de traicionar una vez más. Un inmenso grito de estupor surge entre los indios. Tienen el tiempo de ver el orbe de balas, casi lento, que alcanza la entrada de la plaza, donde

hacen estallar cabezas, desgarran pechos y siembran un terror indescriptible entre la gente. El boquete que han dejado está teñido de sangre y grita de dolor.

Extrañamente, el cielo se oscurece de pronto.

Ensoyado por los cascabeles atados a las patas de los caballos, Gabriel no tiene necesidad de llamar. El gentío compacto de rostros que lo rodean se aparta ante la presencia de las bestias. El gobernador anda con pasos largos, como si desfilara, con la mano derecha sobre el pomo de su espada, sin siquiera poner cara de ir a sacar.

Al frente, sin embargo, Juan Pizarro domina mal el nerviosismo de su corcel; sujeta las riendas con una sola mano y con la otra se aferra al mango de la lanza como si fuera la barandilla de una escalinata vertiginosa.

Con el rabillo del ojo, cuando están a punto de alcanzar la litera del inca, Gabriel entrevé a los demás caballeros, bajo la pirámide, que se adentran en la masa de indios. Detrás, las espadas de la infantería gotean ya ensangrentadas, y los hombres vuelven a gritar «¡Santiago! ¡Santiago!», mientras los caballeros cargan, con los picos por delante.

Entonces, como el movimiento de un mar alterado, un oleaje se apodera de los miles de indios aglutinados alrededor de la litera de su rey. Se hunden los unos contra los otros, se empujan y se rechazan para evitar los golpes, a los que, incomprensiblemente, no responden.

Gabriel, desde lo alto de su montura, ve los cuerpos y las cabezas aplastándose y formando una espuma negra. El recuerdo de la muchacha de ojos azules le nubla la vista unos segundos. Ruega, a pesar suyo, que no se encuentre entre estas mujeres que adivina allí abajo, tras la litera del inca, con los rostros deformados por el miedo, que levantan los brazos hacia arriba como si pudieran ser salvadas por el cielo.

Y entonces, cuando están lo bastante cerca del inca como para ver bien sus ojos tan rojos y su boca llena de un impasible desdén, empujados por la ola, una decena de guerreros indios se hunden frente a los caballos de Juan y Cristóbal, que no pueden evitar pisotearlos. Mientras los cascos equinos desgarran los vientres y aplastan los pechos, ellos levantan miradas aterrorizadas, con la boca abierta por sus gritos silenciosos.

«¡No se lo creían! —piensa Gabriel, invadido por un furor amargo y casi cruel—. ¡Estos imbéciles no quisieron creernos!... Pronto no quedará ni uno de pie y ni siquiera luchan... ¿Por qué? ¿Por qué esta locura?».

Como para responderle, una salva de arcabuz ordenada por Pedro agujerea unos cuantos cerebros al azar. Los muertos superan ya a los vivos; la confusión aumenta. El camino hacia la litera se cierra detrás de ellos como arena movediza. Diego de Molina y Juan Pizarro van de pie sobre los estribos, berreando y arrollando a izquierda y derecha con grandes puñetazos; avanzan en zigzag para abrirse paso entre la carne humana.

Gabriel, con la cabeza llena de zumbidos, se limita a golpear con el reverso de la lanza. Pero una nueva salva de arcabuz aumenta todavía más el pánico. La huida

empieza. Los cuerpos se levantan por encima de las cabezas antes de ser engullidos y pisoteados.

La presión es tan fuerte que Gabriel siente cómo su caballo tiembla de miedo entre sus muslos. El caballo se levanta sobre las patas traseras con un relincho desesperado y lanza sus cascos contra los rostros más cercanos, transformándolos en papilla. Un indio con las orejas perforadas por enormes tapones de oro coge su lanza e intenta hacer que caiga.

De manera instintiva, Gabriel deja la pica y tira de las riendas para voltear su caballo hacia la izquierda. El animal comprende de inmediato. Con el morro lleno de babas, girando y girando como una peonza, abre un vacío a su alrededor. Cuando se inmoviliza, Gabriel saca su espada al aire y, con tres saltos, se coloca junto al gobernador, que ya está muy cerca de la litera del inca, dando palos y abriéndose paso con la única ayuda de su escudo.

Medio encaramándose él mismo sobre la litera, don Francisco logra aferrar el brazo izquierdo del inca para atraerlo hacia él. Pero después de un momento de estupefacción, el indio se agarra con todas sus fuerzas al reposacabezas de su trono mientras, bajo el suelo de madera de balsa, un centenar de indios lo llevan sin inmutarse por encima de ese océano de locura.

—¡A mí! —ruge don Francisco—. ¡Por Dios! ¡Ayudadme a bajarlo de aquí!

Agachados encima de sus monturas, gritando como bestias salvajes, Diego, Juan y Cristóbal se ponen entonces a cortar las manos de los porteadores.

Lo que ve Gabriel lo deja helado, a pesar del sudor que le resbala por la cara. Las espadas cortan manos, seccionan brazos, hacen saltar dedos, pero los porteadores, sin un solo grito, doblan la nuca y sostienen la litera con los hombros mientras se desangran por las extremidades amputadas.

Juan, enloqueciendo de ira ante tanta obstinación, aúlla como un lobo y se pone a cortar gargantas. Pero todavía, como en un círculo del infierno donde ya nada tiene final, otros indios vienen a reemplazar a los muertos y se ofrecen, a su vez, al hierro de las espadas.

Sobre la litera, a punto de volcar, el inca lucha y aguanta. Sus suntuosas vestimentas se desgarran en varias capas. El embajador Sikinchara salta a su lado para alejar al gobernador, pero la lanza de Molina le atraviesa la coraza de oro. La punta de hierro en forma de flor de lis sale por entre sus hombros y se clava en la madera de la litera cuando cae del revés.

Otros señores indios también levantan sus hachas de bronce. Con un silbido sordo, la espada de Gabriel surca los aires, que ya apestan a sangre, y corta un brazo. La sacudida del hueso roto le retumba hasta en el cerebro y le parece que se está despertando en medio de una pesadilla sin nombre.

Un indio lo coge por la pierna y se aferra a ella con todo su peso. Cuando Gabriel vuelve a levantar el brazo para golpearlo, un sollozo de cólera le ahoga la garganta.

De pie sobre los estribos, pega con la espada gritando como los demás.

Pero en el espantoso estruendo del lugar, su grito no es más que un soplo de silencio.

El sol se ha escondido.

Allí abajo, por encima de las cabezas de las mujeres que gritan, Anamaya ve a los extranjeros cortando los brazos de los sirvientes y de los señores como si segaran mazorcas de maíz.

Ve a los valerosos señores precipitándose hacia Atahuallpa, ofreciéndole sus manos, sus cabezas, su sangre y sus vidas sin pestañear. Pero van cayendo sin fin; su sangre se derrama inútilmente a medida que los extranjeros les atacan con furor.

¡Las hondas que habían escondido, sus débiles armas, las mazas y los arcos parecen juguetes de niños!

—¡Soy el hijo del Sol! —ha gritado Atahuallpa, levantándose hacia el cielo.

¡Pero no ha dado la orden de atacar a los miles de guerreros!

No les ha dado la orden, y todos, obedientes, obsesionados con la obediencia hasta la muerte, se dejan aniquilar y cortar en pedazos en vano.

¿Está demasiado ebrio de *chicha*, demasiado avasallado por el furor de los extranjeros para hacerlo?

El sol ya se ha escondido. Y Anamaya ve al que fue su Único Señor luchando como un simple mortal para evitar que se lo lleven los extranjeros que siembran la muerte.

A su alrededor no hay más que gritos y gemidos. La muchacha es empujada, atraída hacia un lado y luego hacia el otro. Se aferran a ella, tiran de su túnica, la vuelven a empujar. Es un río de cuerpos que la lleva, la levanta, la tritura. Es el viento del Otro Mundo el que parece soplar una tormenta inaudita.

Entonces se acuerda de las palabras del niño: «Lo que ha sido no volverá a ser».

¿Por qué no ha tenido el valor de advertírselo a Atahuallpa? Ya no se atreve a mirar hacia la litera, puesto que sería como si ya le viera sucumbir.

¿No es ella, más que los extranjeros, quien está en el origen de la derrota?

¿Se ha callado a causa del extranjero?

Por mucho que el Único Señor Huayna Capac haya querido este instante atroz, ella no puede soportarlo.

Está a punto de abandonarse a la locura que la rodea y la ahoga, lista para dejarse llevar por los miles de pies que pisotean el patio, cuando, por el oeste, al otro lado de la llanura y en la sombra tenebrosa de las colinas, destella un rayo de oro.

Sí, entre las nubes, allí abajo, un rayo de sol barre la selva y se refleja en ella.

Allí abajo, hacia el oeste, por el camino de Cuzco.

Una mancha de oro parecida a una estrella de paz caída sobre la locura de la masacre.

Ella sabe, adivina.

Lo siente: ¡el Hermano-Doble!

El que esperaba.

Rodeando al gobernador, levantando a sus animales contra la litera, Molina, Juan y Cristóbal intentan todavía volcarla en vano. Y ahora está incluso más alta, puesto que los portadores se han encaramado sobre los cadáveres acumulados a sus pies.

—¡Que nadie le hiera! —ordena don Francisco, que intenta todavía sacar a Atahuallpa de su trono.

Algunos caballeros llegan ahora desde el otro lado de la plaza, y ya parece un toque de acoso. Con la punta de las lanzas, o directamente con las manos, despojan al inca de sus vestimentas, le hacen saltar la corona de plumas, su capa de oro, el collar...

Abriéndose paso entre el gentío por el extremo opuesto, Moguer se acerca a la litera y lanza a su alrededor grandes rugidos. Con una mano agarra la coraza de oro del inca y la rompe con un golpe seco, sacudiéndola con una risa demente. Un señor indio armado con una maza intenta arrebatársela, pero la espada de Moguer le abre el vientre de arriba abajo y le deja los intestinos al aire.

—Que nadie hiera al indio... —repite el gobernador.

Mientras tanto, Gabriel observa la locura que danza en el rostro de Moguer, que tiene la boca abierta de par en par y lanza gritos de bestia salvaje.

A su vez, se arranca de la masa de sirvientes del inca que se han abalanzado sobre él, y lanza su caballo contra los muertos y los vivos mientras Moguer levanta su espada. Este primer golpe se desliza a lo largo del baldaquino del trono. Llevada por el impulso, la punta de la espada rasga el guante que protege la mano de Pizarro, sujeta al brazo de Atahuallpa. El gobernador escupe un insulto, pero su mano no se aparta.

Gabriel fija su caballo contra la litera y, ladeándose un poco, con un gran movimiento giratorio de la espada plana, golpea los hombros de Moguer, que cae hacia adelante y suelta el arma.

—¡No toques al indio! —grita Gabriel fuera de sí, apuntando su arma contra el pecho de Moguer, aterrorizado—. ¿No has oído al gobernador, pedazo de mierda? ¡Ni lo toques!

Su ira es tan grande, sus gritos tan violentos, que durante una décima de segundo parece que todos a su alrededor paralizan sus acciones.

El odio deforma el rostro grosero de Moguer. Gabriel tiene el tiempo de leer en él toda la voluntad de matar que puede contener el mundo.

Pizarro, aprovechando el momento, acaba finalmente de arrancar al inca de su trono. Con un movimiento poderoso, mientras que la litera cae a un lado, lo atrae hacia él rodeándole el cuello con el brazo izquierdo y protegiéndolo de inmediato con su escudo.

—¡Acabas de salvarnos el día, hijo mío! —exulta, dirigiéndose a Gabriel—. No te vayas. Llevaremos a este bribón a los aposentos.

Pero es entonces, al separar su caballo de los sirvientes indios, cuando la ve.

Ella está inmóvil en la tormenta, con sus grandes ojos azules fijos.

Y no es al inca a quien mira, sino a él.

Ha visto acercarse al extranjero de cabellos de oro en medio de la masacre.

El destello de esperanza del Hermano-Doble ya ha desaparecido detrás de la colina.

Las mujeres huyen a su alrededor, suplican, caen sobre la sangre y los desechos de carne. Algunas se aferran a ella, enloquecidas, pero ella las aparta. Ya no puede dar ni un paso.

Ya sea encima de sus caballos o a pie, los extranjeros no son más que furor. La muerte se balancea hasta la punta de sus extremidades y hace danzar las llamas en sus pupilas.

Ve a los extranjeros escupiendo insultos. Arrancan una a una las prendas del inca, aunque ya esté medio desnudo.

Ve la espada que se levanta por encima de Atahuallpa.

Lo ve a él, que da un salto y aparta al asesino.

Aunque la sangre tiña también su espada, él no golpea como los demás.

Lo oye gritar enfurecido contra la muerte.

Y ahora levanta los ojos hacia ella.

Una puerta se abre en ella y la atrae más allá del caos.

Lo que piensa ya no tiene sentido.

Pero casi en voz alta dice: «¡Llévame contigo! No me dejes en medio de la sangre y del horror».

Gabriel, con la mente febril, incapaz de hacer frente a la mirada azul que le quema todavía el cerebro, precede al gobernador y al inca, trazando con los cascos de su caballo un camino entre la muchedumbre ebria de combates.

—¡Su vida por la vuestra si alguien le hace el más mínimo daño! —berrea don Francisco de continuo.

Al fin, empujan al inca al interior de un caserón.

—¡Su vida por la vuestra si alguien le hace el más mínimo daño! —repite Pizarro a los guardianes.

Se saca el guante y se observa la mano, de la que mana un poco de sangre. Mira a Gabriel con las pupilas exultantes de alegría y de fiereza.

—¡La batalla está ganada, hijo!

¿La batalla?

La mirada de Gabriel se aleja hacia el horror que reina todavía en la plaza y, a lo lejos, por la llanura.

Es una batalla que no ha empezado jamás: hacen falta dos para pelearse. No es más que una masacre, una carnicería y, ahora, para los indios que pueden, una huida perdida.

Abre la boca para responder al gobernador, pero una certeza —la primera y la única en medio de tanta confusión— le tapa la boca. Es a ella a quien debe salvar ahora. La batalla, la auténtica, es que ella siga todavía con vida esta noche, y mañana, y siempre. Ésa es la sola y única batalla, mucho más allá de las órdenes, de Dios, del rey y, cueste lo que cueste, de don Francisco, quien tiene la infinita ternura de llamarle por el dulce nombre de «hijo».

Sin una palabra, gira con la rienda y, de un golpe en la grupa, relanza su caballo agotado a la tormenta.

Allí abajo, a causa de la presión de miles de cuerpos, el muro del patio cede y se hunde bajo una nube de polvo. Llevados por este nuevo pánico, montañas de muertos pisoteados se amontonan ya sobre los escombros.

Pero ella, ella no se ha movido.

Ella lo espera.

Aminorada apenas el paso de su caballo, tiende el brazo y la aferra por debajo de los hombros sin vacilar. Con una confianza inesperada, ella se abraza a su cuello y se deja levantar del suelo. Su cuerpo es ligero, y cuando la iza sobre la cruz del caballo, frente al pomo de la silla, ella se acopla de inmediato a él y al movimiento del animal.

No quedan más que cincuenta pasos hasta la brecha del muro por donde huye la masa enloquecida.

Alrededor de ellos, los españoles prosiguen su obra mortal, con la boca abierta llena de risas obscenas, ebrios de violencia, buscando en el fondo de ellos mismos los tesoros de crueldad que el miedo les había escondido.

Gabriel ve a Sebastián en la cima de la pirámide; parece gritarle algo que no puede oír. Las manos de la muchacha se cierran sobre su vientre, y mantiene su cuerpo estrechamente unido al suyo. Con los saltos del caballo son como dos plantas enlazadas por el viento.

Él siente el perfume de su piel, la tibieza de su cuello, tan cerca de su boca. A pesar de la coraza de algodón cubierta de mugre, la vida del joven cuerpo irradia su vientre.

Sebastián sigue gritando desde allí arriba, pero Gabriel continúa sin comprender, intentando abrirse camino lo mejor que puede por entre los fugitivos.

Ella murmura o gime en su lengua desconocida, y él siente vibrar su cuerpo. En un salto del caballo que supera la elevación de los escombros sembrados de cadáveres, su boca le roza la sien. El sabor de su piel permanece en sus labios.

Cuando vuelve a rozarla con los labios, se queda como ebrio.

Pero entonces una quemazón le abrasa los riñones. De un golpe de talón, hace apartarse a su caballo. Cuando se vuelve, descubre la figura risueña de Moguer, sacudiendo su lanza.

—¡Te voy a matar! ¡Voy a destriparte, pequeño cabrón!

Balancea su pico, pero sin fuerza, y se estrella contra unos ladrillos.

Gabriel adivina la sangre caliente y viscosa que le inunda la cadera. Los ojos azules de la desconocida buscan su mirada con inquietud. Él se contenta con sonreír y, sin siquiera darse cuenta, con estrecharla tan fuerte contra él que le hace daño.

Niños desnudos corren hacia las marismas, llevando una corona de plumas multicolores ensuciadas. A su alrededor hay hombres que corren, señores o sirvientes, llamas y perros, con las corazas de oro y las túnicas blancas sucias de polvo, de barro y de sangre. Y la misma incompreensión deforma sus rostros.

Finalmente, los cascos del caballo golpean la hierba rasa de la llanura.

Gabriel se inclina para recoger otra vez el rayo luminoso y desamparado de los ojos azules, pero están llenos de lágrimas.

Él se pone a temblar.

Ella también tiembla.

Ella entrelaza sus finas manos doradas con las suyas, y así, tiemblan los dos, mientras el caballo vuelve a avanzar al paso.

El aire apesta a muerte y a desastre, pero ellos dos tiemblan con un amor tan puro como el primer día de vida.

CAJAMARCA, 16 DE NOVIEMBRE DE 1532

Una sencilla cabaña de juncos en medio de las marismas, en la confluencia de un río y de un manantial de agua caliente, cuya humareda penetra a través de los cañizares.

En el suelo no hay más que una estera; en un rincón de la sala, dos míseros cuencos de madera y una jarra de cerámica cubierta de polvo, con el cuello roto. Las cenizas taparon el fuego hace tiempo.

Gabriel se siente aliviado: esta noche nadie ha dormido aquí, ninguna alma de muerto que podría venir a acecharlo.

La sombra avanza poco a poco.

Pasa la mano por su cabeza para ahuyentarle una mosca: tiene sangre en la mano.

Era tan fuerte, y ahora es tan débil... Un pensamiento le pasa por la cabeza: ¿morir ahora? No, claro que no, pero está tan cansado, con las extremidades agarrotadas...

Ella sale de la cabaña de un salto, regresa con unas cuantas hojas, que trincha y masca durante mucho rato. Sus dedos se posan en su cráneo, en el lugar donde late la sangre.

Él cierra los ojos, se abandona a ella, a esta dulzura.

Cuando abre los ojos, ella le sonrío. Su mano le roza la mejilla y se escapa cuando quiere retenérsela.

Ella dice dos palabras, que, por supuesto, él no comprende, y luego se va.

Ella camina por la noche en medio de los gemidos y de las lágrimas que se elevan de la tierra como humaredas. Su paso es seguro a pesar del barro y de las marismas, a pesar de las aguas que hierven: el sol ha desaparecido, pero la luna todavía la acompaña.

En el patio de la residencia del inca reina una desolación nunca vista: los caballeros han venido hasta aquí y lo han devastado, han pillado, lo han violado todo... Todo lo que era de oro ha desaparecido, todo lo que está vivo ha sido embrutecido. De vez en cuando se oyen todavía algunos gritos: merodean con la muerte en los puños.

La hamaca en la cual reposaba el inca esta mañana entre dos pilares de oro flota en el baño de dos aguas como un viejo tisú abandonado.

—No estás muerta...

Es la voz de Inti Palla. Ella se vuelve a mirarla: el rostro enrojecido, el vestido desgarrado: no es más que una sombra de su orgullo. Cuando piensa que le había dado tanto miedo...

—No estoy muerta, Inti Palla. Y he regresado para cumplir lo que debe ser.

—Tú eres la madre de toda esta destrucción.

—Cállate; no eres más que una idiota. Es por culpa de la gente como tú, sin reflexión ni valor, que nuestro Único Señor está prisionero...

Inti Palla se calla, sin otra mezquindad como respuesta: llora con lágrimas enormes. Y agita los brazos como lo haría un pájaro atravesado por una flecha.

—Ya no queda nada de sol —solloza—; ya no queda nada de nada...

—Hay todavía un mundo —murmura Anamaya para ella misma, alejándose—, y un niño para darle vida.

—Hay que huir —gime Inti Palla.

—Hay que vivir.

—Tienes razón, hermanita; hay que vivir —le dice una voz conocida.

Y unos brazos potentes la abrazan hasta asfixiarla.

¡Dios mío, qué calurosa es esta noche! ¡Dios mío, lo rápido que vienen la soledad y el miedo, y lo amenazantes que resultan las más mínimas sombras!...

De vez en cuando, Gabriel se toca la cabeza para comprobar que sigue existiendo. El dolor sigue allí, lacerante, al igual que este curioso emplasto con el que ella lo ha curado antes de desaparecer.

Ella regresará.

Se lo ha repetido varias veces, pero ahora que las horas pasan sin que pueda contarlas ya no está tan seguro.

Antes había el calor de su piel, la dulzura de sus manos, el vértigo de su mirada. Pero ¿y ahora?

Solo queda una estera sobre la cual siente un terrible dolor de espalda, la conciencia que lo abandona...

Aparecen los fantasmas, el reproche que ha visto en los labios de Sebastián y la cólera de Pizarro por haberlo abandonado, quizá traicionado, en el momento crucial.

¿Qué vale todo esto? La muerte.

No se da cuenta y piensa en ello sin temor: «La muerte, y bien, ¿no estaba allí en Sevilla, en las celdas de la Inquisición? ¿No es la muerte lo que mi padre me prometió como destino? ¿Y no se balanceaba sobre mis costillas hace poco tiempo?

»Es curioso, yo no me veo muriendo en una cabaña de juncos, en algún rincón de las marismas, a una legua de Cajamarca».

Vuelve a escuchar la entonación de su voz, cuyo eco le suena todavía en los oídos. «Espérame», es lo que ella ha dicho.

La espera siembra la paz en su corazón.

—Cuando Villa Oma me ha dicho que pedías la presencia del Hermano-Doble —

dice Manco—, es como si me hubieras llamado a mí...

Se han acurrucado el uno contra el otro en lo que hasta esta mañana era el dormitorio de Atahuallpa. Ya no queda más que el desorden, los rastros de una huida precipitada, los restos del pillaje.

—Me ha hablado de ti —susurra Anamaya.

—¿Quién?

—Yo le suplicaba noche tras noche que me hablara, y él permanecía en silencio. Me llamaban todavía *Coya Camaquen*, por costumbre, me imagino, puesto que no veía nada, y tu padre, Huayna Capac, no me transmitía ninguna sabiduría: apenas me acordaba que me había prometido velar por mí desde el Otro Mundo...

—Estábamos por el largo camino desde Cuzco, escondiéndonos de una tropa que se acercaba, puesto que mi hermano Atahuallpa había jurado venganza y una venganza atroz sobre todos los clanes de Cuzco. Yo vi...

De pronto se calla. Ella le aprieta la mano con ternura.

—He visto lo que un hombre no quiere ver, Anamaya: mujeres degolladas y los niños que se aferraban a su seno también...

—¿Y Villa Oma?

—Los sacerdotes lo ocultaron.

—¿Y el enano?

El grito le sale del corazón. Manco la escruta con asombro.

—¿El enano? ¿Por qué me hablas de él?

—Es una larga historia que no es para esta noche. Dime solamente lo que sabes, te lo ruego.

—Le vi entrar en Cuzco, encadenado.

—¿Y luego?

—No sé lo que fue de él. Los palacios de los más antiguos *panacas* fueron profanados, los templos arrasados, mi hermano Paullu escapó de la muerte por milagro... He visto toda la crueldad del mundo, Anamaya, y es esto lo que me ha hecho convertirme en un hombre, más que el *huarachiku*... Entonces, el enano, en medio de ese caos...

—Atahuallpa estaba rodeado de mentiras, de falsos adivinos, de cobardes...

—Era él quien los escuchaba... Ya no habrá más clanes a partir de ahora... No importa: todo es igual. ¿Y dices que le han puesto la mano encima? ¿Lo han tocado?

—Tocado, aprisionado, aferrado con sus manos...

—¿Quiénes son esos extranjeros? ¿Son dioses?

Cuando responde, la muchacha tiene la boca seca.

—Son hombres; solo hombres.

Manco se vuelve a callar. Siente en él una nueva gravedad. Pero la cólera está siempre ahí, taponada.

—En el momento en que te acercabas con el Hermano-Doble, anoche, finalmente me habló a través de una voz de niño. «Cuida de mi hijo, al que salvaste de la

serpiente —me dijo—, puesto que es el primer nudo de los cordoncillos del futuro...».

—Fue justo antes del alba —dice Manco—. Me había quedado con él, solo, en la tienda. Me he despertado sobresaltado y una serpiente pasaba por su muñeca de oro, parecida a la que tú alejaste de mí, hace ya varios años, durante la carrera... He salido a contemplar el alba sobre las colinas. Había guerra por todos lados. Sin embargo, me ha inundado una gran fuerza y una luz se ha iluminado ante mis ojos, una luz dorada que llenaba todo el horizonte.

—Eres tú, Manco. No queda nadie más que tú.

Él no responde. La rodea con sus brazos.

—Me acuerdo del día en que nos dijiste que no nos abandonarías nunca... Me acuerdo de que aquella mañana mi hermano Paullu y yo nos preguntamos si eras fea o guapa...

Instintivamente, el cuerpo de Anamaya se tensa bajo el abrazo.

—¿Qué sucede?

Ahora es ella quien se calla. En la sombra ve sus ojos que buscan encontrarse con los suyos. Adivina su potencia de joven felino...

—Hay que volver a irse, Manco, a Cuzco, con el Hermano-Doble...

—Lo sé —dice—, pero ¿por qué te crees que he venido, escapando al cerco de las tropas de Ruminahui, evitando a los extranjeros...?

—¿Por qué?

—Para venir a buscarte.

Ella respira antes de responderle.

—Estaré contigo, Manco, pero no voy a ir contigo.

—No lo comprendo.

—Me ha ocurrido...

Ella quiere contarle la verdad, puesto que en la nueva confusión que reina en su corazón la mentira no ocupa más lugar que antes, pero un inmenso cansancio se apodera de ella. Y además habría que elegir palabras donde no hay más que alientos, miradas, una certeza tan incierta... Entonces, sella sus labios.

Oye la respiración pesada del muchacho y los ojos puestos en ella que podrían brillar de furor... Pero Manco se calla. Espera, y luego ya no espera nada. Se levanta.

—Te he dicho que me había convertido en un hombre —dice—. Acepto lo que me das y respeto lo que no me das. Mi futuro se dibuja sobre un alba de sangre y, en el momento en que el misterio me ha sido desvelado, me llega otro misterio... Mañana estaré en las montañas y acompañaré al Hermano-Doble, tomando las fuerzas que me da él. Pero no voy a olvidar que es por ti...

—Yo tampoco lo voy a olvidar, Manco.

—Cuídate, hermanita.

Ha desaparecido en la noche, rozando su mejilla. Ella no puede parar de temblar.

Entonces, ella parte entre las sombras, a su vez, con el corazón violento, hacia el

hombre al que ha convertido en su destino.

Porque tenía calor, se ha quitado primero el jubón acolchado y luego la camisa. El sudor se ha secado sobre su cuerpo, con el polvo y la sangre. Cuando pone los labios sobre el brazo de la muchacha se lleva un sabor salado, acre; sobre todo, su cuerpo siente la mordedura de los golpes recibidos. La somnolencia se apodera de él, una modorra de la cual no consigue despojarse.

Ella se ha deslizado al interior de la cabaña casi sin hacer ruido, y él no se ha movido. Mantiene los ojos cerrados para prolongar este momento en el que, a pesar de su presencia, todavía no la ve.

Los gritos, los lamentos se alejan en la noche, que se ha rendido al silencio.

Ya solo quedan sus alientos, y esta tranquila, esta eterna fragilidad que los reúne.

«Hay un momento —piensa él— en el que para una noche significa para siempre, una hora ardiente y oscura en la que no existe el mañana...». Y abre los ojos.

Ella se apoya en él con una ternura inquieta. Posa la mano sobre sus labios, sus mejillas, y traza en ellas diminutos dibujos, ligeros arañazos. Él se esfuerza por permanecer inmóvil, reteniendo casi con violencia el impulso de tomarla entre sus brazos.

Ahora le pone la mano sobre el pecho y juega con sus músculos, con el vello que le rodea los pechos.

Ahora sube hasta sus hombros y lo toca como si descubriera esta curva por vez primera.

Ahora lo empuja con leves golpecitos: él comprende que desea que se dé la vuelta y se tumba sobre el vientre con un suspiro que combina los dolores de su cuerpo y el bienestar de su caricia.

Ahora ella lanza un grito.

«Son hombres solo hombres», es lo que le ha respondido a Manco. Pero lo que ha dicho con palabras son sus manos las que lo han descubierto: la fuerza, la dulzura, las heridas de este hombre y el estremecimiento que le recorre la piel cuando lo toca.

Se acuerda, por supuesto, y todas las puertas de sus emociones se abren como empujadas por un gran vendaval todo lo que ha querido esconder en el secreto de su corazón, todos sus miedos, sus lágrimas, todas estas lunas... Todo desaparece y todo se vuelve sencillo.

No se trata de una visión, puesto que no procede del Hermano-Doble, del Otro Mundo; no se lo ha enseñado un sacerdote ni un sabio.

Está en su interior.

Es más potente y más terrible que todo lo que ha conocido.

Si es un temor, va más allá del temor.

Si es un dios, es el más misterioso y el más exigente de todos los dioses.

Es algo que da ganas de reír y de llorar; de correr y de transformarse en piedra; de gritar y de callarse.

Él obedece a sus manos y le ofrece la llanura herida de su espalda.

Entonces, ella la ve, la mancha oscura del puma, escondida en su hombro, agazapado, preparado para saltar.

El grito se le escapa.

Se acuerda de las palabras del inca Huayna Capac, hace ya muchos años. «Confía en el puma...». Se acuerda de la piedra de los ancestros, en la que los ojos amarillos del puma la esperaban. Se acuerda del niño que, la noche anterior, le dijo: «Tú eres la que debes ser. No tengas miedo: el puma te acompañará hacia el futuro».

Sus dedos recorren la forma del felino, potente, recogido, libre, sobre la espalda del hombre cuya piel se estremece.

Dulcemente, se inclina hacia él.

Y no le queda más que posar los labios sobre el dolor palpitante de aquel que, desde siempre, le estaba prometido.

CAJAMARCA, ALBA DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1532

Al alba se asoman los dos a la llanura en la que todo humea: es la niebla que desciende de las colinas y se arrastra en capas, como filamentos de gasa; es el vapor que se escapa de los manantiales de agua hirviendo; son las almas de los cadáveres que alfombran los caminos, las marismas, los charcos, y que huyen hacia otros mundos en un último suspiro.

Están solos.

Gabriel ayuda a Anamaya a montar encima de la silla y monta detrás de ella. Apoya la cabeza sobre su cuello, con los ojos abiertos hacia la ciudad, allá abajo, donde la vida y la muerte los esperan.

Muy pronto deberán hablar, contarse sus fidelidades y sus traiciones, sobrevivir en este mundo extraño que es el mañana de la conmoción.

Muy pronto deberán aceptar que el mundo no sea siempre esa jaula llena de sombras en la que basta con verse, tocarse y amarse sin decírselo.

Muy pronto, pero ahora todavía no.

GLOSARIO

ACLLAHUASI	Residencia de las damas elegidas (<i>acllas</i>).
ANACO	Túnica recta y larga hasta los tobillos que llevan las mujeres.
BOLEADORAS	Arma arrojadiza. Consta de tres cuerdas de cuero con una piedra atada al cabo de cada una, y una vez lanzada se enrolla alrededor de las patas de los animales.
CANCHA	Patio. Por extensión, el conjunto de tres o cuatro edificaciones que lo encuadran y forman la unidad habitable.
CHACO	Gigantesca cacería en forma de batida.
CHASKI	Corredores encargados de transmitir los mensajes mediante un sistema de relevos.
CHICHA	Bebida ceremonial; cerveza fermentada elaborada casi siempre a base de maíz.
CHUÑO	Patatas que han sido sometidas a un proceso natural de deshidratación para que puedan conservarse durante varios meses.
CUMBI	Tejido de muy alta calidad, la mayoría de veces confeccionado en lana de vicuña.
CURINGA	Pequeño falcónido, cuyas plumas blancas y negras adornaban el tocado del Único Señor.
GACHA	Sopa o papilla a base de cereales o de féculas, que constituía el plato principal de la alimentación medieval.
HUACA	Significa literalmente «sagrado». Por extensión, cualquier santuario o residencia de una divinidad.
HUARA	Calzón. Los muchachos jóvenes lo recibían durante el rito de iniciación, llamado <i>huarachiku</i> .
ICHU	Hierba silvestre que crece en las montañas, cuya paja se utiliza generalmente para cubrir los tejados.
INTI RAYMI	Una de las principales ceremonias del calendario ritual inca, en ocasión del solsticio de invierno.
KAPAK	Jefe.
LLACOLLA	Capa que llevan los hombres.
LLAUTU	Larga trenza de lana de colores que se enrolla en la cabeza para

formar un tocado.

LLICLLA	Capa que llevan las mujeres.
MASCAPAICHA	Junto al <i>llautu</i> y las plumas de <i>curinginga</i> , esta especie de franja de lana que cae sobre la frente forma el tocado emblemático del Único Señor.
PACHACUTI	Gran conmoción que anuncia la llegada de una nueva era.
PANACA	Linaje. Descendencia de un soberano inca.
QUIPU	Conjunto de cordeles con nudos de colores que servía de soporte mnemotécnico para los inventarios.
TOCACHO	Árbol de entre cinco y ocho metros de altura que tiene una gran resistencia al frío.
TOCAPU	Motivo geométrico, de significado simbólico, que adorna las vestimentas de los incas.
TUMI	Cuchillo ceremonial, cuyo filo de bronce es perpendicular al mango.
ÚNICO SEÑOR	Título del soberano inca.
UNKU	Túnica sin mangas y larga hasta las rodillas que llevan los hombres.
USHNU	Pequeña pirámide situada sobre la plaza de una población inca, reservada a los representantes del poder.

AGRADECIMIENTOS

Nuestro agradecimiento se dirige por supuesto a todo el equipo de Éditions XO, Anne Gallimard, Édith Leblond, Cathérine de Larouzière y Chantal Théolas, Véronique Podevin y Julia Cavanna.

Le agradecemos a Susanna Lea que nos haya «dado alas», permitiendo que esta historia viaje por el mundo entero. Gracias y un aplauso para su equipo, en especial para Katrin Hodapp y Pauline Guéna.

Nuestras referencias sobre Perú nos fueron facilitadas por Enrique *Kike* Polack (Agencia Kantu de Cuzco) y su equipo. Gracias a Marvin por su ayuda y a René por su conducción por todo tipo de terrenos. El saber y la pasión de los guías Manuel Portal Cabellos, en Cajamarca, y Roger Valencia, en Cuzco, fueron para nosotros auténticas fuentes de reflexión.

Los comentarios de Alex Gilly, que se encargó de la traducción del texto al inglés, nos fueron de mucha utilidad.

Finalmente, queremos dar las gracias a nuestros lectores-evaluadores, cuyo apoyo y comentarios nos han acompañado en todo momento: Edica, Mélanie y Carolina Houette, Alexandre Audouard y Guillaume Fixot.

ANTOINE B. DANIEL

Notas

[1] Actualmente, en Bolivia. <<

[2] Residencia de las damas elegidas (*acllas*). <<

[3] Capa que llevan las mujeres. <<

[4] Bebida ceremonial; cerveza fermentada elaborada casi siempre a base de maíz. <<

[5] Mascapaicha Junto al *llautu* y las plumas de *curiginga*, esta especie de franja de lana que cae sobre la frente forma el tocado emblemático del Único Señor. <<

[6] Una de las principales ceremonias del calendario ritual inca, en ocasión del solsticio de invierno. <<

[7] Patio. Por extensión, el conjunto de tres o cuatro edificaciones que lo encuadran y forman la unidad habitable. <<

[8] Rito de iniciación. <<

[9] Significa literalmente «sagrado». Por extensión, cualquier santuario o residencia de una divinidad. <<

[10] Túnica sin mangas y larga hasta las rodillas que usan los hombres. <<

[11] Cuchillo ceremonial, cuyo filo de bronce es perpendicular al mango. <<

[12] Larga trenza de lana de colores que se enrolla en la cabeza para formar un tocado.

<<

[13] Bolsa. <<

[14] Tejido de muy alta calidad, la mayoría de veces confeccionado en lana de vicuña.

<<

[15] Vaso ceremonial, habitualmente de madera, de forma troncocónica, más ancho por la boca que por la base. <<

[16] Pequeña pirámide situada sobre la plaza de una población inca, reservada a los representantes del poder. <<

[17] Pequeño falcónido, cuyas plumas blancas y negras adornaban el tocado del Único Señor. <<

[18] Árbol de entre cinco y ocho metros de altura que tiene una gran resistencia al frío.

<<

[19] Patatas que han sido sometidas a un proceso natural de deshidratación para que puedan conservarse durante varios meses. <<

[20] Hierba silvestre que crece en las montañas, cuya paja se utiliza generalmente para cubrir los tejados. <<

[21] Conjunto de cordeles con nudos de colores que servía de soporte mnemotécnico para los inventarios. <<

[22] Corredores encargados de transmitir los mensajes mediante un sistema de relevos.

<<

[23] Gran conmoción que anuncia la llegada de una nueva era. <<